

Amor

A segunda vista



KARINA ROLÓN REYES



*Amor a segunda
vista*

Porque el amor golpea dos veces

Amor a Segunda Vista
©Karina Rolón Reyes 2018

Diseño de portada: Karina Rolón Reyes
Diagramación: Karina Rolón Reyes
Primera Edition
Barcelona-España

Edition especial para Amazon.com
All rights reserved.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

<https://www.wattpad.com/user/keypatts>

ISBN—13: 978—1541198371
ISBN—10: 1541198379

Tras el telón del miedo está la valentía de los que creen en el amor, aunque haya surgido en el instante de vida más inesperado.

[“A primera vista”](#)

—Lía Orenes—

DECISIONES, DECISIONES...

Ariadna

Distrito dos...

Que sea el distrito dos...

Distrito dos, por favor...

Una y otra vez repetí esto en mi cabeza con las manos escondidas debajo de la mesa, los dedos enlazados, las piernas cruzadas y mis esperanzas flotando en el aire, mientras mi Jefe, el Señor Anderson, nos derivaba las zonas de distribución del correo. El distrito dos se volvió mi favorito por una simple y sencilla razón: La belleza hecha hombre. Y no es una exageración.

Año y medio atrás comencé a trabajar en el *Correo Pegaso*, una de las principales agencias del país. En aquel entonces, siendo una novata, me habían asignado dicha comuna.

Recuerdo haber estado más que furiosa, pues la zona queda a contra mano de mi residencia, pero luego de verlo vestido con un traje impecable de color azul marino realzando sus ojos grises, con la mandíbula tensa y la espalda en forma de “V” supe que, irremediablemente, terminaríamos juntos algún día. Al verlo moverse por el departamento en el que él trabaja solo atiné a pensar: ¡Wow! ¡Yammy, yammy!

Fueron los mejores seis meses de mi nueva vida. Como celebración a

semejante acontecimiento me había animado a hablarle esa misma semana, claro que uno que otro saludo insignificante, pero suficiente para hacerme notar y averiguar que su nombre, Agustín, que llegaba a los treinta años, trabajaba ahí hacia cinco y que le gusta el fútbol de la misma manera que a mí el chocolate. También supe que consumía café de forma adictiva, y eso fue por deducción ya que, cada vez que lo cruzaba estaba con una taza humeante en la mano. Era tan amable que siempre llevaba dos consigo, la otra era para alguna compañera con mucho trabajo en el escritorio. Siempre sonreía, guiñaba y daba palmadas a sus compañeros.

Para mi desgracia, hubo una rotación, lo normal cada fin de semestre, y tal y como el horóscopo lo predijo en ese entonces, me cambiaron a una zona mucho más alejada de mi trayecto favorito. Aunque admito, que en varias ocasiones sustituí a Pilar, mi única amiga y compañera de aventuras. Cada vez que ésta enfermaba o se ausentaba por alguna razón, y como a nadie le agradaba hacer trabajo doble y sin paga, yo terminaba ofreciéndome. Claro que solo por el trayecto y la recompensa de verlo sonreír. Eso era más que suficiente para alegrarme el día.

¿Qué, dije el día?

¡El mes!

Muchas veces fantaseé con la idea de que me ofreciera una taza de café por error, que coqueteara conmigo, o me invitara a salir para luego...

—¡Ariadna! —Escuché que gritaron devolviéndome a la realidad. Miré a mis compañeros que repentinamente parecían estar por encima de mí. Pilar a mi lado me hacía señas para que me levantara, ya que por alguna razón terminé en el suelo, la silla había llegado a la pared de manera estrepitosa. Todos me observaban, atentos. Me puse en pie más rápido que una bala— ¿Acaso tienes algo por lo que objetar? —Preguntó por encima de sus gafas, miré horrorizada a mi amiga, ella ocultaba su rostro bajo sus finos dedos.

—¿Señor? —Pregunté, ante la mirada de todos.

—¡Mujer! ¡¿Qué haces ahí parada?! ¡Los sobres no se entregaran solos! —Bramó con enojo, de inmediato me puse en marcha con dirección a la puerta, hasta que, con la mano en el picaporte reparé en que no tenía idea de adonde ir.

—¿Me recuerda el distrito? —Dije con las voz más dulce de la que fui capaz de emitir.

—El dos, niña de la Luna, ¡EL DOS! —Intenté ocultar mi emoción, pero algo en mi interior estallo a modo de advertencia.

—Solo quería saber si usted estaba atento, Jefe — bromeé, todos rieron en consecuencia. Al Señor Anderson parecía estarle a punto de estallarle la vena de la frente.

Una vez fuera de la vista de todos, comencé a brincar como loca de camino a la sala de recepción de sobres. Mi sonrisa bien podría compararse al sol, o a él de lo brillante que eran sus dientes al sonreír, o como sus óyelos se marcaban en sus mejillas. *Suspiro* solo de pensarlo. Tomé uno de los bolsos que colgaban en el pasillo con el membrete de la empresa resaltando, y me lo pase por encima de la cabeza, con mis dientes exhibidos tatuando mi felicidad. Al llegar a la oficina, como siempre, golpeé la mesa con las palmas de mis manos ofreciendo una exposición que envidiaría el baterista de alguna banda de rock.

—¡Basta! ¡Ya va, ya va! —Gritaron del otro lado de las paredes. Joshua odiaba los golpes contra la mesa, y una infinidad de cosas más, eso se encontraba en su *Top Five* luego de los sonidos emitidos por el cuerpo humano. El estridente ruido de la silla al ser arrastrado por el suelo no se hizo esperar y pronto su cabeza calva se hizo ver— ¡Ya me imaginaba que eras tú! —Señaló en mi dirección.

Joshua era uno de esos hombres que prácticamente habían fundado el lugar. Rondaba los sesenta o tal vez sesenta y siete años, su altura no superaba el metro sesenta, pues era solo unas pulgadas más bajito que yo. Desde que lo conocía, siempre llevaba un semblante serio, pero cuando estaba feliz, lo sabía por la forma en que sus manos se apoyaban en su prominente barriga de cervecero (que bien le gusta tomar los viernes al salir del trabajo o en su casa con sus hijos los sábados cuando estos lo visitaban) como intentando contener a la risa en su estómago. Como si eso fuera posible, sus estallidos, aunque escasos, se hacían escuchar por cuadras.

—Así que distrito dos, ¿eh? —preguntó desapareciendo de nuevo tras la puerta.

—Podrías haberme enviado un mensaje de texto —reclamé, a los pocos segundos volvió con una caja mediana y un *mazo* de sobres. Su sonrisa maliciosa me advirtió el peso de dicha caja, pues era de conocimiento público mi medio de transporte— Pareces distraída —comentó, apoyé mis codos en el mostrador, y mi rostro entre mis dedos y miré mientras ordenaba los sobres antes de entregármelos.

—Es que... ¿qué pasa si no me reconoce? —Pregunté sincera, el viejo solo se limitó a expresar su sorpresa en su rostro— ¿Qué? —Poco a poco su asombro pasó a burla, hasta que un extraño sonido surgió de su pecho, para terminar estallando en carcajada, porque era una risa... creo.

—¡Oh por Dios! ¡Oh por Dios! ¡Oh por Dios! —repitió golpeando la mesa y el sonido se volvió rugido, horrorizada quedé pues, prácticamente era la primera vez que lo escuchaba reírse así, y ya entendía porque no reía con ganas tan seguido. ¡*Lo hacía horrible!* Entiendo que existen personas que se ríen como si tuvieran hipo, yo soy una de ellas, pero es considerado un acto tierno, pero eso...

—¡Ya, ya, ya! ¿¡Qué te causa tanta gracia *Mr. Comedian!*? ¿¡Qué!? —Exigí enojada, y se lo hice saber cruzándome de brazos solo para que él continuara riendo— ¡*Hey!*

—Es que —siguió con el hipido—, es que niña... solo a ti se te ocurre pensar que las ideas en tu cabeza son realidad. ¡Él no sabe que siquiera existes! No es en vano que te llaman Niña de la Luna.

—¡Lo sabe! ¡Hemos hablado! —Dije arrancando los sobres de sus manos y colocándolos en el bolso—. Además, él me reconocerá —finalicé estirando con fuerza la caja, solo para que me dé un tirón en el codo de lo pesado que estaba, claro, que no se lo hice saber al viejo.

—¡Suerte con el encuentro pequeña! —gritó para que lo escuchara, su risa macabra volvió al ataque, me sacudí en consecuencia.

Corrí sin chocar contra nadie en dirección la salida del edificio. Saludé al Jefe de seguridad quien al verme sonriente me entregó mi mochila. Me dirigí hasta los sillones de espera a un lado del salón, apoyé la caja, abrí mi mochila y extraje mi más grandiosa inversión. Me costaron poco más de dos sueldos, claro que luego de pagar las cuentas de la casa, y agregar el servicio de internet por insistencia de Pilar, mi mejor amiga desde hace años; ya que según ella sin internet no estas conectada al mundo y el mundo no está conectada a ti. Los *Rollers Patines* eran de base de aluminio, el modelo *Action Abec7 Profesional*. Aunque el color era algo llamativo en algunas partes, por el verde flúor en contraste con el gris, era lo mejor del mundo. Tan cómodas como ir descalza por la vida. Me había arrepentido por el costo ni bien lo había pagado, pero definitivamente son de lo mejor. Siempre y cuando no lloviera...

Con los tenis en la mochila, los patines ajustados, las rodilleras y coderas

en sus puestos, coloqué con cuidado mis auriculares, busqué la carpeta con las canciones que me apetecía escuchar ese día hasta que las primeras notas invadieron mis oídos. Una extensa sonrisa se dibujó en mi rostro mientras me deslizaba de nuevo hacia el mostrador de la entrada, donde el guarda extendía mi casco. El broche se acomodó en mi mentón, extendí la mano para chocar los cinco y así, iniciar mi rutina. Aunque la caja que debía entregar era pesada, la dirección en el paquete no quedaba muy lejos de mi rincón de entrega favorita.

Me dirigí a la estación de trenes, enseñé mi carnet con el boleto mensual (compraba de forma mensual, porque de lo contrario siempre, siempre quedaba justa con el dinero y siempre terminaba pidiéndole prestado a Pilar para no tener que pedir adelanto en el trabajo, ni mucho menos a mis padres). Me deslice hasta donde el tercer vagón, generalmente no somos bienvenidas las personas con patines, por eso me veía en la obligación de compartir espacio con los sudorosos ciclistas y demás compañías. Tres estaciones después, con la canción número diez de mi lista de reproducción sonando en mis oídos, me moví con el mismo cuidado que un cirujano en plena intervención quirúrgica, no necesitaba empezar mal mi día. Una vez en la avenida me oriente con los carteles hasta la calle correcta, y sonriendo por la siguiente canción, me dirigí al edificio. Una vez en la vereda, el policía en la entrada abrió la puerta pisando el sensor de movimiento, me guiñó el ojo divertido, supongo que por mis pintas. Se lo agradecí al tiempo que me deslizaba hasta el mostrador.

Allí, una mujer hermosa en un traje de oficina me enseñó el dedo índice mientras tomaba notas de lo que escuchaba en el auricular del teléfono, aproveché su concentración y apoyé el paquete en la mesada, desprendí el broche del casco e hice a un lado los auriculares.

—Lo siento —se disculpó.

—No hay problema —sonreí extrayendo la ficha electrónica de entrega en su dirección.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Sí, por supuesto —sonreí advirtiendo lo que iba a pedirme.

—El teléfono no deja de sonar y me mataran si me muevo de aquí... y los del comité directivo entraran por esa puerta...

—¿Y quieres que lo lleve a que piso?

—¡Gracias! —Dijo sincera llevando su mano a la altura del pecho— Déjame verlo... —él teléfono volvió a sonar, contestando las preguntas de su

interlocutor leyó destinatario, entonces colgó—. Solo debes dejarlo en el mostrador del primer piso, lo más probable es que la secretaria éste en la cafetería con el desayuno del jefe, así que no te preocupes —mientras hablaba me entregaba un carnet de visitante— ¡Gracias otra vez! Toma el ascensor del lado derecho, la otra siempre se demora y por favor, no dejes que nadie te vea, en lo posible —me sonrió con preocupación.

Le reste importancia al asunto, hice lo que me pidió no sin prestar atención al edificio. Parecía ser lujoso, ¿una firma de abogados tal vez? Lo más probable, pues toda esa calle correspondía a abogados, bibliotecas, o agencias de viajes. Como las dos últimas quedaban descartadas con obiedad, me decliné por la primera. Las puertas del ascensor se abrieron, como lo predijo, la entrada estaba vacía, más allá de las paredes de vidrio era otra cosa. Personas iban y venían de un lado a otro, todos parecían estar gritando. Trague saliva, deposité la caja y retrocedí.

Una vez en planta baja, golpeé la mesa del mostrador enseñando mis manos vacías, la recepcionista solo se limitó a sonreír en agradecimiento. De nuevo, cerca de la puerta mientras ajustaba mis auriculares y mi casco, el policía volvió a pisar fuerte deseándome un buen día. Di unos pasos de espaldas mientras le respondí de igual manera. Cuando me disponía a girar para continuar mi camino, ocurrieron tres cosas en simultaneo y con excesiva lentitud.

1—Las ruedas de mi patín izquierdo revotaron contra algo, supongo que una piedra.

2—Como no quería caerme en medio de la calle me impulsé, con demasiada fuerza y obtuve el efecto contrario. Giré, pateé algo, y mis ruedas giraron haciendo que cayera de espaldas.

3—Mucho antes de llegar al suelo mis manos se agarraron de algo y tiré de él lo más fuerte que pude, de nuevo con excesiva fuerza, mi casco golpeo algo. Mis auriculares se deslizaron hasta mis hombros y entonces lo entendí todo.

—¡Maldición! —Lo escuché gritar con voz ahogada.

—¡Lo lamento! —Me apresuré a disculparme aun aturdida sin animarme a verlo a la cara, supe que era un hombre por la corbata que mis manos aun tiraban con fuerza y por los zapatos de vestir con una línea ensuciando su impoluta limpieza. Respiré hondo antes de levantar la vista, cuando lo hice me topé con unos ojos azules malhumorados y una nariz sangrante. Su mano

presionó con fuerza mi muñeca, obligándome a liberar su corbata, alejé mis ojos e intenté enderezarme pero antes de realizar cualquier movimiento alejé la mano que estaba en mi cintura y en consecuencia caí estrepitosamente. El hombre de traje comenzó a toser mientras desanudaba la corbata. Me puse en pie como pude y hui, tan rápido como mis piernas me lo permitieron.

Ya con tres cuadras de distancia, con el pulso digno de un motor de Ferrari, intenté recuperar el aliento en lo que trataba ubicarme. Con el susto me había pasado varios destinos. Sacudí mi cabeza, tomé el reproductor del bolsillo, cambié las canciones a unas más movidas para mejorar el ambiente. Mi canción favorita dio inicio y volví a sonreír. Ya recuperada, volví sobre mis pasos haciendo las entregas correspondientes, dejando por ultimo las que correspondía al edificio de Defensoría del menor.

Cuando entregué el último sobre, verifiqué que los últimos sobres tuvieran los membretes similares, mi corazón se disparó de tal forma que podía morir ahí mismo.

Con piernas temblorosas apenas fui capaz de deslizarme sobre mis ruedas hasta la entrada giratoria del edificio de cinco pisos de ladrillo visto que se encontraba en la avenida principal a mitad de cuadra. Las paredes blancas eran el contraste perfecto con los muros de ladrillo bordo de las columnas, dándole un aspecto informal resaltando las obras de artes que colgaban puntos estratégicos del piso. En cada esquina un jarrón entre tonalidades rojas, negras y azules, que bien podrían pesar lo mismo que yo y que posiblemente valdrían un año de salario, reposaban tranquilamente sin nada en su interior. Una que otra pequeña planta en alguna meseta nada agraciada reposaban en las mesas de descanso.

—¡Ariadna! —Gritó la recepcionista ni bien estuve a su alcance, rodeó la mesa para abrazarme con fuerza.

—¡Carla! ¿Cómo has estado?

—¡Bien, bien! ¡Llevaba tiempo sin verte! La chica anterior solo venía y dejaba los sobres dejándome el trabajo pesado a mí —lamentó haciendo un puchero lastimero, ajena a el porqué de mi actitud servicial. Solo Pilar y yo estábamos al tanto de mis *intenciones mal intencionadas*.

—¡Oh, ya! Es que por lo general yo dejo este edificio para lo último, así me queda algo de tiempo para la tarde —sonreí mostrando mi mejor sonrisa.

—¡Entonces apresúrate! Entrega esos sobres y vamos a almorzar juntas, ¿te apetece comida china? —Preguntó, a lo que yo asiento sintiendo mi sangre

bombear tras mi oído.

Me deslizo hasta el ascensor mordiéndome los labios, pero antes de que la puerta cerrara por completo volví a salir, no sin antes golpear mi cabeza contra la puerta.

—¡Oh por Dios! ¿Estás bien? —Gritó Carla corriendo en mi auxilio.

—Sí, ¡estoy bien! —Dije avergonzada deshaciéndome de mi casco y entregándoselo a ella—. La última vez me dijeron que era de mala educación entrar con casco puesto —hice una mueca recordando al señor Bracamonte, unos de los tantos filántropos del edificio.

Carla tomó mi casco y sacudió mi cabello. Acomodé el pelo largo de forma casual, y nerviosa, peor que antes, volví a introducirme al ascensor.

Cuando las puertas se abrieron me sentí a morir. Ahí estaba. Parado frente a mí vestido impecablemente con un traje color azul petróleo. Llevaba la corbata clara en las manos mientras que su camisa se encontraba con dos botones sin prender dejando a la vista parte de su piel clara. Me sonrió de tal forma que apenas fui capaz de mover un pie delante del otro para impulsarme fuera del cubículo. Una vez fuera, él se adentró. Lo observé de soslayo presionó uno de los botones con una mano y escondió la otra en los bolsillos. Descubrió que lo observaba, lejos de molestarse una media sonrisa iluminó su rostro exhibiendo su hoyuelo izquierdo contagiándome un poco de su esencia, apenas fui capaz de apartar los ojos de él y elevar mi mano a modo de saludo, pero las puertas cerraron antes de que pudiera comprobar si él devolvió el gesto.

Con energía renovada, me deslicé sobre las ruedas de mis patines en una nube de felicidad repartiendo la correspondencia del día, deseosa de que el siguiente llegara pronto.

Chris

Aldana...

¿Pensaras en mi Aldana...

Aldana...

¡Maldición!

¿Cuánto tiempo debía pasar hasta que dejara de pensar en ella? ¿Era mucho pedir conocer a alguien? Alguna persona.... No lo sé, fantástica, apasionada con los niños y en posible divertida. No pido que me caiga del cielo, pero que por lo menos llegue de tal forma que me hiciera olvidar de ella por algunos minutos. No lo sé, despampanante, o tal vez segura de sí misma. Que no sea del trabajo, tal vez... ¿en una esquina? ¿Un incidente? ¡Por favor! ¡Lo que fuera! Llevo tiempo lejos de ella, y ni un maldito día he dejado de pensarla, desearla, soñarla... anhelarla. Claro que imaginarla al lado del Profesor Becker ayudaba a disipar cualquier pensamiento inapropiado. Pero el recuerdo de sus brazos alrededor de mi cuello, la dulce fragancia de su piel, e incluso su voz diciendo que me quiere... Sigue latente ella en todo su esplendor.

¡Concéntrate!

Sumido en mis pensamientos, que no eran variados, decidí que era mejor no dilatar más mis responsabilidades así que me dirigí hacia el estudio de abogados. Podría mandar a alguna secretaria, pero la verdad, ver ligar a Abel Daniels con cuanta pierna larga que desfilaba en la oficina era algo que de verdad, de verdad no me apetecía ver. Mucho menos hoy.

Siempre el mismo circo. Desde que llegué aquí, no he visto que se detuviera ni una sola vez a pensar en los sentimientos de alguna de las que llevaba a su cama. Y ni siquiera estaba seguro de si por lo menos se las tiraba en alguna cama. Claro que si ellas no pensaban en eso, ¿cómo lo haría él? Peor aún, ¿Por qué me preocupaba yo?

A metros del edificio de la firma me percaté del desastre personificado. Observé a una chica de espaldas, rubia de pelo largo montada a unos patines con ruedas. Y digo desastre porque se deslizaba de espaldas a mi dirección, absorta en su intención de devolver el saludo a un hombre uniformado a solo

unos pasos más allá; me hice a un lado para que pudiera pasar sin incidentes pero entonces, digno de mi mala suerte ocurrió lo impensado.

Antes de que siquiera pudiera pensar algo más las ruedas de sus patinas aplastaron mis dedos dentro de mi zapatos, mis manos se movieron de manera automática a su cintura para que ninguno de los dos cayéramos pero repentinamente el aire comenzó a faltarme.

Entonces llegó.

Como si de un vehículo se tratase, su casco impacto contra mi nariz con tal velocidad que no fui capaz de moverme para evitar el encontronazo. Ni siquiera luego de recibirlo. Como si hubiese metido los dedos en unas toma corriente la electricidad recorrió hasta músculos que no sabía que tenía.

Pasado unos segundos reparé en que aún no podía respirar, la chica levantó la cabeza, parecía asustada, pero no me importó, ¡me dolía! Sentía mi sangre hervir. Presioné su muñeca para que me liberara. Obediente a la fuerza me liberó, retiré mi mano de su cuerpo con brusquedad adrede. Quería lastimarla. Comencé a maldecir conforme me deshacía de la corbata.

Repitió sus disculpas una y otra vez, temblorosa volvió a mirarme, al hacerlo solo bastaron dos segundos para reconocerla antes de que ella huyera.

La reconocí al ver los patines y el casco de colores brillantes. Era la chica del correo, la que entregaba la correspondencia en la oficina. ¿Cómo sabía de ella? Pues fácil, era una de las tantas que andaban enamoradas de Abel, la había observado antes. Vaya forma de verla de nuevo, aunque su rostro era imposible de olvidar, y menos sus ojos en total armonía con su rostro. Siempre se quedaba de piedra cuando él pasaba junto a ella entre cada cubículo. Subida a unos patines bastantes llamativos se deslizaba por los pasillos sin apartar su mirada expectante y deseosa de algún tipo de atención por parte de Abel.

Cuando terminé con mi nariz ella había desaparecido.

—¡Linda, eh! —comentó el oficial al que segundos antes la rubia había saludado, solo me dediqué a mirarlo de soslayo mostrándole mi poco interés. Ofreció un pañuelo, sin mucha paciencia le enseñé mi corbata arruinada.

Al traspasar las puertas, traté de disimular mi nueva condición escondiendo la corbata con mis manos en los bolsillos de mi pantalón. Me acerqué a la recepcionista, quien como siempre, parecía estar librando una batalla entre el teléfono de la firma y el intercomunicador. Ni bien sus ojos se posaron en mí, me tendió el carnet de visitante, articulando *Primer piso a la*

izquierda. Afirmé, tomé el identificador de visitante, lo acomodé contra el bolsillo externo de mi traje en lo que llegaba el ascensor. Una vez dentro de las cuatro paredes metálicas una peculiar fragancia invadió mis fosas nasales, lastimándome con su intensidad. La aspiré con cuidado de detectar el aroma, pero antes de que siquiera pudiera disfrutar de ella, las puertas se abrieron. Me presenté hasta la secretaria que en ese momento parecía estar disfrutando de lo último que quedaba de su café, la saludé como siempre, y esta sin faltar a su costumbre, se acercó a mí pero antes de regalarme los dos besos en las mejillas, horrorizada en tres pasos acercó el botiquín de primeros auxilios y me tendió un algodón con alcohol.

—¿Qué ocurrió?

—¿Esta tan mal? —Pregunté preocupado por su expresión.

—¿Entre cuantos intentaron robarte? —*¡Qué dijo!*— Debieron ser dos mínimo, con esos brazos no creo que seas debilucho. —su mano presionó mi brazo, intenté sacudirme un poco, pero ella se acercó un poco más.

Siempre atribuí a sus insinuaciones a una costumbre del lugar dónde provenía, eso se lo permitía, pero la mano apoyada en mi brazo, deslizándose hasta mi codo... nunca le encontraba explicación. Ella solo sonreía intentando verse coqueta, o eso fue lo que creí que hacía antes de guardar todo de nuevo en el botiquín y ubicarse nuevamente tras el escritorio de vidrio transparente y cruzar sus piernas de forma elegante pero provocativa.

—Gracias —atiné a decir con el algodón en la nariz.

Otro en mi lugar, aprovecharía la situación, la invitaría a salir y a otras cosas más. Y he intentado hacerlo, pero el revolcarme con alguien para el disfrute del momento y no saber de qué hablar en la mañana, y eso si amanecemos juntos, más que solo levantarse, vestirse y continuar... no era es mío. O no lo había sido hasta el momento.

Haciendo caso omiso a sus cortesías, pregunté por su jefe. Se suponía que debía reunirme con el Doctor Uruena para arreglar los últimos detalles sobre el caso de estafa contra una entidad benéfica.

Tras una corta espera, el abogado fundador me recibió en su despacho dando inicio a una tediosa reunión. En ningún momento reparó en mis fachas, o tal vez lo hizo por respeto y cortesía no mencionó el asunto.

Aunque yo me había recibido en Psicopedagogía Infantil, y había obtenido la Maestría en Psicología Cognitiva, también tenía conocimientos en Derecho Civil y Penalista, gracias a mi hermano mayor, German, quien hoy era socio de una firma tras varios años de esfuerzo. Recordarlo inevitablemente me

llevó a recordar también a Aldana. Deseché la idea, y presté atención al mayor, pero sus comentarios sobre temas universales no me facilitaron el trabajo. Mi último gramo de concentración se vio desplumado a causa del teléfono. Tras terminar se disculpó alegando que nuestra reunión daba por finalizado.

En parte aliviado, agradecí su atención.

—Una última cosa, las próximas reuniones, en lo preferible te quiero presente a ti y toma —dijo tendiéndome una carpeta—. Está llenas de errores, se lo he devuelto a Daniels tres veces, esta vez están marcadas. Revísalas. No deseo gente incompetente a mi alrededor. Además, siempre parece deseoso de salir de aquí tras las faldas de mi asistente.

—Lo lamento

—No lo laments hijo. Me siento avergonzado por pedirte algo así, pero ya estoy viejo para esas impertinencias —dijo señalando los documentos.

—Lo revisaré con cuidado —asintió con la cabeza antes de desaparecer tras la otra puerta.

Una vez fuera, la ciudad se me antojó ruidosa, por lo que decidí volver a la oficina lo antes posible. Al llegar a la entrada del edificio vi mi reflejo en los ventanales, llevaba la camisa y el saco manchado, la corbata colgaba del bolsillo de mi pantalón y mis zapatos...

Sonreí por primera vez en el día.

—¿Se encuentra bien, Señor Dabance? —Preguntaron, guardé mis manos en los bolsillos y le sonreí.

—¿Puedes hacer algo por mí?

—Por supuesto, Señor.

—Avisa en recepción que me tomaré el resto del día y, bajo ningún concepto informes las condiciones en las que lo hago —obvié mi vestimenta.

—¿Quiere que le pida un taxi?

—No hace falta.

—¡Que tenga un mejor día, Señor! —lo escuché despedirse, solo respondí con la mano.

En vez de tomarme el taxi a casa, me dirigí a la guardia médica más cercana. Decidí que caminar no me haría mal, las personas a mi alrededor no me quitaban el ojo de encima por lo que supuse que mi rostro se veía mucho peor que en el reflejo.

Al llegar la recepcionista me derivó de inmediato a la enfermería. Limpiaron mi nariz y pegaron una tira adhesiva en el puente, me dieron pastillas para los dolores y me recomendaron tomarme con calma los siguientes días, puesto que la inflamación recién empezaba.

El dolor de cabeza se hizo presente al día siguiente una vez dentro de la seguridad de mi cubículo. Ya con el vaso de agua en mis manos, decidí aliviar mi jaqueca con un analgésico. Mientras esperaba que la pastilla hiciera lo suyo me acomodé en mi sillón reclinable con las manos tras la nuca, me balanceé de un lado a otro de forma lenta. Observé la estancia. Algunos conversando, otros ensimismados en sus asuntos y unos pocos poniéndose en pie de camino al bufet del edificio. El horario del almuerzo estaba cerca y, como ya se me había hecho costumbre, yo me quedaría en mi cubículo con un yogurt y una barra de cereal acompañado de alguna fruta. El día hoy: manzana. No es que estuviera a dieta ni nada, pero odiaba la comida de allí, odiaba traer la comida desde mi casa y peor aún, odiaba ir a algún restaurante lleno de gente, solo.

En mi vista panorámica, una chica rubia realizó su entrada en un ángulo de la fotografía. Inevitablemente sonreí al verla.

Se deslizó con gracia con sus auriculares enormes cubriendo sus orejas, mientras dejaba los sobres en los cubículos correspondientes. Luego, como de costumbre se detuvo frente a la oficina de la Jefe, golpeó delicadamente al tiempo que su vincha sonora cayó tras su nuca, se introdujo y a los pocos segundos salió, solo para fijar su vista en dirección oeste, donde el cubículo de Abel se encontraba.

Me deleitaba verla, pero no de forma morbosa o enfermiza. No. Por el contrario, me veía reflejado en ella. Sentía que la manera en la que ella seguía a Abel, en su momento yo había observado a Aldana. Con devoción, respeto y lejanía. Claro que ella no conocía la clase de mierda que era Abel y parecía ser bastante inocente, e incluso esperanzada con la posibilidad de ser vista por él; mientras que yo, siempre supe que nunca obtendría el mínimo de atención. ¿Por qué? Porque yo era un idiota. Solo un idiota creería que un amor unilateral se volvería recíproco.

La chica bache parecía ya satisfecha de mirarlo, se deslizó en mi dirección mi cambiando radicalmente su expresión. Una mirada cargada de veneno fue lanzado hacia mi conforme se aproximaba.

—¡Hola Chica Bache! —saludé elevando ambas manos, ella no cambió de expresión, así que fui por mas— ¡Tanto tiempo *Taylor Swift*! —dije

sonriente, ella sin embargo, colérica lanzó la correspondencia contra mi mesa —¿Qué, no saludas?

—¡No mientras sigas llamándome de esa manera Cara Plana!

—¡Oye! ¿Qué clase de apodo es ese? —me burlé, sonriéndole.

—¿Qué clase de nombre es el que dices tú? ¿Bache? Además, ¡ni siquiera me gusta *Taylor Swift*! ¿Nadie te dijo que Halloween ya pasó? —Se defendió con las manos en jarras, reí con ganas ante sus fundamentos de defensa.

Me puse en pie, nuestra diferencia de altura hizo que ella diera un paso hacia atrás, pero mi mesa no permitió que se alejara demasiado permitiéndome acercarme lo suficiente para intimidarla. Solo dejé unos centímetros de distancia prestando atención a la canción que sobresalía de su auricular. No reconocí la canción, pero sí la voz. Cuando me sentí satisfecho y estaba dispuesto a alejarme tras molestarla, capté el perfume que había percibido en el ascensor el día anterior, emanaba de ella. Aspiré ligeramente. Me arrepentí de inmediato. La fragancia me lastimó las fosas nasales. Le guiñé el ojo al alejarme de ella, notablemente incómoda con mi cercanía ella miró para todos lados.

Llevé mis manos a los bolsillos para que reparara en mi autosuficiencia al descubrir su mentira.

—¿Es *Taylor Swift*, Bache? —Pregunté burlón.

—¡No lo es! ¡Y no me llames Bache! —Volvió a poner sus manos en la cintura.

—Lo eres y lo es, te encanta. Primero, cada vez que te veo escuchas lo mismo... Segundo, te lo explico de nuevo: Bache porque quien te ve, te esquiva y el que tropieza contigo te envía de viaje gratis a China —sonreí. Sus pómulos se pintaron de rojo.

—Mueres por tropezar conmigo —dijo no muy convencida.

—No te equivocas del todo —dije metiendo la mano en el cajón buscando el recibo de la guardia médica—. Solo quiero que me devuelvas mi dinero —dije tendiéndoselo.

—¿Qué clase de... —guardó silencio, yo aproveché y señalé mi herida haciendo un puchero— *Vo-volvamos* al tema del sobrenombre.

—No, quiero mi dinero —no hizo falta que dijera más. La vergüenza se dibujó en su rostro.

—¡N-no me ves hace meses! —Dijo recuperando el control.

—¿Por eso me diste un cabezazo? —Ironicé.

—¡Lo sé! ¡Lo siento! ¡Cuando me puse a pensar en ti por la tarde supe que había hecho y a quien!

—Wow... ¿Piensas en mí? ¡*Ternurita!* —continué con el mismo tono.

—Idiota...

—Lo sé —elevé mis hombros—, ya era hora que volvieras —dije sentándome de nuevo.

—¡Oh! ¿El Cara Plana me ha extrañado? —Preguntó juntando los labios como un pato.

—¡Claro! ¡Este lugar se vuelve monótono después de un tiempo cuando no anda rondando una psicópata pervertida! —Me burlé, ella en vez de defenderse y sonreír, como se suponía, abrió los ojos desmesuradamente sonrojándose en exceso. Supe que había ido demasiado lejos esta vez.

Entonces reparé en un detalle, sus ojos estaban puestos en Abel quien escuchaba atentamente nuestra conversación. Ella balbuceó algo inentendible antes de huir despavorida, una vez más, hacia el ascensor. Luego de que las puertas del se sellaran con ella dentro, volví mi vista hacia Abel quien me observaba con fingida preocupación.

—¿Qué ocurre?

—Déjame ofrecerte un consejo gratis —cerré mis ojos en frustración—. Debes saber elegir a tus citas... por eso nadie en esta oficina quiere acostarse contigo. Y nunca lo harán al ver a semejante desastre andante tonteando a tu alrededor. Prioridades... —Una vez esparcido su veneno se retiró hacia a la oficina de una de las ejecutivas, golpeó la puerta y de inmediato la entrada se abrió.

Abel tuvo cuidado en que nadie estuviera mirando en su dirección, solo para acariciar el final de la espalda de la joven Ejecutiva. Negué con la cabeza. Tomé los sobres de correspondencia y me pregunté, ¿qué pasaría si aquella niña supiera como es realmente su objeto de deseo?

LAS CARTAS SOBRE LA MESA

Ariadna

—¿Qué? ¿Qué te pague qué cosa? ¿Bache? ¿Qué todos me esquivan? ¿Encima te atreves a llamarme... Pervertida? ¿Yo? ¿Solo porque mi vida no es tan solitaria como la tuya? ¿Qué? ¡Ah! ¿Y delante de Agustín? ¿Quién te piensas que eres? ¿El ombligo del mundo? ¿El jefe del lugar? ¿El Patrón del mal? ¡No! ¡No mi amigo! ¡Te has metido con la chica equivocada! No porque tu sucia y solitaria cara ande rondando los alrededores arruinando la vida amorosa de lo demás, quiere decir que puedes hacer lo mismo con la mía vida. ¡Jamás! ¡Nunca me veras derrotada! ¡Y mucho menos a causa de tus comentarios innecesariamente desubicados! Y... ¡Puf! Mi mano colisionó con un estruendoso sonido contra su rostro —Informé indignada, moviéndome de un lado a otro en el reducido espacio que confería la habitación de Pilar mientras gesticulaba hasta con las manos, desahogándome y escupiendo los hechos, tal cual ocurrieron.

Ella, desde su lugar de espaldas al computador me observó a través de sus gafas de pasta con su gesto indiferente mientras el chupetín se derretía en su boca. Entonces, suspiró antes de tirar del palillo que sostenía el caramelo entre sus dientes, lo succionó haciendo un extraño ruido antes de señalarme con él.

—Admito que eres valiente al pensar siquiera que, incluso en tu mente, semejante estupidez ocurrió —volvió a introducir el caramelo a la boca y giró con su silla para teclear de nuevo en blog—. Te felicito, la mentira resultó muy entretenida.

Caí de rodillas de forma dramática ante su actitud, desacreditando mi relato sin inmutarse ni detenerse en mi dolor, ¡en mi vergüenza! Le envié miradas cargadas de veneno mientras ella continuaba atacando su teclado sin

descanso alguno. Exhalé con fuerza aun en el suelo observando detenidamente su habitación. Las paredes de mi derecha e izquierda estaban pintadas de rosa pálido, decoradas de un lado con fotografías nuestras, un puñado con un chico, o debería decir ya que fácilmente rondaría los treinta y cinco en caso de que no los superara con creces; y otras también los que parecían ser los padres del hombre, todo suposición mía claro está, ya que ella era bastante reservada con su vida. En las imágenes sonreía a sus anchas al lado del chico, o hacían gestos. Según ella solo eran amigos, pero yo creía que a ella le pasaban cosas con él, solo que conociéndola como lo hago, jamás lo admitiría.

La pared frente a mí, y a mi espalda eran blancas. No llevaba decoración alguna pues la de delante tenía la ventana a un lado, con su escritorio de cara al exterior, las cortinas eran de rosa bebe con puntillas en lugares estratégicos. A un lado de la mesa estanterías incrustadas a la pared llenas de libros que quizá jamás había oído de ellos alguna vez. Su cama, una de inmensas dimensiones, no entendía el porqué del tamaño pues era mucho más pequeña de cuerpo que yo, con sábanas también en tonos rosas y sobre ellas almohadones y osos de felpa, ¿de qué color? Sí. Exacto. También rosa.

A mi espalda se encontraba la puerta de salida que increíblemente era color caoba, cuyo letrero de *STOP*... Sí, era rosa. No rojo. ¡Rosa!

A veces me asustaba su nivel de *rositis aguda* que sufría, pues hasta pinceles, lapiceras, plumas, blusas, *jeans*, sudaderas, pulseras, libretas, celular, laptop, anillos, esmalte de uñas, adornos para la cabeza y eso por mencionar un par cosas... ¡En color rosa! Claro que su carácter estaba lejos de ser del mismo dulce tono. *Hmmm*... Podría decir que era... ¿Verde? Pues cuando se enojaba o algo no salía como ella esperaba se convertía en *Hulk*.

Mientras yo continuaba con mis divagaciones giró de golpe en su silla como si hubiera escuchado mis pensamientos. La mirada era fuerte, aunque el gesto en boca me indicaba que estaba pensando en algo.

—¿Por qué lo llamas Cara Plana? —Preguntó señalándome con el dulce.

—¿Por qué no? —Me crucé de piernas y elevé mis hombros al mismo tiempo.

—Es que no lo entiendo. Si no lo soportas, ¿por qué molestarse en darle un sobrenombre?

—No lo sé... me da igual...

—¿Sabes cómo se llama? —Afirmé, varias veces había entregado su correspondencia. Era el que más sobres recibía en el piso— ¿Aun así? —

Asentí de nuevo pero esta vez el movimiento de mi cabeza fue acompañado por un sonido de mi garganta— Uhm... es raro...

—¿Qué es raro? —Curioseé llevando mis manos hacia atrás para apoyarme en el suelo.

—Pues que a él no le moleste —pensó—. ¿Será que le gustas?

—¿Quién? ¿Yo? ¿A él? ¿Estás demente? —Exhalé con fuerza, ella asintió — No lo creo... —comencé a dudar.

—*Hmmm...* Solo piénsalo un segundo: te llama Bache y en ocasiones te dice Taylor Swift, lo cual quiere decir que te presta atención.

—O, ¡tal vez que es un idiota! —Me defendí.

—¿Hay alguna otra forma de que sepa que escuchas día y noche Taylor Swift?

—¿No pudo solo coincidir? —Abrí mis ojos—. Además, Bache lo escupe como si fuera un insulto.

—Dos: se acercó a ti y, ¡aspiró tu perfume!

—No aspiró mi perfume, contuvo su aliento para saber lo que escuchaba — insistí.

—Y tres... ¿Por qué querría hacerte pasar un mal momento frente a Agustín si no le interesaras? —Contra eso no pude discutir, tras pensármelo mejor la miré.

—¡Nooooo! —Entonamos al unísono riendo con ganas—. Pero ya, en serio —dije al calmarme—, ¿qué puedo hacer para que Agustín sepa que no soy la loca psicópata que escuchó decir al Cara Plana?

—No lo sé —admitió acomodando sus lentes en el puente de su nariz.

—Tú eres escritora, se supone eres una fuente inagotable de ideas.

—Tu sarcasmo no tiene lugar en este estrado —levantó una ceja en advertencia—. Sí, es cierto, escribo historias, pero, ¡no participo de ellas! —Dijo efusiva—. Además, no he estado en una relación amorosa en años — admitió, a lo que yo la miré sorprendida.

—¡No me vengas con esas mentiras! Tu nunca has estado en una relación porque has estado enamorada del chico de ese muro —señalé al susodicho—. Y nunca, nunca lo he visto por aquí. Lo que me lleva a interpretar que es tu amor platónico.

—No es mi amor platónico. *A-además* no estamos hablando sobre mí. ¡Si no sobre ti! Deberíamos de idear un plan infalible. Algo que haga que se enamore de ti sin que sepa que eres tú, y entonces ¡PAM! —aplaudió de golpe. Sobresaltándome.

—¡Me asustaste! —Grité de inmediato, llevé mis manos a la altura de mi pecho.

—¡Cae rendido a tus pies!

—Sí, si, como si fuera eso posible. Oye, soy una chica... No puedo enviarle flores o chocolates —ambas suspiramos en consecuencia y frustración; tras varios minutos en silencio ella pareció tener una idea.

—Cartas...

—¿Qué? —Dije incrédula.

—Cartas... ¡Escríbele cartas!

—¿Fumaste alguna plantita ilegal antes de que yo llegara? —Pregunté divertida, ella se puso en pie, se acercó a mí y me propinó un golpe duro en la cabeza, luego volvió a su antiguo lugar y torció la boca, signo de que la idea se hizo nítida en su mente.

—¡Solo piénsalo! Visualiza lo que te digo —exigió mirando en dirección al techo, yo la imité escuchando su voz perderse en el relato—. Tu repartes el correo cada mañana, indiferente te deslizas por los pasillos, no lo miras, finges no notar su presencia, hablas con Cara Plana dando a entender que te interesa, pero misteriosamente en su mesa, día tras día, llega una carta de color... Cada mañana un sobre es depositado en su mesa entre la correspondencia... Un lunes un rosa *fluor*, un martes un *dark pink*, un miércoles un rosa coral...

—¡Si, si ya entendí! —Dije interrumpiéndola, ella volvió a ponerse en pie, y esta vez me propino un golpe con la mano abierta en el brazo, el sonido retumbó en la habitación. No me queje, me lo tenía merecido y lo sabía, ella odiaba ser interrumpida cuando relataba algo que era creado en su cabeza, suspiró al volver a su asiento, entonces me observó—. No es mala idea —dije frotando la zona afectada—. Pero...

—¿Qué? —dijo de mala gana.

—¿Cara Plana? ¿Es eso realmente necesario?

—Obvio —contestó con un gesto en la boca— ¿No te gustaría estar metida en un triángulo amoroso? —Sus ojos brillaron con cierta malevolencia.

—¿Por qué? —me horroricé.

—Él no debe sospechar que eres tú... Además el chico no debe ser tan desagradable físicamente.

—¿Eh?

—¡Si! Si Agustín sabe quién eres no tendrá sentido, ¿dónde quedará el romanísimo de verse así mismo cortejado, sin saber quién es su doncella

misteriosa? ¿Dónde quedará el romanticismo de verse así mismo buscándola, sin conocer su rostro? —Su mano señaló el infinito y más allá.

—¡Pili... a veces me avergüenzas! —Volvió a ponerse en pie, pero antes de que dijera nada me disculpé; ella volvió a tomar asiento tomando una regla bastante larga entre sus manos— ¡Está bien, tienes razón! —Solté un poco nerviosa de su reacción, ella aun observaba el techo —. Pero tenemos un problema —analicé mejor la situación.

—¿Cuál?

—Pues que yo no sé qué escribir —dije desechando mis pensamientos.

—¿Consideras a eso un problema?

—Bueno... Si —elevé mis hombros—, un gran problema...

—Oye... ¿No habías dicho que de adolescente habías llenado de cartas de amor a tu novio?

—Sí, pero así me fue —contesté obviando mi situación actual.

—¡Pero ese fue otro caso!

—¡Es lo mismo! —Me quejé, ella torció el gesto y elevó la regla en el aire — ¡Está bien, está bien! —Me apresuré en decir antes de que la regla llegara a tocar mi sensible piel.

—No lo es... Agustín te gusta, ¿no? —Afirmé— ¿Qué tanto?

—Pues cuando estoy cerca de él, siento que el mundo simplemente se detiene al tenerlo frente a mí. Aunque no lo vea, mi cuerpo reacciona ante la expectativa de verlo. Mis manos tiemblan, mi pulso se dispara. No hace falta que diga nada, pues en sus ojos encuentro todo aquello que siempre anhelé, sus ojos profundos y tan claros como un día soleado... Además parece ser carismático siempre está rodeado de gente —sonreí y llevé mis manos a mis mejillas al sentir las calientes.

—¿Lo ves? No te será tan difícil... —Dejó a un lado la regla, tomó un lápiz y un papel y me lo tendió; la miré con curiosidad— No te irás de aquí hasta que termines la carta que le entregarás mañana.

—¡¿Qué?! ¡¿Mañana?! ¡¿P-pero por qué?! —mi cuerpo se tensó.

—Porque te conozco y sé que lo pospondrás diciendo que lo harás en la seguridad de tu casa, y eso, queridísima amiga, sabemos que es mentira.

—N-no puedo —tartamudeé ya con los artículos en mis manos.

—¡*That's bullshit!* —Gritó, luego se estiró— Siempre quise decir eso en voz alta. ¡Vamos! ¡Hazlo! —Exigió de nuevo. La miré, ella me conocía. Sabía exactamente qué eso precisamente haría y por eso le estaba agradecida.

Ella compartía la casa con su hermana menor, quien aún estudiaba en la universidad. Pilar sin embargo, era toda una graduada en Filosofía y Letras. Trabajaba conmigo en el correo desde el mismo día que yo, pero solo lo hacía para perder el tiempo. No tenía la necesidad de trabajar pues sus padres tenían el suficiente dinero como para que les alcance a sus bisnietos.

Pilar era de aproximadamente un metro con sesenta y cinco de estatura, rubia gracias a los decolorantes, el pelo lacio que apenas lograba pasar por debajo de sus hombros. Aunque su color natural era solo unos cuantos tonos más oscuros que el rubio casi platinado que llevaba, el color le sentaba de maravilla como si hubiese nacido así. Ojos castaños y risueños escondidos tras sus grandes lentes la mayoría del tiempo. De complexión física bien distribuida. Atractiva para algunos, común para otros. Yo la consideraba una gran mujer, era solo un par de años más joven que yo. Mientras yo alcanzaba ya los veintisiete ella rondaba los veinticuatro años. Tenía un blog en internet donde se dedicaba a escribir mil y un historias de amor, y a debatir sobre la vida. Aunque había publicado unos cuantos libros de autoayuda, ella prefería ser una “chica normal” que una chica de sociedad. Sus padres, aunque en principio no la habían apoyado, hoy la dejaban a cargo de su hermana pequeña lejos de casa para que se instruyera y, para que dejara de gastar.

Aileen era todo lo contrario a Pilar. Aunque no era una mala chica, vivía al pendiente de la moda, por suerte sin dejar de lado sus responsabilidades.

Fulminé el pedazo de papel en blanco sin tener idea de cómo iniciar. Cuando estaba a punto de pedirle una sugerencia a Pipi, se puso en pie ante el sonido de su celular. Con una sonrisa tomó entre sus manos el aparato y suspiró antes de contestar. Por su tono de voz, me atreví a pensar de qué se trataba del chico del retrato. Me dedicó una que otra mirada, al ver el papel aun ausente de palabras señaló sin dejar de prestar atención a su interlocutor. Sonrió con ganas e intercambió opiniones sobre algo de una cartelera. Parecía feliz. Sus ojos parecían llevar su propia constelación de lo brillantes que se veían.

Tras varios minutos, abrió la ventana de la habitación dejando correr un poco de aire fresco. El viento repentino hizo danzar a la fina cortina ayudándome con la falta de inspiración.

Tan pronto como la suave brisa acarició mi rostro, supe que escribir. Deslicé la tinta por el espacio en blanco garabateando letra tras letra. Pilar al verme levantó su pulgar mientras continuaba con su, al parecer, interesante conversación.

Solo fui capaz de pensar en unos ojos azules observándome con sorpresa. Deseché la conversación con Cara Plana de mi mente y solo me concentré en los ojos que tanto adoraba. Ya cuando estaba llegando el final del papel, por mi mente se cruzó la idea de que me reconociera. Una sonrisa se dibujó en mi mente ante aquello, ante la posibilidad de que simples palabras de amor me acercaran a él.

Una vez terminada la que sería la primera de muchas cartas, observé a Pilar, quien aún continuaba en el teléfono. Tomé unos de sus papeles de colores y transcribí en limpio lo que había hecho. Cuando se lo enseñé ella no parecía sorprendida, trató de despedirse de su interlocutor, pero al parecer, del otro lado no se lo estaban permitiendo. La observé moverse en busca de algo. Luego de varios minutos extrajo un sobre del mismo color del papel y me lo tendió.

¡Perdón! gesticuló a modo de disculpa pero yo solo le sonreí y le dije que la vería por la mañana en el correo. Ella asintió en lo que hacía gestos con la cara, me escoltó hasta la puerta de salida no muy convencida. Al parecer la conversación si le resultaba entretenida después de todo.

Una vez en los escalones del porche, me calcé los patines, acomodé mi casco mientras la música me acompañó de camino a casa.

Chris

Observé los sobres en la mesa. No se me antojaba abrirlos pues sospecha que provenían del Señor Bracamonte. Desde que había dejado el centro de adopción no hubo un solo día en el que éste no tratase de comunicarse conmigo. Fue peor cuando se enteró de que había dejado en orden todos los papeles para que Aldana y el Profesor Becker pudieran adoptar a Tommy cuando ellos estuvieran listos para hacerlo.

Aunque les estaba tomando más tiempo del que creí. A pesar de que me había alejado guardaba esperanzas con cada sobre que llegaba a mi mesa. Pero algo era seguro, ellos lo lograrían, tarde o temprano harían que todo funcione con el niño.

No existía nadie en el mundo más capacitados y preparados para ser padres del pequeño, de eso estaba seguro. Tommy había sufrido mucho más de lo que se le está permitido a cualquier persona mayor, y en Aldana había encontrado la madre que tanto necesitaba, aunque ambos lo podían en duda a diario. Las circunstancias no me favorecieron para convertirme en su padre, pero eso no me impedía que fuera feliz por él.

Nolan, ese niño era otra historia. Aún le hacía la vida imposible a Aldana, pero según las cartas de Tommy, se las apañaban bastante bien. El tiempo, finalmente, los hizo tolerantes unos con otros.

Adrián Bracamonte era testarudo e inteligente, no en vano seguía a la cabeza de su compañía. Mucho antes de que yo mismo decidiera que hacer con mi vida, él me advirtió de que yo huiría y hasta las razones. No le creí. Me negué a mí mismo y me convencí de que sobreviviría. Semanas después le di la razón, en todo.

El anciano había acogido de buena gana a Aldana y a Tommy... y para mi desgracia a Becker. A este último lo odiaba con la misma intensidad con la que amaba a Aldana, pero aunque me costara admitirlo, nadie podría estar al lado de ella, ni siquiera yo. Simplemente no estaba a su altura. Ni de Aldana, ni de Becker, ni de los niños. Simplemente eran perfectos el uno para el otro, mientras que yo solo era la pieza que estorbaba en su rompecabezas familiar.

Pensar en ellos dolía. Recibir noticias tuyas, lastimaba. Vivir sin Aldana no

era vida.

Alejé mis pensamientos y me puse en marcha. La oficina estaba vacía. Introduje todos los papeles en el maletín y me dirigí al ascensor a paso lento. Antes de que las puertas se cerraran por completo un extraño sonido captó mi atención. Detuve las puertas y contuve el aliento. Tuve la desagradable *suerte* de escuchar los gemidos provenientes de las primeras oficinas, que se encontraban al lado del ascensor. De inmediato entendí que no estaba solo. Presioné los botones con fuerza, incrédulo yo que creí que aquello apresuraría el maldito cubículo de metal; pero mí maldita mala suerte obro en mí contra, una vez más. Cuando las puertas parecían cerrarse éstas volvieron a abrirse en el momento preciso en el que sus quejidos placenteros eran más pronunciados. La piel se me erizó en repugnancia mientras con paso seguro y presuroso me encaminé a las escaleras de emergencia.

Mientras descendía no dediqué ni una sola mirada a mis espaldas. Ya cuando había descendido tres pisos, decidí tomarme un respiro antes de pujar las puertas de salida. ¿Acaso no tenían sentido de la decencia? De pronto la imagen de Bache me vino a la mente. Ella no tendría más de veinticinco años, y eso si es que llegaba a esa edad. Yo tenía la misma edad, o un poco menos cuando supe que estaba perdidamente enamorado de Aldana. Hoy con treinta y dos años podía sentirme orgulloso de mi mismo. Había logrado todo aquello que me había propuesto, exceptuando a la chica.

Con el aliento recuperado pujé de la puerta. Nada. Volví a intentarlo. Bufé incrédulo. Repetí una y otra vez hasta que me sentí satisfecho. No tenía un gramo de suerte en la vida.

—¡Aish...! ¿De verdad? ¡Maldición! ¡Maldición! ¡No es cierto! ¡Maldita sea!

Miré para arriba, hacia las escaleras y solo podía seguir pensando en maldiciones. Observé el reloj, no me había tomado más de diez minutos bajar las escaleras. Sopesé la posibilidad de que tal vez ya se hubieran ido. Decidí darles otros cinco minutos antes de deshacer mi camino, solo por si acaso, además no es que alguien estuviera esperando por mí. Si, a veces sueño muy lamentable.

Me preguntaba como lo conseguía. No es que quisiera tener una vida activamente sexual como la suya, pero no parecía hacer nada. ¿Era *sexappeal*? Las mujeres simplemente se le acercaban. No es que no confiara en mí, soy consciente de mi atractivo, pero simplemente no ocurría. No había

café en mi mesa a no ser que fuera yo mismo a buscarlo. Tampoco cajas con moños coloridos. Mucho menos lencería femenina en mis cajones.

Me estremecí con el solo recuerdo.

Suspiré en frustración y volví a fijarme en el reloj. Siete minutos. Escalón tras escalón me dirigí a la salida de emergencia. Solo si fuera el caso, y la suerte decidiera volcarse de mi parte, intenté abrir cada puerta de emergencia en cada piso. Nada. Una vez cerca de la puerta que me ofrecería mi libertad, del otro lado las exigencias eran mucho más sonoras que antes.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Pronto mis mejillas ardieron en vergüenza ajena. Una vez dentro del cuadro metálico cuando las puertas ya parecían cerrarse grité:

—¡Búsqense un maldito cuarto de hotel! —A todo pulmón.

Me llevé un susto de muerte cuando las puertas parecían abrirse de nuevo. Pero estas se cerraron llevándome al piso de abajo. En recepción el guardia de seguridad parecía estar muy concentrado, al pasar por su lado me observó con detenimiento por un momento mientras me dirigía a la salida, y luego volvió su vista a la pantalla que tenía tras el mostrador. ¿Sería posible? Negué la posibilidad de que el guarda tuviera acceso a la escena “triple X” de Abel.

Al salir, el sol estaba escondiéndose tras unas nubes furiosas, deseosas de largarse a llorar. Decidí no darle oportunidad al cielo de empaparme y tomé un taxi. Ya en la comodidad de mi casa, tras un baño largo y frío, y con mis pensamientos más claros creí correcto abrir las cartas de Bracamonte.

Como era de esperarse, se explayó en las condiciones de la casa, en cómo necesitan de mi asesoría en el centro y sin falta el pellizco que yo llamo: *la extorsión suprema*. Que los chicos más grandes preguntaban por mí y necesitaban de mi imagen masculina. Solo podía sonreír con semejante treta.

En su carta también confesaba sobre su deteriorada salud, pero pedía que evitara la preocupación hacia él, ya que ansiaba estar en compañía de su amaba Elena. Poco y nada mencionaba sobre la pareja, mientras que con ferviente cariño se expresaba de los niños. Tras la despedida advirtió que adjuntaba los dibujos que Tommy me dedicaba y una carta de Nolan.

Me dediqué a observar los detalles en los dibujos de los más pequeños mientras que la carta del otro niño, sin siquiera abrirlo, lo escondí en el fondo del cajón del escritorio. No estaba listo para leerlo. Tampoco tenía ganas de saber lo bien que estaban ellos, porque a pesar de no leerlo, mi corazón presiente cada palabra escrita en el papel. Diría cosas como: lo están

haciendo bien, realmente son el uno para el otro, vuelven a ser los de antes... Se aman mutuamente.

Son palabras realmente lapidarias.

Me dirigí a la cocina y encontré la heladera vacía. Había olvidado por completo ir al supermercado. Cogí un abrigo con capucha y tomé las llaves. El cielo estaba en su auge, cualquier momento era el indicado para largarse a llover. Maldije para mis adentros. Cuando recaudaba coraje Pipi apareció en mi vista panorámica. Como siempre, sonriendo mientras tarareaba alguna estúpida canción con las bolsas de basura en mano.

—Dicen que, si mencionas al Diablo, este aparece. ¿No te resulta gracioso? —Dijo un tanto divertida—. Y aquí estas, frente a mi edificio.

—Nuestro —la corregí—. ¿Acaso mi hermano insiste en encontrarme? —Pregunté cerrando la campera y acomodando la capucha por sobre mi cabeza.

—Ya se me acabaron las ideas, no sé qué mentira inventarme. —Lamentó haciendo su boca a un lado.

—¡Sé que sabrás que decirle! Seguro algo se te ocurrirá. Eres buena inventando cosas.

—Eso se oyó como un insulto —levantó una ceja—. Estoy segura de que no podré —Guardamos silencio. Finas gotas con forma de neblina comenzaron a caer del cielo, y con ello también la temperatura. Fui capaz de sentir el frío colándose entre mis prendas—. ¿Ibas de salida?

—Tengo hambre y la heladera está vacía... Literalmente, ni siquiera botellas de soda o agua —ella sonrió.

—Típico de ti. Voy a por mis llaves —dijo elevando sus dedos y guiñándome el ojo. Ni siquiera me molestó en detenerla.

Pipi era como una hermana menor para mí. Pequeña, atrevida, de lengua rápida. Con una imaginación tremenda. Ella había estudiado en la misma universidad que yo, hasta se había cruzado un par de veces con el Profesor Becker, así que estaba al tanto de mi situación. Nos conocíamos desde hacía años. Sus padres eran dueños de una cadena de supermercados, mientras que los míos sus asesores legales. No era difícil llegar a ser amigos y menos con las reuniones constantes que tenían, ya sea en su casa o en la nuestra. No era muy difícil cruzarnos cuando su casa quedaba al otro lado de mi calle.

Siempre habíamos estado juntos hasta que un día decidió abrir sus alas, expandir su mente y ver mundo, mientras yo me ataba a Aldana, solo para que tiempo después nos reencontráramos en el mismo edificio cuando decidí

dejar todo atrás incluidos mis sueños y esperanzas.

Entendía que al pedirle que no le contara nada a mi hermano estaba poniendo en peligro su amistad con él. German era un gran hermano, pero algo entrometido. Esa fue una de las razones por las que terminó siendo el abogado de Aldana en su divorcio. Y también fue la misma excusa por la que terminé ayudando a Esteban a que no se divorciara de ella.

Pipi volvió de inmediato vestida de manera divertida, con colores que no combinaban con nada. Yo no era un amante de la moda, pero sabía que su vestimenta era como un puñal a algún diseñador glamoroso. Me sonrió con malicia mientras nos dirigíamos hacia su auto. De camino al almacén me regañaba por el hecho de aun no tener automóvil. Insistía en los beneficios de adquirir uno, y me recordaba que si el problema era el dinero ella me lo prestaría. La observé ceñudo, ella se limitó a exhibir su lengua mientras nos estacionábamos lo más cerca posible de la entrada, ya que la lluvia sin contemplación alguna había decidido derramar sus incontenibles aguas.

Empapados, era una definición mínima para nuestro estado tras correr los dos metros de distancia entre la puerta del automóvil a la entrada. Pipi detestaba mojarse, odiaba los días grises y la lluvia, razón por la que su expresión de locura y desquicio asaltaba su rostro. Tiré de un carrito mientras ella se movía como un robot delante de mí. Dentro del establecimiento se estaba lindo. La calefacción estaba encendida en compañía de canciones tranquilas. Pasillo tras pasillo transitábamos cargando el chango con comestibles y necesidades básicas. O eso creí hasta que me percaté de que solo habíamos tomado puros vegetales. Mi acompañante se interpuso en mi camino al descubrir a donde me dirigía. Un puchero se dibujó en sus labios cuando me dispuse a elegir carne. Ella al ser vegana, intentaba por todos los medios que la gente a su alrededor también lo fuera.

—Si piensas que al hacer berrinche pensaré en los animales que me como, estas equivocada —dije lanzando un buen pedazo de carne de primera al carrito.

—¿Pero no piensas en como sufren al morir? —Preguntó en un tono de voz conciliador.

—No —dije luego de un silencio dramático, entonces, sin siquiera esperarlo un sonido surgió de mis entrañas—. Pienso en como sufriré yo al morirme de hambre —señalé mi estómago—. Acabas de escucharlo. Imaginarme a mí mismo comiendo lechuguita —negué con la cabeza en lo que el rugido volvió a estremecerme.

—¡Ya deja de hacerte pasar por víctima!

—No es lo mío —susurré en su oído a sabiendas que odiaba aquello.

—¡Aish! —Se estremeció antes de levantar su mano.

—¿Qué? ¿Me golpearás? —Me burlé, pero cuando se disponía a reaccionar un estornudo desprendió de ella con fuerza tomándonos por sorpresa. Una sensación de violencia recorrió mi espalda.

—¡L-lo siento! —Dijo cubriendo su rostro. Desde mi posición elevada solo atiné a mirarla con desprecio. Busqué en mis bolsillos algún indicio de la existencia de un pañuelo y respiré tranquilo al sacarlo. Limpié los restos de su estornudo de mi canguro con rabia notable, mientras ella intentaba comprimir su sonrisa.

—Solo suelta una carcajada... ¡Una sola! —Advertí—. ¡Y todos sabrán por qué te llamo Pipi! —De inmediato se ruborizó, indignada.

No sonrió, ni tampoco me molestó. Me la pase molestándola para que sonriera, pero ella sabía que si lo hacía yo aprovecharía esa ventaja. Pagué mis productos y también los de ella, aunque fue muy débil su intento de detenerme, me reí con ganas de su actitud.

Ya en mi piso, ambos nos pusimos manos a la obra con la cena. Como era costumbre ella cenaría conmigo y me ayudaría en la cocina. Siempre alababa mi mano para la hora de preparar algo rápido y efectivo para el hambre que nos atacaba a cualquier hora. Mientras lo hacíamos ella me comentaba sobre su trabajo. Escribía artículos para una revista. Aunque su concentración de inmediato brincó al siguiente dilema, saltaba de un tema a otro sin tomarse un respiro. Ella al igual que yo, no salía con nadie y sospechaba que se debía a mi hermano. No estaba seguro del todo, tampoco es que ella diera indicios de que así fuera, pero tenía aquel presentimiento. La observé por un minuto, y deseé que no fuera ese el motivo de su soledad, pues no quería que sufriera por un amor unilateral de por vida. Amaba a mi hermano, era uno de los hombres que más admiraba, pero siendo sincero, sabía la clase de persona que era y definitivamente no era el tipo príncipe azul en caballo blanco y heroico que ella merecía.

Ya en la mesa, al parecer cansada de su monólogo inició con su interrogatorio. Yo, como siempre comenté las cosas de la oficina y como broche de oro reímos de mi mala suerte al terminar de decirle lo que aconteció a la salida. En medio de lo que parecía ser buen momento, me asaltó la imagen del rostro compungido de la chica del correo luego de

haberme burlado de ella. Esperaba que no se hubiera ofendido, y mucho menos porque la lacra de Abel alcanzará a escuchar algo de ella.

Finalizada la cena, Pipi se retiró a su piso. Yo tomé el sobre del fondo del cajón y lo llevé conmigo a la habitación. Me recosté en la cama y le di mil vueltas al que contenía la carta de Nolan. Pasada la medianoche, tiré de la gaveta de la mesita de luz y volví a esconder el sobre azul. Apagué la lámpara y me dejé llevar por la oscuridad con una estúpida canción sonando en el fondo de mi inconciencia.

ENVIADO... ¿ RECIBIDO? Ariadna

Tomé de un solo sorbo lo que quedaba de mi té. El sol apenas asomaba en el horizonte, brillante. La lluvia de la tarde anterior había traído consigo una brisa fresca y fría advirtiendo que el otoño pronto estaría tocando nuestras puertas. Observé el sobre de color rosa furioso que contenía mi primera declaración... No puedo llamarlo declaración de amor, cuando es la declaración de mi existencia. Hasta ayer la idea se me antojaba descabellada y ridícula. Pero la verdad, hoy, con la mente libre de cualquier pensamiento, luego de pasar casi toda la noche pensando en los pros y contra... No era tan mala la idea. Después de todo, no lleva ni remitente, así que estaría a salvo en el caso que no funcionara. ¿Cierto?

Llevaba mucho tiempo sola. Y, a decir verdad, extrañaba la compañía de alguien en las mañanas. Extrañaba las caricias y los besos. Sobre todo, los besos. Mis labios ya estaban tiosos de lo quietos que han estado. Pero también los buenos días. Las buenas noches. Las caminatas tomándonos de las manos... Aunque tenía miedo de volver a enamorarme, sabía que en aquel edificio donde entregaba la correspondencia estaba la persona con quien terminaría mis días. La persona que me recitaría mil poemas de amor, que me dedicaría alguna canción, con quien volvería a compartir la mesa de la cocina con una humeante taza. Llevé mis manos frías a mis mejillas al sentir que ardían.

Agustín era el indicado. Definitivamente lo era. Llevaba mucho tiempo observándolo para saber qué clase de persona era. Trabajaba para una ONG que defendía a los niños, lo que quería decir que era bueno con ellos y que tenía buen corazón. Era alto, elegante, siempre impecablemente vestido. Aunque su mirada muchas veces era fría su voz era seductora. Tal vez su mirada se debiera a un pasado desgarrador donde le rompieron el corazón, igual que a mí. Si ese era el caso, ambos podríamos sanar las heridas del otro.

Suspiré en dirección al papel de color chillón. Esperaba, realmente deseaba que funcionara. Llevé mis manos hasta el sobre y luego las alejé. Si lo releía, lo modificaría y eso significaría que lo pospondría hasta nuevo aviso. Y terminaría ocurriendo lo mismo que con mi jardín. Me dirigí a la ventana de la cocina que daba al jardín de adelante. Era un horror.

Tendría que buscar tiempo y arreglarlo. Tal vez el fin de semana. O a fin de mes, necesitaba muchas cosas que no tenía y debía comprar para tener el jardín que deseaba.

Volví a suspirar. Sería mucho más fácil si pagaba a alguien por hacerlo. Lo mío eran las matemáticas no el bricolaje, al menos eso ha sido durante el último tiempo.

Tras perder el tiempo como siempre, regresé a mi habitación, me tomé una ducha y me vestí para el trabajo. Dedicué una mirada a mi cabello. La idea de cortármelo al no poder manejarlo cruzó por mi cabeza. Pero si cortarlo significaría volver a ver el rostro de anteaño... La idea de volvérmela a cruzar exalto mi espalda. No deseaba enfrentarla a ella. Aún no. No estaba lista.

Pasé el peine con furia, desenredando el nido de pájaros que parecía mi cabeza en ese momento. Al ver que no era bueno para mi imagen social salir así, opté por una trenza. Pero tampoco era buena en eso. Así que fui directo a

YouTube. Pili siempre decía que si no sabes que hacer: ¡*BUSCA EN YOUTUBE!* En el buscador escribí la palabra *TRENZA* y una lista infinita de videos apareció. Le dediqué a la cacería casi diez minutos. Cuando encontré la que resultaría más fácil, le di *play* e imité todo lo que la chica de la pantalla del computador decía. Al finalizar, luego de treinta minutos, comparé el resultado de la chica y el mío. ¡En nada se parecían! Oh, a excepción del mechón suelto de detrás de la oreja. Torcí el gesto y deshice el desastre de mi pelo volviendo a empezar. Tras otros veinte minutos el resultado no era la misma que esperaba, pero conociéndome, mejor que esto no lo lograría. Mi fleco lo tenía muy largo, pero tampoco como para que lo corte, porque si lo hiciera significaría dinero invertido en terapia el tiempo que me durara el flequillo. Así que lo acomodé a un costado, como había visto lo hacían en la oficina de Agustín. Tal vez el leve cambio produjera que se fijara en mí.

La idea de que él notara un cambio en mi look me ofreció la confianza que me faltaba. Corrí a mi habitación con energía recargada me vestí con un pantalón de jean azul oscuro, una camisa de botones holgada color verde musgo, la parte delantera solo con el movimiento mostraba apenas una línea de piel, mientras que atrás colgaba hasta la mitad de mi trasero, una campera oscura encima y listo. Me pasé mascara de pestañas por primera vez en años. Me sorprendí que el maquillaje no estuviera ni seco o mal oliente. No estaba acostumbrada a maquillarme y si lo hacía, solo era por insistencia de Pili y utilizando material de su cuarto. Comprobé mí reflejo luego de calzarme unas zapatillas, no tenía sentido que vistiera zapatos elegantes si luego andaría con los patines. Le sonreí a la imagen que me devolvía el espejo. Hoy sería un gran día definitivamente.

Cambié mis auriculares grandes por unas pequeñas, para que mi intento de peinado despreocupado se luciera. Guardé el sobre rosa en el bolsillo de mi morral con el pulso disparado, tomé los patines y los guardé, descolgué el casco y aseguré la puerta al salir.

—¡Buenos días Señora Thomas! —Saludé a mi vecina, pero como siempre pareció no escucharme, así que decidí ponerme cerca de ella y saludarla de forma más efusiva— ¡BUENOS DIAS SEÑORA THOMAS!

—¡Oh! —La anciana giró sobre sus talones al oírme y exclamó al verme tan cerca, tuve que tomarla de los codos para que no se cayera al suelo— ¡Oh, Ariadna! —Suspiró llevándose la mano temblorosa al pecho, una vez calmada me golpeo el brazo.

—¡Hey!

—Hey ¡Nada! ¡Me has asustado niña tonta! ¡Creí que ya te habías ido! —
Me regañó.

La Señora Thomas era algo así como la madre de todo el barrio. Había conocido a mi abuela, a mis padres y ahora a mí. Siempre estaba al pendiente de todo lo que les ocurría a todos, y siempre, siempre estaba informada. Todos la llamaban “*La patrulla del barrio*”, por lo chismosa, yo prefería no imaginarla tras la ventana espiando a todos.

—Hija... Si tu abuela viviera estaría decepcionada de tu jardín —comentó en tono conciliador. ¿Mencioné que cada que tiene tiempo me echa en cara las malas hierbas que tengo por jardín? ¿No? Bueno ya lo saben— ¡O tal vez sí lo sabe y está revolcándose en su tumba! —abrió los ojos con burla, hice una mueca fingiendo alegría.

Sus chistes nunca tenían gracia.

Tras despedirme, escurriéndome de su cuestionario de por qué no me consigo una pareja antes de que mis ovarios se sequen, escuché algo de que quería presentarme a su nieto. Solo afirmé mientras corría a la parada del bus con un escalofrío recorriéndome la espalda. Algo peor que la Señora Thomas como vecina, debe ser la Señora Thomas como abuela y suegra. ¿Imaginan a una persona no solo cuestionando cada movimiento, sino también estando al tanto de todo lo que ocurre? Me estremecí de solo visualizarlo.

Al llegar al correo, aún era temprano, solo unas pocas personas estaban en el edificio. Como era habitual dejé mi casco en la entrada de seguridad, charlé con el guarda cerca de unos quince minutos sobre temas esenciales, ya saben, la familia, hijos, futuro. En eso, Pilar llegó hasta nosotros y con un chupetín en su boca saludó al guarda, tiró de mi camisa y nos arrastró hasta los ascensores. Con un gesto de los dedos me pidió que le entregara el sobre, yo sonreí apenada, pues no me sentía tan segura de que alguien más lo leyera.

—¡Vamos! ¡Entrégamelo! ¡De lo contrario luego no podré hacerlo con toda la gente de la oficina rondando! —Se quejó. Con un suspiro se lo entregué procurando deslizarlo del bolsillo lo más lento posible, su impaciencia hizo que el sobre fuera arrancado, literalmente, de entre mis manos arrugándose un poco.

—Ah....

—¿Qué? ¡Estabas dramatizándolo! ¡Sabes que odio los dramas! —Primero sacó su lengua exhibiendo luego sus blancos dientes.

Las puertas del ascensor se abrieron y nos dirigimos a la sala de juntas, donde cada mañana desayunábamos todos juntos, nos decían lo que significaba ser cartero y nos endulzaban los oídos diciendo que el trabajo arduo y honorífico y, sobre todo, responsable que teníamos para con la sociedad, para luego remontarnos a la época donde los carteros entregaban las más duras noticias en épocas de guerra.

Pili caminaba sin apartar los ojos del papel rosa en lo que caminábamos por los pasillos desiertos hasta la cafetera. Tomé dos tazas y me dediqué a preparar el café, ella volvió a colocar la carta en el sobre y con una mirada que no comprendí del todo tomó mis manos y me lo entregó.

—Yo prepararé el café —susurró con una mueca, la observé.

—¿Tan mal lo hice? —Pregunté.

—No. ¡Es que tu café es asqueroso! —Abrí los ojos desmesuradamente ante su respuesta, ella me hizo a un lado y comenzó a batir la nueva mezcla en la taza para que tuviera algo de espuma; la indignación me impidió contradecirla.

—¿¡Y!?! —Dije casi exasperada.

—*Hmmm...* No está mal —comentó sin mirarme.

—¿Qué? ¿No está mal? —Repetí a pesar de haberla escuchado. *¿Eso significa que era horrible?* Ella me enfrentó, su mirada era dura a pesar de sus lentes.

—Es lo más dulce que he leído en mi vida —la escuché decir con una sonrisa incrédula, torcí mi cabeza al no comprender su comentario y su gesto.

—No lo entiendo —admití, ella acomodó sus lentes antes de continuar.

—Eso. Lo que escribiste parece que lo has escrito con el corazón. Y de verdad sentí que te gustaba... al desconocido me refiero.

—Es que si te pones a pensar es un desconocido —elevé mis hombros—, pero cada vez que estoy cerca del edificio siento una emoción incontenible, como si lo que es mío estuviera ahí...

—También está Cara Plana —comentó, de inmediato cambié mi expresión.

—¿Qué quieres decir?

—Nada... Es solo que debe ser un chico guapo —la miré anonadada—. ¡Debe serlo! ¡Recuerda que siempre repudias a aquellos que se creen guapos! —se defendió.

—Eso es lo raro... Él siempre esta solo —recordé—. No es especialmente “no guapo” —acompañé con comentario con las comillas.

—¡Perfecto! —Exclamó.

—¡Es necesario que deba despistar! Y peor aún, ¿que él sea el *despiste*?

—Analicemos juntas. ¿Está bien? —Volvió a acomodar sus lentes en el puente de su nariz—. Cara Plana no te gusta, y Agustín te ha visto con él, ¿cuantas veces? ¿Un par? ¿Cuatro?

—Siempre...

—¿Disculpa? —Miró con interés en mi dirección.

—Desde que comencé a entregar la correspondencia allí. Se ha ensañado conmigo. ¡Siempre está molestándome! —Me quejé.

—¿Solo a mí me resulta de lo más interesante este asunto? ¡Olvídalo! Volviendo a nuestro cebo, ¡es perfecto! Agustín jamás sospechara que eres tú, pues lo más probable es que piense que estás enredándote con su compañera.

—¡¿QUE?! —Grité dos octavas más alto de lo normal, hasta ese entonces no reparé en que ya había unas cuantas personas en el piso. Pili me dedicó una mirada de advertencia. Ella odiaba llamar la atención, algo irónico por la forma en que siempre iba vestida y su obsesión por el rosa.

—Vuelves a gritar así y no volverás a ser amiga mía. Es más, te desconozco.

—Yo no digo nada cuando sales con un gorro de conejo, donde las orejas te llegan hasta el omoplato —ella fingió su mejor cara de indignación, yo solo sonreí.

—¡Nos estamos yendo por las ramas! —Dijo entregándome la taza de café.

—¡Tu iniciaste al emparejarme con Cara Plana! —Me quejé.

—Por cierto... ¿Cómo se llama nuestro misterioso “*damiselle*”?

—¿*Hmmm*? ¿Quién?

—¡Cara Plana, tonta!

—No lo sé....

—¿No dijiste ayer mismo que sí sabías como su nombre? —Elevé mis hombros— ¡Vamos! — Animó con una sonrisa.

—*Aish*... ¡Está bien! Christian...

—¿*Christian*? —Repitió algo sorprendida.

—Lo sé... Un nombre lindo para alguien insoportable, ¿cierto? Pero, ¿qué puedo decir?

—¿Y su apellido?

—No se pronunciarlo —Admití algo avergonzada, ella tomó un pedazo de papel de ningún lado y me lo tendió, la observé dudosa.

—Escríbelo —exigió al tiempo que arrojaba el palito con lo que quedaba del chupetín al basurero.

—¿Qué? ¿Para qué lo quieres? ¿Lo buscarás en *Facebook* y le enviarás una solicitud de amistad? —Me burlé, pero ella no sonrió.

Algo en su expresión me dijo que hablaba en serio, así que garabateé el apellido en el papel, pero cuando iba a entregárselo, Sofí, la secretaria del jefe entró en la cafetería y a voz de grito exigió la presencia de Pili en la oficina del jefe. La última me observó aterrada, odiaba cuando el jefe la llamaba, pues siempre era para llamarle la atención. Observé el pedazo de papel donde había escrito el apellido y por alguna extraña razón, por primera vez me resultó familiar. Y no por el trabajo.

Busqué en los recovecos de mi mente, pero por la hora, este parecía no querer cooperar.

Tras el café y sin Pili por los alrededores, fui hasta la sala donde inició la reunión matinal. Escuché sin escuchar una vez más la historia de los inicios de la empresa, sintiendo el peso del sobre en mi morral. Ya cuando nos desearon buena suerte, tomé una de las revistas de la mesa, fui directo a la página de horóscopo. Sonreí al leer que hoy si sería un buen día.

Fui al encuentro de Joshua, que al parecer volvía a ser el mismo de siempre. Lo miré con sospecha. Había algo raro en él que no comprendía del todo.

—¿Ocurre algo Joshua?

—Nada —dijo tajante.

—¿Seguro? —Insistí, y éste cambio radicalmente su expresión antes de estallarse de la risa, una vez más.

—¿Cómo te fue con tu *Príncipe Encantador*? ¿Te reconoció? ¿Te invitó a salir? ¡Ya sé! Se comprometieron, ¿verdad? —Preguntó curioso apoyándose en el mostrador, me maldije a mí misma al preocuparme por él.

—¡Te enviare la tarjeta de casamiento! —Siseé, a lo que él carcajeó con fuerza.

—¡Procura anotar bien la dirección del cementerio! —Lo oí gritar luego de que le arrancara los sobres correspondientes del día.

Rechinado los dientes pasé de largo hasta el guarda de seguridad, tomé me casco y me dirigí a la calle. Como el humor debía ser especial el día de hoy, decidí que la música en mi reproductor lo haría. Sería algo más fuerte. Romántico, pero fuerte.

Hice mi trabajo como siempre y dejando para lo último mi lugar favorito.

El típico olor a lavanda me inundó al pasar la entrada. Saludé a Carla, la recepcionista, quien como era de esperarse me dejó pasar al edificio no sin antes tomar mi casco y halagar mi atuendo. No perdió la oportunidad de indagar si existía alguien en mi vida a lo que yo negué, pero le aseguré que esperaba que pronto alguien se diera cuenta de que yo existía. Ella alejó su mirada de mi ante la llegada de alguien, no pude ver de quien se trataba pues se había colocado fuera de mi campo de visión, pero sea quien fuera, había hecho a Carla sonrojarse. Lo tomé como un buen augurio. *Bien por ella*, me dije mientras subía al quinto piso.

En el ascensor fui separando por nombre los sobres dejando la mía entre la correspondencia de Agustín, que era el departamento de defensa del menor. Siempre los sobres que llegaban para él iban dirigidos a nadie en específico sino más bien al departamento correspondiente, por tanto, me dificultaba saber su nombre completo.

Al abrirse las puertas me sentí pequeña. De repente la valentía que sentía minutos antes no era suficiente. Temblorosa me deslicé por los pasillos entregando la correspondencia. Cada cubículo me fue restando fuerza. La primera entrega fue la del Cara Plana, que por suerte no se lo veía por los alrededores, observé su lugar de trabajo con cuidado; era tan ordenado y meticuloso, todo parecía estar separado por color y tamaño, una pequeña maseta con un helecho pequeñito estaba descansando en una esquina y no estaba muerta. La única fotografía ponchada contra el corcho era la de dos niños, uno de ellos no debía tener más de cuatro años de cabellos claros que caían sobre su rostro de forma desordenada, mientras que el otro parecía más grande, tal vez unos ocho o nueve años de cabellos oscuros y enmarañados. Ambos sonreían. *Tal vez fueran sus hijos*, pensé. Luego deshice esa idea. No tenía cara de ser buen padre. Tampoco había visto anillo en su dedo importante.

Luego el de los demás. Por último, llegué a la oficina de Agustín. Parecía algo sombrío sin fotografías o apuntes, solo papeles esparcidos en dos escritorios. Con cuidado dejé los sobres, mis manos temblaban, la garganta la sentí repentinamente seca. Me sentía mareada.

A punto estuve de tomar de nuevo la carta y huir lo más rápido posible, pero el sonido de una puerta siendo cerrada de golpe a mis espaldas me sobresaltó. Asustada giré para toparme con unos ojos azules furiosos. Una mueca de disgusto fue desvaneciéndose de su rostro conforme me observaba

con notoria sorpresa.

—¡Y-ya me voy! —Tartamudeé intentando tragar con fuerza.

—¿Sin desearme los buenos días? ¡Qué fea actitud! —Se burló acercándose peligrosamente, a pesar del tono de su voz, sus ojos aún parecían molestos; ni siquiera pude responder pues me sentía perdida en su dura mirada— ¿Te comieron la lengua los ratones? —Dijo exhibiendo sus blancos dientes al tiempo que sus labios se curvaban de un lado. Una fragancia exquisita, que en mi vida había sentido, inundó mis fosas nasales.

Se encontraba tan cerca, podía verlo bien. Su piel, que había creído áspera, parecía tan suave a pesar de la barba de varios días que surcaba su rostro. Sus ojos tan azules como el océano e igual de profundos y tempestuosos.

—Nunca supe tu nombre —susurró peligrosamente cerca, yo a tientas busqué la forma de salir, pero me tenía acorralada contra la mesa a mis espaldas.

—¡Y después niegas que tienen algo! —se escuchó una voz interrumpiendo el momento.

En un principio no lo reconocí. Pero ni Chris alejaba su cercanía ni yo podía alejar mi mirada. Me sentía prisionera. Existía algo en sus ojos que no cuadraba con el gesto burlón de sus labios. Al final, llevó sus manos a sus bolsillos y de forma despreocupada giró para mirar al que nos había... ¿interrumpido sería la palabra? A duras penas me erguí de nuevo.

—Te dije que dejaras de molestarme —era la primera vez que oía ese tono de voz en Chris, conmigo siempre había sido burlón o demandante, pero ahora podía diferenciar el enojo, ¿era eso posible?

Levanté la vista solo para toparme con otros ojos azules, solo que más claros que los anteriores. Agustín llevaba solo el pantalón oscuro y una camisa azul sin corbata. Se veía tan guapo que de inmediato sentí mis mejillas arder ante la situación. Me observó con el reproche escrito en su rostro. Tragué saliva con fuerza y me despedí con la mano al mismo tiempo que intentaba de que las ruedas no me hicieran caer al suelo.

Chris

Aldana...

Aldana...

¡Maldita seas Aldana!

Veía las noticias, Aldana. Subía al metro, alguien llamada Aldana era nombrada. Llegaba al centro, el taxista tenía como apellido Aldana. ¿Qué le pasaba a este mundo? ¿De verdad estaba pagando por haberme enamorado de una mujer que estaba prácticamente comprometida con otro tipo desde su adolescencia?

Paz... Solo un poco de paz. No quería nada más, solo paz. ¿De verdad era mucho pedir? Me sentía el único hombre sobre la tierra sufriendo así. Tal vez Pipi tenía razón y en realidad necesitaba de ayuda profesional. Ofuscado en mis pensamientos un golpe contra mi escritorio me devolvió a la realidad.

—Dabance a mi oficina, ¡ahora! —Exigió Avril, mi jefa en el departamento de Derechos del Niño.

—No gracias. Estoy cómodo aquí —sonreí con fastidio, pues sospechaba que iría la repentina reunión.

—¡Dabance! —Seseó entre dientes.

—Está bien —de mala gana me puse en pie.

Me llevé las manos a los bolsillos al tiempo que la seguía en dirección a su oficina. Avril no era muy alta, pero tenía presencia. Era cuidadosa con su aspecto tanto en su físico como en su trabajo. Su pelo rubio acariciaba sus hombros. Embutida en un traje de dos piezas, saco y falda, contoneaba sus caderas al tiempo que sus zapatos marcaban el paso. Podía sentir la mirada de Abel a mis espaldas. Sus pensamientos se hacían oír en la distancia. Pero yo no era como él, me ofendía que pensara siquiera que la acompañaba con la misma intención con la que él solía hacerlo.

Avril cerró la puerta con fuerza mientras yo tomaba asiento frente a su escritorio. Ella, elegantemente se ubicó frente a mí, se recostó contra el sello y cruzo sus piernas, entrelazo sus dedos, posiciono sus codos sobre el reposabrazos y me observo fijo.

No dije una palabra, solo me acomodé sin estar seguro si parecía estarlo o no. Ella no dijo nada, pero acercó sus manos hasta el teléfono y se comunicó con el interno de su secretaria.

—Tráenos una taza de café, ¿para ti té? y que nadie nos interrumpa —dijo antes de cortar.

—Oh, ¡por favor! —Rechisté.

—¡Por favor, nada! —Dijo volviendo a su posición anterior—. Ya lo hemos hablado, creí haber sido clara contigo. Y también creí haber llegado a un acuerdo —suspiré. *Llegaste a un acuerdo con Abel*, pensé al recordar sus gritos de días atrás, un escalofrió recorrió mi espalda en repugnancia—. Te considero una persona dentro de sus cabales. ¡No puedes andar contradiciendo, cual niño pequeño malcriado que no quieres estar en una oficina! —Escupió a modo de grito.

En eso, su secretaria se introdujo a la oficina con las dos bebidas, me dedicó una mirada extraña, ¿compasión tal vez? Cuando la joven iba a preguntar algo Avril la interrumpió diciéndole de mala gana que se retirara.

—Volviendo al tema —levanté la mano para interrumpirla.

—¿Tienes queja alguna de mi trabajo?

—No...

—¿Has recibido quejas, te han llegado tarde los papeles? ¿Los abogados han dicho que he redactado mal algún documento? ¿Bracamonte o Uruena han dicho algo en contra de mi trabajo?

—*B-bueno* no...

—¿Entonces? —Interrumpí de nuevo—. ¿Qué tiene que ver mi trabajo con una oficina o un cubículo? —Pregunté, ella cambió radicalmente su expresión.

—Déjame recordarte que eres uno de los principales asistentes sociales aquí. No puedes recibir siempre a nuestros clientes en la sala de juntas, para eso se inventaron las oficinas. Para crear jerarquías.

—Creí que se inventaron por privacidad —levantó una ceja antes de continuar.

—Y debes estar en una oficina con Abel Daniels. Estoy hasta la coronilla de sus pleitos de egos y...

—¿Pleitos de egos? —Dije exasperado—. ¿Te estas escuchando? ¿Sabes siquiera el porqué de que no podamos estar en la misma oficina?

—Trabajan en el mismo piso —alegó—, compiten por los casos.

—¡Sin ser destruidos me refiero! —Me quejé.

—Chris —dijo en un suspiro—, tú y yo nos conocemos hace años. Conozco a tu hermano y tú conoces a mi familia. No debemos pasar por esto. Así que fuera cual sea el problema...

—Eso es fuera de las puertas de entrada, aquí somos colegas —siseé.

—Tienes razón. Buen punto. Por tanto —sonrió con malicia—, como tu jefa, si no quieres ser despedido o suspendido, te aconsejo tomar tu puesto en la oficina principal del departamento al final del pasillo con tu compañero —pronunció cada palabra presionando los dientes, me sentí frustrado, no podía ser cierto.

—Bien... ¿Quieres que estemos en la misma habitación? ¡Perfecto! ¡Pero quiero esa oficina limpia! —Dije poniéndome en pie finalizando la reunión, ella iba a decir algo, pero me giré sobre mis talones y la enfrente—. Y por favor, asegúrense de que el piso se encuentre vacío cuando se reúnan Abel y tú la próxima vez, o por lo menos modulen el volumen de sus gemidos, los suficientes para solo ser oído por ustedes. —El horror se hizo presente en su rostro.

Pronunció mi nombre con furia, no hice caso. Camine el largo pasillo ante la atenta mirada de todos. *¿Quería que regresara a mi oficina?* Bien. Cerré la puerta con fuerza. Las paredes de vidrio vibraron ante el golpe. Todos en el piso me dedicaron una mirada de atención, yo se las devolví y volvieron a su quehacer. Excepto una. Giró con sorpresa ante el exabrupto. Unos ojos claros como el cielo me observaron aturdidos. En un primer momento no la reconocí por las prendas que llevaba puesta, ni mucho menos porque se encontraba dentro de la habitación, pero los patines la delataron.

—Y-ya me voy —tartamudeó, *¿había nerviosismo en su tono de voz? ¿Lo estaba causando yo?*

—¿Sin desearme los buenos días? ¡Qué fea actitud! —Dije procurando utilizar un tono de voz delicado, reprimiendo mis ganas de pegarme a ella. Jamás había experimentado algo como esto, era como una fuerza invisible inminentemente me llevara a ella— *¿Te comieron la lengua los ratones?* —*Si no es así me encantaría comértelos yo*, pensé.

Pero deje aquel pensamiento solo para mí, no quería asustarla, no cuando la tenía así de cerca. Se encontraba a tan corta distancia, podía admirarle en todo su esplendor. Su piel parecía tersa como la seda y su expresión tan

transparente. En un primer momento creí notar el miedo reflejado en ella, pero no, era algo nuevo. No podía recordar una vez en la que ella me hubiera observado de esa manera. Fue entonces que recordé no saber absolutamente nada de ella, ni siquiera su nombre.

—Nunca supe tu nombre —confesé tan cerca de ella que podía sentir su calor, a tientas ella buscó una salida, pero para mi suerte, detrás suyo la mesa la bloqueaba, mientras que a mi derecha la pared blanca, sonreí ante aquello.

No parecía ser ella. Estaba realmente sorprendido y eso me tomó por sorpresa. Su rostro parecía ser tan delicado, y sus delineadas curvas hacían ver que no era una niña, para nada. *¡Y a Dios gracias por eso!* Pero sus ojos, por alguna razón resaltaban hoy más que antes, me fijé en ellos buscando la razón por la que parecían tan diferente. Sus mejillas blancas habían sido invadidas por un color peculiar, agregando ternura a sus facciones. Parecía nerviosa, entonces reparé en que me había acercado a ella más de lo que lo había hecho alguna vez. La misma fragancia embriagadora que detecté el otro día en el ascensor emanaba de ella, confiriéndole sensualidad. Le dediqué un escaneo completo a su cuerpo sin poder evitarlo y cuando llegué a sus labios no pude reprimir la necesidad de hablar antes que ella. Abrí la boca para molestarla, solo que la voz que interrumpió nuestro ambiente fue malditamente desagradable.

—¡Y después niegas que tienen algo! —La malicia se hizo sentir en cada palabra que pronunció. No alejé mis ojos de ella porque esperaba que lo hiciera, pero no lo hizo, siguió observándome con detenimiento, ni siquiera me atreví a parpadear por miedo a que algo se rompiera, pero entonces lo escuché suspirar y decidí llevar mis manos a mis bolsillos y alejarme de ella.

—Te dije que dejaras de molestarme —Era imposible, no era capaz de contener mi repudio para con él y, ¿aun así querían que compartiera la oficina? ¿Estaban locos?

Le dediqué la mirada más gélida que poseía para que mantuviera su boca cerrada, y así lo hizo, pero sus ojos fueron más allá de mi presencia, le dedicó una mirada extraña *Taylor Swift*. Giré para enfrentarla y parecía estar algo alterada, sus mejillas habían adoptado un color similar al que siempre manchaba el rostro de Aldana. Como si alguien le hubiera propinado un golpe. Solo que en esta chica parecía delicado. A duras penas levantó las manos en despedida, y con esfuerzo notable se dirigió al ascensor. Trate de ir

tras ella, pero Abel se interpuso en mi camino. La vi presionar los botones con fuerza. Cuando las puertas se disponían a cerrarse me dedicó una mirada rápida, sus labios se curvaron hacia arriba. Ese gesto, esa curva en sus labios me resultó sumamente seductor.

—Definitivamente tienes un problema —de nuevo, la irritable voz buscando roña.

Le dediqué una mirada de advertencia, pero él pareció no notarlo. Me acerqué a él decidido y, escuché unos grititos de fondo. No me importó. Lo tomé del cuello de su camisa y lo empotré contra la pared mirándolo fijo.

—¿Cuál es tu maldito problema?! —Exigí presionando mis dientes— ¿Eh? ¡Contesta! ¿Quieres problemas? —Volví a golpearlo contra la pared— ¡Te daré problemas! —El piso era un concierto de murmullos, podía sentir el latido acelerado de mi corazón en cada centímetro de mi cuerpo.

—Creo que esa chica te pone... —sonrió.

—¡No te metas con ella!

—¿O qué? ¿Acaso es algo más? ¿Te gusta? —Dijo apenas pudiendo respirar, volví a presionarlo contra la pared.

—¡Basta! Los dos a mi oficina, ¡ahora! —Avril se hizo escuchar por encima de todos. A duras penas solté de la camisa a Abel.

—¡No me van los tríos! —Solté de mala gana, el horror se reflejó en los rostros de los amantes.

Al girarme me choqué con la mirada atenta del resto de los empleados que murmuraban entre ellos. Decidí que era mejor retirarme. Con paso firme llegué hasta mi escritorio y tomé mi correspondencia, tiré de mi maletín y sin mirar a nadie más fui hasta el ascensor. Por suerte, éste abrió sus puertas de inmediato. Presioné el botón de planta baja ante el atónito gesto de todos los de la oficina, sonreí al percibir de nuevo el perfume de la chica.

Avril con paso seguro se abrió paso hasta mi lugar, pero las puertas del ascensor se cerraron a tiempo.

ESTO DEBE SER UNA BROMA

Ariadna

Me balanceaba de un lado a otro, la suave brisa de la tarde acariciaba mi rostro mientras, al igual que otros, me deslizaba por la acera del puerto. Puerto Madero era uno de esos lugares donde lado a lado estaban llenos de escaparates de ropas de marcas y restaurantes caros, donde barcos pequeños descansaban luego de un lujoso paseo, y donde la gente caminaba por las escalinatas con pereza solo para olvidarse por un momento del mundo y disfrutar del frescor del final de un día agitado. Niños corriendo delante de sus padres, mujeres en tacones con en nombre de las marcas impresas en sus bolsas de cartón. El olor del perfume importado entremezclado con el de la carne asada... y las luces que poco a poco se iban encendiendo en el puente de La Mujer con su punta señalando el cielo que poco a poco iba prendiendo sus luces también en forma de estrellas.

Cuando ya iba por mi vuelta número veinticinco, creí correcto detenerme y observar con detenimiento a mí alrededor. Todos pasaban de mí. Nadie me observaba. Nadie estaba al tanto de lo que estaba pasándome. Llevé mi mano a la altura de mi corazón y este seguía latiendo de manera irregular.

No entendía por qué... No tenía un mal presentimiento. No había pasado por un susto de muerte. Tampoco había sido regañada, robada, ultrajada ni mucho menos me habían atropellado, o siquiera un intento de accidente. Pero mi corazón seguía latiendo desbocado. Mi respiración entrecortada como si hubiera corrido una maratón. No es para menos. Agustín estaba provocativamente atractivo hoy en la oficina sin la corbata y ni el saco. Aunque lo extraño era que pensar en él no me causaba alivio ni alteraba. Sin embargo, al pensar en los ojos azules de Chris...

Tum tum, tum tum, tum tum...

Los latidos se volvían ensordecedores. Podía sentir su fuerza tras mis orejas. Mis manos incluso temblaban. Debía admitir que jamás había estado

más cerca de él antes. Tampoco nadie me había preguntado mi nombre de forma tan seductora como él había hecho. ¿Cómo era capaz de transformarse de aquella manera? Primero parecía reacio a apartar la mirada de mi persona (no debería negarlo, porque ya tampoco podía) y al segundo siguiente, simplemente se volvió frío y distante. ¿Tendría algún problema con Agustín? Si ese fuera el caso, se encontraría en desventaja, porque seríamos dos en su contra. Aunque no sabría de que defender a Agustín.

¡Por Dios! No era capaz de olvidar esa mirada cuando las puertas del ascensor se cerraban. Chris me había mirado de una manera extraña que no terminaba de entender del todo. ¿Parecía divertido? ¿O acaso se estaba burlando de mí? Negué con fuerza. Tal vez fue por otra cosa, nada tenía que ver conmigo.

Tomé mi celular y cuando estaba a punto de llamar a Pili, la susodicha estaba llamándome.

—Creo que te he llamado con el pensamiento —dije con desgana ya con el teléfono contra el rostro.

—Si con esa energía planeabas hablarme, mejor corto —dijo de mala gana.

—¿Ha sucedido algo? —Pregunté ante su tono de voz.

—Sí, lo de siempre, pero no me apetece de hablar de ello ahora. Dime, ¿entregaste la carta? —Su efusividad fue repentina tomándome por sorpresa, podía imaginarla en su habitación ya en pijamas con sus pantuflas de conejo color rosa, con el teléfono contra su oreja con fuerza.

—¡Oh la carta! —Exclamé al olvidarme por completo de ella.

—¡No me digas que no lo has hecho! —me regañó—. ¡Con lo que te había costado escribirla! Ahora jamás lo entregaras...

—Si lo hice —la interrumpí, ella guardó silencio por un segundo.

—Entonces, ¿por qué la sorpresa?

—Es que había pasado de ella —confesé algo avergonzada, ahora era capaz de sentir la mirada de los que pasaban a mi alrededor.

—¿Qué ocurrió? —Preguntó en un tono de preocupación, yo guardé silencio recordando la cercanía de Chris, su respiración cortando la mía. Mi corazón volvía a dispararse.

—Padre, he cometido un pecado mortal —susurré con la mirada fija en ninguna parte, un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

—¡Mi casa, ahora! —Dijo antes de dar por finalizada la llamada.

Suspiré dejando escapar el aire que había contenido. Sabía lo que aquello

significaba. *Pijamada de emergencia.*

Cada vez que alguna de nosotras pasábamos por algo difícil o algo que mereciera la pena pasar la noche en vela, nos reuníamos en la casa de alguna ya sea viendo películas, hablando hasta hartarnos o bebiendo alcohol hasta el punto de que nuestras lenguas se entumecieran. No sabía que opción tocaría esta noche. Estaba confundida. Pensar en Chris me sacaba de quicio. El cuerpo completo reaccionaba en consecuencia.

Me dirigí a mi casa. Ya cuando estaba a unos pocos metros de la entrada, de forma instintiva llevé mis ojos a la ventana de la vecina. Me pareció ver el movimiento de la cortina en ella. Tal vez estaba esperando a que llegara. Ya cuando introduje la llave en la cerradura comprendí que no se debía a mí. La pareja que vivía cruzando la calle se estaban gritando, una vez más. Negué con la cabeza mientras encendía las luces del porche.

—¡Ya estoy en casa! —Dije a la soledad.

Aquello se había vuelto una costumbre luego de que me fuera a vivir allí de nuevo. La casa era vieja pues había pertenecido a mi abuela. Luego de que esta falleciera mis padres no habían tenido el coraje de venderlo. Lo alquilaban de vez en cuando solo para que no estuviera deshabitado. Tras el fracaso de mi última relación, y mi desesperado deseo de huir de todos, terminé pidiendo a mis padres las llaves de aquel vejestorio. Había invertido el poco dinero que poseía en arreglar solo unas cuantas goteras del centenar que invadía el techo, pintar las paredes donde la humedad se había ensañado con ellas y reemplazar los muebles deteriorados.

La casa era de una sola planta, al entrar estaba de un lado la sala y del otro el comedor, un pasillo de dos metros que llevaba a la cocina peor distribuida de la historia de la arquitectura y al final de todo la única habitación que poseía la casa y al lado el cuarto de lavado. Bueno, antes había dos habitaciones pero como las proporciones eran igual de desastrosas que la cocina, mis padres habían derribado la pared que los separaba para hacer una habitación mucho más grande y cómoda. Giré para ver la puerta de entrada, era mi inversión más cara, pues al ser sola y miedosa debía estar asegurada, así que había puesto lo último de mi capital en una nueva puerta luego de que la Señora Thomas entrara sin llaves a mi casa luego de que, según ella, haberme llamado por más de media hora en la puerta. A los lados de los marcos había vitrales de no más de quince centímetros de ancho y de alto desde el techo hasta el piso, por el cual se distingue el exterior. Mi abuelo

había insistido en poner aquello, ya que su puerta no tenía mirador, y dudo que esa época existiera, colocó aquello para hacerlo más vistoso. Los colores eran tonalidades de verdes. No lo había sacado, aunque mis padres insistieron, alegando que si lo rompían fácilmente los ladrones podían entrar. Luego de que yo arrojara una piedra del tamaño de mi puño contra el vidrio y este se mantuviera intacto no volvieron a insistir. Es que de aquella manera no me sentía sola, por lo menos podía ver lo que mis abuelos habían visto antes que yo. Claro que el sistema de alarmas fue lo que tranquilizó más a mis padres que el hecho de que el vidrio no se hiciera añicos.

Me deshice de los patines, y sentí alivio al contacto del frío suelo contra mis pies. Fui hasta a mi habitación, preparé un pequeño bolso con la ropa que llevaría mañana y mi ropa de dormir. Lo esencial para el baño matutino y unas cuantas películas, aunque estaba segura que no las veríamos.

De nuevo me atacó aquella sensación. Llevé mi mano al pecho... Era como si mi corazón no latiera, por más que podía sentirlo contra la caja torácica. Me dediqué a sentir y experimentar aquella sensación por primera vez con asombro. ¿Cómo era posible aquello?

Al final tomé una ducha rápida, me vestí con lo que había separado en la cama, enganché el bolso en mi hombro con los patines dentro y fui hasta la nevera a tomar lo que me quedaba de jugo de naranja. Observé el interior del refrigerador. Estaba lleno de verduras y frutas. Instintivamente llevé mi mano contra el estómago vacío. No había comido nada desde el desayuno, pero aun así no tenía hambre. Volví a cerrar la puerta, activé la alarma y aseguré la puerta al salir. Ya en los peldaños de la entrada aún era posible escuchar los gritos provenientes de la casa del frente.

Ya estaba muy oscuro, así que decidí ir a paso de trote hasta la estación de trenes que no quedaba muy lejos. Ya a salvo bajo las luces de la estación me tranquilicé intentando respirar con propiedad. La sensación de hacia un rato aún se mantenía en mi pecho.

Observé a la gente a mi alrededor, había una que otra pareja sentadas juntas, un niño pidiendo limosna y un poco más allá una pareja de ancianos hablando plácidamente. Sentía envidia y lastima por mí misma, aquello había sido mi sueño alguna vez.

—No sé si estas al tanto —me había dicho en el teléfono—, pero a las personas se los miden por el tamaño de sus sueños. Y el tuyo querida, es insignificante, si sabes a lo que me refiero.

Eso había dicho antes de... Deseché la idea. Si Pili descubría que volvía a pensar en él no volvería a dirigirme la palabra.

Ya estando cerca de su domicilio aquella sensación en mi pecho se había relajado. En la entrada toqué a su timbre, el departamento número dos. Aguardé un par de minutos, pero no contestaba.

—Qué raro —dije en voz alta.

Volví a tocar el timbre de forma insistente, pero este parecía mudo. Llamé a su celular y al quinto timbre contestaron de forma agitada. Pili se disculpó, estaba tomándose un baño ya que había llegado hacia solo unos momentos de la casa de sus padres. Presionó el botón que activaba la puerta para que me dejara pasar. Ni bien había llegado a los escalones del pequeño edificio podía escuchar los ladridos provenientes del primer departamento, que se encontraba bajo el piso de Pili. El animal sonaba lastimero.

Me acerqué a la puerta, y el perrito parecía haberse calmado.

—¿Estas bien amiguito? —Pregunté contra la puerta, y el animal emitió un sonido que tomé como afirmativo.

Una sensación extraña volvió a invadirme, pero procure deshacerme de ella mientras me dirigía a la puerta de la casa en el piso superior. Tras golpear la puerta con los nudillos, esta se abrió de golpe. Ella parecía inmersa en una conversación difícil, pues una y otra y otra vez insistía en no saber nada del hermano de alguien. Ella me hizo un gesto para que entrara y cerrara la puerta, y así lo hice.

Mientras ella prometía comunicarse con alguna persona ni bien tuviera noticias, sacudía su pelo húmedo en lo que se acomodaba en el sillón frente a mí. Una vez más, el perrito del piso de abajo volvía a aullar y cuando Pili terminó la conversación se desplomó de espaldas fingiendo que agonizaba.

—Vaya... nunca te había visto así, ¿quién era? — Pregunté, ella mantuvo los ojos cerrados mientras sus mejillas adoptaban un color para nada normal en ella.

—Era... bueno es el hermano mayor de mi mejor amigo —admitió.

—Creí que yo era tu mejor amiga... —fingí estar ofendida.

—Bueno... Tú, eres mi mejor *amiga* —enfaticó mirándome—, y él mi mejor *amigo* —se acomodó en el sillón al oír el lamento del animal de nuevo.

—Creí que no se permitían animales en el edificio —dije al escucharlo una vez más.

—Bueno, también lo creí, pero son los beneficios de tener pelotas —se puso en pie dirigiéndose a la cocina.

—¿Pelotas? ¿Por qué? —Pregunté sin comprender, pero a los pocos segundos me arrepentí.

—¡Es hombre! —Dijo exasperada— ¡A las mujeres se supone que les gustan los hombres! ¡Que por lo general tienen pelotas que les cuelgan desde la entrepierna! Aunque es poco natural que se les cuelgue cuando son jóvenes —dijo pensativa.

—¡¿Qué?! —La miré con horror ante su explicación.

—¿Qué? No me digas que no sabías que los hombres tienen...

—¡No lo digas! —La detuve— Ni se te ocurra decirlo...

—¿Qué? ¿La palabra con Pe...

—¡No! —Grité interrumpiéndola— ¡No lo digas! —ella sonrió.

—¡Ne! —dijo gesticulando lo más lento posible y estallando de risa—. Creo que tu aversión a esa palabra se debe a tu falta de acción en el ámbito privado de tu habitación... O cualquier habitación. —la fulminé con la mirada.

Ya más calmadas, la observé preparar la cena que consistía en vegetales. Yo era vegetariana, pero Pili era vegana, ella prácticamente lindaba los límites de la locura vegetal. En lo que ella disponía la mezcla para la tarta de verduras su celular comenzó a sonar, me pidió que tomara la llamada por ella y así lo hice. El teléfono enseñaba la fotografía de un chico y una chica cara a cara, mostrando la mitad de cada uno, como luchando por ocupar la pantalla haciendo gestos graciosos. Me reí con ganas antes de contestar.

—Hola...

—¿Pipi? —Preguntaron del otro lado. Aquella voz me resultó ligeramente familiar.

—No, Pili está preparando la cena, soy su mejor amiga...

—¡Oh! ¿La que trabaja con ella en la editorial? — Preguntó con ganas, su voz parecía tranquilizadora, un murmullo con el que mi cuerpo reaccionaba igual que un rato atrás.

—¿Editorial? No en realidad trabajo...

—*Bueno, mucho no me importa* —dijo interrumpiéndome—. *Lo lamento, pero estoy algo preocupado, ¿podrías decirle que es urgente que conteste? ¿Por favor?* —De repente reparé en un deje de preocupación en su tono voz.

—Por supuesto —respondí al tiempo que acercaba el teléfono a la dueña—.

Dice que es urgente —mira fijo, se lavó las manos y se colocó los lentes antes de tomar el celular.

—¿Y ahora quieres? —Dijo de mala gana.

Me lavé las manos y continué con su labor mientras ella se movía de aquí para allá con el teléfono contra el oído.

—¿Qué sucede Thian? —¿*Thian*? ¿Qué clase de nombre era ese? ¿Era un diminutivo?— ¿Qué *Thian*? —Repitió casi sonriendo, enfatizando las palabras— Si lo es y lo sabes. Ahora, no me llamaste para discutir sobre tu apodo, ¿o sí? ¿O acaso quieres que llame a cierta *personita* y le advierta de otra *cierta personita* y si ubicación? —Parecía estar divirtiéndose en lo que se apoyaba en un solo pie—. ¡Ya lo sé! ¡Es insoportable! ¿Crees que Diego cambió su cuerpo a cambio de compañía canina? Porque lo creo capaz, leí hace poco que un hombre consiguió un permiso para casarse con su perro — continuó mirando con desprecio al techo, de pronto su expresión se transformó radicalmente— ¡¿Qué?! ¿Cómo que el perro es tuyo? ¿Cuándo lo compraste? ¿Por qué lo compraste? ¡Cómprale un bozal! ¡Sácalo a pasear! ¡Haz algo! —Dijo colérica— ¿Es en serio? ¿De verdad estas preguntando eso? ¡Por supuesto que tiene hambre el perro! —Ahora parecía echar humos por la boca, terminé la mezcla y me dediqué a ver su expresión— ¡Lo que sea! ¿Qué comen los animales? Nunca he tenido una mascota... —Meditó antes de cambiar su expresión otra vez— ¿Por qué tú si tienes uno y yo no? —Lamentó— No puedo, estoy con una *pijamada* de emergencia —dijo con suficiencia, había un brillo en sus ojos que se hacía notar incluso a través de sus lentes— ¡Que más te da! —Gritó sobresaltándose— ¡Eso es mentira! — Se quejó, pero su expresión no iba en armonía con su tono de voz, tal vez quería hacerlo sentir mal por los ladridos— ¡NO! —Arremetió contra el piso, pisando fuerte, de pronto me dedicó una mirada *scaneadora* como de aprobación, incluso antes de que abriera la boca ya sabía lo que saldría de ahí — Si, es rubia de ojos claros, buenas piernas, súper tonificadas... Pero está fuera de tu jurisdicción —Desalentó a su interlocutor con autosuficiencia— Casi... Significa que, ¡calles a tu perro! —No pude evitar reír ante su gesto, realmente parecía enojada u ofendida— No, no me necesitas tanto como ella a mí —¿*Y ahora me utilizaba de excusa?*

—Oye... —Dije, pero me advirtió con el dedo.

—¿Qué? ¡¿Chica *frutillita*?! —*Oh oh*, creo que esto no pinta nada bien— ¿Qué se supone que significa eso? ¿Sabes qué? Nada. No digas anda, creo

que tengo algo de comida de ayer, si quieres ven y te lo doy... ¡Ni de cerca!
—Y colgó cruzándose de brazos.

Solo la miré, no me animé a abrir la boca. Con pisadas fuertes, fue hasta la heladera y extrajo la comida en un *tupperware*, las apiló una sobre otra. Entonces alguien llamó a su puerta. Cuando estaba a punto de dirigirme a la entrada ella me detuvo con una advertencia.

—¡Ni sé que ocurra acercarte esa puerta!

—*P-pero*, ¿por qué? —Cuestione divertida, y curiosa a la vez, pero no estaba segura de admitir la tentación de contradecirla.

—Porque si tu abres esa puerta, él entrara y no podremos hablar. Sin mencionar de que podría distraerte, ¿de acuerdo?

—¿Distraerme? —Me burlé, ella elevó sus hombros— De acuerdo — dije y arrastré mis pies hasta el sofá, rodeé mis brazos alrededor de mis piernas y apoyé el mentón en mis rodillas en lo que ella se deshacía de su visitante entregando el paquete y cerrando la puerta con estrepitosa fuerza sin darle tiempo a pasar y sin oportunidad para mí de verlo.

—Ahora dime, ¿qué te ocurre?

Suspiré al sentir como me invadía aquella sensación una vez más. Con detalle le expliqué lo que había ocurrido aquella mañana, lo que sentí luego y el sentimiento que intentaba abrirse paso. Temerosa reconocí que era la primera vez que me ocurría y que ni siquiera con Neal, había experimentado algo parecido a aquello.

Ella alargó su mano hasta mi brazo y me sorprendí al descubrir lágrimas derramándose por mis mejillas. En eso se escuchó el cerrar de una puerta con fuerza y pisadas pesadas antes de que otro estrepitoso golpe hiciera estremecer las ventanas.

Chris

Observé a las personas a mi alrededor, todos caminaban y disfrutaban del sol. Di otro mordisco a mi sándwich pensando en lo ocurrido en la mañana. Fue un error haber huido de manera tan dramática e infantil. Aquello no era típico en mí. Pero ni siquiera podía entender sobre el porqué de defender a alguien a quien ni siquiera conocía. No encontraba razones. Es un mujer linda... Bueno, se podría decir que atractiva a su manera. Tampoco era eso... Sentía que estaba mintiéndome.

Si lo comparo con lo que sentía y siento por Aldana es totalmente diferente. Con ella era una necesidad de estar cerca, ayudarla hacia que me sintiera bien conmigo mismo, como si sentirla a mi lado me causara paz. Mientras que con la chica de correo...

¡Maldición! Ni siquiera sabía su nombre y me metía en problemas por ella. Sus ojos... Tan claros como el cielo despejado. Tan transparentes, era como una persiana abierta a su alma. De facciones expresivas. Era obvio que le atraía Abel, pero al parecer, ella no estaba al tanto de la clase de hombre era. Yo sí. Aunque ese no era mi problema, ¿verdad? No debía inmiscuirme, ¿no es así?

Pero...

Mis pensamientos quedaron interrumpidos al oír un extraño sonido. Dirigí mi mirada en todas las direcciones, hasta que me percaté que provenía de debajo del banco. Al bajar la cabeza por entre mis piernas me encontré con un pequeño cachorro blanco con una mancha negra de ambos lados de su cabeza y su hocico. Acerqué mi mano con cuidado y lo acaricié tras las orejas, este pareció animado y a duras penas se arrastró hasta colocarse frente a mí. A penas movía su pequeño rabo mientras ladeaba su cabeza y me observaba con sus grandes ojos cafés.

—¿Tienes hambre *amiguito*? —Pregunté extendiendo lo que quedaba de mi comida, él lo olfateo un poco antes de sacar su lengua y arrebatármelo con ganas— ¡Hey! ¡Tranquilo! De todas formas iba a dártelo... —dije mientras volvía a acomodarme contra el respaldo del banco.

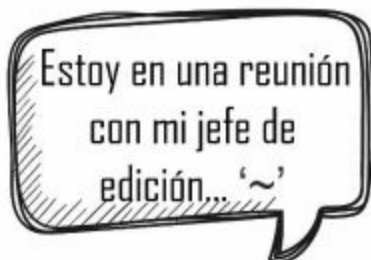
Se agazapo y disfruto de la comida. Mientras el parecía regocijarse masticando me fije en que no llevaba correa, ni placa. Prestándole atención reparé en que llevaba más manchas en el resto del cuerpo, apostarí lo que fuera a que estaba más que sucio y nada cuidado. Observé con detenimiento la plaza en busca de posibles dueños. No había chicos corriendo, solo unos cuantos adolescentes relajados en el césped riendo con ganas, una que otra persona vestido con traje caminando con pasos presurosos. Volví a fijarme en el can y éste se había apoyado en mis zapatos llenándolo con babas.

—No tengo lugar —dije y el volvió a observarme de aquella manera—. No lo hagas, ¿sí? —Dije pero él seguía con esos ojos grandes observándome—. La casera de mi edificio odia los animales, te matara... *Nos asesinará si nos descubren* —continué ya con el perro entre mis manos.

Para ser un perro pequeño tenía huesos grandes, pero a pesar de eso, podía sentir perfectamente sus cortillas con mis dedos. Viéndolo mejor, sus ojos estaban invadidos por cierta mucosidad, y respiraba de manera irregular. Dejarlo sería una buena opción. Tal vez por eso estaba solo.

—¿Estas enfermo? —Pregunté aun sabiendo que no recibiría respuesta y el pequeño se acomodó en mi mano.

Con una exhalación lo acomodé a un lado de mi brazo, y en el otro colgué del cinturón del morral. Recogí los residuos que había traído conmigo y los arrojé al tacho de basura más cercano. Llamé a Pipi con la esperanza de que me dijera que hacer, pero ella cortaba la comunicación. Cuando había llegado a la avenida principal para buscar un taxi, un mensaje suyo me informa de sus razones.



Con un suspiro subí al automóvil negro con franjas amarillas y pasé mi dirección. El perro respiraba con irregularidad. El conductor me dedicó una mirada a través del espejo retrovisor y me comentó sobre la raza del animal.

—Es un *Bulldog Frances*, ¿no es así? —Dijo en la parada de un semáforo rojo—. Mi sobrina tuvo uno de esos, son *delicados*... —se quejó enfatizando la última palabra.

—No tengo idea —confesé tratando de zanzar el tema.

—Sí, debes invertir mucho dinero en él, ¿no? Aunque por tu traje costoso imagino que no es nada.

—En realidad, no es mío —admití incómodo con la situación.

—Si no es tuyo, deberías deshacerte de él. Son un problema para el bolsillo de alguien común... Aunque no es tu caso —observé el animal y este pareció captar lo que decíamos.

Frente al edificio, el taxista insistió en que lo hiciera desaparecer antes de que me encariñara con él. Agradecí el consejo no muy convencido de su actitud y con cuidado de que nadie me viera corrí hasta mi apartamento. Una vez a salvo entre las cuatro paredes, deposité al cachorro en el suelo y fui hasta el baño a darme una larga ducha. En un principio podía escuchar los pasos del animal por el piso.

—Se está adaptando, quizás —me dije, pero luego escuché un cristal romperse. De inmediato salí a su encuentro con restos de jabón por el cuerpo. El animal estaba escondido bajo el sofá con el jarrón que me había regalado Pipi hecho trizas. Sonreí. Era horrible. Yo no me había animado a hacerlo.

Al asegurarme que el perro se encontraba bien y que no tenía rasguño alguno volví a la ducha, pero ni bien había entrecerrado la puerta mi nuevo compañero de piso comenzó a gimotear. Apresuré mi larga ducha a solo deshacerme del jabón, me vestí con unos tejanos viejos y una camiseta cualquiera y me detuve frente a él.

Tal vez aun tuviera hambre. Busqué entre las cosas que tenía pero no había

nada que él pudiera digerir, ni siquiera algo que yo pudiera comer. Decidí ir hasta la veterinaria más cercana a comprar y preguntar lo indispensable para el animal, claro no sin antes dejarlo encerrado en mi habitación donde no había nada que pudiera romper.

Fuera el cielo ya estaba tornándose naranjada a causa del atardecer.

Al llegar un chico con acné me preguntó la raza del perro y me sorprendí al descubrir que lo había olvidado. Intenté describir lo mejor posible, pero cada nombre que dependiente pronunciaba me era, por lejos, nada familiar. Avergonzado le pedí lo indispensable para que pudiera sacarlo a pasear y para alimentarlo. Me sugirió que regresara con el cachorro, pues el veterinario estaría de guardia esa tarde noche, que lo mejor sería hacer un chequeo y armar una dieta.

Le dediqué una mirada de burla. ¿Dieta? ¿Un perro? El chico comprendió mi expresión y me aseguró lo mismo que el taxista. Los perros de tamaños pequeños requieren de más cuidados que de los más grandes.

Si estuviéramos hablando niños, lo entendería, ¿pero un perro?

En contra de mi voluntad, concreto una cita con el veterinario para más tarde. Al preguntarme el nombre del can quedé pasmado, pues no lo había considerado siquiera. ¿Estaría mal nombrarlo y luego dejarlo en ese lugar para que alguien más lo adopte? Entonces recordé a los niños del centro donde antes trabajaba con Aldana. Ponerles un nombre y no tener apellido era como no tener identidad. Entonces dije el primer nombre que se me vino a la mente.

—Corcho...

—¿Cómo dijo? —Preguntó, suspiré con fastidio.

—Corcho —repetí de mala gana.

—¿Corcho? ¿Está seguro que quiere llamarlo *Corcho*? —el chico levantó una ceja y comencé a sentirme incómodo, por lo que solo atine a asentir — ¿En qué estaba pensando? —se burló en un susurro que para desgracia suya alcancé a escucharlo.

—En el vino que tengo ganas de tomar en este momento y no tener que estar pasando por esto —admití, lo cual era cierto. Él carraspeó.

—¿Apellido?

—¿Estás hablando en serio? —Dije apoyando mis manos en el mostrador.

—Si señor. Es más, necesito una identificación.

—¿Qué?

—¡No me haga repetirlo por favor! —Advirtió señalándome con el

bolígrafo en mano, con desgana le extendí mi identidad— Parece mucho más grande lo que dice aquí —comentó, le dediqué una mirada asesina.

—Por favor, solo límitate a hacer lo que tengas que hacer para volver y así...

—¡Ya sé, ya sé, tomarse su vino! —Me interrumpió—. Bueno, Corcho Dabance será atendido a las diecinueve horas en el consultorio dos por ese pasillo, no hace falta que pase por aquí, solo diríjase y golpeé la puerta.

Quedé helado luego de escuchar mi apellido junto con el nombre del perro. ¿Era en serio? Le arrebaté los papeles y me dirigí al supermercado a comprar algo de comida, tanto para Corcho como para mí. El sol ya se estaba poniendo, estaba oscureciendo mucho más rápido que de costumbre. Al salir a la calle con las bolsas de compra me encontré con que el cielo ya estaba oscuro. Apresuré el paso hasta mi piso, y al abrir la puerta podía escuchar el lamento del animal desde la entrada inferior.

Al traspasar el umbral todo parecía en su lugar, con el perro escondido de nuevo bajo el sofá. Un malestar y un olor peculiar me llevó a dirigirme a mi habitación.

—¡Maldición! ¡No debí darte de mí sándwiches! —Le dediqué más de un improperio al ver el regalo que había dejado a un lado de mi cama, deshecha por cierto, con las sábanas estiradas a un lado— ¿Qué has hecho? —Pregunté aun sabiendo que la respuesta no llegaría— ¿Subirte e invadir mi trono? —El animal comenzó a ladrar—. ¿Cómo has salido de la habitación? Creí haberte encerrado...

Controlé la puerta de mi cuarto y efectivamente, la cerradura estaba falseada. Un golpe suave y ésta cede. Junté su porquería, volví a ordenar mi cama y fui hasta la cocina, tomé un plato y deposité lo que había comprado. Unas purinas con sabor a carne. Él los olfateó, pero de inmediato se alejó volviendo a lamentarse. Fui hasta su lugar y se las ofrecí con mi mano. Echó un suspiro y alejó el hocico de mí.

Sin saber que hacer exactamente llamé a la única persona que por estas horas ya debería de encontrarse en su casa y podría ayudarme. Contestaron al cuarto timbrado.

—¡Hola! —Dijeron con entusiasmo.

—¿Pipi? —Pregunté al no reconocer la voz del otro lado.

—No, Pili está preparando la cena, soy su mejor amiga...

—¡Oh! ¿La que trabaja con ella en la editorial? — Pregunté sin darme

cuenta que la había interrumpido a mitad de la frase, pareció sonreír del otro lado.

—*¿Editorial? No en realidad trabajo...* —El perro volvió a aullar y esta vez con estridencia.

—Bueno, mucho no me importa —volví a interrumpirla, esta vez consiente de lo que hacía— Lo lamento, pero estoy algo preocupado, ¿podrías decirle que es urgente que conteste? ¿Por favor? —Me vi obligado a suplicarle al ver al perro más extraño que antes.

—*Por supuesto* —contestaron amablemente—. Dice que es urgente.

—*¿Y ahora quieres?* —Pipi contestó de mala gana.

Observé al can arrastrarse de nuevo bajo el sofá, aquello no podía ser normal. Nunca antes he tenido mascotas que se comportaran de aquella manera.

—*¿Que sucede Thian?* —Llamó mi atención de la peor manera.

—¡Oye no me digas así! ¡Sabes muy bien que lo odio y por qué! —me quejé.

—*¿Qué Thian?* —Repitió burlona, la sangre comenzó a hervirme.

—¡No es gracioso!

—*Si lo es y lo sabes. Ahora, no me llamaste para discutir sobre tu apodo, ¿o sí? ¿O acaso quieres que llame a cierta personita y le advierta de otra cierta personita y su ubicación?*

—Sé que no lo harás, tus intereses también están en juego —guardé silencio, mi nuevo compañero volvió a aullar—. El cachorro no se calla.

—*¡Ya lo sé! ¡Es insoportable! ¿Crees que Diego cambió su cuerpo a cambio de compañía canina? Porque lo creo capaz, leí hace poco que un hombre consiguió un permiso para casarse con su perro* —comentó más animada mencionando a nuestro extraño vecino del piso superior.

—El perro es mío —admití como si se tratara de un crimen.

—*¿Qué?! ¿Cómo que el perro es tuyo? ¿Cuándo lo compraste? ¿Por qué lo compraste? ¡Cómprale un bozal! ¡Sácalo a pasear! ¡Haz algo!* —estalló con energía.

—No sé qué más hacer, ¿crees que tenga hambre de verdad?

—*¿Es en serio? ¿De verdad estas preguntando eso? ¡Por supuesto que tiene hambre el perro!* —podía sentir la echar humos por la boca.

—¿Pero qué puedo ofrecerle? —de verdad me sentía consternado y arrepentido de haberlo traído.

—*¡Lo que sea! ¿Qué comen los animales? Nunca he tenido una mascota... ¿Por qué tú si tienes uno y yo no?* —Lamentó. Parecía ofendida con semejante diferencia.

—*¡Ya cállate Pipi! ¡Por todos los cielos! ¡Me aturdes me vez de ayudarme a encontrar una solución!* —Ella finalmente se tranquilizó, la escuché respirar con fuerza— *¿Puedes bajar?* —Pregunté esperanzado con una respuesta afirmativa.

—*No puedo, estoy con una pijamada de emergencia.*

—*¿Pija qué?* —Me burlé, el perro ya no estaba a la vista.

—*¡Que más te da!* —pisó con fuerza, fue tal la que empleó que pude escucharla en el techo.

—*¡Será solo un segundo! Lo miras al perro y me das una ayuda técnica.*

—*¡Eso es mentira!*

—*¿Puedo ir?*

—*¡NO!* —Ofendida casi me deja sin tímpano.

—*¿Por qué? ¿Es linda? ¿Guapa? Ya sé... Es más candente que tu...* —Ella guardó silencio, mientras yo seguía con mi búsqueda y a la espera de su venenosa respuesta.

—*Sí, es rubia de ojos claros, buenas piernas, súper tonificadas... Pero está fuera de tu jurisdicción* —Su intento por desalentarme fue notorio, me erguí de inmediato.

—*¿Tiene novio? Sabes que no hay chica que se me resista* —aventuré pero de inmediato me arrepentí con fastidio. Yo era atractivo para algunas mujeres, a excepción de una.

—*Casi...*

—*¿Eso qué significa?* —La desafié y el perro volvió a ladrar, esta vez desde la cocina.

—*Significa que, ¡calles a tu perro!* —No pude evitar sonreír.

—*Te necesito y lo digo en serio.*

—*No, no me necesitas tanto como ella a mí* —el tono en su voz me dio a entender que aquello era cierto.

—*¿Me traiciones por una chica frutillita?* —Me burlé restando importancia a su situación.

—*¿Qué? ¡¿Chica frutillita?!*

—*¡Bingo!*

—*¿Qué se supone que significa eso? ¿Sabes qué? Nada. No digas anda, creo que tengo algo de comida de ayer, si quieres ven y te lo doy...*

—¿Podré conocer a tu amiga? —Tiré de mi suerte.

—¡Ni de cerca! —Y colgó.

Presté atención al techo en busca de algún rastro de enfado. Nada. Con un suspiro y derrotado fui hasta su puerta y llamé. Varios segundos y una advertencia del otro lado de la puerta pasaron antes de que Pipi con el pelo algo húmedo y alborotado me abriera. Hizo entrega de tres potes de comida y antes de que pudiera replicar algo cerró la puerta con fuerza contra mis narices. Iba a volver a llamar solo para fastidiarla, pero el perro volvió a ladrar requiriendo mi presencia.

Al llegar el can había vomitado por todos lados y respiraba de manera entrecortada. Dejé la comida sobre la mesa, tomé mi billetera, las llaves y una manta en el cual envolví al pequeño. Los papeles de la veterinaria los escondí en el bolsillo del pantalón y salí corriendo. Asesté la puerta con fuerza al salir, sin importarme nada más. El pequeño ya no ladraba y parecía bastante enfermo. ¿Podría tener fiebre? ¿Los perros tenían fiebre? Corrí con más ganas esquivando transeúntes. Al llenar y golpeé la puerta del consultorio con fuerza hasta que abrieron.

La doctora, al ver mi desesperación tomó al animal y lo depositó sobre la camilla. Aun sin recuperar del todo el aliento intenté explicarme lo mejor que pude. Donde lo encontré, que le di y que estuvo haciendo. Palpó el estómago de su paciente, las pupilas y con un algodón limpió lo que había en sus ojos, abrió su hocico y cuando tomó una aguja me dedicó una mirada de reproche seguida de las palabras que me llevaron a esperar fuera.

Tres horas pasaron antes de que ella saliera a mi encuentro y me dijera que era necesario que quedara internado. Algo en mi pecho tembló. Pregunté si podía verlo y ella me advirtió sobre su condición. Me recriminó no solo con la mirada, sino con duras palabras. Me sentí mal por haber pensado siquiera en dejarlo en la plaza, sólo, y en aquella condición. Era como un mal chiste, algo irónico de mi parte. Expliqué a la mujer sobre cómo había llegado a mí, ella pareció meditar mis palabras. Finalmente se disculpó conmigo y me llevó a su oficina donde me explicó sobre los cuidados de este tipo de animales. También me dijo que Corcho no tenía ni siquiera un año de vida y que por las condiciones en las que llegó posiblemente no tuviera ni una vacuna. Mi expresión debía de ser clara como el agua, por lo que ella solo sonrió amablemente y me aseguró que mi nueva mascota, con los cuidados necesarios, en pocas semanas sería la alegría en el hogar. Me tendió entonces

el libro con las indicaciones y un calendario con los nombres de las vacunas a inyectarle próximamente y los juguetes necesarios para sus dientes.

—Aún conserva sus dientes de leche por lo que tendrás que estar al pendiente de que, en lo posible, no se los trague. Pasarle hilo dental y cepillarle los dientes.

—Yo...

—Sé que puede sonar extraño, pero es un cachorro, es como un bebé humano que precisa de cuidados y amor. Aunque esta delgado en unas semanas recuperará su peso ideal con el alimento balanceado. También debo advertirte que perderá pelo, y mucho. Lo he aseado y no encontré indicios de heridas o maltratos. Posiblemente lleve en la calle un par de días o tal vez una semana. Tenía garrapatas en las orejas y otras entre las garras. Tendrás que estar al pendiente de eso cuando lo saques a pasear. Y, tus hijos no deberán acercarse a él por lo menos una semana.

—No tengo hijos —respondí sorprendido por su conclusión.

—Oh... Entonces su mujer —sonreí.

—Tampoco tengo. Y por si se lo pregunta, tampoco novia —levanté una ceja.

Ella se mordió el labio inferior antes de sonreír y anotó su número de teléfono en el carnet de Corcho.

—¿Es el número de la veterinaria? —Pregunté fingiendo inocencia, entonces el chico de los granos entró sin llamar.

—La Señora Stone, su nieta y su gata están en la recepción. De nuevo. Dice que ha vuelto a tragarse a Sugus —me puse en pie agradeciendo los consejos.

—¿Aún tenemos peces en el estanque? —Parecía preocupada. Caminé hasta la sala de espera y ahí me instalé.

Cerca de la madrugada, sin haber dormido nada y haber pasado la noche en vela leyendo el libro que me ofrecieron finalmente nos dieron el alta con la condición de seguir al pie de la letra el tratamiento. Corcho aún seguía con los efectos de su medicina y apenas lograba ponerse en pie, pero llevaba sus grandes ojos abiertos.

El regreso a casa fue a paso lento. No dejaba de darme vueltas los acontecimientos del día anterior. Observé el numero en el papel. ¿Estaba listo para avanzar?

Al traspasar el umbral de la entrada Corcho parecía estar mucho mejor de

ánimo.

Mientras el sol se iba exhibiendo al fondo, llamé a la recepción de guardia y avisé que no iría a trabajar. No replicaron nada del otro lado, tal vez ya estuvieran al tanto de mi rabieta de la mañana anterior.

Envié un mail a Avril con copia a recursos humanos informando el trabajo pendiente y mi ausencia. No esperé la respuesta, me sentía cansado, me desvestí y acomodé a Corcho a mi lado antes de sucumbir ante la fatiga no sin antes una sonrisa se filtrara entre mis pensamientos.

LA CARTA NÚMERO 20 Y UN ALMUERZO

Ariadna

Intentar describir como me sentía era misión imposible. No solo han pasado días, sino semanas desde que había dejado entre su correspondencia la primera carta. Y no solo aquella primera, sino también las siguientes a diario.

E abandonado mi dignidad con una por día.

Apoyé mi mentón en mi brazo sobre la mesa, mirando el sobre de color rojo. El número 20. Había pasado por todas las tonalidades del rosa hasta llegar finalmente a ese color donde brindaba mi identidad y nada. Agustín ni siquiera me dedicaba una mirada o una sonrisa, y menos desde aquella vez que Chris "*Cara Plana*" prácticamente había respirado encima mío.

Por si fuera poco, tampoco él estaba a la vista más de dos minutos esparciendo su mal humor, echando humo por las narices, escupiendo fuego

por la boca. En ocasiones me preguntaba que andaba mal entre ellos dos.

Ni siquiera había podido poner en práctica el plan de Pili, aunque en el fondo me sentía agradecida por ello, pues no me veía coqueteando con nadie. Más bien con Chris. Había algo en él que no me gustaba nada. Siempre tenía la cara larga, como si estuviera enojado todo el tiempo y cuando me miraba tenía un efecto que no comprendía del todo. Me helaba la sangre. Aunque debía admitir que tenía su atractivo. En sus ojos parecía esta hospedada la tristeza. Y en la comisura de sus labios la burla.

Era media cabeza más alto que Agustín, siempre iba impecablemente vestido aunque su cabello siempre lo tenía algo alborotado por los rulos indomables, supongo. Nunca sonreía cuando lo veía a escondidas y cuando lo hacía parecía haber cierta mofa siniestra entre sus dientes blancos, y eso generalmente ocurría cuando cruzaba miradas con él. Y si eso ocurría me daba la impresión que se burlaba de mí, como si él supiera algo que yo no. Tal vez eso fuera lo que me molestaba tanto de él, lo que me inquietaba al estar cerca suyo.

Otra vez. Aquella sensación en mi pecho lejos desvanecerse se había instalado y armado un jardín de sensaciones con el que me robaban el aliento. El médico lo atribuyo al estrés del trabajo, y recomendó descanso.

No funcionó.

Tomé el sobre entre mis dedos. Lo sostuve por un lapso de tiempo indeterminado. Pensado que hacer. Finalmente me dije que definitivamente éste sería el último. No podía seguir comportándome con una niña adolescente. Debía comportarme como una mujer e invitar al chico que gusta a tomar un café. Vivíamos en un mundo donde las chicas podían invitar al chico que quiere sin el temor del que dirán. Y si es así, que hablen. De todas maneras el NO ya lo tenía conmigo.

Respiré profundo y decidí que, definitivamente, este era el último.

—¡Qué! —Gritó una octava llamando la atención de todos los de la mesa en nuestra dirección, le dediqué una mirada de reproche en lo que intentaba hacerme más pequeña en mi asiento.

—Quiere compartir con todos nosotros la causa de su euforia señorita Pilar Escalante...

—Vaya... Me siento como en el colegio, cuando hablaba fuera de lugar o al mismo tiempo que mi profesor —Comentó en broma acomodando sus gafas—. Estaba celebrando lo que usted dijo, Señor —sonrió no muy convencida, adoraba a Pili, pero había veces en las que ella solita se metía en problemas y

me arrastraba a su lado.

—¿Y que estaba diciendo señorita Fellon? —Preguntó en mi dirección, yo prácticamente ya había llegado al suelo.

—¡Lo encontré! —Grité sonriente, lo miré fingiendo sorpresa, era buena en eso— ¿Me decía...?

—¿Que encontró señorita Fellon?

—Mi pluma... se me había resbalado cuando le prestaba atención, señor, es que estaba tomando nota de todo lo que estaba diciendo —comenté aparentando inocencia, el mayor carraspeó indignado y fue peor al ver el reloj. Era hora de trabajar y en ese aspecto él era el primero en enviarnos a repartir sin demora. Era como una cávala, él salir siempre a la misma hora.

Todos nos dedicaron una mirada de agradecimiento por haber perdido tiempo *valioso*. El jefe salió sin despedirse y los demás se quedaron atónitos ante su gesto. Poco a poco fueron saliendo todos, quedando la sala sola, a excepción de nosotras. Pilar esperó a que el último saliera para dedicarme una mirada que superaba el reproche.

—¡No lo entiendo! —Inició sin saber que más decir—. Creí que seguirías escribiéndole... Dijiste que él te gustaba, ¿verdad?

—Sí, me gusta. Pero creo que veinte cartas son más que suficientes, ¿no te parece? Además... ya estamos grandes para estas ridiculeces. No todo en la vida es como en los libros Pili. A veces, el romance es solo para personajes ficticios y a nosotros solo nos queda vivir realidades desastrosas como esta: no tener respuesta después de casi tres semanas dejando correspondencia anónima sobre su mesa —aquello la hizo retroceder en su propio asiento, su rostro tenía un gesto extraño como si hubiera metido un limón a su boca.

—Claro. Tienes razón —dijo poniéndose en pie— ¿Sabes qué? ¿Qué te parece si tocas la puerta de mi vecino barra amigo de abajo y conversan? Tal vez les vendría bien a ambos intercambiar opiniones sobre el amor y el romance. ¡Por Dios Santo! —Se quejó dejándome sola en el despacho.

Intenté darle alcance, pero ella ya estaba en el ascensor con los paquetes de su distrito en su bolso. Con pereza fui hasta lo de Joshua, ni siquiera me defendí de sus bromas. No tenía ánimos para hacerlo.

Las calles estaban húmedas a causa de la lluvia del día anterior. Aunque llamarlo lluvia era inapropiado. Tormenta eléctrica sería mejor. Nubarrones violetas y espesas se habían negado a dejar de vaciar sus contenedores de

agua desde las primeras horas de la mañana. La zona donde se encontraba mi casa había sufrido de apagones y mis padres, siempre al tanto de lo que me ocurría, llamaron preocupados por el sistema de alarmas. Les insistí que no tenían por qué preocuparse, pero les aseguré que de ser necesario los llamaría para que vinieran a buscarme. No lo hice en toda la noche, la electricidad solo había demorado unas cuantas horas, y por la mañana ya todo estaba como arreglado.

Caminé por las calles arrastrando mis pies, disfrutando de la fresca brisa que corría invitando a que despejara mi mente. A pesar del fresco viento el sol era lo suficientemente intenso para mantenerte a una temperatura agradable. Las personas más friolentas estaban abrigadas hasta el cuello, mientras que otros como yo, con un canguro se las arreglaban.

Como siempre, primero ordené las cartas por proximidad dejando por último las de Agustín. Dibujé una sonrisa en mi rostro e hice como si nada fuera extraño, como si hoy no entregara mi última gota de esperanza. Calle tras calle, con el corazón laténdome a mil por hora fui acercándome a aquel edificio. Saludé a todos como era costumbre, ayudé a la chica del estudio jurídico y charlé con ella sobre acontecimientos banales, me recomendó un libro sobre astrología y ascendencias zodiacales que según insistía era muy buena.

Tras repartir los sobres y un pequeños paquete que me eran indiferentes, me detuve en un kiosco en la esquina del edificio y observé una revista de moda. Sabía que dentro de sus páginas se encontraban las claves que necesitaba para mi última hazaña, por decirlo de alguna manera. Con un suspiro de resignación compré la revista y fui directo a la página de horóscopo mientras caminaba hacia la entrada. Busqué la predicción de mi signo y...

—Nada mal...

—¿Que no va mal? —Carla alcanzado a escucharme desde su lado del mostrador.

—Pues veras, según esto, hoy será un buen día. Pronostican sucesos especiales en el ámbito amoroso...

—¿Me dejas ver? —Rodeó la elevada mesa y se ubicó a un lado mío, leyó mi predicción y con una enorme sonrisa. Esperanzada busco la suya, pero ni bien sus ojos se fijaron en la primera línea su sonrisa se desvaneció por completo—. Supongo que no es mi día —volviendo a su lugar soltó un suspiro largo.

—Te gusta alguien de aquí, ¿verdad? —Aventuré sin apartar la mirada de

ella, enrojeció sin poder evitarlo y sonrió tímida.

—No tengo porque negarlo, pero a veces creo que es obvio para todos, pero no para él —elevó sus hombros—, desde que trabajo aquí es como si fuera invisible para él. Es amable y todo, pero no consigo una sonrisa o un halago.

—Créeme cuando te digo que te entiendo.

—¿A ti también te gusta alguien? De aquí me refiero... —Sonreí sin poder evitarlo y llevé mis ojos al piso— ¡Vaya! ¿Si tú no puedes conseguir al chico que te gusta que queda para el resto? —La miré con horror y luego con ojos críticos.

Carla para nada era una persona menos que atractiva, siempre enfundada a trajes de dos piezas que marcaban a la perfección las líneas de su cuerpo y zapatos de tacón al final de sus torneadas piernas, con los ojos cafés y de sonrisa afable. Para nada me resultaba una persona incapaz de conquistar a alguien. A quien fuera, incluso al Cara Plana de Chris.

—Si estas intentando de tomándome el pelo, creo que ya es suficiente —dije con voz queda—, no insulte me intelecto haciendo que te crea semejante estupidez. Eres guapa y elegante. ¡Totalmente lo opuesto a mí! Tú tienes un trabajo en el lugar importante de la ciudad, rodeada de gente importante. Vistes, comes y caminas con elegancia que a mí, con un simple vistazo, se me nota.

—Pero tienes alma...

—¿Disculpa? —Pregunté tontamente— ¿Alma? ¿Escuché bien? ¿Dijiste alma? ¿Acaso eres un ser demoniaco o maligno? —Me burlé y ella sonrió.

—Tal vez me expresé mal. Lo que quiero decir, es que, eres linda, no solo físicamente, sino como persona. Eres dulce y eso se nota a leguas de distancia. No veo a nadie a quien le caigas mal y eso es un don —sonrió con dulzura.

—Créeme, le caigo mal a la gente, tan mal que al verme se les estira la cara y se les aplana...

—¿No me digas? —Dijo, cuando iba a replicarle nos vimos interrumpidas por el insistente teléfono.

Ella me ofreció el pase de visitante y lo acepté con gusto. Ya en el ascensor tomé las cartas y una vez que las puertas se abrieron aspiré de forma profunda aquel peculiar olor a lavanda que inundaba el tercer piso. El primer cubículo estaba completamente vacío. El lugar que pertenecía a Chris al fin

parecía totalmente desierto. Durante las últimas semanas las cosas en la mesa fueron desapareciendo y hoy, finalmente, se veía limpio de cualquier objeto. Tragué saliva con fuerza, repentinamente nerviosa. Con disimulo, mientras fui depositando los sobres en los cestos de los cubículos correspondientes busqué a Agustín. No había rastros suyos. Ni tampoco de Chris. Ya con la penúltima tanda de sobres con un paquete incluido, golpeé la puerta de la oficina principal al final del piso. Tras la autorización correspondiente, tímidamente me introduje al cuarto.

Del otro lado, se encontraba una mujer de cabellos rubios y ojos penetrantes. Su expresión denotaba la molestia por mi intromisión, con la vergüenza pegada a mi rostro me acerqué hasta su escritorio y deposité la caja y los sobres dirigidos a ella, supuse. Extraje la planilla electrónica del bolso, y mientras se lo tendía reparé en que Agustín se encontraba ahí. De inmediato un calor inmenso comenzó a recorrer mi cuerpo al toparme con su gélida mirada, a pesar de que sus ojos la mayoría del tiempo eran claros, ahora parecían estar dilatados, una sonrisa que para nada coincidía con el chico que imaginaba que era, estaba impresa en sus labios. Levantó una de sus cejas y señaló en dirección a la mujer, entonces descubrí que me habían hablado.

—No trabajas aquí... Para nosotros, ¿no es así? —el tono de su voz fue demandante.

—Exacto, soy del correo...

—¿Recuerdas el hámster que te mencione? —Agustín dijo interrumpiéndome, mi corazón se detuvo por un momento. ¿Eso fue un insulto?

—Ah... Ya veo, del correo. Tengo entendido que tu trabajo es dejarlo abajo... No subirlo hasta aquí...

—Ayudo a Carla, puesto que es mi última parada del día...

—¿Acaso te pagan?

—No Señora —levantó una ceja en mi dirección, escuché una carcajada a mis espaldas. Un escalofrió recorrió mi cuerpo.

—Bueno, si lo haces *Ad honorem*, ¿Quién soy yo para llevarte la contraria? ¿Algo más? —Preguntaron, yo salí de mi ensoñación y negué con la cabeza sin poder evitar volver la vista al chico que sonrió ampliamente, yo también sonreí en consecuencia.

—Ve con cuidado —dijo el hombre con voz terciopelada congelándome.

—¿Qué haces? —cuestionaron, yo apenas fui capaz de poner mi cuerpo en

movimiento, alejándome.

—Nada, es linda —respondieron, pero ya no estaba segura, pues me encontraba a una altura muy lejana de la superficie, entre las nubes, para nada segura.

Con una alegría indescriptible obligué a mí corazón a poner en marcha mis pies fuera del despacho. El corazón me latía desbocado, y sentía que las mejillas me dolían de tanto sonreír.

—Vaya... Algunos se conforman con solo un gesto de misericordia —la sonrisa se desvaneció al toparme con unos ojos inquisitivos frente a mí, a muy poca distancia.

Tenía las manos guardadas en los bolsillos de su pantalón. Como siempre vestido impecablemente con un traje gris esta vez, que realzaban aún más sus ojos claros. Tragué con dificultad al sentirme invadida, una vez más, por aquella sensación en el pecho. Llevé mi mano a la altura del corazón sintiéndome mareada.

—Oye, ¿estás bien? Sé que te parezco desagradable y feo... Pero no como para que te asustes demasiado —intentó burlarse, pero sus manos, cálidas, suaves y ligeras como una pluma, me tomaron por el brazo y me arrastraron por el pasillo con su cuidado— *Hey*, no me asustes, ¿te encuentras bien? —Preguntó.

Yo intentaba respirar con los ojos cerrados, pero podía sentir su cercanía.

Al abrir mis ojos estaba sentada en un sillón de piel negra frente a un escritorio, Chris se encontraba apoyado en sus rodillas frente a mí con un vaso de agua en mano. ¿De dónde lo saco? Entonces reparé en otros detalles de la oficina. Había dos escritorios allí, una frente a otra de lado a la gran ventanal que ocupaba la pared exhibiendo el repentino cielo oscuro, furioso, deseoso de rugir una vez más su tempestad. El escritorio ante mi tenía un portarretratos con dos niños encerrados en él, papeles apilados en forma ordenada y un pequeño helecho a un lado de la mesa.

Al otro lado, al frente, un escritorio bastante desordenado. Sin vida en él.

Volví a escuchar su voz y devolví mis ojos a él, parecía algo ansioso. ¿Estaba respirando con dificultad o era yo?

—¿Qué? —Dije. Él sacudió la cabeza incrédulo. Soy yo...

—Pregunté si te sientes mejor. Te has puesto pálida de repente. ¿Te

encuentras bien? —Asentí—. Toma algo de agua por favor, me estas asustando —pareció dudar un segundo—. ¿Continuo llamándote *Taylor*? — Demandó fingiendo una sonrisa, ¿trataba de disimular?

—Es culpa tuya —dije sin detener mis palabras, el pareció notablemente sorprendido—. Me tomaste por sorpresa —tomé el vaso que ofrecía y él sonrió, el dolor en el pecho se profundizo.

—¿Culpa mía? —Enarcó una ceja, devolví el vaso vacío — ¿Deseas más?

—No, gracias...

—¿Entonces?

—¿*Entonces*? —Repetí.

—¿Tu nombre es...? —Acompañó la frase con la manos ondeando.

—¡Oh! Ariadna, Ariadna Fellon —sonreí tendiéndole la mano.

—*Bond... James Bond* —contestó con una sonrisa estrechando mi mano.

Una especie de corriente hizo contacto ahí donde su mano tomó la mía. Había algo extraño en la forma en que él acarició mi piel, tanto, que el dolor en el pecho se había relajado. Y sonreí sintiéndome libre de esa sensación al fin.

—¿Ahora eres un agente secreto? —Me burlé, él aún no había soltado mi mano; abrí mis ojos en dirección a nuestro agarre, él de inmediato las liberó algo avergonzado poniéndose en pie.

—Christian Dabance —contestó escondiendo sus manos en los bolsillos retrocediendo unos pasos apoyándose en el otro escritorio, parecía algo nervioso o incluso incómodo, tal vez por esa razón arrastró la silla que se encontraba a su lado posicionándolo frente a mí y tomó asiento—. ¿Dijiste Fellon? —Yo tragué saliva.

—Sí, ¿por qué?

—Me resulta ligeramente familiar tu apellido...

—No lo creo —me apresuré a decir jugando con el cierre de mi bolso.

—Oh, por cierto... ¿Tienes correo para mí? Se suponía que debían de llegar unos papeles importantes el día de ayer, pero con la tormenta supongo que se demoraron con el envío —comentó, con manos temblorosas busqué dentro de mi bolso y se las tendí.

Las recibió con manos ágiles poniéndose en pie a continuación, para ubicarse esta vez en el escritorio frente a mí. Este era ligeramente más amplio que el otro algo que antes no había podido reparar.

—¿Esta es tu oficina? —Consulté prestando atención a las pinturas que colgaban en las paredes.

—Si...

—¿Te han ascendido? —Levantó la vista en mi dirección, una ceja se movió ligeramente antes de negar— ¿Esas pinturas? —Al ver que eran bastante raras y sobre todo coloridas, lo primero que se me vino a la mente es que fue pintado por un niño. *Pobre*, tal vez lo estafaron en alguna galería. Sonrió ligeramente.

—Ha sido un regalo del lugar donde antes trabajaba. Los niños del orfanato han querido que me sintiera menos solo. Por eso... —Se puso en pie y señaló una sección del enorme cuadro—. Si no he entendido mal, esta línea de aquí representa un rincón del corazón, esto amarillo es el sol y la alegría, y estas sombras somos nosotros.

—Oh —dije elevando una ceja en su dirección.

—Me refiero a las personas que estábamos ahí... Con ellos, todos los días —guardó sus manos en los bolsillos— ¿Qué? —Curioso volviendo a su asiento.

—Bueno... Es que no pareces un hombre que le interesen los niños — comenté apoyándome en la superficie del escritorio.

—¿Algunas vez te han dicho que eres pésima para interpretar personas? — Dijo sin burla en su voz.

—Lo siento, no quise que te ofendieras.

—Pues si vamos al caso, tu pareces una chica *way*, sin embargo, tu falta de amor propio deja mucho que desear.

—¿Y a ti no te han dicho que sonreír es bueno de vez en cuando? — reaccioné ofendida— Más cuando... —y me detuve al descubrir que apunto estuve de decir "*encantadora sonrisa*".

—¿Mas cuando qué? —Presionó dejando a un lado los sobres, solo atiné a negar con la cabeza y sonreí.

—Ya debo irme —de pronto sentí la urgencia de salir huyendo de ahí, me puse en pie.

—¿Has almorzado? —Preguntó de pronto tomándome por sorpresa, pude ver en su expresión que él mismo parecía sorprendido de su reacción.

—No... ¿Por qué?

—La verdad es que no me gusta comer solo... Y bueno, hoy olvidé traer el almuerzo...

—Lo siento pero, no creo que mi bolsillo sea capaz de costearme el

restaurante lujoso al que sueles ir —aventuré dando un paso al costado, él pareció ofendido.

—¿Qué te hace pensar que voy a lugares caros? —declaró desencajado— ¿Acaso las pizzas no entran en tu presupuesto? Además... No mencioné que pagarías, o si quiera que me acompañaras. Pregunté si habías almorzado. — Se cruzó de brazos satisfecho, llevé mi dedo índice al mentón.

—Pero dijiste que no te gustaba comer solo y que olvidaste tu almuerzo... Por lo que la deducción no es muy equivocada de mi parte —lo vi retroceder unos centímetros, y no supe porque, pero me sentí satisfecha con ese gesto, como si hubiera ganado algo cuyo valor no tenía precio, pero era importante.

—Está bien...

—¿*Está bien?*

—Entonces...

—Entonces, ¿qué? —presioné ya en la puerta.

Él sonrió de la misma manera que hacia un rato, rodeó la mesa al tiempo que introducía los sobres en su bolso y llegaba hasta a mí. Me hizo a un lado, lanzándome con delicadeza fuera del despacho ocasionándome cosquilleo, ahí donde su tacto colisionó. Era capaz de sentir las miradas de todos en el piso, pero preferí no confirmar tal obviedad, decidí concentrarme en Chris que cerraba la puerta tras suyo sin apartar la mirada de mí, supuse, tratando de hacer lo mismo que yo... Ignorando a todo aquel que se encontrara fuera de nuestra pequeña burbuja.

Chris

No podía dejar de sonreír, debería de estar en la oficina encerrado por lo menos por dos semanas para terminar el trabajo acumulado pero no era capaz. Busqué hasta el último pretexto en los recovecos de mi mente y la encontré. *Comer*. Era necesario que comiera luego de que estuvo a punto de desmallarse. ¿No es así? Comer era algo indispensable, o simplemente ingerir un alimento, lejos de ese lugar. En fin, comer con Ariadna. Estar a solas con ella.

Su nombre en un principio me resultó algo ácido en los labios debido al parecido con Aldana, pero una vez que mi mente se acostumbró al sonido de las letras en menos de dos segundos, sentí que podría decirlo a cada instante, es más, el timbre de su voz reproducía su propio nombre una y otra vez en mi cabeza engendrando una sonrisa en mi rostro de manera automática.

Mientras salíamos de la oficina no podía apartar la mirada de ella, y a ella parecía estar pasándole lo mismo. O eso creí, hasta que me vi a mi mismo saliendo por primera vez del despacho con una enorme sonrisa y acompañado de una chica.

El *Efecto Daniels* diría Agustina, nuestra secretaria. Deseché esa idea y decidí hacer caso omiso a las inspecciones dirigidas en nuestra dirección. Nos guie hasta el ascensor intentando cubrir a Ariadna, posicionándola frente a mí. Una vez que las puertas se abrieron la empujé torpemente y presioné el botón de planta baja. Con un suspiro conduje una mirada en su dirección, parecía contrariada. Cuando estaba a punto de preguntarle el motivo de su gesto me detuve, repentinamente temeroso a que se hubiera arrepentido de acompañarme a almorzar. Me sorprendió el temor que me inundo la duda de su rechazo. Las puertas se abrieron y ella pareció ligeramente sorprendida, me dedicó una mirada, como de disculpa y me apresuré a ir en dirección a la puerta de salida.

Fuera, el frío se calaba hasta los huesos y las nubes oscuras, después de todo, decidieron largar su furia. El agua que caía lo hacía sin piedad. Tragué con fuerza y dediqué una mirada a mis espaldas para ver si había continuado

tras mis pasos, pero ella parecía estar conversando con la recepcionista. Con la vista a la calle los coches pasaban lento y con cuidado, el restaurante al que quería ir no quedaba lejos, pero era preferible tomar un taxi a conseguir un resfriado. Cuando un coche amarillo giró en la esquina corrí hasta el borde de la vereda para llamar su atención a sabiendas de que me mojaría, sin importarme levanté el brazo, pero este siguió de largo.

El agua, que hasta hacia dos segundos se había ensañado en mí, repentinamente ya no me golpeaba. Levanté la vista y un paraguas verde estaba sobre mi cabeza. Giré con cuidado y me encontré con una mirada divertida.

—Si hubieras sido capaz de esperar, te habrías enterado de que traía esto conmigo y no estarías mojado, ni tampoco arruinado tu traje caro —susurró intentando sonar enojada, ¿o tal vez dolida? No podría saberlo, no cuando una extraña sensación invadía mi pecho.

—No quería que te empaparas —confesé con esfuerzo.

—¿No querías que me mojara o no querías que huyera? —Ladeó su cabeza y reparé en que su pelo estaba a resguardo en la capucha de su canguro.

—¿Te digo la verdad o te miento? —Mis palabras simplemente huyeron, ella pareció meditarlo.

—Miénteme...

—No quería que te mojaras.

Mi mente no era capaz de cooperar en ese instante. No era capaz de controlarme ante ella. Tiré del mago del paraguas y lo sostuve, ella escondió sus manos en los bolsillos.

—¿Está muy lejos? —Preguntó de pronto llevando su mirada al suelo.

—Solo unas tres cuadras...

—Caminemos —dijo echándose a andar.

Tuve que correr para darle alcance y cubrirla del agua. Anduvimos en silencio por las veredas vacías, la mayoría de las personas estaban bajo techo esperando, supuse, se calmara el cielo.

—Acércate un poco más, te mojaras y te enfermaras... No quiero...

—¿Sentirte culpable? —interrumpió sonriente, pero no parecía una sonrisa feliz, sino de cortesía.

—No muerdo — “*Aunque quisieras*” contradijo otra voz en el fondo de mi mente, sorprendiéndome, sacudí la cabeza sin podérmelo creer; llevé mi

mano a su brazo y la acerqué a mí, me dije a mi mismo que era para protegerla, pero la verdad no podría estar más alejada. Deseaba, por alguna razón, tenerla cerca.

—Pareces enojado —comentó alejándose un poco de mí, una mano salió de su bolsillo, extendió sus dedos hacia la lluvia, el agua que se escurría entre sus dedos me resultó hipnótico.

—No estoy enojado.

—Si tú lo dices —elevó sus hombros.

Seguimos el resto del trayecto en silencio, el cual se me hizo eterno. La miré por rabillo del ojo, hoy vestía como siempre, pero al llegar en la esquina antes de cruzar la avenida lo comprendí. Sus pies. *¡Claro!* Me dije, *no lleva los patines.*

—Eres mucho más pequeña —susurré.

—¿Qué?

—Nada... —seguí caminando sin mirarla.

—¿Dijiste algo? —Podía sentir sus ojos en mí.

—No —tiré de su brazo y apresuré el paso hasta el otro lado de la calle.

Ya bajo el techo seguro del restaurante, cerré el paraguas y lo deposité en el gran jarrón a un lado. Ella pareció sorprendida con el lugar. ¿O fue por que dejaba un objeto suyo por ahí con la de los demás? Esta chica me desconcertaba. Anhelaba saber que pasaba por su mente. No sabía que esperar de ella, tampoco entendía que hacía con ella en aquel lugar. ¿Cómo explicar esa sensación al estar cerca? ¿De cuando la conocía? De nada. Era hermosa, sí, eso era innegable.

El Síndrome Daniels dijo una voz en mi cabeza.

—¿Estás bien?

—¿Qué?

—De vuelta, tienes esa cara...

—¿Cara de qué?

—De Cara Plana —sonrió elevando sus hombros, pero cuando iba a contestarle, Federico llegó a nosotros.

—¡Chris! *¡Il mio ragazzo!* ¡Como siempre, ni la lluvia te detiene un jueves! —Gritó abriendo sus brazos y golpeándome la espalda—. ¿Mesa para uno? ¡Paola! ¡Prepara la banca de Chris en la mesada! —Continuó a viva voz llamando la atención de todos.

—*N-no* —tiré de la manga de su camisa avergonzado, señalé en dirección a Ariadna que parecía asombrada mirando el lugar.

—¡Oh! ¿Has venido con una señorita? —Afirmé— ¿Tu?
—¿Siempre viene a comer solo? —inquirió entonces mi acompañante, volviendo su atención a nosotros.
—Oh... *E-eso...*
—No mientas —advertí.
—¡Vamos! Viene con Pipi —admitió el hombre no muy convencido.
—Y es mujer —agregué.
—La cual, ¡no cuenta! —Atacó.
—Pero es una compañía femenina —me defendí.
—Sí, claro... ¡Pero de perdedores! Es como si dijeras: fui a una cita: ¡con mi mamá! ¡Pues es como si fuera sangre de tu sangre! ¡Costilla de tu costilla! Ambos son apartan a la gente...
—Miente, no nos parecemos...
—¡Por suerte! ¡Esa chica es un desastre andante! Es mejor perderla que encontrarla. ¡Solo habla de libros! Y esas gafas, por Dios Santo, esas gafas la hacen parecer ciega. Es como si los cristales los hubiera retirado de la base de una botella. Pero ya, centremos en ti querida. Pero antes respóndeme una cosa —miró de lleno a Ariadna—. ¿Qué clase de persona viene a un restaurante y pide comida orgánica traída de no sé dónde? —La chica sonrió ampliamente antes de dirigir su vista a mí.
—¿Una que cuida de su silueta?
—¡Excusas para causarle angustias a los demás!
—¿Así que tienes amigos? —Cuestionó sorprendida.
—¡Hasta la pregunta ofende! —Dije sin poder evitar el reproche en mi tono de voz.
—¿Qué te hace pensar que no tiene amigos? —Fede curioseó con preocupación, ella se sonrojó elevando sus hombros.
—Siempre trae mala cara —pareció más una pregunta que una afirmación.
—¿Qué te había dicho? ¡A las mujeres les gusta que un muchacho sonría!

Cuando Fede se preparó para continuar con la réplica lo interrumpí diciendo a que mesa me dirigía. Él solo me dedicó una mirada de comprensión y fue en dirección a la cocina. No esperé a que me siguiera, simplemente fui hasta el medio del casi vacío salón y me senté a esperar mi comida. Ella se había quedado parada en el mismo lugar y parecía estar librando una batalla consigo misma. Decidí no darle importancia, ya que otro rechazo a mi lista causaría estragos a mi orgullo. Así que, tomé la servilleta y

lo extendí sobre mi regazo. Apoyé mis codos en la mesa y entrelacé mis dedos mirando para cualquier lugar. A los pocos minutos me sorprendió escuchar que la silla de enfrente era retirada sin delicadeza alguna haciendo ruido, y pronto una silueta aparecía en mi campo de visión.

—Si te ofendí de alguna manera, lo lamento —inició con timidez, no la miré—. En serio, lo siento mucho —continuó con más firmeza, entonces llevé mis ojos a ella.

—¿Qué te hace pensar que me conoces? —Ella retrocedió en su asiento— ¿Acaso sabes por lo que he pasado para estar solo? ¿Por qué piensas que son las demás personas las que se alejan de mí y no yo de ellas? ¿Tienes una idea acaso...? —Me detuve. Guardé silencio repentinamente molesto. Me inundaba la rabia y no tenía sentido que le explicara algo, que ni siquiera yo mismo, sabía como expresar.

—¡Tú tampoco me conoces! —Atacó enojada tomándome por sorpresa.

—¿Disculpa?

—¡No me gusta Taylor Swift! —Dijo con fiereza, le dediqué una mirada perpleja—. ¡Ni siquiera sabes quién soy! ¡Hasta el día de hoy no has sabido cómo me llamo! ¿Quién te dio el derecho de ponerme un sobrenombre? —Reclamó. Resoplé con burla.

—Trabajas en el correo, posiblemente hace poco más de dos años. Te gusta y bastante Taylor Swift, sobre todo los lunes, vistes ropa de marca pero no de diseñador, eres natural y eres segura de ti misma ya que no usas una gota de maquillaje, te gusta el aire libre y eres una especie de ser espiritual o astral y ¡bla bla bla! De esas cosas, lees el horóscopo a diario, por lo general lo haces antes de subir a entregar la correspondencia en mi edificio y, ¡te gusta Abel! —Sentencié. Me tomó por sorpresa los detalles que había cobijado sobre ella.

Abrió sus ojos con sorpresa mientras las palabras salían de mi boca sin que yo pudiera detenerlas y luego se dejó caer en su silla, abriendo y cerrando la boca varias veces.

—*N-no t-todo* lo que has dicho es *ci-ierto* —el nerviosismo se hizo presente en su tono de voz, yo sonreí.

—¿Que parte? —De inmediato me acomodé en la silla al lado suyo—. Dime, ¿en qué parte me equivoco? —Ella no alejó su mirada clara de mí, parecía tan transparente, era como leer a través de ellos.

—Es imposible que sepas esas cosas —dijo sorprendida, volviendo en sí acercándose un poco más a mí, aunque creo que ella no fue capaz de darse cuenta de su proximidad— ¿Como...? —Dejo la frase suspendida en el aire.

—Veo a las personas...

—¿Solo ves? ¿Eres vidente o qué? —Se burló de forma inocente, reí con ganas antes de ponerme en pie para deshacerme del frío y pesado saco, lo colgué en el respaldo del asiento donde había estado antes y volví a sentarme.

—Eres graciosa e inocente —comenté mientras aflojaba el nudo en mi corbata.

—¡Listo! —Anunció Fede depositando una pizza familiar en la mesa. Desabroche los botones de la manga de mi camisa y comencé a doblarlas hasta el codo.

—¿Pizza? ¿En un restaurante en la avenida principal? —Parecía realmente sorprendida.

—¡Hey, hey, hey! ¡Que mis pizzas son legendarias niña! —se quejó mi amigo.

—*P-pero* creí que era...

—¿Qué? ¿Lujoso? ¿Estirado? ¡Servimos de todo! Pero para Chris, los jueves son sagrados. ¡Se come pizza y punto!

—¡Creí que las pizzas eran para los viernes en la noche! —Sonrió ella.

—No, los viernes en la noche son picada y cerveza, o sushi y vino, depende de que tan malo haya sido el día — confesé ya cuando Fede se hubo ido.

Ariadna me observaba con cuidado. Tomé un tenedor y un cuchillo y separé el primer pedazo del resto sirviéndolo en su plato. Ella me miraba ¿horrorizada?

—¿Qué ocurre?

—Bueno... Pues es la primera vez que comeré pizza con cubiertos — comentó algo sorprendida.

—Cómelo con las manos si te sientes más cómoda.

—¿Estás loco? ¿En un lugar así? —Sonreí.

—Si haces todo lo que la gente espera que hagas, pronto te verás a ti misma haciendo cosas que no te gustan...

—*P-pero*...

—¿Quieres comer con la mano? —No esperé a que respondiera, simplemente tomé el siguiente trozo de pizza y esta vez sin cubiertos.

Escuche un gritito ahogado un poco más allá, pero no les preste atención, simplemente llevé la masa a mi boca y disfruté del sabor a salsa y queso mozzarella.

—Deberías probarlo, ¡esta delicioso! —dije con la boca media llena.

—Estás completamente loco, ¿sabías? —Elevé mis hombros—. Para nada eres como yo creí...

—¿Y eso es bueno o malo?

—¿Quieres que mienta o diga la verdad? —Reconocí la picardía en sus palabras.

—Miénteme —repetí su respuesta anterior.

—Es bueno —¿*Eso significa que es malo?* Intenté que no notara mi decepción.

—¿Y cómo creíste que era? —carraspeé dejando la masa en el plato limpiando mi boca y dedos.

—Solo diferente... Como siempre tienes esa cara...

—¿Plana? —Aventuré con una sonrisa al tiempo que tomaba el vaso con bebida, que por cierto no me había percatado que lo habían traído—. ¿Por qué me llamas así? —Pregunté curioso atacando de nuevo la comida.

—Bueno, es que siempre parece como si acabaras de levantarte —tosí con ganas, por poco me ahogo al escuchar aquello, tragué con dificultad y vacié el contenido de mi bebida.

—¿Qué?!

—Es la verdad. Siempre estas con cara de malote como si te hubieran despertado, y...

—¿Y...?

—Y... ¿Te llevas mal con Agustín? —Cambió de tema algo consternada, ¿tal vez? Mordiendo la pizza que había depositado en su plato.

—¿Quién? —Dude sin saber a quién se refería.

—Agustín —repetió antes de beber de su vaso, luego hizo una mueca extraña antes de volver a hablar, pero esta vez sus mejillas se tiñeron de un color rojo intenso, una punzada en el pecho me recordó ese mismo gesto en otra persona—. Sí, Agustín. El otro chico de ojos claros —llevó sus ojos a su plato y escondió sus manos alejándolos de la mesa.

—Estoy siendo sincero al confesarte que no sé de quién estás hablando... —Admití, parecía más nerviosa— Aguarda, creí que Abel era el que te gustaba. Siempre rondas a su alrededor, y lo miras con efusividad.

—¿Abel? No, me gusta Agustín —repetió, fue como un baldazo de agua fría.

—No hay ningún Agustín en la empresa...

—No me hagas bromas, ¡yo escuché!

—¡Espera, espera, espera! ¿Tú crees que Abel se llama Agustín? —Ella

ladeó la cabeza—. El chico que siempre sonríe a todas, al que le entregan un café y se lo lleva a otra, ese de traje de etiqueta... ¿Me refiero a que te gusta alguien de cuyo nombre ni siquiera sabes? —No pude evitar decirlo con reproche, *¿por qué me molestaba tanto?* —. No hay ningún Agustín en el despacho... *Agustina*, sí y es nuestra secretaria —conforme mis palabras fueron saliendo de mi boca ella abrió los ojos, desmesuradamente, ante la sorpresa. Algo en su mirada pareció romperse, como cuando le dices a un niño que aún no vendrán a por él. Tomé una gran bocanada de aire antes de hablar—. No te sientas mal. Mira...

—¡Que estúpida fui! —Interrumpió.

—No creo que debas...

—¡Pero qué tonta! —Ocultó su rostro con sus manos.

—Las malas interpretaciones siempre se dan, y más en una oficina tan grande —intenté razonar.

—Ya di cuenta de ello —dijo a través de sus dedos, suspiré. Me estire sobre la mesa y tiré de la capucha que aun cubría su cabeza, ella me dedicó una mirada asesina.

—Y luego me dices a mí lo de la mala cara —intenté bromear volviendo a mi lugar—. No es culpa tuya, en serio, cuando alguien te gusta no te importa el nombre y como te siente aterrada, solo prestas atención a lo que ocurre a su alrededor —volví a llenar mi vaso.

—Como si tú pudieras saberlo... —Comentó, mi mano tembló ligeramente.

—Diez años de experiencia en amor unilateral hablan por mí —dije de mala gana. Y otra vez, ahí estaba aquella mirada. La de lastima, la de incomprensión y por último empatía. Detestaba aquello. Detestaba que la gente creyera saber lo que yo sentía e intentaban ponerse en mi lugar o peor, cuando sentían lástima. *¡Vaya gloria entrega el amor!*— Por favor —supliqué—, no me mires así...

—Si yo estoy sufriendo porque alguien me gusta poco menos de un año, no quiero imaginarme hacerlo por tanto tiempo igual que tú —comentó; Por un segundo creí que se pondría en pie y se marcharía, pero por el contrario se mantuvo allí, sentada ante mí, y esta vez con su expresión cambiando radicalmente—. Creo que ahora comprendo porque llevas siempre esa cara...

—¿Si? —Reí sin ganas—. A ver... Dime, ¿cuál es el motivo según tú?

—Ella te quito la vida...

—¿Hmmm? —La miré con burla.

—Cuando quieres o amas a alguien le entregas más que el corazón, en

cierta forma, el corazón te da vida, y si se lo entregas a alguien y no es correspondido, solo queda un cuerpo sin ella. Tu mente ya no te pertenece, ya no piensas, ya no analizas, todo, absolutamente gira a su alrededor.

—Vaya... Es como si...

—¿Lo hubiese padecido? Sí, me gustó la chispa, la compré, pagué por ella y me quemé con creces...

— ¿Y aun así te gusta alguien como Abel?

—¿Quién? Oh, si —sonrió, entonces suspiró con ganas—. Hay algo en él que captura mi atención.

—No solo la tuya —comenté sin detener mis palabras con malestar.

—Supongo que otras mujeres lo ven, al igual que yo, solo que yo no puedo hacer que me vea —había un deje de despecho en su tono de voz. Sentí una punzada de compasión por ella, pero no de mala forma, sino, porque ella no sabía la clase de lacra de la que se salvaba. Elevé mi vaso en su dirección y propuse un brindes.

—Por el amor unilateral —sonreí, ella me enseñó sus dientes antes de imitar mi gesto y chocar su vaso contra el mío.

—Por las malas interpretaciones...

—Por un nuevo comienzo —continúe.

—Por los nuevos amigos —finalizó, antes de llevar su vaso a los labios.

Repentinamente sentí como si me hubieran encerrado en una mazmorra de donde no podría salir con facilidad.

#Warning #FriendzoneDetected

OK. ME RINDO. OK, ¡ MEJOR NO!

Ariadna

Diez años de experiencia en amor unilateral hablan por mí. Eso había dicho. Diez años. No imagino querer a alguien, estar a su lado por tanto tiempo y sin embargo, solo conformarse con eso. Es algo incluso altruista. Mientras él hablaba y comía lo observé con cuidado. Todo lo que había pensado e imaginado de él estaba mal. Su rostro parecía mucho más relajado mientras ingería la salsa y peleaba con el queso mozzarella. A nuestro alrededor la gente nos dedicaba una mirada algo esquiva por comer con las manos. O él no parecía notarlo, o simplemente no le importaba.

—Gracias —dijo de pronto volviéndome a la realidad.

—¿Por qué?

—Por acompañarme —parecía sincero.

—Ya sabes... A veces hay que hacer algo de caridad con la gente malhumorada —bromeé, el sospesó mi respuesta pero finalmente sonrió.

—Espero que este almuerzo me liberé del prejuicio de que soy amargado todo el tiempo —solicitó.

—*Hmmm...* Necesitaría más pruebas —solté— Esto no es suficiente para convencerme —sonreí.

—¡*Hey!* ¡Quién te dio el derecho de decir eso! —Cambió de pronto su expresión.

—Pero creí que... —me detuve al pensar en la idea.

—¿Creíste qué? —Preguntó enlazando sus dedos sobre la mesa, había cierta malicia en las comisuras de sus labios.

Por un momento, al toparme con su mirada me desconcertó encontrar algo que antes no me había tomado la molestia en ver. Luz. Cierta brillo en sus ojos azules me enseñó una puerta que no había percibido en nadie. Como si me invitara a conocerlo, como si me desafiara a traspasar el umbral. *¿Era eso posible?*

—¿Qué? —Insistió apartando la mirada, tomando el refresco.

—Nada... —solté con un suspiro—. Es solo que he conocido a mucha gente y siempre me creí buena juzgándola pero a ti...

—A mí, ¿qué? —Su interés era sincero.

—¡Eres desconcertante! —Confesé.

—¡Pero si me conoces de un día! ¡Menos incluso! —se burló repitiendo mis palabras.

—Eso es mentira, nos conocemos poco más de un año... —defendí.

—Está bien, nos hemos visto de vez en cuando, que es diferente...

—¡A diario! —Interrumpió con una risa y una mirada que nada tenía de inocente.

—¡Los últimos seis meses he estado trabajando en otro distrito! No cuenta —dije segura.

—Lo sé... Créeme, se sintió tu ausencia.

—Oye...

—¿Si?

—Cuando dijiste... —guardé silencio, llevé mis manos a cubrir mi boca sin estar segura.

—Solo pregunta —susurró, cuando lo vi, lo perverso había desaparecido.

—Es que —me acomodé en la silla—, cuando volví me dijiste que te habías dado cuenta de mi ausencia y que el lugar era...

—Monótono sin ti. Si, lo recuerdo —dijo. Tragué con fuerza.

—¿Parezco psicópata? ¿En serio? —se tomó un momento para meditarlo antes de volver a sonreír.

—Antes respóndeme una cosa: ¿quieres saberlo porque te importa tu imagen o lo dices porque quieres saber si Abel repara en tu ausencia? — Preguntó descubriendo mis intenciones, por todos los medios intenté esconder mis sentimientos tras una máscara inescrutable.

—¡Ya, ya! —Me burlé restándole importancia— No respondas si eso supone demasiado para ti —me burlé sin gracia.

—¿Quieres que te diga la verdad o que te mienta? — sonrió, *Dios, su sonrisa era cálida.*

—Dime la verdad...

—Preferiría mentirte —exhibió sus dientes de mala gana, su risa para nada fue sincera, se tomó varios segundos para volver a la compostura y mientras acomodaba las magas de su camisa habló—. Lo dije porque es verdad. La otra chica o chico, no sé siquiera si era alguien humano. Dejaba los sobres, literalmente tirados sobre la mesada de la entrada, a la intemperie y no quiero creer que falsificaba la firma de Carla. No subía a entregar los sobres, y sospecho la razón por lo que tú si lo hacías y lo haces, pero me reservo la humillación por el momento. Las entregas llegaban tarde, como todo en esta maldita ciudad. Y... —Se detuvo tomando una gran bocanada de aire para

luego soltarlo lentamente.

—¿Y?

—Bueno, la gente por lo general es algo... ¿cómo decirlo? —Su frente se pobló de arrugas mientras parecía buscar las palabras.

—¿Desquiciada?

—No. No recuerdo la palabra... Lo que trato de decirte es que son como islas, se preocupan por ellos mismos, por su supervivencia. No les interesa que ocurre a su alrededor, eso en el caso que no les afecte.

—Sé a lo que te refieres. ¿Pero eso que tiene que ver?

—Todo. Que yo te veo —sentenció y por su expresión contrariada, una vez más, parecía haber dicho algo que no quería—. No pienses mal —se apresuró a decir levantando las manos—. Pero la verdad es que si quieres que Abel se fije en ti, debes cumplir con ciertas cosas, ciertas reglas, además creo que con un poco de...

—¿Me ayudarás? —Solté de pronto incómoda, no entendía porque lo decía, pero las palabras solo salieron sin que yo las previera.

—¿En qué? —Mordí mis labios y abrí mi ojos— ¿Con Abel? No, no, no, no y mil veces no —su expresión era seria—. Mira. ¡Me caes bien! Pareces una niña muy dulce y créeme, Abel no es... —se detuvo a observarme.

—¿Qué? ¿Mi tipo? —Terminé por él, ofendida.

—No, es solo que...

—¿Qué? —Lo interrumpí. Él se mantuvo en silencio— ¿Sabes qué? Me voy, hasta aquí la conversación fue excelente y hasta entretenida. Y antes de que la imagen que he estado construyendo sobre ti las últimas horas se desmorone, ¡me largo! —Me puse en pie.

—Oye, no quiero que te ofendas, pero la verdad es que...

—¡Cállate! —Grité, golpeando la mesa repentinamente furiosa llamando la atención de todos a nuestro alrededor—. ¿Tú qué puedes saber sobre lo que es mi tipo o no lo es? ¿Acaso me conoces? ¡No! Sólo porque me has visto contadas veces y sabes algunas cosas crees que son ciertas, ¿puedes juzgarme? ¡Solo porque las has interpretado bien!

—Primero —dijo poniéndose en pie, guardando sus manos en los bolsillos con autosuficiencia, un gesto que comenzaba a odiar—. Conozco a Abel más que tú, no sabes la clase de sanguijuela que es, lo que ocurre es que tú lo ves con nubes de colores alrededor y posiblemente con hadas montando unicornios y lanzado purpurina. Segundo, no es lo que creo, *es lo que es*. Interpreto a la gente, estudio a la gente. *Mi vida* es la gente. Es por eso que

trabajo donde estoy. ¡Interpretando gente! —Sacó una mano y señaló con fuerza la mesa, a esa altura mis ojos ardían en cólera—. Y tercero —guardó silencio, como si intentara no escupir las palabras—. Vete si quieres, no te detendré... Solo espero que si consigues salir con Abel no digas que no te lo advertí. Porque la cabeza comenzará a pesarte por las astas que te saldrán. ¡Es una basura de persona!

—¿Tan inocente me crees? Sé más de la vida de lo que piensas. Y apréndete esto: Existen nueve puntos cruciales en la vida:

1. El nacimiento.
2. El primer gran amor.
3. El primer gran dolor.
4. El primer gran cambio.
5. La primera gran pérdida.
6. La primera gran elección.
7. El primer gran descubrimiento.
8. La primera gran aspiración.
9. Y la muerte —las fui señalando con los dedos.

—¡Felicidades! —Interrumpió— ¡Adivina que! —Gritó al tiempo que sacaba dinero de su billetera y lo lanzaba a la mesa al tiempo que la rodeaba y se colocaba a un lado mío. Su respiración era fuerte, más que la mía. Emanaba de su cuerpo una fuerza que estremecía mi cuerpo. Entonces susurró en mi oído—: Con Abel experimentarás todo eso en una sola vez y brincarás directo al noveno escalón y sin paracaídas —un escalofrío recorrió mi espalda cuando pronuncie aquello.

Quedé de piedra, no pude ni moverme. Tuvieron que pasar varios segundos antes de que lograra siquiera moverme. Giré sobre mis talones dispuesta a alcanzarlo y gritarle unas cuantas verdades, pero lo vi regresar con una expresión aterradora. Se ubicó frente a mí y tiró de mi mano con fuerza.

—¡TOMA UN MALDITO TAXI! —Grito exasperado, desencajado, y tan colorado al tiempo que depositaba dinero iracundo.

Regresó tras sus pasos, tiró de la puerta con fuerza y en ese instante reparé en la campanilla que colgaba en una esquina del umbral, que sonó con desesperación.

—Vaya, jamás creí que viviría para verlo de esa manera —dijeron a mi lado, giré el rostro encontrándome con el hombre que nos había atendido.

—Lamento el alboroto... —él levantó una ceja, odiaba que hicieran eso.

—¿De verdad? —Comentó en lo que levantaba los platos.

—¡Él comenzó! —Su rostro expresó su sorpresa.

—No me pareció... —volvió a su labor.

—¿Escucho todo? —Asintió.

—Cada palabra. Al igual que el resto de la gente, claro —abrí mis ojos; lentamente fui girando saltando de rostro en rostro, había más gente de lo que creí en principio y todos me observaban expectantes, y cuchicheaban entre ellos—. Aunque debería de agradecerte. Siendo sincero, nunca lo había visto así.

—Pues es así como yo lo veo siempre. Solo que nunca me había hablado de esa manera —confesé.

—Él, no es así —defendieron—. Es un chico educado a no ser que algo lo molesten o seas *Taylor Swift*... En general siempre es tan —guardó silencio y miró en dirección a donde Chris había desaparecido—. Es tan jodidamente meticuloso con expresar sus sentimientos. Ha aprendido a la mala a medirse y a la mala que guardarse pensamientos tampoco es sano. No importa si hablas, o su callas, siempre alguien pierde. No puede salvar a todos.

—Si ese comentario es para hacerme sentir mejor, no está funcionando — dije con las manos en la cintura.

—No lo dije para que te sintieras mejor, ¡lo dije para que te sientas culpable! —Se burló, entonces terminó de acodar los cubiertos usados en una bandeja y me dedicó una mirada de compasión—. Es cierto que no tiene muchos amigos, tiene mil razones para ello y un solo nombre... Bueno dos —se corrigió—, y por lo que todos *oímos* — enfatizó la última palabra—, has mencionado uno de esos nombres. Abel Daniels. ¡Él es como un dolor en el trasero! *Es el innombrable Lord Voldemort, el Dark Vader de Star War, la Kryptonita de Superman...*

—¡Ya, ya, ya entendí! —Lo interrumpí—. *P-pero* esto no puede ser —me quejé, él elevó las manos para que no lo interrumpiera.

—No sé qué sabes de ese Daniels, pero yo sé lo mismo que él. Y créeme, no es un buen hombre...

—Supongamos que le creo, ¿por qué lo detesta? Si es que es eso...

—Es más que odio... —elevó sus hombros como si fuera un motivo obvio.

—No comprendo.

—Mejor pregúntaselo a él... —Levantó la bandeja y se retiró; yo tomé lo que quedaba en la mesa y lo seguí hasta traspasar las puertas de la cocina.

—Hey, ¡esta es área restringido! —Se quejó, pero no hice caso, puse a un

lado lo que había traído conmigo y lo enfrente.

—¡Explíquese! Quiero entender —me cruce de brazos obviando que no me iría sin respuestas.

—Dame una razón por la que yo debería decirte algo que, claramente Chris no quiso decirte —sopesé la pregunta antes de responder.

—No tengo respuesta —confesé—, pero Abel me gusta y mucho.

—No sabes lo que dices —dijo apoyándose en la mesa a sus espaldas y cruzándose de brazos—. Estas mal de la cabeza, ve a ver a un psicólogo —suspiró y llevo sus dedos al puente de su nariz—. Mira solo te diré esto y luego te largas: Todo comenzó cuando Chris y Abel entraron al mismo tiempo, tenían sus diferencias como en cualquier trabajo con rango de insubordinación, pero el deseo de Chris de iniciar de nuevo, lejos de toda su vida anterior lo hizo no prestar atención a eso: seguir adelante, como caballo con anteojeras.

—¿Lejos de todo? El otro nombre... —El hombre afirmó.

—Trabajaban en los mismos proyectos hasta que a Chris se le ocurrió una ley que permitiera a los padres adoptivos ver seguido a los niños elegidos hasta que la adopción saliera, ya sabes que ese tipo papeleo tardan meses hasta años. Y muchos niños, bueno, crecen en el proceso sin una familia de acogida.

—¿Eso que tiene que ver? —Pregunté ansiosa.

—Si no me interrumpieras mocosa... —se quejó apretando los dientes y elevando una vez más las cejas, respiró hondo antes de continuar—. Bien, una jueza y una senadora debían firmar el acuerdo de Ley en el que el chico había trabajado, para ser presentado ante legisladores, pero Abel se metió en medio de todo aquello y consiguió las firmas que hacían falta. Las firmas que Chris no había podido conseguir... El pobre muchacho había estado meses tras esas mujeres para que firmaran, y el otro hombre, pues los consiguió en dos días.

—Pero eso es algo bueno. Han conseguido lo que buscaban. ¿Por qué se enojó entonces?

—Porque lo hizo de manera desleal... ¿Cómo decirlo? ¿Utilizando sus encantos? —Levantó ambas cejas y desarmó su brazo.

—Abel definitivamente es más carismático que Chris — Afirmé cruzándome de brazos de nuevo, él negó con la cabeza.

—No entiendes niña tonta...

—Si Chris no fuera tan *Cara Plana* hubiera podido conseguir las firmas

faltantes.

—Hablas porque puedes. Chris ha acampado frente a sus domicilios, lo han encerrado en la cárcel por hacer eso. ¡Abel sedujo a esas mujeres! —soltó interrumpiéndome.

—Abel sí que sabe utilizar sus encantos —sonreí—. Tiene poder de persuasión que tal vez le falte a...

—¿Esta niña es o se hace? —Preguntaron desde el fondo, miré al mayor.

—Se acostó con esas mujeres —pronunció, abrí mi boca para hablar pero nada salió de mi garganta, entonces volví a cerrarla—. Y no solo eso, se llevó todo el crédito. Bracamonte, se enfureció cuando supo aquello y ni qué decir de Avril.

—¿Bracamonte? —Pregunte y recordé al hombre que me había reprendido por el casco en el edificio— ¿Quién es Avril? —Pregunté encontrado mi voz.

—No querrás saberlo —dijo. Entonces la mujer rubia del despacho vino a mi mente.

Tragué con fuerza. Me retiré del lugar como si me moviera por inercia, no sentía el control de mi propio cuerpo. Al salir a la calle, la lluvia solo era una fina capa de llovizna molesta, pero lo bastante fresca para intentar disipar mi mente. La mano me dolía y al fijarme en ella encontré mis dedos cerrados en puño alrededor del dinero que Chris me había dado. Di unos pasos en dirección al edificio donde entregaba la correspondencia, pero me detuve al llegar a la esquina. No podía enfrentarlo. La verdad es que tenía miedo. Trataba de pensar que hacer, pero la cabeza me dolía horrores, así que decidí que lo mejor era volverme a casa. O ¿tal vez podría hablar con Pili?

No era una solución viable, también estaba enojada.

Retrocedí unos pasos. Volví a intentar pasar el nudo de mi garganta con fuerza y me dirigí al metro para ir a casa. No tenía ganas ni siquiera de escuchar música, sentía que nada tenía sentido.

Agustín pasó de ser mal nombrado a Abel, Abel Daniels. Con el nombre correcto había pasado de Príncipe Encantador a Gigoló Encantador. Chris de solitario amargado y burlón, a víctima solitario amargado gritón. ¿Cómo lo miraría a la cara mañana? Necesitaba a Pili, pero conociéndola no me hablaría hasta que escribiera otra carta o mínimamente hasta que prometiera con sangre que seguiría enviando cartas, pero, si le decía lo que ahora sabía, ¿me obligaría a prometérselo? Y si ese era el caso... No, no lo sería, me haría prometerlo ni bien cruzara la puerta, ¿y luego me haría romper la promesa

tras enterarse? Se volvería loca. Definitivamente.

Llegué a casa sin darme cuenta, pasé de largo a la Señora Thomas al no sentirme en condiciones de escucharla. Cerré la puerta tras mi espalda, encendí las luces del porche, y la sala. La repentina luz se me antojaba demasiado, lastimaba mis ojos, estos me ardían pero no entendía por qué. Me deshice de las zapatillas y la ropa mojada en la sala y en ropa interior me dirigí al cuarto de baño.

Una hora o tal vez más, después de un baño casi interminable de agua caliente, ya estaba en pijamas en mi cama, exhausta y cansada. Las palabras del hombre pasaban y se repetían una y otra vez, pero por extraño que pareciera, no me sentía decepcionada de Abel, por el contrario, sentía como si lo hubiera esperado realmente. ¿Y aquel malestar en el pecho? ¿Se debía a que realmente lo veía como Chris había dicho? Y si ese era el caso ¿Cómo veía a Chris? Y ¿por qué al pensar en él me sentía tan mal?

Remordimiento.

Caminé toda la noche de un lado a otro tratando de inventar una excusa para disculparme al día siguiente. Mil y un escenas se formaron en mi cabeza mientras la tarde daba lugar a la noche y ésta a su vez a la madrugada. Pero mi cabeza parecía no querer cooperar con una buena disculpa. Mientras más lo pensaba más comprendía sus gestos anteriores.

Al despertar, me sentía ligeramente aturdida. Por un momento creí que algo había ocurrido en la casa, pues todo se veía patas para arriba, entonces reparé en que me había quedado dormida de cabeza en el sofá de la sala. A duras penas pude enderezarme, claro que no sin sentirme mareada y con náuseas. Fregué mis ojos al sentir las extrañas, la cabeza me latía y mi estómago parecía haberse trasladado a mi cerebro. Traté de enfocar mis ojos en el reloj de la pared. Las nueve.

¡LAS NUEVE!

Tras un grito de sorpresa, me puse en pie de inmediato. Ya era tarde, era muy, muy, ¡muy tarde! Corrí por la casa mientras trataba de poner un poco de orden y me vestía para el día. La ropa húmeda y ahora mal oliente, seguía cerca de la puerta de entrada. En diez minutos ordené lo que había podido y salí corriendo para el correo con los patines colgando del cuello.

Al llegar al edificio, ya todos se habían marchado, a hurtadillas me dirigí hasta la mesa de entrada de encomiendas. Con el menor ruido posible, extraje los paquetes y sobres que me correspondían introduciéndolos con torpeza en el morral, y con la misma eficacia salí de allí. Cuando creí que podría cantar

victoria, a la salida Pili casi me da un susto de muerte al pararse frente a mi saliendo de la nada.

—¡Me asustaste! —Grité mientras soltaba los sobres que trataba de guardar en el bolso.

—¡Creí que te había pasado algo cuando no contestabas el celular! —Me regañó.

—Lo siento, olvidé cargarlo. Me he quedado dormida ...

—Ya di cuenta de ello —comenzó a andar, entonces le di alcance.

—¿Ya no estas enojada? —Giró para enfrentarme.

—Sí, aunque deberías de estarme agradecida —señaló con uno de sus finas dedos—. ¡Te cubrí con el jefe!

—¡Lo sé! ¡Gracias! —Dije sincera—. ¿Qué excusa les has dado?

—Les dije que tenías diarrea —Abrí la boca, me lo merecía, así que no me queje.

—¿Podemos juntarnos a la tarde?

—No puedo.

—¡Por favor! —Supliqué juntando mis manos.

—De verdad, no puedo —parecía sincera.

—¡Vamos! ¡No seas una mala amiga! Tengo cosas que contarte, cosas realmente importantes. Perdóname, ¿sí?

—¿Cosas que contarme? ¿De un día para otro? —preguntó acomodando sus gafas.

—Si —afirmé—. Si lo haces para castigarme, créeme que después de que te cuente todo pensarás que ya he recibido suficiente —confesé dejando caer mis manos.

—No lo hago por eso. ¡Aunque te lo mereces! Pero, ¿recuerdas al chico del perro que es mi vecino y también es mi mejor amigo y que no dejé que lo vieras?

—Si...

—Pues él tiene una crisis, y debo ayudarlo.

—¿Es gay?

—¿Qué? ¡NO! —Dijo con horror— ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Bueno solo los homosexuales y las mujeres tienen crisis —me burlé, ella solo hizo una mueca.

—Ayer con el diluvio anduvo de aquí para allá, con la ropa mojada durante todo el día y por la noche estuvo con fiebre, creo que hasta llamo a su ex... Y si es así, necesitaremos, por lo menos, veinte barriles de cerveza.

—Creí que no bebías alcohol.

—Contigo no lo hago. Es solo para casos excepcionales.

—¡Vaya!

—Sí, lo se...

—¿Qué tan mala es su situación?

—Acabo de llamarlo, dijo que se encargaría de algo en la oficina pero que para el mediodía ya volvería a casa — hizo una mueca—. Intentaré darle alcance a la salida. A veces él puede ser muy cabezotas y no cuidar de sí mismo.

—Te preocupas mucho por él... —Observé.

—Si —sonrió—. Nos conocemos desde hace mucho tiempo y es un chico muy especial. Siempre ha estado conmigo. No recuerdo un momento en el que él no intentara hacerme feliz cuando las cosas iban mal para mí. Él y su hermano son los únicos amigos que tengo, aparte de ti. Y saber que sufre, me hace sufrir, porque es el ser más increíble que conozco.

—Entonces hazte cargo de él —me adelanto unos pasos dejándola atrás—. Cuando esté mejor, me avisas y hablamos, ¿vale? —No escuché su respuesta pues me apresuré a salir calle arriba.

Me moví con la entrega lo más rápido que pude. Llevaba casi dos horas de retraso y sabía que en algunos lugares ni bien la correspondencia llegaba esta era enviada de nuevo. *Se suponía que debían llegar unos papeles importantes ayer, pero creo que se han retrasado*, eso había dicho.

El estómago me dio un vuelco. Pensar en él hizo sentirme ligeramente mareada. Lo deseché de mi cabeza y me concentré en el correo.

Al llegar al último edificio, Carla no se encontraba en recepción, así que la idea de dejarle los sobres con una excusa barata no serviría. Observé la cantidad de sobres. Eran demasiado como para dejarlo ahí en la mesa con una nota. Y falsificar firmas, no se me daba bien, eso me quedo más que claro en la escuela primaria.

Con un suspiro me embarqué en el ascensor con el corazón latiéndome a mil por hora.

—Debería de haber leído el horóscopo antes de venir aquí —susurré para mí misma, observé el reloj, hubiera tenido tiempo.

En el piso, lo primero que hice fue fijarme en su despacho. Este parecía estar cerrado, di unos golpecitos y nadie respondió. Era una locura todos corrían de un lado al otro. Empujé la puerta, puesto que nadie se había fijado en mi presencia, asomé la cabeza y me topé con la oficina de la misma

manera del día anterior, a excepción del otro escritorio que hoy parecía mucho más desordenado que antes. Con alivio realicé mi trabajo como siempre, entregué la correspondencia, los paquetes más grandes los hice firmar con las secretarias.

Todo iba bien hasta que unos ojos entrecerrados me observaron con cuidado cuando se interpusieron en mi camino. Intenté hacerme a un lado alejando mis ojos de los suyos, pero éste seguía interponiéndose.

—¿Tienes correspondencia para mí? —Preguntó amablemente, mis ojos se toparon con los suyos; sus ojos azules eran ligeramente más claros que los de Chris, pero definitivamente más inquisitivos.

—S-si —dije algo aturdida, extraje lo que quedaba de correspondencia y se los tendí, él me observó de manera extraña, por un segundo alejó su mirada de la mía, yendo un poco más allá de mis espaldas. Yo, muy por el contrario, no podía apartarlos de él, sonrió de manera encantadora y se acercó un poco más a mí.

—Sé que no nos conocemos... ¿Hemos hablado siquiera alguna vez? —Negué con la cabeza, él sonrió—. Me resultas una criatura sumamente encantadora —dijo con firmeza, mi cuerpo se revolucionó con ligeros temblores ante su voz seductora, abrí la boca para hablar pero fui incapaz de emitir sonido alguno—. Tal vez te parezca extraño —continuó— y hasta chocante, pero, ¿te gustaría salir a tomar algo conmigo la semana entrante?

Estaba pasando. Realmente estaba pasando. Agustín... ¡Abel! Abel estaba invitándome a salir. Empleé toda la fuerza que disponía para evitar brincar ahí mismo. Lentamente moví mi cabeza de forma afirmativa mientras él me observaba. Sonrió enseñando sus dientes perfectamente blancos.

—Hay una cafetería muy peculiar a diez calles de aquí. Nos vemos el sábado a las cinco, ¿te parece Ari? —Volví a afirmar anonadada.

Entonces algo extraño paso, acercó sus labios a mi mejilla y depositó un beso. En una nube me trasladé al ascensor, ya cuando estas estaban a punto de cerrarse reparé en que en mi bolso quedaron unos sobres. De un salto regresé al piso y me dirigí a la oficina de Chris. Volví a golpear la puerta, por si él hubiera vuelto. Al no encontrar respuesta giré la manija y pasé. Fui directo a su escritorio a depositar los sobres.

Antes de retirarme reparé en algo que antes no estaba. Un papel blanco colocado de forma llamativa.

*Mis condolencias. Has saltado directamente al escalón N
° 9.*

Abrí mis ojos ante la sorpresa, mi corazón dio un brinco exagerado
desequilibrando mi estabilidad.

¡Este chico era incomprensible!

¡Me rindo!

Chris

¡Vamos! ¿Abel? ¿En serio? ¿De verdad había considerado inteligente a esta muchacha? ¡No tenía ni dos dedos de frente! No solo confundió su nombre, sino que lo tenía en una alta expectativa; eso sin mencionar que me descartó como hombre al llamarme *nuevo amigo* durante el brindis, sino que también se atrevió a pedirme consejos. Todo volvía a repetirse. ¿Es en serio? Pero lo peor de todo no era eso... No. No sabía porque estaba enojado. Me sentía furioso. Frustrado. Tenía ganas de zarandearla con fuerza para lograr que reaccionara y abriera sus ojos de una vez. ¿Pero porque me molestaba tanto?

Y por si esto fuera poco ella me sale con esa charada de los nueve puntos.

¡Esto fue más que suficiente para mí!

—¡Felicidades! ¡Adivina que! —Dije rebuscando en mis bolsillos la billetera y lanzado el dinero a la mesa—. Con Abel experimentarás todo eso en una sola vez y brincarás directo al noveno escalón y sin paracaídas —tiré de mi saco y mi portafolios, y pisando fuerte me dirigí a la salida.

Me detuve en la entrada. ¡*Maldición!* Seguía lloviendo, aunque no era tan estrepitoso como antes, las gotas eran suficientemente espesas para adherirse a la ropa. Volví tras mis pasos sin entender que mierda estaba haciendo, más molesto que antes. Ella lo notó, se percató de mi humor pues retrocedió unos pasos. ¿Qué me pasaba con ella cerca?

—¡TOMA UN MALDITO TAXI! —siseé depositando de fuerza exagerada los billetes del bolsillo en su mano, quería lastimarla, quería que le doliera, quería herirla y que se diera cuenta, pero no sabía exactamente porqué.

No lo entendía. Ella activaba algo en mí, una violencia que antes no había sentido. Lo mejor era poner distancia y mucha.

Al salir nuevamente poco me importaba si el traje se arruinaba, mucho menos volver el trabajo. No me sentía en condiciones de soportar a nadie más. Mi cuota de buena conducta había expirado y no me apetecía tener que verle la cara al idiota de Abel. Lo golpearía, aunque nada tenía que ver con mi furia, arruinaría sus dientes.

Caminé hasta la esquina a la espera de algún taxi, pero mi sorpresa fue grande al encontrarme con los bolsillos vacíos y unos pocos billetes en la

cartera. Maldije tanto para mis adentros como para fuera al tiempo que me encaminaba al edificio.

—¿No sabías que existe un objeto para los días de lluvia? Se conoce como paraguas —sus palabras se lanzaron hacia mi burlonamente ni bien traspasé las puertas. Hice caso omiso, fui hasta uno de los cajones donde guardaba los *bouchers* de la empresa para viajar en taxi, extraje uno y volví a cerrar el cajón pero esta vez con llave—. ¡Oye no me ignores! —Me detuvieron ya cuando volvía a dirigirme a la salida.

—No estoy de *hu...* —me vi interrumpido por un estornudo, luego otro y otro.

—¡Aleja tu peste de mí! ¡A algunos no nos gusta enfermarnos! —Se acomodó el saco mientras hablaba, intenté hacerlo a un lado pero él ejerció mayor fuerza, le dediqué la mirada más gélida que poseía en ese momento.

—No estoy de humor —dije entre dientes, él se alejó un poco, pareció meditar un segundo hasta que fue hasta su escritorio y me lanzó unos cuantos sobres al rostro; tomé aire con fuerza y me deshice de ella lentamente antes de juntar los sobres que había lanzado.

—Tu *amiguita* confunde nuestras correspondencias. Una de ellas está abierta, tenía un perfume, creí que se trataba de la carta de alguna admiradora, pero son de esos mocosos que tú tanto defiendes.

—Primero que nada, debo recordarte: soy tu jefe y me debes respeto. Segundo, no tienes por qué abrir la correspondencia antes que yo y no son *mocosos esos*, son niños que *supuestamente* defiendes y que gracias a ellos estas trabajando. Y tercero... No es *amiguita* mía. Es la chica del correo —sentencié sin ánimo de continuar y sintiéndome cada vez peor, recogí mis cosas—. Agradece que no este de humor y no te obligue a levantarlos del suelo con los dientes rotos —tiré de la puerta, pero antes de que yo pudiera salir éste gritó llamando la atención de todos.

—¡Entonces no te importaré que me acueste con ella! — Giré en redondo. Llevaba las manos en sus bolsillos y una sonrisa de suficiencia en el rostro; guardé los sobres en el bolsillo del maletín, lo acomodé en mi hombro y entonces lo enfrenté ante la atenta mirada de todos.

—No vendré por unos días, señor Daniels —elevé la voz para que todos en el piso escucharan—. Por favor límitese a cumplir con su trabajo en mi ausencia, usted verá si desea acostarse con la chica del correo o con la Gerente de Región o con la Jueza de turno en sus ratos libres, pero en horario de oficina, por favor, solo haga su trabajo. Los papeles no se transportan

solos de un estudio a otro.

Sonreí mientras me dirigía a la salida. Lo despedí con la mano mientras el cambiaba su semblante de triunfo a pálido inescrutable.

Ya en la vereda el aire fresco me golpeó con mayor fuerza que antes. La cabeza me daba mil vueltas, y el frío parecía calarse con mayor intensidad. Me dolía el cuerpo, pero mucho más el pecho. Tomé el maldito taxi y me maldije por ser tan estúpido.

Ya cerca de la casa, la cabeza comenzaba a pesarme y las manos me temblaban ligeramente. Hice entrega del *Boucher* al conductor, quien preguntó algo que no logré entender, hice a un lado el sudor que comenzaba a manar de mi frente mientras firmaba. Ya en la vereda un escalofrió recorrió mi espalda. Pasé con dificultad la llave por la hendidura al tiempo que una sacudida me obligó a apoyarme en la puerta, mi frente y mi nariz ardían, las piernas cada vez eran más pesadas, di unos cuantos pasos hacia los escalones y todo se volvió confuso.

Aldana...

Aldana...

Aldana...

Alda...

Ari...

Ariadna...

Ariadna...

Ariadna...

Intenté moverme, pero algo sobre mi pecho me lo impedía. Deseaba abrir mis ojos, pero así como estaban cerrados, unos ojos tan claros como un cielo despejado me observaban sonrientes. Intenté darle alcance pero ella sonreía y se alejaba. Aguardaba a que fuera visible para mí y luego huía por campo abierto. Grandes árboles danzaban más allá en el horizonte. El sol era cálido e intenso. Algo no cuadraba con ella. Era Aldana. Definitivamente era ella. Su risa cantarina llegó hasta mis oídos y mi corazón se activó. Puse más en peño en alcanzarla pero ella seguía riéndose de mí. Entonces me detuve para que ella también lo hiciera.

—*No me detendré*—susurró—, *no mientras me llames así*—continuó. Me sentía confundido. Su cabello largo y castaño ondeaban con el viento.

—Pero eres Aldana—dije—, tú eres Aldana—ella negó con la cabeza y se disminuyó la distancia entre nosotros

—*Mírame a los ojos* —dijo suave escarbando en mis ojos.

—Son azules —comenté—. No son del color de la miel...

—*¡Que inteligente Cara Plana!* —Gritó antes de ponerse a correr.

Fui tras ella, su cabellera castaña fue extendiéndose, ante el cielo despejado parecía ir creciendo más y más cambiando de color al mismo tiempo. Cada vez era más claro, más rubio y brillante. Era como si correr la hiciera cambiar. En un momento ella gira su rostro en mi dirección y sonrío, puse más empeño en alcanzarla.

Logré acariciar su mano derecha, susurré un nombre que me sabía a ácido en la boca, pero ese nombre hizo que ella se detuviera y girara en redondo con una sonrisa diferente a la anterior. Tomé su rostro entre mis manos. No era Aldana, no se sentía como Aldana. Sus facciones eran diferentes a las de Aldana. Su cuerpo incluso parecía más pequeño e indefenso.

—*¿Quién soy?* —Preguntó con ojos grandes y llenos de esperanza.

—Ariadna —contesté tragando con fuerza, sentía los labios resecos, mis ojos atrapados en los suyos, las manos ardientes y deseosas de enredar los dedos en su rubia melena. No me privé, y jugué pasando mis dedos entre sus hebras, concentrándome en ese gesto. Entonces ella de improvisto se impulsa sobre la punta de sus pies y elimina toda distancia entre nosotros, depositando un beso en mis labios. Tiré de ella hacia mí, enrede mis brazos en su cintura para profundizarlo. Pero el beso era extraño, era... ¿Húmedo? Ella sonrió. Volvió a besarme y esta vez lamió mis rostro.

—¡Oye! —la reprendí, y entonces poco a poco el cambio abierto se volvió blanco con motas negras, el sol se convirtió en un lámpara de techo. Me vi tendido en una cama, su rostro pronto se hizo más pequeño y canino.

—¡Vaya! Sabía que existían personas obsesionadas con sus mascotas, pero jamás creí que tú tendrías ese tipo de interacción con tu perro —dijeron en reproche burlón.

La repentina luz lastimaba mis ojos, lo que me impedía enfocar la vista, el dolor en el pecho pasó a ser una sensación ligera y en forma de garras, entonces un rostro con manchas apareció nítido en mi campo de visión.

—Corcho —susurré y él ladro en respuesta lamiendo mi cara— ¿Qué ha pasado? —Pregunté con voz áspera intentando sentarme, pero me resultó toda una odisea intentarlo.

—No te levantes —me empujaron de nuevo, cerré mis ojos, tragué saliva, tenía mucha sed.

—Tengo sed —susurré repentinamente desesperado por beber agua. Pipi me tendió el vaso y ayudó a que la bebiera.

—¿Quieres más? —Negué.

—¿Que sucedió? —Insistí.

—Pues ayer llegué tras de ti, no me escuchaste y te desplomaste al inicio de las escaleras —susurró—. Llamé a un médico, dijo que tenías mucha fiebre y un buen golpe en la cabeza.

Hice a un lado a Corcho, me senté con dificultad y reparé en que no llevaba camisa. Levanté las sabanas y me encontraba con bóxer, nuevos.

—Sabía que algún día lograrías tu cometido y me desnudarías —me queje burlón—. ¡Espero que se parezca a mí!

—¡Eres un semental guapetón! —Contestó lejos de ruborizarse, sentándose a un lado de la cama—. ¡Nos tomamos unas dos horas! —Se mofó enseñándome sus delicados dedos, pero no sonreía—. Me asustaste —confesó preocupada, tiré de su mano y la abracé.

Las muestras de cariño en mí siempre son raras, en contadas ocasiones había hecho notar mis sentimientos por las personas, pero ahora necesitaba a Pipi, quería abrazar a alguien. Me sentía solo, me sentía enfermo, me sentía débil.

—Los hombres rudos y malhumorados siempre son los más sensibles —comentó devolviéndome el gesto.

—Soy *malote*, lo sé —admití ejerciendo más fuerza.

—Chris...

—¿Ya no soy Thian? —Me burlé.

—No, ya no eres Thian. No vuelvas a asustarme de esta manera...

—Soñé con Aldana... Otra vez —dije recordando levemente su sonrisa y su cabellera castaña.

—Lo se...

—¿Cómo lo sabes? —Me separé de ella preocupado.

—Creo que cuando fui a la farmacia la llamaste —dijo con pesadez, parecía cansada— ¡Y tú! —señaló en dirección al can— ¡No hiciste guardia como prometiste! —Lo regañó, Corcho hecho sus orejas para atrás.

—¡Dios! —Fregué mis ojos para ocultar mi vergüenza. Alcancé el teléfono buscando las últimas llamadas. Había siete llamadas al mismo número.

—¡Maldición!

—No te preocupes, llegué justo cuando estabas a punto de reclamar su falta

de cariño —comentó.

—Existe la posibilidad de que llegaras al final — contesté sombrío.

—Pero tu sueño parecía ser algo bonito.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, porque sonreías... Y decías algo de *Swift*, aunque no sé si lo decías por la marca de salchichas — abrió sus ojos e hizo una mueca de horror—. No te veía sonreír así desde hace tiempo, a pesar del susto fue bueno ver al viejo Chris. Bueno... Esto se está poniendo extraño. Como veo que te sientes mejor me iré a trabajar. ¡Tú tomate el día! ¡No traes buena cara! Come mucho. En la cocina te dejé algo de comida que preparé...

—¿Verduras? —Pregunté con asco.

—Hice el esfuerzo de prepararte hígado... —fingió una arcada y sus ojos de cachorro perdido buscando que me haga vegetariano aparecieron.

Sonreí. No era difícil imaginarla llorando en la cocina mientras cocinaba y pensaba en el pobre animalito que cocinaba, en su familia vacuna y quien sabe que musarañas más.

—¡Prométeme que te tomaras el día! —Dijo ya en la puerta—. Y que me llamas por cualquier cosa.

—Si mamá, ¡lo hare! —Contesté, y hasta ese momento no reparé en la voz gruesa que tenía por el resfrío.

—Las medicaciones están en la mesita de luz, los horarios en la hoja verde de al lado y mi número de...

—De teléfono lo sé de memoria —respondí poniéndome en pie, me acerqué a ella tomé su rostro entre mis manos y bese su frente—. Gracias por cuidar de mí.

—Si no lo hago yo, ¿quién lo hará? —dijo ladeando la cabeza—. Me voy —arrugó la nariz antes de desaparecer en la sala, tras unos segundos la puerta de la estrada era azotada con fuerza.

—¡Nada delicada! —Comenté al perro.

Me di un baño de agua caliente, alimenté a Corcho, preparé un plato de cereales con leche y volví a la cama. El can volvió a acomodarse a mi lado en lo que yo terminaba el desayuno y leía los prospectos de las medicaciones. Una vez terminado el desayuno hice a un lado el tazón y arrastré el portafolios que estaba a un lado de la cama. Separé las cartas de los últimos días, las importantes y las de Bracamonte. No es que no me importara lo que

decía, es solo que no tenía ganas de saber de *ellos*, y mucho menos si lo después de lo de anoche.

Tomé de nuevo el celular. Mi alma volvió al cuerpo al verificar que había sido cuidadoso y oculté mi número. *Para evitar llamadas* me consolé a mí mismo. *Cobarde*. Intenté hacer memoria pero no logré recuperar nada. Lancé el teléfono al cajón y volví a mi labor.

Reparé en que había varios sobres, más de las que esperaba. Unas de colores en rojo y otras en rosas llamaron mi atención. No tenían remitente. Volví a abrir el cajón de la mesita de luz y extraje las demás que estaban ahí. El primer pensamiento fue: Son de Tommy y Nolan; el segundo: sus cartas o son verdes o azules. Aunque fácilmente podía imaginar a Bracamonte diciéndole a los niños que enviaran en sobres rosas para confundirme.

Observé con cuidado el contenido, tenían números al frente. Comencé a buscarlos y los fui ordenando. Cuando terminé tenía una especie de arcoíris en distintas tonalidades de rosa. Eran veinte cartas. Eran veinte colores...

—Jamás creí que existieran tantos colores del rosa al rojo. ¿Qué crees que sea? —Pregunté a Corcho que me observaba extraño—. ¡Tienes razón, sino los abro no lo sabré! ¡Buen cachorro! —Rasqué detrás de su oreja antes de leer el contenido del primer sobre.

Una peculiar fragancia salió del interior cuando lo abrí con fuerza. Una hoja seca cayó del mismo color del sobre. Estaba ligeramente ansioso antes de leer lo que decía. La primera impresión fue que la letra no pertenecía a niños pequeños. Lo segundo que aquello no debía de ser para mí; y tercero: ¿Qué clase de brujería era esta?

Hola,

Imagino que te llevaras una gran sorpresa al encontrar estas líneas entre tu correspondencia, pero créeme que no encontré otra forma de presentarme y de dedicarte algo de lo que ocasionas en mí. Espero te guste.

Vagamos por la tierra desconociendo el mundo, extrañando a una persona que no tenemos cerca, anhelando a un desconocido que no sabemos si ya se ha cruzado en nuestro camino, o si le falta poco por llegar. Un rostro extraño, cuyas líneas de las mejillas reconocerías en la distancia ...

Vagamos indiferentes ante un sentimiento que crece de forma inconsciente en nuestra mente y corazón, un afecto que puede marchitarse como el pétalo de una rosa, que puede secarse como la hoja de un árbol en otoño y, esparcirse y desaparecer con el viento igual que un diente de león .

Pero en mi caso, prefiero pensar que mi sensiblería, así como la hoja de un árbol, se encuentra en la cima del mismo. Alimentándose del sol, recibiendo las caricias del viento. Amaneciendo y anocheciendo en esta vida llena de milagros inesperados.

Los pétalos solo duran unos días, las hojas el mismo tiempo que llevo observándote. El mismo que llevo alimentándome de tu sonrisa, de tu mirada perdida, de tu voz que de vez en cuando acaricia mi nombre.

Eres el desconocido que en sueños me busca, el que acampa en mi mente, el que perturba mis días, el que me acompaña en las noches frías.

Con quien sueño para no sentirme sola ...

PD: Llegaran más, un saludo.

Sin firma alguna.

Releí varias veces intentando analizar lo que decía el papel y lo que realmente trataba de transmitir. Pero no pude. Incluso terminé leyéndoselo a Corcho en voz alta, pero tras varios minutos el can se aburrió y se retiró a la sala.

Cuando me dispuse a leer el siguiente, Agustina, mi secretaria, llamó para informarme sobre unos papeles que debían ser revisados con urgencia. Expuse mi estado de salud y tras pensarlo varios segundos respondió que Avril tuvo una reunión con Bracamonte y Uruena, por tanto, no nadie *responsable* estaba cerca. De inmediato comprendí. ¿Abel detrás de las faldas de quien andaría? Me quejé, y le advertí que solo los revisaría y firmaría de ser necesarios, pero que del resto se encargaría Abel y no había opción a reproches.

Me fije en el horario, tomé las medicaciones correspondientes y sin ganas me dirigí a la oficina.

En recepción Carla parecía sorprendida de verme. Alabó mi atuendo informal y se lo agradecí en cortesía. Pregunté si el correo ya había llegado, parecía no estar segura del todo puesto que desde temprano en la mañana el edificio se había convertido en un oleaje de gente entrando y saliendo.

No me apetecía cruzarme con Ariadna. Rezongué más por idiota que por malestar. Caminé hacia el ascensor y me detuve.

Había soñado con ella...

Mi pecho se contrajo ante ese pensamiento. Sacudí mi cabeza y me dirigí a mi oficina. Las puertas del ascensor se abrieron y lo primero que apareció en mi campo de visión fue Abel muy cerca de la rubia. El muy maldito se percató de mi presencia por lo que comenzó a hablar con suficiente fuerza para hacerse escuchar, me dedicó una mirada retadora con su sonrisa de suficiencia mientras la invitaba a salir.

¿Acaso no fui lo bastante claro cuando mencioné la clase de *persona* que era Abel? Pues al parecer mis palabras entraron en un oído y salieron por el otro.

Presioné mis dientes al escuchar su respuesta, fui al despacho, Agustina ya estaba ahí con los papeles. Le arrebaté una hoja de papel en blanco y garabateé con fuerza las palabras. Doble la hoja al medio para que ésta pudiera mantenerse de frente con la frase claramente visible:

Mis condolencias. Has saltado directamente al escalón N° 9.

Agustina parecía sorprendida con mi comportamiento. Alegué que no me sentía en condiciones, aunque no pareció muy convencida me acompañó hasta el piso inferior con los papeles. Iba a explotar de cólera. ¿Por qué? No tenía la respuesta, pero de lo único que estaba seguro era que quería bajarle todos los dientes a Abel.

Una vez en el recibidor del edificio, con el aire fresco entrando por las puertas, leí lo más rápido que pude, firmé donde se requería mi nombre y le asigné la tarea de no volver a llamarme y cualquiera sea la urgencia, por más de que de un atentado se tratase, Abel debía de hacerse cargo. Él y nadie más que él. Le advertí sobre las consecuencias que atraería si llegaba a enterarme de que alguien se hacía cargo. Ella tembló levemente ante mi insinuación.

Miré en dirección al ascensor cuando las puertas se abrieron pero nadie salió de allí. En el fondo agradecí a los cielos, de esta manera volvería a casa sin *incidentes*.

¿Para qué mentirme? Odiaría ver su rostro feliz por conseguir aquello que tanto anhelaba. Su tan ansiada cita con “Agustín”.

—Ok... Me rindo —dije conforme avanzaba hacia la salida. Una vez en la esquina le dediqué una última mirada al edificio, entonces la vi, parecía estar fuera de sí—. ¡Mejor no!

SIMPLES APARIENCIAS

Ariadna

Me era imposible dejar de observar el papel cada mañana. Con su caligrafía delicada, a pesar del papel arrugado se podía apreciar que las líneas fuertes que en cierta forma se parecían a él. Las curvas me recordaban a él. Pero a pesar de saber que su nota era un insulto hacia mi persona lo extrañaba.

Llevaba sin verlo cerca de una semana y lo único que tenía era este pedazo de papel.

Mis condolencias. Has saltado directamente al escalón N° 9.

Di mil vueltas al asunto. Y la única respuesta que encontré fue que estuvo ahí. Había escuchado todo. Estuvo presente en el momento exacto en el que *Agus...* Abel me invitó a salir. A tomar un café. Llevaba repitiéndolo, al menos, veinte veces por día y aun así no lograba créemelo del todo.

Durante la semana no había visto siquiera la sombra de Pili. Con un poco de suerte la localicé por teléfono y en contadas ocasiones, pero siempre había una *crisis* que arreglar o a la que socorrer. Al parecer, su mejor amigo no lograba recuperarse y eso la tenía alterada, y por lo que entendí la familia del chico no estaba al tanto del asunto, por lo que vivía al pendiente del teléfono o tomaba nota de la nueva mentira que había dicho para cubrirlo.

La vez que acudí hasta la puerta de su departamento a golpear, Aileen, la hermana menor de Pilar me recibió, y de casualidad, pues llevaba una enorme maleta consigo. No supo responder a ninguna pregunta hecha, solo atinó a regodearse por el fin de clases y que por suerte ya tenía el itinerario de vacaciones. Aunque me quejé y comenté que aún faltaba para las vacaciones, ella solo sonrió, acomodó sus gafas de sol y me dejó allí, en medio del pasillo con el corazón latiéndome en la mano.

En el piso donde se supone vivía su amigo no se escuchaban ruidos, tampoco el ladrido o lamento de su animal. Solo provenía el silencio desde su interior.

Rendida regresé a mi casa a torturarme con el papel quemándome las entrañas.

Acaricie las líneas azules antes de volver a colocarlo en el mismo lugar que llevaba toda la semana. En mi mesita de luz.

Había presionado el bolígrafo, el final de la frase a punto estuvo de traspasar la hoja. El color de la tinta se traspasa al otro lado.

Abel me gustaba, y en la última semana se había comportado muy lindo conmigo, inclusive me había ayudado con el correo. Intente pasar desapercibida, pero él parecía estar a la espera de mi llegada. Buscaba conversación. Comentaba sobre el clima, me regalaba halagos sobre mi atuendo o simplemente me sonreía. Un gesto que últimamente nadie me ofrecía.

Pero a pesar de aquellas atenciones y de estar cerca del hombre que me gustaba, la voz en mi cabeza reproducía una y otra y otra vez la misma frase: *¡Brincarás directo al noveno escalón!* Podía imaginarlo frente a mí con los brazos cruzados. *Luego no digas que no te lo advertí*, continuaba. Era como un espectro. Me había hechizado para que no disfrutara del momento. Era la única explicación que encontraba.

El horóscopo de la semana lo había dicho: Maldiciones intentarían volcar la balsa en la que te encuentras.

Deseché esas ideas de mi cabeza y me alisté para mi encuentro con Abel. Decidí que, como siempre visto con ropas informales, *jeans* y camisetas grandes, hoy siendo un día especial podría vestir diferente, elegante y *bonita*. Así que estiré mi pelo dejándolo caer hacia atrás; me compré un vestido blanco con encaje en lugares estratégicos, con manga corta. Cuando me lo probé en la tienda estaba segura que era la indicada, pero ahora, frente al espejo de cuerpo entero de mi baño no me convencía. Me sentía incómoda, ya que se ajustaba en mi pecho y en la cintura, y siendo franca, llevaba bastante tiempo sin arreglarme de esta manera. La falda llegaba hasta mis muslos. Cubría lo suficiente para no considerarse largo, pero tampoco demasiado corto.

Me calcé unas medias negras que luego deseche al notar que la imagen que me devolvía el reflejo no cuadraba. Encontré en mi guardarropa un chaleco holgado de color verde oliva, algo varonil para sentirme segura, y por último zapatos de tacón. Los había visto en una vidriera de camino al trabajo y el color me recordó a Pili, así que para no sentirme tan sola en la cita me los compré en color crema. Al asegurar la hebilla del calzado en mis tobillos sentí un vuelco en el corazón. ¿Y si no se presentaba? Me tomé unos minutos para pensarlo. Finalmente me deshice de esa idea y continúe con el maquillaje. Peleé con la máscara de pestañas hasta arquearlas lo suficiente como para resaltar mis ojos, algo de brillo labial, delineador y unos aretes que Neal me había regalado cuando éramos novios. No era sentimentalista, era lo único que tenía como recordatorio de nuestra relación. Lo único que

sobrevivió de la época en que éramos sinceros el uno con el otro.

Sonreí al espejo, tiré de la cartera de mano y cerré la puerta tras de mí.

—¡Vaya! ¿Tenemos una cita hoy? —Gritaron desde el jardín de al lado.

—¡Hola Señora Thomas! —Elevé mis manos sin detenerme, últimamente parecía más ansiosa en presentarme a su nieto. No los conocía, jamás los había visto por ahí y hasta a veces pensaba que era mentira que tuviera algún familiar cercano.

—¡Estas muy bonita! Pero, ¡detente! —Se apresuró a llegar hasta la vereda; no me quedo más remedio que aguardar, no quería en mi conciencia un accidente de cadera.

—Lo lamento Señora Thomas, pero si no me apresuro llegare tarde —me defendí, ella hizo un gesto con la mano restándole importancia.

—¡Para nada! ¡Las mujeres nunca llegan a tiempo a una cita, se hacen desear, unos minutos no matara a nadie! —Se burló, por dentro deseaba que fuera cierto ya que la ansiedad estaba carcomiéndome.

—Pero como sabe...

—¿Cómo sé qué? —Preguntó fingiendo inocencia.

—Bueno... —Me sonrojé.

—¿Que saldrás con un chico? —Abrió los ojos con burla, yo, colorada como una manzana, di un paso incómoda—. Es más que obvio querida. Nunca te arreglas demasiado. Y además, ¿un vestido? —Carcajeó—. La última vez que te vi con un vestido fue cuando aprendías a caminar y venías a visitar a tus abuelos —sonrió amablemente—. Eres más bonita de lo que aparentas y de lo que crees —susurró—. Espero que él si valga la pena —Acarició mi mejilla de forma maternal antes de volver por el mismo camino.

—Señora Thomas —ella se detuvo y giró.

—Dime hija...

—Es que creí que quería decirme algo —pregunté confundida.

—¡Oh! Solo quería verte y saber que estabas bien, y sobretodo observarte de cerca y darte ánimos. Pareces nerviosa... Solo espero que te cuides —comentó, yo sonreí.

—Lo que sucede, es que usted quiere que salga con su nieto, ¿a qué es así? —Me burlé colocando mis manos en la cintura, ella movió la cabeza en negación.

—Quiero que conozcas a un buen hombre que valga la pena, y no es porque sean mis nietos, pero... —Guardó silencio.

—¿Pero qué Señora Thomas?

—Pareces la clase de chica que con solo una sonrisa disipas las sombras — abrí la boca sorprendida.

—¿Sombras? No entiendo, no me hable en clave...

—Todos tenemos un pasado algo oscuro, o un recuerdo doloroso que no nos permite avanzar. Y cuando te conocí, parecías esa clase de persona que no le importaba iniciar de nuevo y bueno... Admito que a mi nieto le está costando horrores acostumbrarse a estar así... *Solo*. Le vendría bien una amiga como tú.

—Pero creí que dijo que...

—En principio pensé en uno, ¡pero ese es un tiro al aire! Y como todo tiro al aire, ¡cae con gracia en cualquier lugar! O peor, hace daño al que esté en su zona de aterrizaje. Y aunque me duela admitirlo, romperé el corazón de cualquiera que logre acercarse a él —sonrió—. Pásalo lindo mi niña. ¡Mañana quiero los detalles! Te guardaré un trozo de pastel para la hora del café —caminó hasta la puerta, se despidió con la mano y desapareció tras ella.

No comprendí lo que acaba de ocurrir y tampoco me interesaba averiguarlo. Tan pronto como me puse en marcha comencé a sentirme algo mareada. Observé el reloj de pulsera, aunque había perdido bastante tiempo llegaría a la hora pactada. Apresuré mis pasos hasta la estación. Los sábados, viajar por la tarde era una locura, mucho peor que los días se semana. Todo el mundo aprovechaba para salir y en especial en los días con mucho sol.

En el andén me encontré con todo tipo de grupos, hablando de manera amena y riendo a carcajadas. Me reprendí a mí misma por olvidar los auriculares, pues escuchar música me vendría más que bien. Estaba ansiosa, deseaba llegar y así tener más tiempo. Dejé que mi mente divagara con distintos escenarios, como su forma de caminar cuando me viera, o el saludo que recibiré al llegar. ¿Un beso en la mejilla, o tal vez me tenderá la mano? En ese caso, ¿debería tomar la iniciativa y darle un beso yo? Era capaz de imaginar cualquier cosa, desde su sonrisa o su cabello mojado o seco, pero no vestido con ropa casual.

Sacudí mi cabeza en un intento por deshacerme de mis tontos pensamientos. Pero poseía una mente imprudente que siempre deseaba ir más allá y adivinar el siguiente paso. Luego del café podríamos ir al cine y ver alguna película. ¿Habrán títulos románticos en cartelera esta temporada? Aunque si él deseaba ver una de acción no impondría ningún problemas.

Volví a zarandear mi cabeza y observé por la ventana del tren. El cielo estaba despejado, y hacia algo de calor. En realidad, estaba pesado, entonces reparé en la gota de sudor caía por mi nuca de camino a mi espalda. Un escalofrió me recorrió. Tragué con fuerza y le dediqué una ojeada a mi reloj, llegaba a tiempo.

Caminé despacio por las calles hasta la parada de autobús. Me gustaba caminar, pero con zapatos cómodos. Las que llevaba eran bonitos, pero no para un trayecto tan largo. Revolví mi cabello mientras esperaba. *Tal vez fuera una mala idea el pelo suelto.* Cuando estaba por trenzarlo, el transporte llegó. Subí tan nerviosa que por poco me trastabillé. El conductor me dedicó una mirada que se asemejaba más a un escaneo de *Rayos X*. Sopesé la posibilidad de bajarme y tomar otro, pero *quería, deseaba* llegar a tiempo.

Me ubiqué en el último asiento al fondo, donde el conductor no pudiera verme. Pero él era el menos de mis problemas, pues comenzaba a sentirme mal. Odiaba las citas por esto. El malestar, la expectación, las primeras impresiones. Las preguntas de rutina. Era detestable.

Que alguien te guste, es encantador. Pasar la prueba de la primera cita, es una tortura.

Diez cuadras más tarde, en una esquina la cafetería se encontraba majestuosa. La zona correspondía a restaurantes y comercios. Una heladería que se encontraba en frente parecía estar atestado de clientes, al igual que el edificio a mi espalda. Tragué con fuerza.

Examiné el reloj y había llegado cinco minutos tarde, pero al no verlo por los lares me sentí tranquila.

—Tal vez estuviera ya en la cafetería —pensé en voz alta.

Me dedique a estudiar a las personas que pasaban por mi lado, y a aquellos que paseaban a sus mascotas en una pequeña plazoleta un poco más allá. El cielo parecía querer cerrarse, pues a lo lejos se aproximaban nubarrones furiosamente oscuros.

—Un alivio para el calor —pensé antes de volver a mirar el reloj.

El corazón se me fue al suelo. Llevaba media hora allí. Miré a mis espaldas, al interior del salón de dónde provenía una música tranquila y un cuchicheo incesante. Decidí pasar y buscarlo ahí dentro.

—Podría estar allí desde hace rato y yo como tonta esperándolo fuera.

Al entrar varias miradas vinieron a mí, la mayoría de la gente que se

encontraba cerca de la ventana y me habían visto llegar. Preferí no hacerles caso y buscar un rostro familiar. Escudriñé entre las mesas, en el piso superior, y hasta pregunté a una mesera por un chico con sus características.

—¿Por qué no lo llamas? Tal vez le haya ocurrido algo por eso la demora... —dijo amable, afirmé al sentirme repentinamente idiota; volví a la salida donde el sol me recibió de forma más intensa.

Pasaron veinte minutos más... Tomé el celular y marqué el número de Pili. No contestó. Decidí dejarle un mensaje luego del cuarto intento.

—¡Hey! ¿Cómo estás? Espero que estés bien y no haya ocurrido nada grave... Mira, sé que soy algo molesta, pero cuando estés libre, ¿podrías responderme esta pregunta? ¿Por favor? El que un chico te invite a salir y que no pida tu número de teléfono para coordinar mejor, ¿es un signo de que nunca llegara? —Tragué con fuerza el nudo en mi garganta, las lágrimas amenazaban con escapar—. Anhele verte pronto, te necesito —susurré al borde del llanto antes de terminar el mensaje.

Presioné la nariz en un intento de no llorar y guardé el teléfono. Dejé que el tiempo transcurriera una vez más. Me sentí estúpida luego de reconocer a un chico que, minutos antes había pasado por al lado mío. Me dedicó una mirada extraña y entonces reparé en que estaba haciendo el ridículo.

Mis pies no soportaron el dolor de los zapatos nuevos y caí en cuclillas al suelo, sin importarme si se me vería la ropa interior. Mi orgullo herido era más importante que el decoro. Cubrí mi rostro con las manos sintiéndome tonta, inocente y estúpida.

—Dicen que helado de chocolate es para el mal de amores —escuché a alguien susurrar, me congelé ante el timbre de su voz, detuve mi llanto a medio camino, alejé lentamente mis dedos de mis mejillas al percibir a un pequeño, peludo y simpático can apoyado sobre sus patas traseras pasando su áspera lengua por mis codos. Acaricié detrás de sus orejas en un intento por concentrarme solo en darle mimos y evitar que las lágrimas siguieran su recorrido.

Suspiré de forma sonora.

Levanté el rostro hacia aquella voz que conocía y, solo quería llorar con más fuerza. Sus ojos azules lejos estaban de ser implacables. Eran dulces y llenos de comprensión. La mueca en sus labios derribó mis muros. Un pote de helado era sacudido ante mí. Me puse en pie y me acerqué a él

escondiendo mi rostro en su pecho.

Un dolor se hizo profundo dentro de mí y las lágrimas se esparcieron por mi rostro.

Chris

—¡Que estoy bien! —Insistí. Suspiré—. Si mamá, te juro que ya estoy mejor.

—*¡No parece que estés mejor! ¿Por qué no te tomas unas vacaciones y vienes a visitarnos? ¡Le decimos a German que haga lo mismo y nos vamos todos para Italia! ¿Qué me dices?*

—Mamá, odio Italia...

—*¿España?*

—Madre...

—*¡Te encanta Sevilla! ¿Recuerdas a esa joven que conocimos en Pamplona? ¿Cómo se llamaba?*

—Mamá es en serio... Estoy bien. No necesito de vacaciones. Además tengo responsabilidades —dediqué una mirada a Corcho que estaba apoyado sobre mis rodillas. Éste ladró en respuesta.

—*¿Eso es un perro? ¿Tienes un perro? ¡Papa! ¡Chris tiene un perro!* — Fui capaz de imaginarla sonriendo por el simple hecho de que tenía compañía —. *¿Estas comiendo bien? ¡Si lo deseas me dices dónde estás y yo estoy ahí en un pis-pas! Puedo cocinarte la comida que quieras, también llevarte postre... Sé que te gustan...*

—¡Madre! —La interrumpí—. Tengo más de treinta... ¿No crees que ya estoy algo grande? —Me burlé y ella guardó silencio

—*Si estas tan grande, ¿cuándo conoceré a mis nietos? ¡Puedo morirme en cualquier momento y no conoceré a mis nietos!* —Jamás cambiaría y eso adoraba de ella.

—Ma... —Alargué.

—*¿Cuándo te hiciste tan grande que ya no necesitas de mí?* —Preguntó con emoción buscando plantar remordimiento en mi cabeza. Escuché su respiración pesada del otro lado de la línea, se contenía para no llorar

—Mamá lo lamento. Soy el peor hijo de la historia. Pero ahora estoy bien y es en serio. No fue nada grave, además estoy bien cuidado... —Me detuve al estar a punto de soltar el nombre de mi *enfermera* personal.

Su nombre le daría el dato suficiente para que en menos de veinticuatro

horas estuviera llamando a mi puerta. Las razones por las que me encontraba en este lio era que a Germán, mi hermano mayor, se le escapó que estaba enfermo. El muy idiota ya sabía dónde encontrarme y su manera de torturarme era esta, preocupando a nuestra madre mientras él estaba de camino. Todo porque a Pipi también *se le escapó* con mejoraba de salud.

El remojón del día de lluvia me tumbó con fiebre, dolor de garganta y posiblemente placas en la garganta, nada del otro mundo en realidad, pero me pareció una oportunidad perfecta para tomarme libre el resto de la semana y la siguiente para trabajar desde casa. No se me antojaba verlos revoloteando juntos.

—*¿Escuchaste?* —Preguntaron del otro lado.

—Discúlpame, ¿qué me decías?

—*Hmmm... Espero me llames más seguido a partir de ahora.*

—Lo lamento, es solo que...

—*Sé que deseabas estar a solas, que has pasado por un momento difícil, pero somos tus padres corazón. Fue desagradable y a veces es más que necesaria la soledad para superarlo. Pero eso no evita que siendo tu madre, me preocupe de menos. Por el contrario, siempre, siempre serás mi niño de ojos color cielo* —me quejé en vano, luego guardé silencio.

—Prometo buscar un tiempo e ir a visitarlos lo antes posible.

—*No. Me dirás tu dirección y nosotros iremos* —dijo con firmeza y conteniendo su alegría.

—No tengo espacio...

—*¡Iremos dije!* —La escuché carcajear—. *¡Existen hoteles! ¿Quieres hablar con tu padre?*

—La verdad desearía...

—*¡No hagas sentir mal a tu madre!* —Suspiré en un intento por conservar la calma.

—*¡Ho-ola papá! ¿Cómo va la firma?* —Inicié haciendo a un lado a Corcho. Comencé a caminar por la sala, odiaba hablar con papá, siempre me ponía los pelos de punta haciéndome sentir fatal. Como nada fuera suficiente.

—*¿Acaso te importa? ¡No! ¡Te fuiste dejando un pilar de papeleo!* —Regañó, podía escuchar a mamá de fondo reprendiéndolo por reprenderme.

—*¡También te extraño papá!* —Me burlé, pude escuchar cómo se aclaraba la garganta.

—*Tu madre dice que estas enfermo. Un resfrió no es una enfermedad, pero no permitas que sea algo más eso, ¿me has entendido?*

—¡Si, señor!

—Pues bien. *Cuédate hijo. Está de más decirte que las puertas de esta casa estarán abiertas si algún día deseas regresar a casa.*

—Papá tenía diecinueve cuando decidí irme a vivir solo —me burlé.

—*Nunca es tarde para volver a casa* —comentó mi padre con voz ronca —, *tu madre quiere despedirse, cuídate hijo* —repitió.

—*Come verduras, frutas en el yogurt, proteínas en las medias mañanas. ¡Jugo de naranja con el desayuno! Deja el café, ¡porque estoy seguiré que traes una intravenosa de ese brebaje! Duerme mucho, has ejercicio y por favor... Por favor, llámame seguido, ¿quieres? O más bien, aunque no quieras hacerlo.*

—He tomado nota de todo mamá —dije sin muchas ganas.

—*¡No te atrevas a burlarte de mí jovencito!* —Suspiró de forma sonora— *¿Me prometes no volver a desaparecer?*

—Sí, te lo prometo —Corcho comenzó a ladrar y arañar la puerta, lo que significaba que deseaba salir a pasear—. Lamento todo esto, pero era necesario tomarme un tiempo...

—*¿Un tiempo? Hijo el tiempo es infinito, desearía que me especificaras la cantidad que necesitas, sabes que puedes contar conmigo. Nos preocupamos por ti, eres mi hijo más pequeño...*

—Mamá... —Me quejé.

—*¡Está bien, está bien! Espero deseosa tu próxima llamada! ¡Te amo, hijo!*

—¡Y yo a ti! Dile a papá que lo amo, ¿vale? —solo hizo un sonido con la garganta antes de cortar.

Corcho seguía ubicado en la puerta de entrada.

—¿Qué te parece si cambiamos el itinerario? ¿Eh? ¿Un lugar nuevo? —Pregunté. Por un segundo deseé que el perro pudiera responderme. Que contestara que no existía acuerdo posible, que era mala idea, que era capaz de adivinar mis pensamientos. Pero no fue así, solo se dedicó a menear impaciente la pequeña cosa que tenía por rabo. Estiró su cuello para que me fuera más fácil enganchar la cinta al collar— ¡Buen perro! —Cogí las llaves, la billetera y las bolsitas de hule, las fui guardando en diferentes bolsillos del pantalón.

Estiré mis músculos, antes de iniciar con la caminata. Las calles estaban

desiertas a excepción de un puñado de gente, algo extraño para un sábado en la tarde. Desenganché la correa y amenacé a Corcho que si se perdía no lo buscaría. Comencé a caminar de forma lenta, el perro me seguía como si hubiera captado la amenaza en mis palabras. De tanto en tanto le dedicaba más tiempo a un árbol, entonces ladraba con fuerza haciéndose escuchar, como si pidiera que aguardara por él.

Observé el reloj, faltaban varios minutos para la hora en que habían quedado Ariadna y Abel. Me había vuelto loco, en algún punto, en este último tiempo he perdido la cordura. Ni siquiera sabía porque estaba yendo al mismo lugar.

—La plazoleta más grande de la ciudad se encuentra cerca, ¡vas a pasear al perro! —Medité en voz alta.

Nah! Vas a asegurarte de que Abel no le haga nada! — respondió una voz en mi cabeza.

—¿Sabes? No es que me importe, ¡pero yo se lo advertí! —Comenté en dirección a Corcho que ya había llegado a mi altura, éste ladró— Solo vamos a caminar —me defendí, volvió a ladrar. Lo miré y él ladeó la cabeza, tras tomarse unos segundos comenzó a andar de nuevo dejándome atrás.

Le di alcance de inmediato, y en silencio esperé y recogí sus porquerías. Él parecía contento, pues cuando estábamos a unos pasos de la plazoleta, este ladró con fuerza y corrió en esa dirección. La cola solo era un borrón al menearlo de tanta alegría. Las calles y las plaza estaban atestadas de gente, los locales de comida, así como la cafetería donde habían quedado aquellos dos, se hallaban en su apogeo. El tiempo era caluroso y pesado. Aunque no había nubes, en el pronóstico del tiempo habían anunciado tormentas eléctricas para la noche. Dedicué otra ojeada a mi reloj, la hora estaba próxima y no había rastros de Abel. Tomé asiento bajo un árbol con sombra, bien ubicado para...

¿Para qué mentirme?

Lo minutos pasaron y Corcho parecía cansado. Como el día que lo conocí, se ubicó a mis pies disfrutando esta vez de la sombra, acerqué mi mano hasta detrás de su oreja, pero no me prestó atención alguna, solo apoyó su hocico sobre sus patas. Cuando levanté la vista una presión en mi pecho desato una tempestad de sensaciones en mí.

Una mujer en un vestido blanco y cabello dorado ondeando al son de su apresurado andar apareció en la esquina. Me tomó más de un minuto reparar

en que se trataba de Ariadna.

Con la boca hasta el suelo no fui capaz quitar los ojos de ella. Se veía diferente, se veía atractiva, se veía como una mujer. Una extraña sensación se dispersaba a través de mi cuerpo mientras la apreciaba, quizás, por primera vez.

Sus piernas estaban al descubierto, parecían bien torneadas y elegantes a pesar de su corta estatura. Su melena parecía algo diferente, estaba liso aunque algo rebelde en las puntas. Ella observó su reloj y yo hice lo mismo. Llegó tarde pero aun así sonrió y se empenó en arreglar el vestido que nada tenía de defectuoso.

No había rastros de Abel.

Sospesé la posibilidad de acercarme y hacerle compañía en lo que aguardaba. Me detuve a mitad de camino sorprendido de los pasos que había dado hasta el borde de la vereda, tragué con fuerza el nudo imaginario en mi garganta y regresé hasta el banco y estuve a la expectativa, igual que ella.

Su rostro que en un principio era alegre, poco a poco, junto con el tiempo, fue transformándose en una máscara de decepción. Aguardó cuarenta minutos allí.

La vi mirar a sus espaldas y se introdujo a la cafetería. No podía verla.

—Tal vez Abel la estuviera esperando dentro. Después de todo, si vino —comenté al perro— Es hora de irnos, tengo calor y tú pareces sediento. ¿Qué te parece un helado para el camino de regreso? ¿Eh? — Caminé en dirección a la heladería de la esquina contraria a la cafetería.

Me dirigí hasta la heladera, extraje una botella de agua y a continuación al mostrador. Los dos empleados vestidos de blanco, parecían estar apostando con algo. Entonces la sangre me hirvió cuando di cuenta a costa de qué.

—No, no, no. ¡No vendrá! ¡Cincuenta a que el hombre no aparece! —Dijo uno.

—¿Pero estas ciego? Es una chica linda. No lo veo posible. Tal vez ella ha llegado antes de lo previsto, por eso mira de tanto en tanto la hora.

—*Hmmm*, no.

—¿No estaba adentro? Oh, ¡mira su rostro! — Instintivamente giré en su dirección. Llevaba el teléfono pegada a la oreja y la expresión en su rostro me produjo satisfacción, pero también algo más que no comprendí.

—Son diez —dijeron.

—¿Qué? —Pregunté volviendo el rostro.

—Es una chica linda, cualquiera giraría el rostro por ella, ¡pero el agua son

diez! —Hice una mueca, en lo que sacaba el billete.

—¡Oye, oye! ¿Qué haces? —Se quejó uno acercándose al otro.

—¿Qué crees tú? Acaban de dejarla plantada. Le llevaré un pote de helado y conseguiré su número de teléfono — se defendió sirviendo la crema en el tarro.

—Yo... —inicié no muy seguro. Volteé el rostro a mis espaldas y la vi en cuclillas, en el suelo, con el rostro escondido tras las manos—. Quiero un cuarto de helado por favor —dije entre dientes cerrando mis ojos con fuerza.

—¿De qué sabor, señor? —¿Señor? Podía sentir la vena a punto de explotarme en la frente, era paradójico.

—Chocolate...

—¿Solo chocolate?

—No lo sé, ¡ponga el que quiera! —Me quejé preocupado por Ariadna— ¡Banana! —Dije el primer sabor que vi en la cartelera.

—¿Banana? —Preguntaron al unísono—. Oye, hermano, ¡esos sabores son de afeminados! —No era capaz de procesar lo acababa de escuchar. Solté una carcajada de nerviosismo. Les dediqué una mirada de advertencia cuando pude recobrarme, ambos se apresuraron con mi pedido.

Llamé al perro, que se había acomodado cerca de la heladera, arranqué el pote de las manos al que me lo tendió y extraje unas cucharas de plástico del mostrador.

Crucé la calle a paso lento, ella aún seguía en la misma posición. Corcho corrió en dirección a la muchacha, quise llamarlo, pero verla así, descuidada ante su exposición no pude decir nada.

Estuve de pie ante ella pero no había notado mi presencia. Tragué saliva y cerré mis ojos con fuerza antes de hablar.

—Dicen que helado de chocolate es para el mal de amores —solté prácticamente a voz de grito, ella reparó en el perro, lo acarició, le prestó atención y yo tendí el pote en su dirección.

Su maquillaje estaba corrido, su mejilla inundada y sus labios hinchados. Me observó con cuidado al tiempo que se ponía en pie. Hice una mueca al verla así. Me arrepentí por no haberme acercado cuando pude. Tuve la posibilidad de evitarle todo este mal trago y no hice nada. De pronto se acercó a mí, y con fuerza hundió su rostro en mi pecho. Me tambaleé ante el repentino gesto. Tarde unos segundos en presionarla contra mí. Lloró con fuerza, y sus uñas me incrustaron en mi la espalda. No me quejé, por el

contrario acaricié su pelo.

El chico de la heladería hacía movimientos con sus manos en mi dirección. Reprimí una sonrisa.

Esto en nada se asemejaba al sueño que tuve con ella, donde acariciaba y enredaba mis dedos entre las hebras rubias.

—Vámonos de aquí —musité y besé su cabeza en un acto reflejo, un aroma sumamente salvaje, me invadió y odie a Abel por esto.

Una vez que se calmó avanzamos en silencio. Ella al lado mío y Corcho por delante.

Ella miraba al can.

Yo la miraba a ella. Unas veces de soslayo y otras de forma fija, con mis manos en los bolsillos jugueteando las con las llaves.

Poco a poco los pasos fueron volviéndose más lentos y no entendía el porqué. Llamé a Corcho para que no se alejara demasiado, éste a trote se acercó a nosotros y Ariadna lo tomó entre sus brazos con algo de dificultad y continuo marchando, lento. Cuando la miré de espaldas comprendí finalmente que estaba pasando.

Los zapatos.

Su talón parecía estar en carne viva. *¡Estúpida niña cabezota!* Dije entre dientes y dejé que se me adelantara en lo que buscaba entre los escaparates algún calzado cómodo. Ella parecía abstraída hablándole al oído a mi perro y no reparó en mi ausencia. Aproveché esa ventaja para cruzar la calle. Tomé las primeras que encontré en el escaparate. La vendedora preguntó si el tamaño era correcto y observé en dirección a la ventana, ella estaba llegando a la esquina.

—No estoy seguro... Pero de estatura es igual que tú —dije apresurado, preocupado por perderla de vista.

La joven intentó ofrecerme algo más, pero le tendí el dinero con la poca paciencia que disponía y salí corriendo, una vez más en menos de una hora, en dirección a Ariadna con el calzado en las manos.

La tomé del brazo y la arrastré hasta una superficie limpia. Ella primero pareció sorprendida y luego se quejó por la brusquedad de mi parte. Me hincó a sus pies, le saqué con cuidado los zapatos altos. Me sorprendió no encontrar sangre. Los dedos los tenía rojos y apretados. La miré con reproche y ella presionó a Corcho contra su pecho.

—Si tan solo me hubieras escuchado —dije entre dientes.
—No te pedí que vinieras a mi auxilio...
—Para colmo te vistes... ¡Así para ese idiota!
—Más idiota soy yo —susurró ausente, coloqué los calzados nuevos y me puse en pie con los viejos colgando en mis dedos, ella me observó—. No entiendo tu enojo... ¿Estás molesto porque me advertiste o porque me vestí así para Abel? —su pregunta me descolocó, tragué con fuerza.
—¿Quieres que te diga la verdad o te mienta? —Contesté fingiendo desinterés.
—Miénteme —murmuró con la voz ahogada, la miré.
—Porque te lo advertí —mentí descaradamente, ella afirmó.

Con malestar le arrebaté a Corcho de las manos, y decidí alejarme de ella. Cuando estaba cruzando la esquina siguiente unos dedos se enredaron en mis manos, cálidos y suaves. Al fijarme en ella mantuvo su mirada al frente con una sonrisa en el rostro. Estaba fingiendo. Aunque el maquillaje lo llevaba corrido, ella aparentaba ser feliz.

CONFESIONES A LA ORDEN DEL DÍA Ariadna

Empleé la poca fuerza que tenía en mantener mi vista al frente, de vez en cuando su escrutinio me inhibía, estaba segura de que él esperaba verme

llorar de nuevo, pero estar así, con mis dos manos estrechadas al suyo, con ese cálido contacto me reconfortaba.

Una parte de mí, una pequeña e insignificante había estado aguardando por este resultado. Observé los zapatos, unas *balerinas* del mismo color que las otras colgaban en su otra mano, solo que estas eran más cómodas. Me preguntaba cómo había acertado con el talle. Tal vez fuera como Abel, y con solo una mirada descubriera sus medidas.

Lo miré un segundo y me topé con sus ojos que me observaban detenidamente. Sonreí y deseché esa idea tan absurda, él no era capaz de algo tan atroz. Él era diferente. Debía de serlo. Presioné su mano con las mías sintiéndolo repentinamente mío.

Y lo era, por brindarme su tiempo un sábado en la tarde.

—¿Por qué me miras? —Preguntó volviendo la vista al frente, su cachorro, un Bulldog Francés llamado Corcho, iba por delante nuestro.

—Solo me deshice de una idea —susurré acercándome más a él, lo espí de soslayo y parecía algo incómodo con mi cercanía, así que me alejé un poco.

—¿Te sientes mejor?

—Si —solté en un suspiro.

—Lamento... —se detuvo y sus ojos se anclaron en los míos— Lamento no haber llegado antes y evitarte el dolor —susurró, parecía desear decir algo más, pero no pronunció palabra alguna. Me perdí en sus ojos azules como el océano, igual de profundos y desconocidos.

—No lo lamentes, no fue tu culpa... La cabezota...

—Pude llegar antes —interrumpió contrariado—. Ahora estas con el corazón roto, aunque lo niegues —comenzó a andar al tiempo que llamaba al perro, sospesé un segundo su comentario y le di alcance cuando él enganchó la correa al collar del perro.

—No estoy con el corazón roto —dije—, estoy con la ilusión rota...

—¿Acaso no es lo mismo? —Preguntó girándose en mi dirección, sonreí y negué.

—No, no lo es...

—Creí que Abel te gustaba —comentó andando.

—Por eso mismo, él me gusta o me gustaba, no le entregué mi corazón, solo mis ilusiones...

—A pesar de lo que te dije —interrumpió con un bufido. Él parecía no ser consciente de su tono de voz, no estaba segura de sí su resfriado influía en lo grave de su voz o por lo molesto que estaba—. De todas formas —suspiró—,

eso no quita que lo lamente, podría haberte hecho compañía... Podría haberte evitado el sufrimiento de hace un rato.

—Si vamos al caso, *hubiera* sido mucho más genial conocernos antes de cualquier sufrimiento —comenté, él detuvo su andar, me observó con detenimiento y luego llevo sus ojos a nuestras manos.

—¿Te resulta gratificante pensar en eso? —Sonreí avergonzada— No pienses en algo que no ocurrió. Nos conocimos tarde —sonrió, y su pulgar acarició mi dedo, el tacto se sintió reconfortante y tiré de él para seguir caminando.

—El tiempo es irrelevante. Cuando dices algo como “*llegamos tarde*” no me gusta —hice una mueca—. Es una frase que utilizas para romper con alguien. Como diciendo no estamos en el mismo tiempo. Es como cuando dices algo bonito antes del terrible: *pero*. Son excusas, lo único que existe es el aquí y el ahora.

—Eso es profundo —comentó—. Pero sigo pensando que *hubiera* sido genial conocerte antes. Mucho antes de todo. Llegar antes que cualquiera, no llegar *tarde*... —tiré de su mano hasta detenerlo. Me ubiqué delante suyo, me pasaba casi una cabeza; desenredé mis manos de las suyas. Estaba consternado, hizo una mueca y levantó una ceja, yo elevé mis manos. En un principio sentí el impulso de enredar mis dedos tras su cuello, pero decidí que no. Así que hice lo único que podía permitirme hacer: golpear de cada lado de su mejilla al mismo tiempo.

—¡*Ouch!* —Se quejó tomándome de las muñecas con fuerza, el perro se quejó ante el repentino tirón del collar — ¡Que te ocurre! —Su rostro era la furia misma, yo reí ampliamente.

—No importa cuando hayas aparecido en mi vida, apareciste en el tiempo justo Chris como te llames... Ni se te ocurra irte de mi vida —solté de manera sincera sin detener mis palabras.

Abrió la boca, pero ningún sonido salió de él. Por el contrario, terminó soltando mis manos y comenzando a andar.

—¡Aguarda! —grité, él se giró en redondo con brusquedad.

—¡No te confundas! —siseó antes de volver a andar.

—Pero...

—¡¿Qué?! —gritó sin detenerse, arrastrando al can con él.

—¿Qué ocurre? —me burlé tratando de darle alcance, al ser tan alto sus pasos eran más largos— ¡Chris! —se detuvo, sus hombros cayeron, le tomó

más de dos segundos enfrentarme. Giró sin muchas ganas, se relamió los labios y un deseo de hacer lo mismo me invadió.

—No te confundas, Ariadna. No soy Abel, no puedo ser Abel... ¡JAMAS SERÉ ABEL!

—Oye... —me burlé—. No estoy pidiéndote que seas Abel o alguien más... —su frente se pobló de arrugas.

—¿Entonces que fue todo eso? —Señalando en la dirección de donde veníamos.

—¿Que fue qué?

—¡Lo que habías dicho!

—¿Tu qué crees? O más bien, ¿qué *interpretaste*? —Retrocedió, tragó con fuerza, parecía estar a punto de volver a hablar, pero solo sacudió su cabeza como desechando una idea.

—Mejor te llevo a tu casa —dijo finalmente—. Se viene una tormenta.

No me quejé. Comenzó a andar una vez más. Ya nos encontrábamos cerca de la estación de trenes, y un poco más allá se encontraba el edificio donde nos conocimos. Me detuve.

—¿Ahora qué ocurre? —bufó al descubrir que no lo seguía.

—No vivo por allí. Debo tomar el metro —señalé la estación, regresó tras sus pasos y fue en la dirección que indiqué.

Mientras esperábamos en los andenes, aquella sensación en el pecho volvió a invadirme, pero esta vez acompañado de cierto cosquilleo en las manos, que por cierto se encontraban deseosas de volver a encontrar su lugar en las manos de mi acompañante. Me acerqué un poco más, pero un segundo después retrocedí sin estar segura. No lo comprendía. Siempre me había sentido cómoda a su lado, peleando, claro está. Pero cuando mis dedos se enredaron en sus manos, la sensación había sido...

—¿Hasta qué estación debemos ir? —Preguntó interrumpiendo mis pensamientos. Lo miré avergonzada, esperando que no se me notara. *¿Qué estaba pasándome?* Tragué con fuerza buscando mi voz.

—Son... Son cinco estaciones —solté con nerviosismo.

—¿Vives lejos de la estación de trenes? —hice una mueca.

—Unas pocas cuadras —dije no muy convencida—. Si lo prefieres, vete para tu casa, yo puedo ir sola desde aquí... No quiero causarte más molestias —comenté, abrió desmesuradamente los ojos, y un gesto, como de si lo

hubiera insultado, se dibujó en su rostro.

Hasta ese momento no reparé en vestimenta. Unos jeans gastados, zapatillas sucias converse, y una remera negra con cuello redondo sin dibujos, el rostro parecía algo pálido, supuse por el resfriado, y la barba crecida cubría gran parte de su rostro, aunque eso no evitaba que el color de sus ojos resaltara. Su cabello castaño parecía sedoso y brillante a pesar de lo rebelde de sus chinos.

—¿Por qué me miras así? —Preguntó y un calor invadió mis mejillas.

—¿Digo la verdad o te miento? —Respondí atareada, negó con la cabeza sin podérselo creer, a lo lejos se escuchaba al metro acercándose.

—Miénteme —sonrió acercándose a mí y tomando mi mano, el corazón me dio un vuelco, le dediqué un tiempo a la unión de nuestros dedos, finalmente lo enfrenté.

—Pensaba en lo feo que eres... —Tiré de mi mano con fuerza y depositó un beso en mi frente.

El piso había desaparecido bajo mis pies. Mis latidos habían aumentado de velocidad. Mis pulmones no trabajaban con suficiente fuerza para permitirme respirar. Los oídos me pitaban, estaba al borde de la hiperventilación. *¿Qué está pasando contigo Ari? ¿Era a causa de él? ¿Por un beso en la frente? Y si ese era el caso, ¿Qué diantres me ocurriría si probara un beso de sus labios? Un beso...*

—Vuelves a mirarme raro —sacudió mi brazo, avergonzada llevé mis ojos a la ventana en dirección al cielo, a lo lejos los nubarrones violetas se acercaban a gran velocidad. Ese parecía un buen camino para mis pensamientos. *Para calmar mi pulso, un chapuzón bajo la tormenta.*

—Lo lamento —dije.

—¿Qué lamentas? —solo atiné a negar con la cabeza. Ni siquiera estaba segura de lo que estaba pensando. Y de mis labios solo brotaban tonterías.

El tren estaba atestado de gente, y el único hueco era contra la misma puerta. Varias miradas iban y venían en nuestra dirección. Me sentía nerviosa con tanta atención de nuestro lado, pero preferí concentrarme en eso, en vez del hecho de que tenía a *Cara Plana* tan cerca. Nos quedamos allí, uno muy cerca del otro, su mano aun sostenía la mía, Corcho se había ubicado en medio de los dos sentado tras sus patas traseras. Podía sentir la respiración de

Chris contra mi cuello. Las puertas se abrían y más gente se introducía. Él parecía algo molesto. Tiró del collar del perro ubicándolo detrás mío, en el espacio entre el asiento que estaba de espaldas y yo. Cada persona que entraba lo empujaba más contra mí. Tragué con fuerza, pues su cercanía era cálida, era reconfortante y temía que los latidos de mi corazón fueran tan sonoros como para hacerse escuchar fuera de mi pecho.

—Ya solo faltan dos estaciones —comenté al verlo tan incómodo, de inmediato cambió su gesto, tal vez solo sentía lastima por mí y yo me alborotaba por un gesto de compasión.

El cielo ya se encontraba cubierto en gran parte por nubarrones oscuros y espesos. La brisa se volvía una ráfaga veloz a cada segundo. A lo lejos se escuchó la caída de un rayo. Apresuré el paso con Chris y Corcho pisándome los talones. Al llegar a la esquina vi a la Señora Thomas metiendo la basura. Corrí para ayudarla.

—¡Oh! Querida ya... —se detuvo al mirarme— ¿Qué diablos te ocurrió?
—Preocupada tomó mi rostro entre sus cálidas manos.

—Nada... Solo...

—¿Has estado llorando? ¿Y regresaste así con esa cara? ¡Tienes toda la cara manchada y los ojos hinchados! ¿Qué pasó? —Regañó.

No supe que responder, pronto su atención se trasladó más allá de mí, a mis espaldas y, entonces supe que Chris y Corcho finalmente me dieron alcance. Alejó sus manos de mi rostro de inmediato, y con los ojos muy abiertos observó a Chris. Éste levantó la mano a modo de saludo y ella hizo lo mismo, parecía realmente sorprendida. Era la primera vez que veía a la Señora Thomas de aquella manera. ¿Chris era tan atractivo para los demás que antes no me había dado cuenta?

Caminé hasta mi puerta, y Chris con el perrito siguieron mis pasos. Su desconcierto al ver las malas hierbas que tenía como jardín fue de campeonato. Me excusé con la falta de tiempo y dinero para contratar a un jardinero. Él solo resopló. Abrí la puerta y lo deje pasar. Fui encendiendo las luces, le enseñé la sala y me disculpe. Primero me acerqué al control de alarma, lo desactive, y luego me dirigí al baño. Una vez frente al espejo se me escapó un grito de horror al ver mi rostro.

—¡Ah! ¡¿Por qué?! —Grité con fuerza.

Escuché el choque de algo contra el suelo, pisadas fuertes y pronto el azote de unas manos contra la puerta.

—¡Ari, Ari! ¡Abre! ¡Ari! —Con manos temblorosas tiré de la puerta, pero ni bien hubo algo de espacio pujaron con fuerza y tiraron de mi fuera del pequeño cuarto.

Chris se introdujo e inspeccionó todo por dentro.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? ¿Te hiciste daño? —Preguntó tomándome por el hombro, su simple contacto, el tono de alarma en su voz, sus ojos expectantes, cada uno de esos gestos revolucionaron y colisionaron contra mi cuerpo— ¿Qué ocurre? —Insistió acunando mi rostro entre sus manos, quería llorar— ¡Hey! —Susurró, las lágrimas surcaron mis mejillas.

—¿Por qué no dijiste que me lavara la cara? —Gimoteé con ganas— ¡Soy un asco! ¡Por eso la gente nos miraba raro! —Más lagrimas bañaron mi rostro. No lo entendía, solo quería llorar, el chico a mi lado continuo acariciando mi rostro, apartando mis lágrimas y yo, solo quería llorar.

—*Shhh...* —Tarareó con una sonrisa, ¿o tal vez una mueca? No estaba segura, mi remota visibilidad me permitía diferenciar correctamente—. ¿Lloras por qué te han visto así o lloras por otra razón? —Cuestionó abrazándome contra su pecho.

Una sensación de *deja vu* sacudió mi cuerpo, mis manos simplemente se enredaron en su cintura y mi cabeza chocó contra su pecho. Con la cercanía podía escuchar los latidos de su corazón. Eran acelerados, pero conforme los segundos avanzaron iba ralentizándose. Con sus brazos alrededor mío sentí que no pertenecía a ningún otro lugar en el mundo y que deseaba, infinitamente deseaba, permanecer así para siempre.

—¿Quieres que diga la verdad o que te mienta? — Pregunté, él tembló ligeramente.

—Dime la verdad —tragué con fuerza.

—Lloro por otra razón —dije con la voz ahogada, pude sentir su repentina tensión y sentí miedo.

Todo lo que había enterrado, mi pasado, Neal, mi antigua vida, mis proyectos, mi matrimonio fallido, Abel y ahora Chris, todo eso irrumpían y sacudían dentro de mí. Me apegué más a él, sintiéndolo repentinamente lejos, sus brazos habían liberado mi cuerpo.

—Creo que es hora de irme —murmuró, ahogué mis ganas de llorar a

gritos.

Limpié mis lágrimas, con una mano, mientras que la otra aún permanecía en su espalda, no lograba descifrarlo, pero me sentía reacia a abandonar su cercanía. Fue apartándome con cuidado. Ya sin lágrimas que impidieran mi visión me animé a enfrentarlo.

Su expresión era incomprensible, no lograba asimilarlo. Su rostro parecía compungido sus manos volvieron a tomar mis mejillas, sus pulgares acariciaban mi piel manchada, parecía estar a punto de decir algo, y en el fondo deseaba que él dijera algo. *¿Pero qué?*

Suspiré en frustración.

Separó sus manos de mi rostro dejándolos caer a sus costados. Me observó una última vez, y de manera lenta se dirigió hacia Corcho, que se encontraba muy cómodo en el sillón individual. Una sensación de vacío me atacó y comprendí que, tal vez, Chris fuera más especial de lo que creía.

—Hoy te necesito —dije, él no se detuvo—. Hoy te necesito —repetí con ímpetu—. ¡Lloro porque no es la primera vez que me dejan plantada! — Confesé, él se detuvo, el nudo en mi garganta se intensificó, pero me obligué a permanecer en pie, firme, mirándolo a pesar de las lágrimas nuevamente surgían, inagotables; con cuidado fue girando hasta quedar frente a mí.

Un rayo cayó cerca, el repiqueteo delicado poco a poco fue intensificándose volviéndose violento. Intermitentes luces iluminaban las calles y parte de la sala, desde fuera. Otro trueno hizo temblar las paredes y los vidrios de mi ventana. Las goteras de mi casa no tardaron en drenar el agua, caminé con esfuerzo hacia la cocina y de los distintos estantes fui sacando ollas, jarrones y platos.

Él me había seguido a la cocina, y sin palabra alguna me las arrebató de las manos, sin emitir palabra alguna fui señalando los lugares donde debían ir ubicados los recipientes. El jarrón en una esquina de la sala, una olla pequeña sobre la mesa ratona de la sala, el plato sobre la mesa del comedor y la olla más grande lo llevé a la habitación a un lado de la mesita de luz. Con esfuerzo moví la cama a un lado. Cuando iba a dirigirme a la cocina Chris estaba parado en el umbral con un recipiente.

—Lo dejaste en sala, supuse era para una gotera más — susurró tendiéndomelo, en silencio lo tomé y lo ubiqué ahí donde un pequeño charco se formaba cerca de la bañera.

Otro rayo volvió a caer con fuerza brutal, y esta vez llevándose la luz consigo.

—¿Ari?

—No me digas, ¿le temes a la oscuridad? —Guardó silencio.

—No, pero me gustaría verte la cara —su tono denotaba preocupación, mordí mis labios mientras más lagrimas salían silenciosas, pronto sus manos llegaron a mi cintura sorprendiéndome, delicadamente sus manos recorrieron mi brazo, acercándose a él.

Apoyó su frente en la mía mientras su mano derecha se ubicaba tras mi nuca y su mano izquierda quedaba en mi cintura. Su respiración era tranquila mientras que la mía, acelerada y agitada por su cercanía, me impedía respirar. Su proximidad alteraba mis sentidos.

—¿Dónde tienes guardadas las velas? —Preguntó en un susurró y sonreí.

—En el primer cajón, debajo de cada mueble. Ahí donde veas una vela aromática —respondí en el mismo tono de voz, él no se movió, mucho menos yo, y otra vez, estar cerca suyo me hacía bien. Un calor me inundaba y me hacía sentir a gusto.

La lluvia parecía reacia a detenerse, por el contrario aumentaba su fuerza, la briza pronto se convirtió en ráfagas violentas que obligaban a los arboles de fuera a danzar a su ritmo. La habitación se iluminaba de forma intermitente en cuanto los relámpagos chispeaban en el cielo violeta y retumbaban sacudiendo todo a su alrededor.

Chris

No quería moverme. No deseaba hacerlo. Mis manos pesaban más de lo que alguna vez me habían parecido antes. Mis pies al parecer han echado raíces. Y estaba complacido por eso.

No *quería* ni mucho menos *deseaba* moverme. ¿Por qué? Su respiración era irregular mientras que la mía, la mía era tranquila. Aquella sensación en mi pecho era insoportable y doloroso pero comenzaba a acostumbrarme. Era capaz de sentir latir mi corazón en cada músculo y rincón de mi cuerpo, y aunque lo hacía lento, se sentía revolucionado con su sola cercanía.

Tragué con fuerza, y haciendo caso omiso del magnetismo fui alejando mis manos de su cuerpo. Mi frente seguía apoyada en la suya, mi nariz rozaba su entrecejo... Luché contra el repentino deseo de descender mis labios por su mejilla hasta llegar a su boca y terminé depositando un casto beso en su cabello. La instantánea tensión en ella me causo gracia. ¿Esperaba que la besara? No. Solo buscaba consuelo. Un consuelo por algo que yo le había advertido.

Di un paso atrás. A pesar de la oscuridad las líneas de su rostro eran visibles. Di otro paso y una vez recuperado el control de mi propio cuerpo fui en busca de un encendedor. No conocía la estancia, y la cocina era ridículamente pequeña, pero poco me importaba, quería poner distancia entre ella y yo. Aunque fuera la más mínima. La escuché resoplar con fuerza.

Tal vez ella no esperaba que la besara. ¡Qué grandísimo idiota!

Fuera la tormenta parecía burlarse de mi repentino deseo por huir. Llovía de forma desesperada, como si los cielos desearan ahogar al mundo.

Abrí el primer cajón a mi alcance y hurgué en él con cuidado, la suavidad de la cera capto mi atención y la extraje. Caminé donde hasta donde recordaba la cocina y palpe la mesada en busca del encendedor. Tras varios segundos escuché unos pasos acercándose, y a continuación una pequeña luz se encendió detrás de mí. No dije nada, me acerqué a ella con recelo y le tendí la vela. Ella lo encendió y lo colocó sobre un plato que estaba allí.

Quedé hipnotizado mientras ella caminaba por la estancia abriendo cajones e iluminando la casa. Corcho parecía ser el único cómodo con esta situación. El cielo se encendía de vez en cuando con ráfagas de luz.

—Creo que debería irme —susurré no muy convencido mirando hacia la ventana.

—¿Con esta tormenta? —Preguntó sorprendida.

—¿De qué te sorprendes? Debo regresar a casa, además, se supone que mi hermano llegaba hoy en la noche — comenté recordándolo, aunque siendo sincero, deseaba estar en cualquier lugar menos aquí y en mi casa con German.

—Estas recuperándote de un resfriado, ¿no?

—Eh... Si, ¿por qué?

—No puedes tomar frío. Ahí fuera refresca. Volverás a enfermarte y no... —guardó silencio.

—¿Y no qué?

—No volveré a verte por otra semana —soltó de golpe, su comentario me tomó por sorpresa—. Cuando confesé que lloraba por otra razón hablaba en serio —continuó, me tense, no tenía ganas de escucharla hablar de Abel.

—No te ofendas, pero no tengo ni ganas ni ánimos de escucharte hablar de tu mal de amores por...

—No es por Abel —interrumpió. La miré, ella caminó hasta el sillón a mi lado, tiró de uno de los almohadones, lo colocó sobre su regazo antes de sentarse y golpear el hueco vacío a su lado, con duda fui hasta ahí, decidí concentrar la mirada en dirección a la pantalla del televisor.

La habitación se encontraba en silencio, de las llamas de las velas desprendían un aroma delicado; solo el azote de la lluvia contra el techo arruinaba el momento. Las gotas continuaban filtrándose y caían en las fuentes provisionales, uno que otro trueno a lo lejos iluminaba las calles de vez en cuando. Su respiración era lenta y eso ayudo a calmar mi repentino nerviosismo.

—¿Nunca has querido contarle algo a alguien, y has preferido guardártelo para que no se den cuenta de lo estúpido que puedes llegar a ser? —Preguntó rompiendo el silencio. Me volví hacia ella y tenía la vista en el televisor, su voz apenas era un murmullo. En su rostro no había sentimiento alguno, las marcas secas del maquillaje corrido aun manchaban su rostro ofreciéndole un aspecto descuidado y oscuro.

—Hagamos un trato —solté, ella volteo a verme. Sus ojos brillaron expectantes—. Si no hablas de Abel...

—No es por Abel —interrumpió—. Creo que jamás lloraría por él...

—Lo acabas de hacer —respondí, ella ladeó la cabeza.

—No lo hice por él. Lloré porque de todas las personas que conozco, tenías que ser tú el que me viera así... — continuó con el mismo tono de voz.

—Te he visto en peores situaciones —contesté, ella tragó saliva, y bajó la mirada.

—Lo sé y, créeme cuando te digo que si me hubiera cruzado contigo el día que Abel me invitó a salir, hubiera dicho que no, me tenía atrapada...

—No hablaba de eso —le corte y sonreí—, hablaba de que te he visto bailando y cantando mientras repartes el correo. Y créeme, ¡cantas horrible! —me burlé, levantó la cabeza, y en su mirada encontré que me había comprendido.

—¿Cuál es el trato?

—Tú tienes algo guardado, que deseas contar, que nadie más lo sabe. Yo tengo algo que nadie sabe y que me niego a aceptar su existencia... Lo que te ocurrió hoy y tu repentino ataque trajo de vuelta algo que te lo has guardado para ti misma y deseas contárselo a un desconocido —dije, sus ojos se inundaron poco a poco conforme mis palabras resonaban.

—Tienes razón, en parte —manifestó a voz quebrada — quiero contárselo a alguien, pero no a un desconocido. Quiero contártelo a ti...

—Soy un desconocido...

—Pero eres *mi* desconocido —sentenció y sonrió sin alegría— Si lo hago, ¿me contarás sobre ella? —Preguntó tras varios segundos de silencio, afirmé casi sin pensármelo dos veces—. Entonces yo te contaré de él —tomó una gran bocanada de aire llenando sus pulmones y lo soltó lentamente, supuse que fue para evitar derrumbarse antes de iniciar—. Nos conocimos en la secundaria, habíamos crecido con amigos en común, viéndonos de vez en cuando, pero nunca habíamos tenido la oportunidad de hablar, sabíamos de la existencia del otro, pero nada más. El primer día de clases, no recuerdo de que curso, él caminó en dirección a mi mesa y dijo “*Al fin estamos en la misma página*”. Se apoyó tan galantemente y me sonrió bonito. Nunca un chico se me había acercado de esa manera tan seductora así que, simplemente caí —ella elevó sus hombros distraída, a pesar de que sus ojos estaban en mi dirección, miraba a la nada aferrándose al almohadón—. Hicimos lo típico, salimos al cine, tomamos helado, él iba a mi casa y yo a la suya; nos hicimos amigos y yo estaba encantada. Él me gustaba y me conformaba con el simple hecho de tenerlo cerca. De estar en la misma página. Él no salía con nadie, y por supuesto que yo tampoco. Era muy atractivo, aunque no de belleza. Sabía

hablar, ¿sabes? sabía encantar a la gente. Siempre decía cosas muy interesantes. Era un chico común, pero tenía su encanto. Ojos oscuros y profundos, piel oliva, sonrisa franca. Era mi mejor amigo, era mi compañero de clases y estaba perdidamente enamorada de él. Terminamos juntos el colegio y fuimos a la misma universidad. Mis padres decían que terminaría casándome con él y guardaba las esperanzas de que así fuera. Nos mudamos al mismo edificio, estudiábamos juntos algunas materias, sobre todo las que él no entendía. Me metí a la carrera de Finanzas, pero él fue a Comercio Exterior. En todo ese tiempo, nunca lo vi con nadie en serio, salía con chicas todo el tiempo, siempre estaba rodeado de mujeres, muy bonitas por cierto y yo, ya había perdido mis esperanzas. Hasta que en el día de la graduación, cuando lo llamaron a recibir su título, subió al escenario, tomó el certificado y luego se acercó al micrófono y dijo *“Seguimos en la misma página luego de tantos años, y ahora me siento preparado para hacerte feliz... ¿Quieres casarte conmigo?”* Mis padres enloquecieron y yo me elevé hasta una nube en el cielo. Nunca había pensado en que él sintiera algo por mí. Claro que yo siempre había sido cuidadosa con mis sentimientos y procuré que no se sintiera asfixiado por mi presencia. Pero él, me había *visto* —guardó silencio y sus ojos se clavaron en los míos, estaban tristes, su sonrisa también lo era—. Nos mudamos juntos, él vendió su departamento y se mudó al mío. Nos casamos en una ceremonia simple pero acogedora, solo invitamos a los familiares más cercanos y decidimos ahorrar para la luna de miel, quedamos en que ahorraríamos por un año, y que cuando cumpliéramos nuestro primer aniversario sería nuestra luna de miel. Montamos un negocio en conjunto, y nos iba muy bien, en cuestión de meses ya poseíamos tres sucursales y ni siquiera hizo falta que mis padres nos prestaran tanto dinero. Pronto llegaría el año. Compramos los billetes de avión. Viajaríamos a Islas Canarias. Estábamos emocionados. Todo estaba listo. El día del viaje teníamos un evento importante que cubrir así que fui a la oficina a arreglar las cosas, a supervisar la entrega. Mis empleados me desearon buen viaje y regresé a casa —su mirada se había perdido de nuevo—. Habíamos quedado en vernos en el aeropuerto ya que yo había insistido en encargarme del evento antes del viaje, pues era importante y un ingreso bastante considerable. Él se encargaría de los billetes. Fui al aeropuerto. Lo esperé, lo esperé, lo esperé. La hora de arribo estaba cerca así que decidí ir hasta la mesa de entrada y preguntar por *mi* esposo. ¿Sabes que me dijeron? —negué, sentía que si hablaba le haría más daño — Que los billetes habían sido cambiados, adelantados hacia una

semana. Exigí una explicación. Nadie sabía *que* decirme. Lo llamé al teléfono celular millones de veces. Él cambió los boletos de avión y se fue con otra mujer. Yo pagué el viaje con su amante —me observó—, busque un abogado y pedí el divorcio. Me quede sin nada. Prácticamente en la calle. Vine a vivir aquí. Y juré que nadie volvería a dejarme plantada.

Conforme su relato avanzaba su voz se desvanecía. No había sentimientos ni en su tono ni en su rostro. Se aferraba con fuerza al almohadón en su regazo. Finalmente se dejó caer de espaldas y suspiró con fuerza como si se hubiera desecho de algo que realmente pesaba. La miré un segundo y me dije, *¿por qué no?* Todos a mi alrededor parecían creer saber que ocurría, que me había ocurrido, pero la verdad es que nadie, ni siquiera Pipi era capaz de imaginar siquiera la verdad.

Solo me habían roto el corazón. *Solo* eso. Cosas peores ocurren en el mundo, decían, *solo* es una desventura.

—Su nombre es Dana Becker —dije—. Pero cuando la conocí ella era Aldana Cannavaro. Su nombre debería de saberme a ácido, pero la verdad es que me es imposible dejar de pronunciarlo. Incluso de manera inconsciente lo conjugo las palabras para poder tener una excusa y decirlo en voz alta. La conocí en la universidad. Era de esas chicas que debes voltear a ver dos veces. No pasaba desapercibida por más esfuerzos que ella hiciera. Tenía un aura oscura, siempre parecía estar triste. Pero cuando sonreía, incluso aunque supieras que era una sonrisa triste, eras capaz de ver el vestigio de luz en sus ojos pardos. Siempre parecía sorprendida de verme y eso me alegraba las mañanas. Fuimos a las mismas cátedras y me cambie de carrera solo para estar cerca de ella. *Quería* saber de ella, *necesitaba* saber de ella. Supe que había abandonado la universidad un tiempo, pero cuando volvió por fin parecía estar acostumbrándose a mí, y la felicidad no podía caber más en mí; ya estábamos en la última materia de la carrera y me dije que era el momento perfecto para avanzar. Varias veces intenté invitarla a salir pero nunca encontraba el momento adecuado. O siempre se excusaba o simplemente desaparecía —miré a Ariadna, me observaba con curiosidad pero parecía tensa—. Como dije, cursamos juntos la última materia, y el Profesor de Cátedra tenía un asistente. La materia estaba implementando una modalidad inclusiva para personas con discapacidad que el mismo *joven* había presentado a la Universidad. Se había llevado premios, menciones honoríficas y otras cosas más, por eso optaron por ofrecerle la oportunidad que enseñármoslo y participar en ello. Nada raro. Pero en el fondo sentí que

algo cambiaría y lamentablemente no demoró mucho. El nuevo llamó la atención de todas en aquella clase, menos de una, por esa razón, porque ella no estaba interesada, la eligió para ayudarlo a llevar adelante la materia, puesto que era ciego. Entonces ocurrió. Aldana cambió radicalmente. Sonreía de vez en cuando, algo que antes no hacía. Si antes de la llegada del Asistente de Cátedra apenas lograba conseguir su atención, luego fue peor, mucho peor. Estaban juntos todo el tiempo. Comenzaron a salir en secreto. Y yo sentía morir a cada instante. Inicié una relación con una chica luego de recibirla, lo intenté muy duro, de verdad hice todo de manera correcta, pero no era ella. Entonces me llegó el rumor de que trabajarían juntos en un conservatorio de música, así que me volví el novio perfecto. No la vi por dos años, tiempo en que me dediqué a trabajar para Bracamonte en el Centro de Adopción, para la que la firma en la que estoy ahora trabaja. Pero la vida nos volvió a cruzar. Ella, tan descarada y risueña, me invitó a su boda. Yo, hipnotizado por su breve atención asistí. La conversación que se originó esa noche no culminó, milagrosamente se volvió constante y su presencia en mi vida persistente. Sin darme cuenta me había vuelto su amigo y consultor. Salíamos a bebernos un café y ella insistía en que conociera a alguien sin saber que ya estaba en una. Con el tiempo mi relación se deterioró sin mi consentimiento, mientras que Aldana seguía felizmente casada. ¿Sabes? Si ahora lo pienso intento recordar el nombre de la mujer con la que compartí años y me es imposible recordarlo, ni siquiera su rostro. —y ahí estaba, aquel dolor con nombre y apellido de mujer, suspiré antes de continuar—. Me mantuve firme a su lado. Me conformé con solo ser su amigo y confidente. Hasta que un día ella recibió una mala noticia. Una terrible. Había perdido un hijo. Fue cuando *todo* inició. Ella no se le contó nada al Profesor, Esteban, y me pidió que la ayudara. ¿Qué podía hacer? ¿Negarme? —Ariadna parecía estar a punto de llorar, me mordí los labios y reprimí una risa burlona, incluso así se veía tierna— Ambos buscamos tratamientos, hasta que dimos con uno conveniente. Ella y su marido buscaron tener hijos hasta que la vida volvió a dar un giro en mi contra. Bracamonte tenía una hija, esta, su marido e hijo habían sufrido un accidente, el niño era alumno de Aldana y Esteban. La frase: el mundo es un pañuelo, quedo corto con todo los enredos que surgieron continuación de eso. Como mi hermano y yo trabajábamos para Bracamonte y él quería saber nada de su nieto, hicimos los papeles para que la pareja fueran los tutores legales. Los problemas iniciaron, los traumas del niño fueron solo la punta del *iceberg*, los problemas del silencio de Aldana

para con el Profesor hicieron que su matrimonio se fuera a pique en cuestión de semanas. Estuve a su lado durante el divorcio. Mi hermano llevó su caso. Fue tormentoso verla llorar y tener que consolarla sabiendo que ella jamás sería feliz con alguien que no fuera su marido. La amaba y por eso supe, mucho antes que ella, que Esteban era, es y será la persona correcta para ella, pero estaba cegada y no podía hacer nada para remediarlo. El día de la firma de divorcio Aldana tomó sus maletas y fue a mi casa y al no encontrarme fue a lo de Bracamonte, por temas legales. Ese mismo día yo me encontré con su marido. Esteban me pidió que lo ayudara en medio de su desesperación, me dijo que la amaba y moriría sin ella y por esa razón pedía lo que me pedía aun sabiendo lo que yo sentía por su esposa. Acepté, pero con la condición de que haría hasta lo imposible porque ella se enamorara de mí —reí sin ganas al recordarlo—. Nunca tuve oportunidad, ¿sabes? Esteban nunca la dejó sola en sus pensamientos y yo, solo fui alguien en quien encontraba el apoyo necesario. Hasta dijo que me quería... —guardé silencio, algo dentro de mí se encogió y el temporal se hizo eco, pues un trueno cayó bastante cerca, sacudiendo nuestro alrededor e iluminando el cielo violeta—. Dijo que me quería y supe que nunca, ni aunque tuviera la oportunidad de volver a nacer y estar cerca suyo, tendría la ocasión de ser amado de la manera en que deseaba serlo. Dijo que *me quería* y yo terminé entregándola al hombre que nunca firmo los papeles de divorcio y aguardó a que su esposa se diera cuenta del error que cometía. A un hombre que aunque estuvo ciego, pudo verla y tenerla consigo. A un hombre que pidió ayuda a otro que sabía amaba a su mujer —volví mi vista a la ventana—. Jamás seré ni la mitad de hombre de lo que Esteban Becker fue y es hasta ahora.

—Es una idiota —dijeron, volví mi vista en su dirección. El tono de su voz fue serio y contundente, tanto que me tomó por sorpresa.

—¿Disculpa?

—Dije que esa mujer... *Aldana* o como se llame, ahora entiendo porque Fede dijo que era la *otra innombrable*. ¡Es *Dark Vader*! ¡*Hannibal Lecter*! ¡*Puzzle*! ¡Histórica! —abrió su ojos, eliminó la distancia entre nosotros y enredado sus brazos a mi cuello con fuerza desmedida— Ambos elegimos a las personas incorrectas —susurró, quedé tieso ante el contacto de su aliento contra mi cuello—. Gracias por escucharme, prometo que tu secreto estará a salvo conmigo —juró solemne, yo respondí a su gesto con dificultad.

—¿Te sientes mejor? —Pregunté sin poder apartarla.

—Solo si tú te sientes mejor —se acomodó sobre mis piernas con las suyas

juntas y afianzó sus brazos, tras varios segundos sentí como un beso era depositado sobre mi hombro.

Ahí, donde el beso fue depositado, comenzó a arder repentinamente.

—No creo que ese Esteban sea tan perfecto como lo pintas —dijo sin alejarse.

—Lo es... Toca varios instrumentos, sabe cantar, los niños lo adoran, es nadador, ha ganado varias medallas por ello... Y la tiene a ella.

—No es gran cosa...

—En comparación, yo soy un inútil...

—No. Tú eres perfecto para... —guardó silencio.

—¿Para qué? —pregunté repentinamente nervioso, el sentirme cómodo con ella en esa posición no hacía más que nublar mis pensamientos.

—Yo también se tocar instrumentos —susurró cambiando el tema, *¿ella estaba sonriendo?* —No, mira es fácil —deshizo su enganche y se alejó de mí, la sensación de vacío me invadió—. Ahora toco la silla, ahora la mesa —iba diciendo conforme acariciaba todo a su alrededor hasta que se puso de rodillas ante mí—. Y ahora te toco a ti —no comprendí su tono de voz, pero sus manos fueron a parar a cada lado de mi rostro con delicadeza.

Su tacto encendió cada fibra de mi ser creando un deseo irrefrenable por eliminar la distancia entre nosotros. Tomé su rostro en mis manos y acaricié sus mejillas. Ella deslizó las comisuras de sus labios hasta concebir una mueca e imitó mi gesto.

—La barba te hace más viejo —murmuró.

—El maquillaje te hace una bruja —respondí, ella sonrió y algo nerviosa se puso en pie dirigiéndose al baño.

La tormenta seguía cayendo con fuerza contra el techo, y el extraño ruido ayudó a relajarme. Lejos estaba de sentirme mal. Aunque Ariadna se había burlado, me había hecho bien hablar con ella sobre algo del que no deseaba hablar con nadie más. Era poseedora de una luz que necesitaba, esa inocencia y carencia de maldad. Era más fuerte de lo que pensaba. Cualquiera podría decir que solo era una mujer inmadura, pero esta noche comprendí que solo era la fachada. Observé con detalle la casa, parecía ser antigua aunque la decoración era moderna al igual que las instalaciones. Un extraño ruido provino de la puerta y minutos después las luces fueron encendiéndose.

Escuché el grito de alegría proveniente de la única habitación que parecía tener la casa y a continuación... ¿Eso era la ducha? Tragué con fuerza y observé a Corcho, éste seguía durmiendo plácidamente. Detuve mis pasos en el umbral de la habitación y cerré mis ojos con fuerza. Me obligué a limitarme a apagar las velas y así lo hice. Empleé tiempo y concentración en ese pequeño y simple trabajo.

Sentía el cuerpo pesado cuando llegue al sillón, mareado sobretodo y la cabeza comenzaba a dolerme. Fui acomodándome, dejándome caer de espaldas, tomé el almohadón que minutos antes Ari abrazó con fuerza e imité su gesto mientras mis ojos poco a poco sucumbían.

Todo a mí alrededor fue desapareciendo, estaba quedándome dormido, lo sabía, pero no podía hacer nada para remediarlo, me sentía repentinamente cansado. El repiqueteó ayudaba a mis músculos a distenderse. Alguien hablaba a lo lejos, estaba seguro de que se trataba de Ariadna, intenté abrir mis ojos pero estos pesaban de sobremanera. Algo cálido cayó sobre mis piernas. ¿Una manta tal vez? Algo delicado recorría mi brazo, suave como unos pétalos de rosas y hasta olía a rosas también. Pude escuchar mi propio suspiro al tiempo que algo acogedor se instalaba cerca de mi corazón y se enredaba alrededor mío. Sentí paz por primera vez en mucho tiempo.

¿ QU É ES ESTO QUE SIENTO?
Ariadna

Mis parpados pesaban. Sentía el cuerpo sumamente dolorido. El sueño se iba alejando, dejando entrar a la conciencia a mi cabeza. Lo primero que fui capaz de notar fue el leve repiqueteo de la lluvia contra el techo y el decadente susurro del viento. Intenté moverme, pero no podía, tenía el cuerpo agarrotado. Suspiré agotada e intenté girarme sobre mi misma, pero tampoco pude. Me sentía como una oruga envuelta en las sabanas. Oculté mi cabeza entre la sabana y la almohada a la espera del reloj despertador. Procuré acomodarme del otro lado de la almohada pero la alarma de la casa comenzó a sonar deliberadamente, sobresaltándome. Abrí mis ojos de golpe, aparté las mantas con fuerza y espabilé. Tan pronto como me puse en pie tropecé contra una olla.

¿Pero qué diablos?

La alarma continuó zumbando golpeando contra mis tímpanos, mientras friego mis ojos corro en dirección a la sala. Ahí encuentro una sombra, un cuerpo grande y encorvado se movía a un lado de la puerta junto al panel de control. Enfoqué la vista o al menos lo intenté, la adrenalina del momento, lejos de ayudarme a ver mejor disparo el temblor en mis piernas. Tomé lo primero a mano y me abalancé tras su espalda. Enredé mis piernas en su cintura e inmediatamente aferré su cabeza en mi brazo. Mi instinto me llevó a morderle la oreja con fuerza hasta el sabor metálico asaltó mis papilas gustativas al igual que el ladrido desesperado de un can.

Observé al perro a un lado con las patas firmes contra el suelo enseñando los dientes filosos.

¿Corcho?

Corcho...

—¡Oh por Dios! —Grité al tiempo que liberé mi agarre del hombre ante mí y brinqué varios pasos hacia atrás.

Se giró en redondo y me dedicó una mirada asesina. De inmediato me sentí pequeña ante sus ojos gélidos como agua ártica. Retrocedí otros pasos más hasta que entendí que sus gritos eran sofocados por el ruido de la incesante alarma. El escándalo del momento me atrajo a la realidad. Él señaló el cuadro de mando.

Como no me moví, se acercó a grandes zancadas furioso sosteniendo la oreja que le había mordido y me arrastró hasta el muro. Con dedos temblorosos desactivé la infernal interpretación de seguridad. Dos segundos después el silencio pareció desubicado y abismalmente incómodo entre

nosotros. Lo escuché suspirar con fuerza para luego dejarse caer en el sillón más próximo.

Entonces el teléfono celular sonó. Era la escuadrilla de seguridad privada. Como era de esperarse hicieron la pregunta de rutina, tuve que mentir y quedar como una rubia hueca para que no enviaran a nadie. Tras finalmente quedar convencidos de que no corría peligro terminaron la conversación.

Un escalofrió recorrió mi espalda y comencé a sentir frío de repente, entonces reparé en que me encontraba descalza en medio de la sala con mi pijama de dos piezas.

Nada sexy para que te vea por primera vez, pensé y me sorprendió tal pensamiento. Cuando por fin recaudé la valentía suficiente para enfrentarlo, el cubría su rostro con ambas manos con los codos apoyados en sus rodillas. Arrastré mis pies hasta situarme a centímetros suyo, levanté mis pies hasta arriba y envolví mis rodillas con mis brazos. El débil repiqueteo de la lluvia aun podía escucharse fuera.

—¿Te ibas sin despedirte? —Pregunté haciendo una mueca, él me dedicó una mirada severa. Tragué con fuerza.

—Lo lamento —murmuró cambiando su expresión y alejando sus ojos de mi—. No quise despertarte, no sabía que tenías un sistema de alarmas que funcionaba a pesar de no haber corriente en la casa.

—No respondiste a mi pregunta....

—Corcho se ha meado en tu sala, necesita salir. Yo *necesito* volver a la realidad, a mi casa —me observó de soslayo—. Vuelve a la cama, refresca y tomarás frío, eso no es bueno. Y no quiero que te pase nada por mi culpa.

—¿Yo? Eres tú el que está resfriado, ¿y piensas salir con la lluvia? —cuestioné algo molesta, él suspiró antes de volverse a mi nuevamente.

—La estación no está muy lejos.

—Te empaparas...

—Puedo tomar un taxi.

—No pasan muchos por aquí.

—Puedo intentarlo.

—A las... —Miré el reloj de pared con horror— ¿Las seis de la mañana?
—Volvió a suspirar.

—¡Y eso a ti que te importa!

—¡Me importa!

—¿¡Por qué!?

—Porque... —guardé silencio conteniendo el aliento. Pregunta correcta a la

persona incorrecta. ¿Por qué? *Porque sientes algo por él*, respondieron en mi cabeza, alejé mi mirada sintiéndome avergonzada delante suyo por primera vez. Intenté deshacer el nudo repentino de mi garganta—. Me sentiría culpable si algo ocurriera al salir de mi casa —solté la mentira en un susurro, volvió a suspirar con fuerza.

—No me pasara nada, estoy bastante grandecito para valerme por mi mismo por si no has reparado en eso. Además, tengo mucho trabajo, llevo días sin ir a la oficina y por sobre todo eso, lo que menos quiero es incomodarte.

—¡No lo haces!

—Pues no parece —un baldazo de agua fría cayó sobre mí.

—Lo repetiré: no me molestas, podemos desayunar juntos y —me lancé a por su mano, me tomó dos segundos elevar mis ojos hasta los suyos—. De verdad que no... Tu... —guardé silencio cuando él sonrió.

—¿Me tendrás encerrado? ¿Contra mi voluntad? —levantó una ceja.

Si por mi fuera...

Ese pensamiento me hizo comprender algo. Llegó como una epifanía rápida y certera. Ese dolor intenso en el pecho, esa sensación de estar buscando incansablemente el oxígeno cuando respiraba correctamente, aquel deseo ferviente de acercarme a él y fundirme a su pecho, la seguridad de su proximidad encubierto por el supuesto desagrado, todo aquello eran señales. Indicios de algo que tal vez yo pujaba por esconder. No aparté mi mirada de sus ojos intentando encontrar la misma respuesta en él.

¿Le pasaría lo mismo?

—Otra vez esa mirada —murmuró.

—¿Te veré en el edificio? —Pregunté repentinamente abochornada por tener que hacer la pregunta en voz alta, la seguridad de hasta hacia minutos había abandonado su base en mi cabeza.

—No creo que sea posible —levanté la cabeza inmediatamente, él observaba en dirección a la ventana—. La verdad aun no estoy en condiciones de volver, además, anoche me salté las medicinas al igual que ahora, y posiblemente las de la media mañana, no deseo contagiar a nadie. Y si me permites ser sincero —volvió sus ojos a mí, su expresión era seria—. Hoy es domingo nadie trabaja en la oficina y, si te presentar nadie te abrirá la puerta —sonrió ampliamente, un escalofrío inició en mi espalda y fue expandiéndose al resto de mi cuerpo sacudiendo y descolocando cada

minúscula fibra.

Abrí mis ojos.

Tragué con fuerza.

Contuve el aliento.

Fue allí... En esa sonrisa desinhibida decidí sumergirme y rendirme. Ese segundo donde sus ojos parecieron repentinamente más claros todo resultó mucho más claro, la verdad se desnudó ante mis ojos. *¿Era magnetismo?* No. Definitivamente había cierta atracción que antes no y de eso estaba segura. *¿Era camaradería?* Bueno, no lo creía posible, aunque desde que nuestros caminos se han cruzado hemos bromeado uno con el otro, la mayoría del tiempo me lo he tomado a mal cada palabra suya. *¿Entonces qué era? ¿Ha estado allí antes? ¿Cómo era posible que no haya reparado en eso antes?*

Él amplió su destructora sonrisa. El impacto fue inminente. Parecía divertido con mi expresión. El tiempo parecía contar sus segundos en reversa ahora que lo tenía allí, a mi lado, en mi casa, en mi sala con la llovizna de afuera como música de fondo. Las ganas de llorar me invadieron nuevamente. Que estúpida fui. *¿Acaso este sentimiento ha estado siempre allí?*

—Otra vez —señaló mi entrecejo.

—¿Otra vez, que?

—Otra vez los ojos raros —manifestó al tiempo que se giraba para colocarse frente a mí, Corcho comenzó a gimotear haciendo que Chris hiciera una mueca, claramente de fastidio. Se puso en pie con esfuerzo y tomó al perro en sus manos, me obligué a no enfrentarlo, segundos después, volvió al mismo lugar con el perro entre nosotros—. *¿Nos abrirás la puerta o tendré que echarla abajo?* —Acaricié a Corcho resignada, levanté la vista y afirmé.

—Pero aun llueve, así que llamaré un taxi, ¿de acuerdo? —apretó los dientes—. Si te niegas tendrás que comprarme una puerta nueva —mordió su labio inferior al tiempo que negaba con la cabeza— *¿Por qué deseas tanto regresar a tu casa? ¿Acaso soy mala compañía? Podrías quedarte y almorzamos juntos* —susurré bajito en lo que iba al comedor a por teléfono, como no escuche palabras alguna de su parte, llamé a una agencia que trabajaba las veinticuatro horas.

Suspiré al cortar. Solo le tomarían diez minutos estar frente a mi puerta. Unos escasos y miserables minutos con él. Giré lentamente y caminé con

piernas débiles hasta la sala. Él parecía estar molesto sacudiendo su teléfono celular.

—En diez minutos estarán aquí... —avisé una vez en la misma estancia—
¿Te gusta él te? Puedo prepararte algo para que comas antes de irte... —
comenté de camino a la cocina con los nervios en aumento.

Me detuve en el umbral. Observé la mesada con detenimiento. La tetera estaba humeante al lado de una taza con tostadas recién hechas en el plato de porcelana. Al girarme me encontré con Chris detrás de mí con una mueca de disculpa en su rostro.

—No me gusta el té —admitió elevando sus hombros y escondiendo más las manos en el pantalón.

—Yo...

—Dormías pacíficamente, por eso te llevé hasta tu cuarto. No quería incomodarte y causarte más problemas. Corcho debe salir a hacer sus necesidades, no creo que aguante mucho tiempo más y como te dije, debo volver a casa. Mi hermano llegaba anoche. Aunque él probablemente ya se haya hecha de las llave de mi departamento... Bueno, debe estar preocupado. Mi celular está muerto... Y el último mensaje fue de auxilio.

Él siguió hablando, excusándose por el té, pero yo ya había dejado de escucharlo. Mis ojos solo se concentraron en la forma en que su boca se movía al hablar. Como su pecho se hinchaba al tomar aire, y en la manera en que los músculos de sus brazos se tensaban mientras elevaba sus hombros y sus manos se movían desde sus bolsillos. Claro que me encontré descubriendo otros detalles que por cierto antes no había notado, por ejemplo sus cejas se elevaban mostrando más expresiones o que arrugaba su nariz haciendo que sus labios se asemejaran al pico de un pato y que cuando abría los ojos nunca miraba en mi dirección, lo hacía en cualquier otro punto. También descubrí una pequeña cicatriz en el inicio de su ceja derecha, haciendo que el borde pareciera despeinado. Intenté recordar sus expresiones pasadas y me sorprendí al recordar la mayoría, como cuando regresé al edificio y él se había burlado de mí; o en el tiempo que nos conocimos y me arrebató los sobres de las manos mientras la manzana quedaba suspendida entre sus dientes pero que eso no evito que sus comisuras se extendieran en una sonrisa. Y eso también, invariablemente sonreía al verme llegar. Mientras que yo solo peleaba y buscaba bronca.

—¿Ariadna? —Movi6 sus manos ante mi rostro.

—¿Eh? ¿Decías? —dije volviendo a la realidad, 6l sonri6 intensa y arrebatadoramente.

—Han tocado bocina, es mi coche —elev6 sus cejas aun sonriendo, gir6 sobre sus talones.

—Corcho, ¡no vamos a casa! —grit6 al perro euf6rico, una sensaci6n inc6moda me invadi6.

Arrastr6 mis pies hasta la mesa del sal6n principal, tom6 las llaves y las introduje en la hendidura, gir6 el cerrojo y tir6 de la puerta. Podía sentir su cercanía en mi espalda. Cuando me dispuse a salir a la calle, tir6 de mi brazo con fuerza y cerr6 la puerta.

—Ve calzarte y a ponerte un abrigo si es que saldrás a la calle —orden6 con fiereza, me tom6 por sorpresa el tono de voz, pero aturdida obedecí y tom6 lo que tenía a mano.

—¡Listo! —Grite ubicándome a su lado, me dedic6 una mirada completa pero sonri6 antes de tirar de la puerta nuevamente.

Un aire fresco me golpe6 con fuerza y me detuve. Lo observ6 un segundo y gracias a las luces del porche pude ver su piel expuesta, erizada a causa de la baja temperatura del ambiente. Supliqué que me esperara en lo que 6l descendía los dos escalones en vía hacia la vereda. Corrí nuevamente a mi habitación y escudriñé en mi armario un abrigo para 6l. Desesperada tir6 de las prendas en busca de algo que le diera protecci6n y no fuera femenino. A punto estaba de rendirme cuando un abrigo con cierre y capucha caía a mis pies. Lo agarr6 con rapidez y lo llen6 con mi perfume. Mientras iba de camino a la salida arranqué la etiqueta que aún mantenía el precio y le di alcance en la puerta del coche. Sin aliento me precipité a la manga de su remera, y tendí el canguro.

—*To...ma... ha...ce... fri...ooo* —dije buscando aire desesperadamente, pero el oxígeno que invadía mis pulmones era gélido y desgarrador.

—Gracias —murmur6 tirando de la puerta del auto pero me negaba a soltar la prenda que vestía— ¿Qué ocurre? — parecía disgustado.

—Póntelo...

—*P-pero...*

—Póntelo —repetí pero esta vez con decisi6n, tanto que hasta yo misma me sorprendí, di un paso al costado observando como arrugaba su nariz al

tiempo que se lo calzaba.

Al vérselo puesto el aliento huyo de mi sistema. El abrigo en mi cuerpo había sido como un chiste, grande por donde el espejo me había devuelto el reflejo, pero en él, *Dios*, sus anchos hombros, brazos fornidos, cintura estrecha perfectamente visibles. La capucha oscurecía parte de su rostro cual Ángel destructor. Acerqué mi mano hasta su mejilla y mi pulgar acarició la zona donde la barba aun no poblaba. Ese gesto envió una descarga eléctrica por mi cuerpo y esperaba que él también la recibiera. ¿Por qué? No lo sabía. Solo quería que él también lo experimentara.

—Gracias —susurre, él alcanzó mi mano y lo apartó de su rostro, hizo una mueca, acarició mis dedos y se introdujo en el auto cuando el conductor lo apresuró desde el interior, Corcho ya se había acomodado.

—Somos... Amigos... ¿No? —Dijo antes de cerrar la puerta—. No tienes que agradecerme —dijo con más seguridad—. Lo somos después de todo.

—No lo somos —manifesté.

—Ah, ¿no?

—No... No quiero ser tu amiga —solté sin detener mis palabras, él sonrió.

—¿No?

—No. ¡Quiero ser tu mejor amiga! —Sonreí.

Abrió la boca.

La volvió a cerrar. Y luego afirmó.

No estuve segura de su expresión, pero el negó con la cabeza al tiempo que cerraba la puerta e indicaba el destino.

—No comprendiste —susurré en el aire, mirando las luces traseras del auto—. Quiero ser tu mejor amiga, tu compañera —suspiré—. La persona a la que quieras contarle todo lo que te ocurra en el día y creo que, tu amante y novia... Quiero ser tu primer pensamiento al amanecer y el último cuando te tumbes entre tus cobijas. Y sobre todo, quiero que me perdones por no haberte visto antes...

El auto giró en la esquina perdiéndose. El frío de la fina llovizna se colaba por mis prendas. Mi muñeca la sentía arder, ahí donde él había acariciado. Era la primera vez que pasaba la noche con un hombre sin que nada ocurriera, pero que aun así descubriera cosas sobre mí. Regresé a la cocina. Aún era temprano pero quería probar lo que él había preparado. Volví a

calentar el agua para el té. Serví una vez lista, tomé asiento en la mesada de la cocina, cogí la mermelada y cuando iba a untarla al pan, encontré que ya lo había hecho. Sonreí. Este chico era especial. Di el primer mordisco cuando un rubor invadió todo mi cuerpo.

Desperté en mi cama.

Tragué con dificultad. Rebobiné lo ocurrido la noche anterior.

Recuerdo haber tomado un baño, luego salir y encontrarme con Chris en la sala. Recuerdo verlo a medio dormir. También haberle dicho que él durmiera en mi cama ya que era bastante grande y como no respondió tomé una colcha y la acomodé en su regazo, y que me había acomodado al lado suyo... *¡Oh por Dios!*

No solo dormí a su lado, ¡puse mi brazo en su pecho! ¿Cómo diablos había llegado a la cama?

Chris...

Cubrí mi rostro aunque sorprendentemente no de vergüenza, sino de emoción cual tonta adolescente por el solo hecho de que él me arropó.

Chris

Al llegar a casa me obligué a tomar un baño de agua caliente, me sentía fatigado y todo el cuerpo agarrotado. Alimenté a Corcho, y este devoro la comida en tiempo record, ni siquiera estoy seguro de que hubiera masticado y tras estar, visiblemente satisfecho, fue hasta la alfombra a un lado de mi cama y continuó con la siesta.

Observé por la ventana de mi habitación que daba a la calle, como me encontraba en una zona alta la ciudad se imponía conforme se descendía y la vista era privilegiada. Él sol estaba saliendo, los rayos lograban filtrarse a pesar de las nubes espesas, aun ansiosas por continuar con su inundación. La fina llovizna arruinaba aquel domingo y la presencia inminente de mi hermano. Tiré de las mantas, haciéndolas a un lado, dispuesto a seguir durmiendo hasta que las papeletas en la mesa evocaron los horarios de las medicinas. Tragué las correspondientes mientras intentaba alejar mis pensamientos de Ari. Su respiración acompasada, su brazo sobre mi pecho, su cabeza apoyada en mi hombro y ese dulce aroma a chocolate. Intenté reprimir la sensación que me invadió el cuerpo cuando mis manos dibujaron las líneas de su rostro y sus labios, la creciente necesidad de despertarla a besos. La suavidad de su piel, la calidez de su cuerpo.

Respiro profundo intentándolo de nuevo. Mis ojos se detienen en su abrigo. Aspiro el perfume que emana y me impregno de ella. El mismo perfume que semanas antes detecté en el ascensor, era suyo. Tragué con fuerza. ¿Qué estaba pasando conmigo?

Volví mis pasos hasta la cama con ella invadiendo mis pensamientos. Cerré los ojos y me sorprendí cuando la encontré allí, bajo mis parpados. Cubrí mi cuerpo y rostro con las mantas, como protección, sin embargo tenía la sensación de que en cualquier momento tiraría de ella para acompañarme. Volví a sentarme y decidí que era mejor observar la ventana, escuchar el leve silbido del viento.

Existían diferencias entre ella y Aldana.

Las más obvias eran las físicas. Ari parecía una niña con un cuerpo pequeño y delicado, manos finas y dedos largos con uñas cuidadas. Aunque aquel vestido blanco. Sacudí mi cabeza en un intento de borrar aquella

imagen, pero la forma en que su cintura parecía estrecha y sus piernas descubiertas bien torneadas, definitivamente eran a causa de andar todo el día en patines. Aldana, sin embargo, nunca la había visto vestida de aquella manera, siempre vestía *jeans* nada favorecedores, sudaderas cómodas, y el pelo en una coleta. Nunca sonreía, o si lo hacía jamás en mi presencia. Solo el día de su boda la vi completamente diferente y los días que siguieron a ese comenzó su evolución, pero no como Ariadna, ella desprendía ese aire sexy y encantador y risueño. Sonreí con ese pensamiento. Ari se veía atractiva hasta con el maquillaje corrido. Las sombras negras alrededor de sus ojos solo realzaron aún más su singular belleza, sus labios hinchados de tanto llorar solo lo hacían más apetecible.

¡Maldición! Había estado al límite de mi cordura. Perdí la cuenta de las veces que cruzó por mi mente la idea de besarla ¿Una docena? ¿Una veintena de veces?

Pero ella seguía manteniéndome alejado, encerrado como... Ni siquiera era capaz de pronunciarlo. ¡Esta niña me tenía en la *friendzone*! Diez años siendo amigo de Aldana y ahora lo era de la chica que volvía a hacer estragos a mi alrededor.

Aparté las sabanas, y me dirigí a la ventana. Esto no está funcionando. Se supone que ver el mundo exterior debería calmarme pero por el contrario.

Respiré hondo y me concentré en el goteo constante que provenía de fuera.

¿Qué sentía por Ariadna? ¿Qué estaba pasándome con ella? ¿Por qué la había ayudado? ¿Por qué estaba tan preocupado con el hecho de solo ser su amigo? ¿Por qué no era capaz de dejar de pensar en su sonrisa?

En ella...

Fui hasta la cocina y preparé una taza de café.

Mierda...

Preparé su maldito desayuno. ¿Cómo lo tomaría a eso? Busqué mi celular, y ésta seguía apagada. Lo conecté al cargador y lo encendí. En lo que este terminaba de cargar las aplicaciones apresuré mi café de un trago.

Necesitaba otra taza.

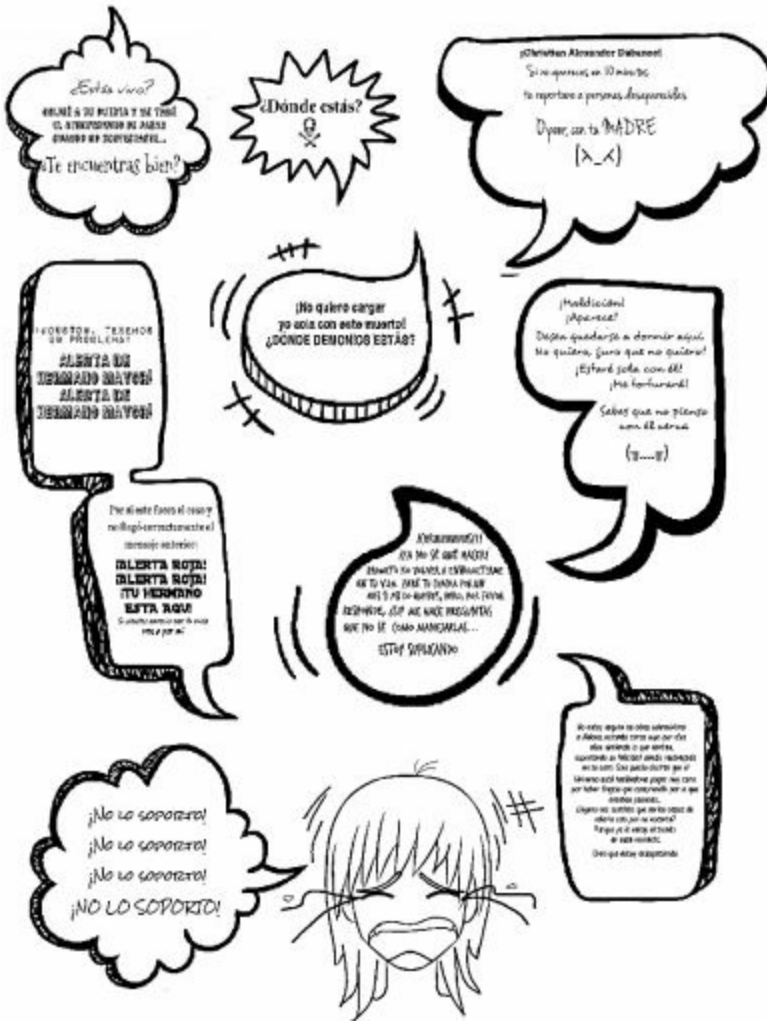
Ya con la siguiente entre mis mano me acomodé en el sofá. ¿Habría creído mis mentiras? Solo deseaba huir de allí. No me sentía seguro con ella vestida con prendas tan delicadas y pequeñas.

Encontré dos mensajes de texto de mi hermano, una preguntando donde me encontraba y otra diciendo que se quedaría con Pipi.

¡Idiota! —Pensé. Ahora no lo sacaré ni siquiera con una orden de

restricción.

Volví a maldecir al ver que me llegaban diez mensajes de Pipi. DIEZ MENSAJES DE TEXTO. El teléfono comenzó a sacudirse conforme las alertas de las llamadas perdidas comenzaron a arribar.

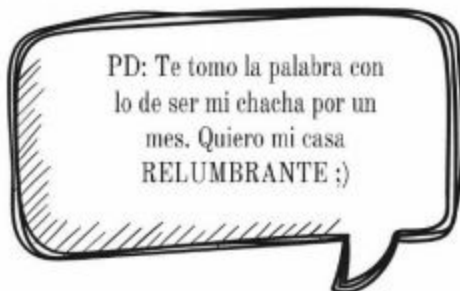


Reí con sus ocurrentes mensajes y por alguna razón las cartas que tenía en mi poder y sin leer cruzaron por mi mente. Tecleé en respuesta.



¿Despierta? ¿Has sobrevivido a la
tortura? Lo lamento, ya estoy de
regreso, cuando lo desees puedes
lajar.
Prepararé mi tercera taza de café

Ni bien se lo envié recordé su mensaje y me apresuré a escribir otra.



PD: Te tomo la palabra con
lo de ser mi chacha por un
mes. Quiero mi casa
RELUMBRANTE ;)

Sonreí. Eso bastará para molestarla. Me puse en pie y fui hasta la ventana que daba a la vereda. Corrí las cortinas y abrí las ventanas dejando entrar aire fresco, de pronto se me hacía difícil respirar correctamente. Mientras efectuaba la labor escuché unos pasos pesados en el pasillo y a continuación, la lleve girando en la cerradura. Me giré para recibir a mi visita cuando la puerta finalmente fue abierta de un empujón. Abrí mis ojos ante la entidad ante mí. Llevaba unas pantuflas de conejo rosa con orejas incluidas, un pijama enterizo a juego. No podía creer que fuera de una sola pieza, color rosa pálido, su pelo parecía más corto, enmarañado y desordenado escondido tras la capucha del traje. Unas manchas grises bajo sus ojos, síntoma de no haber pegado un ojo. Se acercó a mí luego de cerrar la puerta de una patada y me propinó un golpe con bastante fuerza en el hombro. No me quejé, y mucho menos luego de ver sus ojos tras las gafas y su dedo acusador en mi dirección.

—¿Tanto trabajo costaba responder un maldito mensaje? —Preguntó con notable enojo.

—Lo siento, mi teléfono se quedó sin batería, apenas alcance a ver la señal de auxilio.

—¿Dónde pasaste la noche? ¿Sabes lo preocupada que estaba? ¡Y por cierto! ¡Maldito cabrón de circo! ¡No me advertiste que él vendría! ¿Por qué esa crueldad para conmigo?

—¿Te ha visto en feas pintas? —Aventuré ella cubrió su rostro automáticamente al tiempo que afirmaba—. Lo lamento.

—¡No es cierto! —Dijo sin mirarme.

—¿Tan mal fue?

—Abrí la puerta creyendo que eras tú con helado y chocolates —murmuró a través de sus dedos.

—¿Dos de la tarde? —aventuré, ella negó—. No me digas que las cinco... No, por favor —supliqué conteniendo la risa, ella apartó los dedos de su rostro al borde del llanto.

Los sábados a las cinco de la tarde eran como... ¿Religión para mujeres? Era el único día de la semana en que Pipi se dedicaba a ser una mujer. A una normal. Al decir esto me refiero a que se dedicaba a ella misma y lo que eso conllevaba: manicura, pedicura, depilación (aunque preferiría el termino *tortura*), máscara hidratante natural de aguacate o pepino o papa,

dependiendo de qué revista de moda haya caído a sus manos esa semana y, crema para cabello. En resumen: short rotos y gastados, blusa sin mangas llegas de agujeros de polillas, parches depilatorios debajo de los brazos y en donde según ella crecían los bigotes, piernas al rojo vivo, bolsa de hule cubriendo el pelo, con las gafas de pasta más grandes estilo abuelo de los sesenta, y algodón entre cada dedo del pie.

—Lo lamento —susurré al tiempo que imaginaba su reacción al verlo parado en su puerta.

—¿Y tú por qué traes esa cara? —inquirió cuando me deje caer en el sillón, la observé con detenimiento, sus ojos expectantes relucían a través de los cristales, ya sin rastro de vergüenza.

—Creo... —Suspiré, pasé mis manos por mi rostro sin estar seguro de lo que estaba a punto de soltar, era absurdo siquiera pensarlo, pero estaba exhausto y confundido, la sangre me hervía y necesitaba la opinión de alguien más— Creo que me gusta alguien —lancé poniéndome en pie dirigiéndome a la cocina a por otra taza de café. Tal vez un whisky fuera lo mejor.

—¿Cómo que te gusta alguien?! —Pipi exclamó cuando mis palabras finalmente cobraron sentido para ella— ¿Desde cuándo te gusta? ¿Quién es? ¿Es alguna de la oficina? ¿Y por qué dices “creo”? Es algo de lo que deberías de estar seguro antes de largarlo cual granada tan temprano en la mañana — Solo atiné a afirmar sin emitir sonido, inmediatamente su expresión cambió —. *P-pero* creí que nadie te gustaba o te atraía lo suficiente como la decirlo en voz alta o hacerte dudar. ¡Necesito un trago para procesar esto! —gritó antes de comenzar a caminar como loca alrededor de la sala analizando la situación, hablando sola, respondiendo ella misma las preguntar que dirigía hacia mí; entonces se detuvo y me miró de lleno—. Me dijiste que no había chicas en la oficina, que eran todos hombres mayores... —guardó silencio de nuevo.

—¿Acaso escuchas lo que te digo? —Solté algo molesto—. Creí que me prestabas atención, ¿acaso de eso no se trata de nuestra amistad? ¿De qué me escuches...?

—Tu promoción... El ascenso... —*Finalmente el agua llegó al tanque*, pensé.

—¡Eso fue hace meses Pipi!

—*P-pero* creí que...

—¿Creíste qué? —Giré a enfrentarla, un idea cruzaba su mente.

—Finalmente trabajas en...
—En el centro, en Legales para Bracamonte. Si —hice una mueca sin estar seguro de a donde quería ir.
—La chica de la que siempre te burlas no es una secretaria, ¿verdad?, es la del correo —murmuró, comencé a toser cuando el trago se estancó en mi garganta.
—¿Disculpa? —rogué cuando el aire volvió a mis pulmones.
—Dime que no es la chica del correo. ¡Dímelo! —Exigió con los ojos abiertos de par en par.
—¿Cómo sabes que hay una chica de correo...?
—Solo di que no se llama Ariadna —suplicó más desencajada que antes tomándome del cuello de la sudadera—. Dime que no tienes un compañero llamado Agustín...
—¡Oh, por Dios! —Retrocedí unos pasos en busca de espacio. La miré con horror. *¿Qué demonios estaba pasando? ¿En qué momento me había quedado dormido?*
—¿Cara... Plana? —Dudó y sentí que el piso había desaparecido bajo mis pies.

VISITAS INESPERADAS

Ariadna

Contar los minutos resulta aburrido. Antes pasaba los fines de semana imaginando como sería ver a Abel el lunes en la mañana, solo verlo me reconfortaba, sin charla de por medio, solo miradas cruzadas y sonrisas a

extrañas. Sin embargo, pensar en Abel en aquel entonces no me proporcionaba la revolución que representaba a Chris. Era como un golpe seco y conciso exigente de atención. Un escalofrió en el cuerpo, una sensación de vacío en el pecho, una sonrisa estúpida en los labios que no desaparece. Pensar en Chris era más intenso que pensar en cualquier persona que me haya importado alguna vez. Cada vez que su rostro invadía mi mente, encontraba algo nuevo en él. Era como un *Doctor Jekyll y Mister Hyde*. En el trabajo era profesional calculador y en la calle un persona cálida y atenta. ¿Pero en donde se convertía en *Mister Hyde*? No lo sabía. Y sinceramente no me importaba si conmigo lo era.

Ante mis manos tuve la oportunidad de verlo serio y malhumorado, siempre sobriamente vestido con trajes de etiquetas, zapatos lustrosos, impecables corbatas a juego con un alfiler de oro que huele a un mes de mi sueldo, voz encantadora y baja. Mientras que la otra tarde ataviado despreocupadamente con tejanos viejos, zapatillas y una remera cualquiera, sin la tensión en sus hombros, con la caminata tranquila, respiración acompasada, tono de voz ligera y sobre todo eso aquella sonrisa seductora ubicada en las comisuras de sus labios, aunque su malestar y enojo eran más que notorios, sus ojos brillaron para mí en comprensión.

Observé el reloj con frustración, aún faltaban horas para salir al trabajo y yo ya estaba vestida, la casa extremadamente limpia, e inclusive me había maquillado. Me puse en pie y me dirigí al baño. No hacía calor, pero tampoco frío, así que opte por vestir unos pantalones de mezclilla, una blusa con una camisa a cuadros y la cazadora. Iría en patines, como siempre. Me apliqué algo de rubor, máscara de pestañas y labial, aun así sentía que algo faltaba en mi rostro. Busqué como loca sombras para los ojos pero no terminaba de decidirme. No comprendía como, el recibir una simple epifanía, pudiera cambiar drásticamente mis mañanas. Respiraba con pesadez con solo imaginarlo frente a mí. O peor aún, preparándome de la forma en que lo estaba haciendo y él no volvía al trabajo. Dijo que no deseaba contagiar a nadie, ¡pero dos semanas eran más que suficientes para su ausencia! Era un simple resfriado, ¿no? Demasiada consideración por su parte.

¡Dios! ¿Qué pasaba conmigo?

La persona en el espejo se veía asustada y no me veía en ella. Me deshice del maquillaje con esmero. ¿Por qué cambiar? Él me conoció al natural. Mejor dicho, el maquillaje era un latente recordatorio de lo ocurrido el fin de semana. No quería eso. ¿Qué deseaba realmente?

Mi cabeza era un hervidero de imágenes. Me había visto con el rímel corrido y no hizo ningún comentario al respecto, no hubo burlas, ni palabras alentadoras o desmoralizadoras. Simplemente se limitó a extender su mano al contorno de mi rostro. Mi reflejo parecía estar a punto de largarse a llorar, mordí mis labios con nerviosismo cuando mis mejillas se encendieron en un color carmesí.

Me acerqué lo más que pude y dediqué un momento a entender lo que veía.
—¿Qué sientes por Christian? —Pregunté al aire.

Una especie de conmoción me consumía por dentro y no se parecía en nada a que hubiera experimentado alguna vez, no solo me abrazaba sino que arrasaba con todo causándome escalofríos. Un nudo se instaló en mi garganta mientras que lágrimas inundaban mis ojos. Y entonces lo supe: pensar en Chris me dolía.

¿Por qué?

Al no ser capaz de encontrar respuestas decidí en busca a Pili, no me sentía capaz de lidiar con esto sola. Tomé el bolso, me calcé con los patines y encendí el sistema de alarmas y salí corriendo al exterior.

Me detuve en seco en el escalón de la entrada.

Petrificada.

Anonadada.

Asustada por encima de todo.

—¡Hola mi amor! —Saludaron en efusión en lo que cerraban las puertas del coche con la fuerza justa para no hacerla giratoria.

Se me congelaron los músculos. No era capaz de moverme.

—¡Sorpresa!

Una mujer alta y elegante corrió a mi encuentro dejando atrás a su acompañante y tan pronto estuvo frente a mi cerró sus brazos alrededor mi cuello con fuerza. Olía a hierba buena, y su cabello sedoso y castaño golpeó mi rostro impidiéndome la visión. Se negó a soltarme aun cuando me quejé. El hombre más alto que ella y medio canoso ya había alcanzado nuestro lugar; le dediqué una mirada y comprobé que se limitaba a sonreír en disculpa. Su rostro estaba surcado de arrugas a causa de la sonrisa ancha y sus ojos, tan verdes como un pastizal en verano, me indicaron que estaba feliz de verme.

La mujer vestía unos tejanos ligeros, una camisa a medio abrochar con una

blusa clara debajo, tenis deportivos, y apenas maquillada, algo extraño en ella y muy malo para mí.

Mi madre me liberó cuando por fin se sintió satisfecha y dio un paso hacia atrás depositando sus manos en mis hombros.

—¡Déjame verte! —Exclamó examinándome con sus ojos tan claros como los míos, su cabello apenas rozaba su cuello en finas ondas, sonreía ampliamente haciendo que las arrugas de sus ojos y comisuras de los labios aparecieran.

—Hola, mamá —saludé avergonzada.

—¡Ya, ya, ya! ¡Ahora me toca a mí saludarla! —Se quejó mi padre haciéndola a un lado y abrazándome de la misma manera— ¡Te extrañé Conejita! —Susurró contra mi mejilla antes de depositar un beso. Yo, como de costumbre elevé mis brazos hasta su cuello y lo abracé con fuerza evitando que se escapara.

Las muestras de cariño por parte de mi padre eran escasas, por esa razón, cuando se vislumbraban las aprovechaba y las exprimía al máximo sin importarme la vergüenza propia o ajena, o llamara la atención cuando me elevara por los aires a pesar de su lumbalgia.

—¡Hola papi! —murmuré con la voz amortiguada contra su hombro.

—¡Bueno, bueno! ¡A mí no me recibiste de la misma manera! —Mi madre se quejó cruzándose de brazos.

—También te extrañé, mami —dije soltando a medias a mi padre, enredando mi brazo izquierdo en su cintura y besando en la mejilla a mi madre—. Estoy feliz de verlos, a ambos por igual —susurré dejando en claro que no había diferencia, supuestamente.

—¡Pues no parecías feliz cuando me viste! —soltó con voz quejosa.

—*Mamaaaa...* —arrastré la palabra a sabiendas de lo que haría a continuación.

A este número lo llamo: El Lamenta hijos N°17. Mi amada y adorada madre tiene el record de ser poseedora de un TOP 20 de *Lamenta hijos*. Conforme fui creciendo fui dándome cuenta que ella utilizada la posición de victima para conseguir que su hija, o sea yo, consiguiera sentirse culpable por algo que... No he hecho, dicho, pensado, actuado, sentido, infringido y así, una interminable lista. La verdad, hay que reconocerle el mérito, hasta ahora he logrado contar veinte, con mi padre tal vez otra sea la historia.

—¡Hemos recorrido casi ciento treinta kilómetros para venir a verte! —Una lágrima de cocodrilo asomaba en sus ojos con su típica puesta en escena, una mano cubriendo parte de su rostro. Sonreí. La extrañaba.

—¡Eva! —Advirtió mi padre, mientras que ella simulaba hacer a un lado sus lágrimas. *¡Ternurita!*

—¿Pero qué hacen aquí? —Pregunté tratando de desviar la atención a su *performance*.

—¿Ves? ¿Ves lo que te dije? ¡No nos llama! ¡No nos recibe bien! ¡Venimos a visitarla y ella no solo no puede fingir estar feliz de vernos, sino que, nos ataca! —Suspiré con fuerza, llevé mis dedos al puente de la nariz contando mentalmente hasta diez, había olvidado lo experta que era ella en sacarme de quicio y hacerme reír al mismo tiempo.

—Mamá... Mamita, estoy feliz de verlos...

—¿Salías a alguna parte? —Mi padre interrumpió cambiando el tono de su voz ante la mirada de advertencia de mi padre.

—Iba a casa de Pilar para ir al trabajo juntas...

—¿Quién es Pilar?

—Mi mejor amiga, ¡mamá siempre he hablado de ella!

—¡Oh! ¿Y no puedes faltar? —Preguntó con ojos expectantes.

—¿Te refieres al trabajo? ¿Faltar al trabajo como lo hacía en el colegio en primer grado porque me extrañabas durante el día?

Ella sonrió, miré a mi padre soltando lentamente el aire que había contenido hasta el momento. Mis esperanzas de hablar sobre Chris se fueron al tacho de la basura.

—¡Eva! Tu hija tiene responsabilidades... Deja que vaya a trabajar y la esperamos en su casa, si a ella no le molesta, claro está —ahí estaba calmando las aguas razonablemente.

Lo miré, llevaba el pelo canoso un poco más largo en la frente, rebajado en los costados dándole un toque juvenil a su rostro maduro. Pero ahí estaba él definitivamente, como siempre ecuánime sobre la marcha. Era más alto que mamá, por lo menos media cabeza, y aunque siempre había cuidado su aspecto, ahora se veía un poco panzón. La cerveza de los fines de semana de eso se quejaba ella cuando hablábamos por teléfono ya que era incapaz de enviar un mensaje de texto. *“Para que aguardar la respuesta si me lo puede decir de forma inmediata marcando el número”*

Mi padre era poseedor de una paciencia de hierro. Siempre me había parecido un hombre guapo, con su mandíbula cuadrada, nariz algo larga, labios finos y la barba de dos días característico suyo desde que tengo memoria.

Me recordaba a Chris, aunque éste llevaba el pelo más largo y alborotado en todas las direcciones con la barba de un vagabundo sin cuidar. Sonreí irremediabilmente.

—¡Claro! ¡Pueden pasar! —dije repentinamente nerviosa regresando tras mis pasos para abrir la puerta.

Mi papá empujó a su acompañante por la cintura con una ceja levantada. Aquello era un gesto de advertencia, pero claro está a ella eso no la detendría, elevó sus hombros y sonrió sin enseñar sus dientes.

Traducción: No me importa.

Mis padres eran dos polos opuestos. Siempre consideré a mamá la divertida y loca de la familia, con ideas nuevas bajo el brazo, mientras que mi padre era quien ponía los puntos sobre la mesa, el que elegía los castigos (para ambas), el serio, el responsable, en fin, el que mantenía a raya a mamá. Esto no señalaba a mi madre como una desquiciada que no se preocupaba por su familia, por el contrario, era la que le ponía sabor a las cosas, la que le restaba importancia a las situaciones difíciles y sonreía ante los obstáculos, siempre con las palabras justas.

Aun la recuerdo abriéndome la puerta de su casa el día que todo lo de Neal salió de la olla. Yo gimoteaba sin detener mis lágrimas, y ella con un pote de dulce de leche en la mano diciendo: *Si endulzas tu boca se pasara el trago amargo...* Desde entonces siempre llevo un dulce en los bolsillos.

—¡Vaya! —Dijo ella mientras recorría la sala—. ¡Quedó mucho más lindo con este color! Aunque odio el verde...

—Es oliva —defendí los colores de las paredes.

—¡Es lo mismo para mí! —Elevó sus hombros.

—¿El sistema de alarmas funciona bien? —Mi padre observaba con detenimiento el tablero.

—Sí, y seguí tu consejo, cambié las puertas delanteras y traseras con las cerraduras blindadas —él asintió conforme.

—Has personalizado muy bien este lugar —comentó la otra arreglando los adornos de las mesadas. Sorprendentemente no sentí burla en sus palabras.

—Supongo —contesté restándole importancia, pues sabía que con ella aquí,

mis adornos no durarían ni medio día.

Observé el reloj, era tarde para ir a hablar con Pili, pero demasiado temprano para ir a trabajar.

—¿Aún trabajas en el correo? —cuestionó mi padre con las manos juntas a su espalda, afirmé—. ¿Has buscado trabajo en otro lugar? Ya sabes que puedo levantar el teléfono...

—Alejandro —susurró mi madre al ver mi expresión.

—Papá te lo agradezco, en serio, pero por el momento me siento cómoda con el trabajo que tengo...

—Hija, sé que es así, ¡pero esa no eres tú! Eres una mujer emprendedora, siempre ha sido así, y el que trabajes allí...

—Alejandro —volvió a murmurar ella, pero esta vez el tono fue diferente al anterior. Era la segunda advertencia.

—Mamá estoy bien... ¡Ya lo he superado! —dije sonriendo.

—No parece hija, ese tipo...

—*Ese tipo...* Como lo dices es parte de mi pasado papá, y te agradecería mucho mantenerlo allí si no te molesta. Está bien en donde está

—Ari tiene razón Ale, como dice el dicho: *Llama al diablo y el aparece*, no lo menciones no sea cosa que aparezca el desgraciado —se burló ella abriendo los ojos al tiempo que se sentaba en el sillón; repentinamente me sentí extraña ante al comportamiento de ella, que era fuera de lo normal.

—Esta... Bien —suspiró resignado— Bueno, como ya te habrás dado cuenta existe una razón para nuestra repentina visita —continuó, al verlo su expresión era preocupante.

—¿Debo sentarme? —dije al verlo tan tenso y él afirmó; me ubiqué al lado de mamá, ella de inmediato tomó mi mano enredando sus dedos con los míos, papá se ubicó frente nuestro— ¿Es algo grave? —Demandé mirándolos de hito en hito.

—No, ¡no hija! —se apresuraron en contestar.

—¡Tú sabes cómo se pone tu padre cuando debe hablar! —se burló mamá acercándose a mi oído intentando que él no la escuchara.

—Hija, como sabes, tu madre y yo pronto nos jubilaremos y bueno... Ha pasado un tiempo...

—¡Bastante diría yo! —Interrumpió ella, la miré en reprimenda señalando con mi mentón a quien teníamos en frente— ¿Qué? —Dijo, yo negué con la cabeza.

—Eva... ¿Prefieres hacerlo tú? —más que una pregunta, había una

amenaza.

—No querido, ¡tú lo haces de maravilla! —Sonrió enviando un beso por el aire, él negó con la cabeza y sonrió perplejo.

—Bueno —suspiró—, tu madre y yo queremos renovar nuestros votos... Y hacer un viaje, algo así como de luna de miel luego de la ceremonia —guardó silencio y ambos me observaron con esperando una reacción en mí.

—¿Y eso que tiene de malo?

—¿No estas enojada? —Preguntaron, horrorizada miré a mi mamá.

—¿Pero por qué lo estaría? ¡Es una buena noticia!

—No lo sé... ¿Es que no piensas que ya estamos viejos para hacer algo como esto? —Preguntó avergonzado mi padre.

—¡Papá! ¡Es la vida de ustedes! ¿No soy quien para decirles que hacer? —Sonreí—. Claro que siempre y cuando esté al tanto de ustedes y lo que hacen durante el viaje —Mamá sonrió de forma malévol—. Exceptuando las versiones *Tiple X*, ¡por favor! —Me burlé al toparme con sus ojos, pues ella, tratando de hablar sobre relaciones sexuales, era algo tan traumatizante como ver a un anciano desnudo y peludo bailando en el caño.

—¡Ves! ¡Te dije que no debíamos de preocuparnos por lo que ella pensara! —Ella reprendió, mirándome luego con una sonrisa—. ¡Tú serás la madrina con tu novio! —continuó con fiereza, la quijada repentinamente me salió de lugar.

—Mamá...Que honor, pero si sabes que no tengo novio, ¿verdad? —Sonreí volviendo a la compostura, ella sin embargo, cambió su expresión de inmediato.

—¡Entonces no habrá ceremonia hasta que tengas uno! —De inmediato se puso en pie y se dirigió hacia la cocina pisando fuerte.

—¿Es en serio? —Dije más para mí que para mi acompañante.

Abrí mi boca y volví a cerrarla. Miré a mi padre incrédula y él sólo elevó sus hombros con una mueca en los labios.

—Este... Eh... Papá, ¿qué demonios acaba de suceder? —Pregunté sin entender que había ocurrido.

—Fue idea de tu madre, así que supongo que nos esta extorsionando a ambos —se cruzó de brazos y piernas echándose hacia atrás en el asiento.

—Mamá...

—Dice que es hora de que tengas novio o compañero de vida...

—¿Y tú?

—Siempre y cuando no sea alguien como *Neal* —la forma en que dijo el nombre, fue como si escupiera con asco.

—Papá... —intenté reprenderlo, pero no había caso.

—Hija, sé que...

—Escúchame primero Papi... No salgo con nadie. Voy al trabajo y vengo a casa, algunas veces voy a lo de una amiga —confesé avergonzada recordando mi cita arruinada con Abel, y la maravillosa compañía de Chris.

—Lo sé —sonrió—, yo vine para verte, ella vino a hacer esta escena.

—¿Pero que planea?

—¡No lo sé! —Carcajeó—. Ya sabes que tu madre nunca me incluye en sus planes cuando se trata de ti, vendría corriendo a contártelos; además yo solo sé que estábamos planeando un viaje para luego de jubilarnos y para cuando caí en cuenta ya estábamos planeando los votos.

—Pero, ¿por qué ahora?

—Bueno, pues serán las bodas de plata —susurró algo obvio.

—¡Oh! —Fue todo lo que pude decir al encontrarme con su mirada, lo había olvidado por completo.

—*Sip* —sonrió orgulloso.

—Diablos...

—Exacto...

—¡*Mierrrrrrrrrrda!* —arrastré la letra y cubrí mi rostro.

—No cumpliste tu promesa.

—¡Pero la situación se me escapa de las manos! —Me quejé enseñando mis dedos— ¿Qué planea? ¿Qué me embarace del primer tipo que encuentre? ¡No respondas! —lo amenacé.

—¡*No!* —gritaron desde la cocina—. ¡*Con que salgas con alguien me conformo!* —Su voz sonaba estridente a través de la casa, lo que me causó un escalofrío.

—Papá... —murmuré bajito, poniéndome de rodillas cerca suyo—. ¿Cuándo es su aniversario? —Pregunté mirando hacia atrás, bien sabía que mamá era partidaria de escuchar tras la puerta, él se apoyó en el apoyabrazos del sillón antes de responder.

—El mes que viene... —abrió los ojos antes de volver a acomodarse—. Estas en problemas. Más bien, estamos —murmuró sin evitar sonreír.

Conocíamos a Eva Caos como la palma de nuestras manos. Le hacía honor a su apellido. Cuando las cosas no salían como ella las quería, buscaba la

forma de hacerlo posible. Tragué con fuerza. Generalmente empleaba toda su energía en conseguir lo que se proponía; era como si vendiera su alma al Diablo para conseguirlo, pues siempre, siempre, se salía con la suya.

—¿No hay nadie que te agrada? —Musitó preocupado, sus ojos brillaron expectantes, yo bajé la vista sin poder evitar el rubor al pensar de inmediato en Chris.

—Bueno, en realidad hay un chico —dije mirándolo—, y bueno, él...

—¡Esta dicho! ¡Lo invitaras! —Gritó efusiva sobresaltándonos tanto a mi padre como a mí por su repentina aparición.

—¿Estabas escuchando? —Me quejé ofendida poniéndome en pie a sabiendas de que lo estaba haciendo. Siempre lo hace. Pero mi sorpresa fue más por el hecho de imaginarme a Chris en un evento donde mi madre podría concretar una fecha de boda. Ese pensamiento, el verme atada a Chris de por vida, me hizo sonreír. Mi madre me observaba con recelo.

—¿Qué te pasa? —Preocupada extendió su mano por mi frente.

—Nada —elevé mis hombros—. Él ni siquiera sabe que existo —comenté, se lanzó dramáticamente al sillón más grande.

—¡Entonces no servirá! —Cubrió su rostro entonces.

—Eva, ¿qué quieres decir?

—Al, la última vez que tu hija dijo eso, demoró casi ocho años en decirle al chico que lo quería y éste, luego de casarse... —dejo la frase a medio terminar, yo dibujé una sonrisa en mi rostro a expensas de mi remordimiento.

No duele, me dije a mi misma. *Sus palabras no me afectan*, continúe diciéndome en lo que caminaba hasta la puerta, tomaba mi bolso, tiraba del picaporte.

—Pueden quedarse el tiempo que quieran... Yo debo ir a trabajar. En la puerta de la nevera tienen los números de comida rápida con los códigos de la casa. Hay bebidas y alcohol —sonreí de nuevo antes de salir, no sin antes despedirme con la mano.

Bajé los escalones con cuidado. Y ya en la vereda me deslicé calle arriba conteniendo las lágrimas.

Estaba segura de que Chris era diferente. Sabía que no me pasaría lo mismo o, al menos no con él. Tampoco no debería de habérmelo tomado tan a pecho lo que ella dijo. Pero en algo había tenido razón, me había creído enamorada de Abel, y me había conformado con solo verlo, y me fue tan mal como con

Neal. La única y reconfortante diferencia entre aquel entonces y ahora, es Chris. Él no estuvo antes, pero estaba ahora. Era participe en mi vida y más temprano que tarde se lo diría, confesaría mi reciente y novedoso descubrimiento, aunque fuera prematuro. Se lo diría. ¿Por qué, de que sirve gastarse el tiempo pensando y dudando de lo que esa otra persona siente mientras que uno muere de dentro hacia fuera? ¿Acaso no es mejor acabar con la agonía antes? Decir lo que uno siente no debería ser motivo de vergüenza sino de celebración, lo malo es que cuando las cosas te han salido mal tiendes a retraerte, encerrarte y guardar para ti mismo ese dulce sabor a amor. Lo alimentas en silencio. Crees que lo mejor es guardarlo solo para ti, pero el amor no se trata de eso, ¿no? Es lanzarte aunque sabes que fallarás.

Chris

Caminé hasta el lavabo, abrí el grifo y dejé caer el agua sobre la taza mientras lo lavaba. Pipi trataba de llamar mi atención, pero yo seguía concentrado en el simple acto de lavar a fondo la porcelana que había utilizado.

Tomé una bocanada de aire cuando finalicé el simple acto antes de enfrentarla. Ella llevaba los brazos cruzados con una terrible expresión en su rostro. Imité su gesto al no entender que ocurría.

—¿Cómo es que ahora dices que te gusta alguien que...?

—¿Alguien que conoces? —Dije entre dientes, no pude evitar el tono seco en mi voz.

—¡No me mires de esa manera! —Señaló con el dedo en mi dirección—
¡Odio cuando levantas las cejas!

—¡No has respondido a mi pregunta!

—¿Qué quieres que te diga? —Solté el aire que no sabía había contenido—. No sé por qué te molestas. Me aconsejas que salga...

—¡Pero no con ella! —Interrumpió a medio camino de la sala de estar.

—O sea que me sugieres que salga con cualquier persona, ¿pero no con ella?

—Ella no es cualquiera... —Siseó.

—¿Crees que no lo sé? ¿Qué sabes tú de ella? —Pregunté recordando sus palabras de la noche anterior.

—¡Por lo menos sé mucho más que tú! —Señaló en mi dirección, no pude evitar la carcajada sarcástica que brotó de mi garganta.

—No sabes nada Pipi... ¿Cómo puedes decir eso cuando ni siquiera sabías que me habían promovido?

—¡Si lo sabía! —Gritó llevando sus manos a los costados y pisando fuerte, cual niña en un berrinche. Tomó aire, cerró los ojos y a continuación habló con calma—. Sabes que soy algo despistada... Pero siempre estoy al pendiente de mis amigos.

—¡Se nota! —Me burlé.

—Sé lo suficiente para saber que hasta hace unos días soñabas con Aldana, y estoy segura que aún piensas en ella; sé tanto como para afirmar que, de ser

cierto lo que dices, las comparas en busca de diferencias...

—Y si es así, ¿qué?

—Ella sufrirá —sentenció.

—No dije que amara a Ariadna —solté sintiendo un sabor amargo en la boca—. Dije que ella me gusta y punto.

—¿Y sabes que siente ella? —Lanzó la pregunta con una sonrisa—. A ella le gusta Abel...

—¡No creo que le guste luego de lo que paso ayer! — Devolví el golpe sentándome en el sillón más próximo, ella de inmediato se ubicó a mi lado mirándome con horror.

—¿Qué ocurrió? —se interesó.

La miré fijo unos segundos. Negué con la cabeza y a continuación me embarqué en el relato completo del día anterior. Desde que salí de la casa hasta la manera en que me vi a mi mismo esperando escondido en el banco, junto a Ariadna, a que llegara Abel. También le dije sobre lo que sentía y cómo no podía explicarlo con palabras ni siquiera para mí mismo, como fui a parar a su casa y que habíamos conversado. Me detuve en la parte en que ella me había confesado su pasado sin estar seguro de si Pipi estaba al tanto, al encontrarme con los expectantes ojos de Pili supe que Ariadna me lo había contado a mí por alguna razón que se me escapaba de las manos, así que terminé diciendo lo que yo confesé.

Pipi se llevó la mano a la boca conteniendo las lágrimas de sus ojos. No entendía el porqué de su repentino llanto, pero a través de sus lentes pude ver una expresión extraña. Cuando estaba por preguntar qué pasaba con ella, enredó sus brazos alrededor de mi cuello abrazándome con fuerza.

Sin saber qué otra cosa hacer le devolví el gesto, besé su hombro y por un instante ardió la zona donde Ari había depositado el beso. Inconscientemente sonreí.

—No comprendo tu enojo, la verdad creí que estarías feliz por mi si alguien llegaba a gustarme —susurré al cabo de unos segundos.

—Y lo estoy —contestó, me alejé de ella, tenía dibujado una enorme sonrisa mientras apartaba las lágrimas—. Por eso estoy llorando idiota cabeza de calabaza. Siempre había querido que alguien como Ari llegara a tu vida, pero ella... ¡Oh Dios! A ella le gusta Agustín...

—¡No, no, no! —La detuve—. ¿Que no escuchas lo que digo? ¿Hace cuánto que no hablas con ella?

—¿¡Disculpa!? ¿Acaso estoy sintiendo que estas poniendo en duda mi capacidad? Por si tu memoria está seca, te la riego un poquito: ¡Estuve al pendiente de ti! —regañó tirándome de la oreja.

—¡*Ouch, ouch!* —Me queje.

—¡Sangre! ¿¡Que te paso!? ¡Sabía que tener un perro era mala idea! — Exclamó alarmada.

—Solo si ese perro se llama Ariadna —solté ante la repentina sensación de dolor, Pipi se acercó analizaba con horror.

—Casi te lo arranca...

—¡Créeme así fue! —Dije recordándola trepada en mi espalda solo unas horas antes.

Volví a mirar a mi amiga, suspiré negando con la cabeza. ¿Qué más daba? Sonreí y termine contándole desde cuando conozco a Ariadna, como, cuando y porque la molestaba; ella reía y acotaba la versión que había escuchado por parte de la muchacha ausente. Le explique sobre la confusión en el nombre y una expresión extraña cruzó por su rostro, casi podría afirmar que había dejado de escucharme, pero se recompuso de inmediato. Cuando se lo pregunté no respondió, así que continué sobre el almuerzo que compartimos semanas antes y el deseo incontrolable que me había asaltado, el de besarla. Misma sensación que la tarde noche anterior.

—No lo hagas —dijo que pronto, sonreí.

—¿Que no haga qué?

—Besarla...

—¿Disculpa? ¿Sabes lo que estas pidiendo?

—¡No lo hagas hasta que estés seguro!

—¿Pero de qué diablos hablas?

—¡Sé lo que harás Dabance!

—¡Pero si no la beso, no podre averiguar hasta donde puedo llegar! — sonreí.

—Te conozco lo suficiente pequeño delincuente como para saber que no te detendrás con un beso. ¿Recuerdas como perdiste la virginidad? ¡Siente minutos mis polainas!

—Oye, ¿aún me juzgas por eso?

—¡El closet era un asco, parecía la Masacre de Texas versión porno Dabance!

—En mi defensa, había acumulado mucho, durante mucho tiempo.

—El amor no se averigua, se siente Chris —susurró y sus palabras fueron como un balde de agua fría.

—Algo ha sucedido, ¿no es verdad? Y presiento que nada tiene que ver conmigo y Ariadna.

—¿Qué quieres que te diga? —Dijo con una mueca rascándose la cabeza, signo de su incomodidad.

—¿Que te hizo mi hermano? —Elevó sus hombros.

—Solo lo de siempre: besos, caricias... Él también *averigua* que siente con respecto a mí —bajó la cabeza — No lo soporto más, no puedo negármelo más... Renunciaré al correo y me enfocaré solo en la editorial...

—Espera —la detuve cuando caí en cuenta— ¿Trabajas también en el correo? —Pregunté incrédulo, ella afirmó.

—Sí, desde hace dos años...

—¿Y no me dijiste por qué...?

—¡No me preguntaste! —Sonrió.

—¿Trabajas con ella, en la misma división de repartos? —Afirmó sonriendo, repentinamente me sentí nervioso— Siempre hablaban de Abel, ¿verdad? —Ella pareció meditar la respuesta.

—En realidad, si ponemos todo en una balanza el resultado podría sorprenderte. Ha hablado más de ti que de *Agu...* Abel. ¿Cómo puede ser tan estúpida? —Se burló enredando sus brazos alrededor de sus piernas levantadas.

—El amor es un caos constante —dije.

—La vida también lo es —afirmó apoyando el mentón en sus rodillas.

—La vida está hecha de caos y esperanza, ¿no? —ella ladeó la cabeza al no comprenderme— ¿Sabes? Si lo analizo bien, presiento que ella será ambos para mí — tragué con fuerza en lo que Pipi me sonreía—. Aunque jamás la querré como a Aldana y la verdad siento que jamás querré a nadie como a ella, pero Ariadna es especial.

—Mira Chris, la gente tiende a ser imbécil con respecto a esa frase —su mirada se volvió penetrante—. Dicen “*jamás querré a nadie como a ti*”, “*no volveré a amar de aquella manera*”, “*me has marcado como nadie nunca lo hará*”. Pero lo cierto es, que es así. De ningún modo volverás a querer de la misma manera que quisiste a *esa persona*, simplemente porque estarás amando a *otra*. A una diferente a la anterior, por tanto el sentimiento es distinto. Más fuerte e intenso tal vez. Pero nunca se experimenta lo mismo dos veces —cuando se ponía a hablar de aquella manera, en plan vieja sabia,

para nada encajaba a la chica que veías en el exterior—. Puedes amar mil veces y de mil maneras distintas, de eso se trata el amor. Descubrir nuevas maneras de querer. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué renunciarás al correo? —Recordé de pronto.

—¿Temes no tener espías en las trincheras enemigas? — Se burló, antes de alejar sus ojos de mí—. Bueno, pues es hora de madurar. Mi editor dice que tengo una posibilidad de triunfar pero que el anonimato no es bueno. A muchas personas les gusta mi blog sobre relaciones, en la revista cada semana me piden más contenidos, así que...

—¿Ella está al tanto sobre tu doble vida? —Sonrió afirmando—. Se pondrá triste. ¿Qué crees que debo hacer?

—¿Qué sientes en este momento? —Reflexioné un segundo lo que decía, y por alguna razón cósmica me vi rememorando cada detalle suyo en distintas ocasiones: su cabello suelto azotando su rostro bajo el casco de seguridad, cuando se había vestido diferente (y estoy seguro que para impresionar a Abel), cuando almorzamos juntos y sus mejillas habían sido invadidas por un leve color rosa, o esta mañana temprano cuando desperté y la descubrí durmiendo sobre mi hombro, su respiración acompasada y su cabello enmarañado.

—Hoy temprano —inicié sin estar seguro—. Hoy en la mañana experimente algo al tenerla cerca...

—¿Qué cosa?

—Cuando la vi... Creí que podía cambiar hasta el clima con todo lo que sentía en ese instante...

—Eso es lindo —susurró—, es incluso romántico.

—No lo es...

—¿Por qué?

—Porque lo que siento es repentino y devastador —me quejé.

—Eso es lo maravilloso del enamoramiento: tienes una epifanía y el mundo se te es revelado. Con una fuerza sobrenatural que te hace cambiar la perspectiva sobre tu vida, crees que eres capaz de cambiar al mundo. Si tienes suerte, eso perdura y eres feliz el resto de tu existencia a pesar de los malos momentos.

—¿Y si no...? —Ella elevó sus hombros.

—Y si no, solo eres la persona más desgraciada que habita la Tierra. ¿Pero que es la vida sin amor? Un amor real y no unilateral como el nuestro. ¿Nunca te preguntaste como soportabas eso?

—¿El qué?

—El que ella fuera capaz de ser feliz sin ti, a pesar de que tu sintieras todo ese afecto por dentro.

Se puso en pie, besó mi frente y se despidió advirtiéndome que despertaría a mi hermano y que por supuesto, no pensaba compartir otra noche con él. Cuando le pregunté si había pasado algo más que besos y caricias entre ellos, ella respondió.

—Mi corazón no soportaría que invadiera mi cuerpo, de nuevo —y cerró la puerta tras de sí.

Procesé sus palabras.

Analicé las mías.

Pensé en Ariadna y en las posibles repercusiones de lo que yo sentía. Mi pecho y mi estómago se vieron invadidos por una extraña sensación. Fue si mi corazón hubiera dejado de latir al tiempo que una piedra golpeaba desde dentro con la idea de no verla. Hasta con las primeras luces del día era linda.

Depositó la comida del perro en su plato al verlo a mis pies. Cambié mi vestimenta y lo saqué a su paseo matutino. El día era espléndido para ser domingo. Observando a la gente pasear me pregunté si sería muy excesivo de mi parte ir a su casa por la tarde e invitarla a salir a caminar. Pero deshice la idea de inmediato. A ella aun le gustaba Abel y debía enfrentarse a él mañana.

Recordé su desastroso jardín... ¿Qué clase de mujer tenía un jardín como ese?

Una que debe salir adelante, contestó mi la conciencia.

Era fuerte.

Una vez que Corcho se sintió satisfecho, volvimos al piso. A esas alturas esperaba a mi hermano dando problemas en mi casa pero no fue así. Me pregunté si Pipi realmente lo echaría de la suya. Su departamento era más grande que el mío y puesto que su hermana menor estaba de viaje, tenía un cuarto disponible.

Pase el resto del día poniendo en orden los papeles de trabajo y me sorprendí al ver el expediente de Tommy. El niño había vuelto a rechazar a otra pareja. Dejé su folio a un lado, y me puse a trabajar con otros.

Mientras más leía, una necesidad de abrir el siguiente sobre me invadía. Ya por la tarde noche, casi finalizando mi trabajo hice a un lado todo para tomar

el sobre número dos. Acomodé las cosas sobre mi cama con el desastre ya acumulado cuando mi hermano traspasó el umbral con un bolso de lona sobre los hombros.

Sus ojos relucieron al verme, hizo a un lado su maleta y abrió los brazos. Más allá de nuestras diferencias, él era como un héroe para mí. Siempre me había cuidado de todo y de todos. Yo era quien era gracias a él. Le tendí la mano al tiempo que me ponía en pie, pero él tiró con fuerza abrazándome. Era tosco, pero con sentimiento.

—¡Te extraña hermanito! —Golpeando mi espalda.

—Finalmente decidieron echarte —me burlé.

—No lo hicieron, ¡me fui por mis propios medios! —sonrió caminando hacia la cama.

—No tengo espacio —comente al verlo unificar los papeles unos encima de otros para luego depositarlos sobre la mesa de luz, y lanzarse, literalmente a un lado de la cama.

—¡Como si antes no hubiéramos compartido la cama! —se burló llevando sus manos tras la nuca.

—Era diferente. ¿Teníamos cuánto? ¿Seis años?

—Si —dijo con una sonrisa—, y mediamos menos de la mitad que ahora.

—¿Que sucedió con Pipi?

—Aguardé a que se quedara dormida —confesó.

Hice a un lado el resto de los papeles, hice una alarma mental para luego leer las cartas y me tumbé en el lado libre de la cama.

—Esto es de *gays* —dije mirando al techo.

—Eso lo decía ella para lograr dormir con uno de nosotros.

—Nunca logro dormir contigo, al menos no de niños —me burlé.

—Me dijo que te gustaba alguien —atacó.

—Supuse que lo haría. No es capaz de guardar un secreto mío de ti...

—Me alegró oírlo —sonó ausente.

—¿Sucede algo entre ustedes? —Consulté.

—Nada...

—No parece —respondí al reconocer la misma expresión en él.

—Es que nunca sé que me pasa estando cerca de ella. De lo único que me siento seguro es que no la veo, la extraño.

—Me pasa a veces...

—Es diferente, son amigos.

—¿Acaso ustedes no? —Bromeé.

—¿Recuerdas cuando la conocimos? —dijo, sonreí de forma automática—. Vestida de conejo rosa con el rabo pomposo y los bigotes dibujado en las mejillas —algo en su tono de voz no iba bien con él.

—Por supuesto que lo recuerdo. Nos amenazó el instante que habíamos llegado a casa, por primera vez.

—¿Que había dicho? —Preguntó, no conteste, presentía que él lo sabía— ¡Claro! “¿Qué harán en un rato?”

—Tu respondiste: “*co-conocer nuestro cuarto*” — imité su tartamudeo y reímos con ganas.

—¿Recuerdas su expresión? —carcajeó con ganas— “*¡Mi fiesta de cumpleaños es más importante que conocer su nuevo cuarto! ¡Así que está prohibido faltar!*” — estallamos al unísono—. En aquella época era fácil estar cerca de ella —murmuró.

—¿Y ahora?

—Ahora es complicado...

—Sabes que ella tiene sentimientos por ti, ¿no? Porque me cuesta creer que a esta altura de la vida no te hayas dado cuenta.

—Si —exhaló.

—Y tú, ¿por ella?

—Ni siquiera sé dónde inicia todo lo que siento... O cuando cambió.

—Soy el menos indicado en ayudarte —lamenté.

—Lo sé... Solo quería que alguien lo supiera. Ser el único en saberlo es abrumador.

—Jum —fue todo lo que dije.

Al día siguiente decidí no ir a trabajar. German salió a hacer unas diligencias, y yo, al sentirme mejor me decidí a salir a caminar con Corcho. El cielo estaba despejado y caluroso. Durante la caminata mis pensamientos vagaban en todos los aspectos de mi vida, y ciertamente eso me reconfortaba. En el camino paramos a comprar una botella de agua y a descansar antes de continuar sin un rumbo fijo.

Los minutos pasaron, Corcho disfrutaba de la caminata más larga de su vida hasta que sin darme cuenta había ido a parar a un lugar levemente familiar.

Con la luz del día, la zona parecía mucho más alegre. El barrio era elegante con sus veredas anchas y setos en vez de rejas. Había personas arreglando sus

jardines mientras otras pujaban de los carritos de bebés. Una que otra mirada era lanzada en mi dirección en lo que me aproximaba a la casa que estaba buscando, consciente o inconscientemente. Miré el reloj, por la hora guardaba la esperanza de que se hubiera ido a trabajar. ¿O no?

Las cortinas de la ventana de su casa estaban cerradas, percibí con alivio. Corcho a mi lado movía su pequeño rabo. Sonreí en respuesta, él también recordaba el lugar.

Sabia sobre jardinería como de física cuántica, pero la respuesta era obvia, Ari era un desastre cuidando de plantas. Me acerqué hasta la tierra donde las malas hierbas abundaban cuando la puerta de entrada se abrió de golpe. Una mujer mayor, que posiblemente rondaba los cincuenta años salió a mi encuentro con una cuchara de madera en la mano, sonreía ampliamente mientras se acercaba.

—¡Jamás creí que llegarías tan pronto! —Gritó con entusiasmo—. Eres el jardinero que llamamos hace un rato, ¿no? —Me tomó un segundo procesar sus palabras— Bueno, me advirtieron de que hablabas poco —sonrió— Aunque no esperaba que fueras tan guapo. ¡Espero que a mi hija la distraigas! Eso es otro asunto —dijo apresurada interrumpiéndose así misma—. Mi hija Ariadna no tiene mucho tiempo para cuidar y hacerse de un jardín, como ya abras visto y, hoy se fue *algo* molesta, así que decidí hacerle un obsequio. ¿Qué más que un jardín para alegrar sus mañanas? Por cierto, ella no debe saber nada, así que necesito que vengas a trabajar solo por las mañanas, ¿te parece? Es muy despistada como para darse cuenta de que alguien está trabajando en su patio. Eso lo heredó de su padre.

Sus ojos azules me observaron expectantes e impacientes a la vez. Yo afirmé aturdido por el repentino torrente de frases con las que me había amedrentado. Corcho ladró a un lado mío en lo que la Señora volvía a hablar. Pero esta vez, recomendando lo que esperaba para el jardín de Ariadna.

UNA CANCIÓN DE AMOR

PARTE I

Ariadna

—¡Hola Pili! ¡Ouch! —Cuando apenas había traspasado las puertas de la entrada, Pili llegó a la carga tirando de mi brazo y arrastrándome hasta el ascensor dejando fuera a los demás con una mirada de advertencia—. ¿Pasa algo? Ni siquiera me dejaste sacarme los patines, si el Jefe me ve...

—¡Si el jefe te ve un pepinillo! —Dijo con tono fuerte, respiró profundo antes de verme tras los lentes.

—¿Estas bien? —Pregunté confundida.

—Lamento ser una mala amiga. Sé que fui egoísta y no me merezco tu perdón —parecía afligida, de en serio, pero había algo más en su mirada.

—¿A qué viene...? —Me detuve recordando el mensaje de texto que le había enviado el sábado, sonreí—. Si estoy bien. Diría más que bien.

—¿Qué sucedió? —dudó notablemente indiferente, ¿o tal vez se estaba conteniendo?

—Lo obvio. No llegó —la observé con más cuidado ya que no esperaba que ella sonriera— ¿Por qué sonríes?

—¡Por nada en especial! —Cuando las puertas se abrieron ella dio el primer paso.

—Algo ocurre, ¿no es verdad?

—¡Para nada! Son ideas tuyas.

—¿Me voy a morir?

—¡Ari!

—¿Es eso no? ¡Mi madre está arriba!

—Deja de decir tonterías. Arruinaras un buen día.

—Estas comportándote de manera extraña pequeña sabandija —comenté esperando un golpe. No recibí nada así que la seguí a la sala de reuniones.

—¿Yo? ¿Rara? ¡Jamás!

La contemple por un momento. Iba vestida como una persona normal. Al decir esto, quiero decir como cualquier persona, combinando las prendas de forma correcta, con el pelo recogido, zapatillas limpias y en color negro con los cordones blancos, tejanos nuevos de color azul con una blusa de mangas largas algo holgada color verde pastel. Ni una sola prenda en color rosa, ni siquiera la goma que sujetaba su cabello. Caminé apresurada hasta alcanzarla y tomarla del brazo.

Algo en su expresión que no lo comprendía del todo.

—¿Que sucede Pilar? —Pregunté preocupada, ella solo acomodó sus lentes y sonrió.

—Nada... Es solo que —hizo una mueca, negó con la cabeza y solo sonrió—. Hay cosas que no entiendo de la vida y quiero averiguarlo.

—¿Eso que tiene que ver? —Me sentí más confundida que antes— ¿Estas enferma?

—No.

—¿Te levantaste del lado equivocado de la cama? ¿Te has golpeado la cabeza? —sonrió.

—Deja de decir tonterías, Ariadna.

—¿Cuántos dedos ves? ¿Te has sentido mal últimamente? —Dije enseñando dos dedos. Ella hizo otra mueca pero esta vez levantando una ceja.

—Lee mis labios Ari, estoy bien —movió la boca con lentitud.

—Bueno, ¿entonces por qué no traes nada rosa? —solté.

—Eso... Bueno... Es que tuve una entrevista —caminó de espaldas mientras hablaba, algo que me ponía los pelos de punta.

—¿Una entrevista? ¿Dónde? —busqué en los rincones de mi memoria el momento en que ella mencionaba algo, sin éxito me detuve.

—Es hora —dijo en la puerta de la cafetería, sus ojos iban al suelo—. Es hora de madurar —susurró.

¿Hora de madurar?

La miré con horror. En mi vida hubiera pensado escuchar semejante estupidez por su parte. Me serví una taza, e inevitablemente pensé en el humeante té que me habían preparado la mañana anterior. Sonreí como estúpida.

—Sin embargo —llamaron mi atención—, parece que no te fue tan mal en la cita luego de semejante mensaje de texto —ella estaba de espaldas,

endulzando su café—. ¿Cómo te fue si es que no llegó? Te hacia un mar de lágrimas —preguntó, mostrando finalmente su curiosidad, aunque no tan animada como esperaba.

—Bien —bebí mi te, me dedicó una mirada suspicaz, elevé mis hombros restándole importancia, pero una sonrisa se me escapo entre las comisuras de los labios.

—¿Sucedió algo de lo que *deba* estar bien informada? — pregunto mirándome por encima de la taza, mordí mis labios.

Respiré hondo, le dediqué una mirada al reloj y pude apreciar que aún era temprano y tenía tiempo de sobra para hablar con ella de lo que aconteció el fin de semana. No podía dejar de sonreír, deseaba hablar y gritar, ansiaba que ella me escuchara y me diera su opinión. Me era imposible dejar de enseñar mis dientes como idiota, pero fue amable y me permitió saborear el momento un poco más.

Inicié con la invitación de Chris a almorzar, ella no parecía sorprendida con que yo hubiera aceptado, supuse que al ser mi mejor amiga me conocería mejor que yo misma; continué con la confusión de nombres, como habíamos discutido y como Federico, el hombre del restaurante, me confió las diferencias entre Abel y Christian. Le conté sobre la invitación a tomar un café y como acepté a pesar de odiar la bebida. Me explayé en mi preparación para la misma, la ropa, el maquillaje y los zapatos. También le eche en cara cuanto la había necesitado en cada minuto de ese día.

Finalmente llegué a la parte importante, el cómo me dejó plantada y en consecuencia envié aquel mensaje. Ella parecía perpleja aunque no tan sorprendida. Cierta brillo se anidó en sus ojos, una mezcla de enojo y goce. No comprendía su mirada, pero una vez más, pensar en Chris disipó cualquier otro pensamiento.

—¿Sucedió eso y tu traes es sonrisa? —Comentó cuándo guardé silencio, llevé mis ojos al suelo.

—Bueno... Este... Es que... Yo, bueno...

—*Ejem... Ajam...* ¿Si? —Se burló— ¡Dilo de una vez! —Reprochó con ansiedad, la miré avergonzada.

—Cara Plana apareció con un pote de helado —no pude evitar ensanchar aún más la sonrisa.

—¡¿Un pote de helado?! —Preguntó alarmada, su sorpresa fue a tal punto que su tazón casi cae al suelo.

—¿Por qué tan sorprendida? Desde que inicié con el relato tú no has mostrado ningún gesto, y ahora, ¿por el detalle del helado sí? —Me burlé.

—Bueno, es que, tú siempre lo has *pintado* como un hombre sin sentimientos.

—Pues los tiene —defendí con fiereza y determinación, ella me dedicó una mirada retadora.

—Ariadna Fellon... Ariadna... Ari, ¡a ti te gusta Chris! —Señaló con su dedo acusador, acercándose con pasos seguros y lentos fue hablando sin dejar de señalarme— ¿Desde cuándo? ¿Cómo diablos paso? ¿Qué te hizo? ¿Cómo es que de la noche a la mañana Abel parece alguien menos que importante? ¡Ya te gustaba el Cara Plana desde antes! ¡Es así! ¿Eh? ¡Eh! —Terminó acorralándome contra la pared, tragué con fuerza el repentino nudo en mi garganta.

—*N-no* lo sé. *N-no* tengo idea. ¡Ojala hubiera hecho algo conmigo! —Bromeé al recordar el deseo abrumador que me invadió al ver sus labios cerca de los míos— No fue de la noche a la mañana, fue lento, seguro y sigiloso, se ha estado alimentando por tanto tiempo que no me di cuenta de lo a gusto que estaba a su lado. Creo que siempre me ha gustado, solo que me sentía deslumbrada por Abel y mi irremediable forma de meter la pata.

Pili me tomó por los hombros y me sacudió ligeramente sonriendo.

—No pareces enojada —acoté al ver su extraña expresión, se limitó a mover los hombros.

—¿Por qué lo estaría? —E hizo una mueca abriendo los ojos ligeramente.

—No lo sé... Es que siempre he hablado mal de él contigo, y ahora de repente eres del *Team Chris* —ironicé, ella rio con ganas.

—No pertenezco a ningún "*Team*" —acompañó a sus palabras con los dedos haciendo de comillas, dio unos pasos hacia atrás antes de continuar—. Bueno en tu caso no puedo por... —y guardó silencio abruptamente.

—¿Por qué no?

—Bueno... —el lado derecho de la comisura de su labio se elevó notablemente, en su mirada había cierto brillo como algo malicioso, un escalofrió recorrió mi espalda. No me gustó nada esa sensación y menos su expresión— Aunque nos conocemos hace poco, y admite que tres años es poco —suspiró con cierto romanticismo llevando su mano a la altura del pecho—. Eres una chica maravillosa y a pesar de lo que me has contado sobre Chris durante el último año, debo admitir que esperaba que terminarás

enamorada de él tarde o temprano —hubo algo que llamó mi atención, el tono que empleó al mencionar su nombre, nunca antes la había prestado atención, ¿me estaría volviendo celosa? Obviamente existía cierta familiaridad con él, ¿no? Luego de oírme despotricando en su contra. En contra de alguien que ahora ni siquiera sabía cómo nombrarlo o pensarlo sin padecer añoranza.

—¿Por qué lo dices? —Dije más animada pujando de aquella sensación al final de mi mente.

—Bueno — tomó una bocanada de aire antes de volver a hablar—. El amor se manifiesta de muchas maneras...

—¡Espera, espera! Frena y retrocede. Yo solo admito que no me desagrada, incluso que me gusta estar cerca de él —sonreí—. En ningún momento mencione la palabra...

—¿De verdad? —Interrumpió mirándome con intensidad—. Permíteme que me ría: ¡jajajajaja! Ariadna, Ariadna, ¡ni siquiera tú te crees eso! Descríbeme que sientes por él —desafío—, expláyate y dime que, lo que sientes, es solo algo pasajero y que se asemeja a cualquier cosa que hayas sentido antes —la mueca en sus labios, el brillo intenso en sus ojos, la posición desafiante de su cuerpo: aquello me daba miedo. Aun así abrí la boca segura de lo que iba a decir, pero las palabras no salieron. Lo intenté una vez más, pero no había palabras que quisieran salir de mi garganta. No podía describirlo. Solo imaginarlo y resumirlo en palabras resultaba abrumador—. No sabes cómo hacerlo, ¿verdad?

—*P-pero* no puedo estar enamorada —me quejé repentinamente nerviosa ante la idea tan tonta—. Solo me gusta... Y sí, quiero pasar más tiempo con él —defendí insistente.

—¡Dios! Eres tan... No existen palabras para tu falta de... —contuvo el aliento—. Mejor guardo silencio. ¡Eres *igualito* a él!

—¿Igualito a quién? —ella se tensó de inmediato.

—Nadie —soltó con desdén.

—No. Ahora me lo dices.

—Nadie —caminó hacia la salida.

—¡Ah, no señorita! ¡Tú me lo dirás ahora! —Me ubiqué en su camino con determinación.

—Te pareces a alguien que conozco, y muy bien por cierto —dijo con frialdad—. Eres tan terca y obstinada. ¡Deberían conocerse y ponerse al día! Tal vez cambien de opinión —sonrió con malicia.

—Siento cierta nota de ironía en tu tono. Espera... ¿Hablas de tu amigo del edificio? —Afirmó.

—Mi *mejor* amigo —enfaticó—. Presiento que él también está enamorado. Le costó trabajo decirme sobre la chica que le agrada.

—A todos les cuesta hablar sobre *esa* persona que te gusta.

—Error. Si alguien te gusta, lo divulgas. Si amas a alguien solo quieres que sea tuyo, que sea tu secreto privado. Deseas que nadie sepa su nombre y que nadie sea capaz de gastarlo, no exista persona en la Tierra capaz de quitarle su brillo. Cuando amas a alguien, te lo niegas mil veces, hasta que te rindes en el intento número mil uno. Y saltas...

—Pili, ¿qué ocurre? —Pregunté preocupada al ver su expresión y escuchar la tonalidad en sus palabras.

—Llegó mi número mil uno.

—¿De qué hablas?

—Renunciare...

—¿Qué?! —Grité una octava, la observé con horror— ¿Me abandonarás? Pero, ¿dónde iras? ¿Por qué ahora?

—Porque, te repito, es mi intento mil uno.

—Debes ser más específica, estoy en *shock*. ¿Eso qué significa?

—Significa que llegué al punto donde creo que el amor ya no puede hacerme más daño. Por tanto brinco hacia el vacío y sin paracaídas. Y espero que él haga lo mismo.

—Oh Pili...

—Pero estoy bien —sonrió aunque su sonrisa no llegó a sus ojos.

—¿Ocurrió algo no es así?

—El chico de la fotografía de mi habitación —levanté una ceja.

—El que insistías en que no sentías nada por él y que solo eran amigos de la infancia —me fue imposible evitar el sarcasmo en mi voz.

—No hace falta ese tono y menos ahora —dijo con ligereza—. Yo puedo hacerlo, no tú. Y sí, estoy hablando de él. Está aquí, en la ciudad. Lo vi. Me vio...

—¿Y que vino a hacer a la ciudad? —Elevó sus hombros.

—Está aquí por su hermano. Quien por cierto, me dejó sola mientras él la pasada *bomba* con una mujer; *tuvo* que quedarse en mi casa, y la crema del pastel es que llegó el sábado —cubrió su rostro.

—¿El sábado? ¿Cuándo te envié el mensaje de texto?

—Sí, no lo leí, simplemente lo borré de la impresión cuando intentaba

comunicarme con el desgraciado de mi *vecino*.

—Sigo sin comprender, creo que mis neuronas no quieren cooperar esta mañana.

—No es que tus neuronas no desean cooperar, no son el tema de conversación correcto —hizo un mueca—. Me vio de la peor manera, en mi momento de transformación.

—Oh —dije comprendiendo hacia donde iba—. ¿Deforestación? —Pregunté sin evitar sonreír al hacerlo—Si me hubiera pasado no me presentaría a... —y guardé silencio, algo similar me había sucedido el domingo en la mañana, vestida con el pijamas más horrible de la historia, los pelos enmarañados, la cara con marcas de almohada, los ojos hinchados, abrí mis ojos con horror—. Te entiendo —dije con un suspiro—. Pero el que renuncies no hará que...

—Debo hacerlo —insistió interrumpiéndome—, no puedo simplemente hacer de lado todo lo que he estudiado y mucho menos mis sentimientos. Si de verdad quiero estar a su lado, debo dejar de lado el romanticismo y toda la parafilia de esta doble vida.

—¡Esto eres tú! —defendí.

—No. En realidad, escribir es lo mío. Y lo sabes. Es hora de tomar la vida por las astas.

—¿Es una decisión tomada?

—En realidad, solo esperaba un motivo para renunciar aquí. La única motivación a seguir aquí eras tú, pero estarás bien, ahora que tienes a alguien en tu vida, a parte de mí, te será más sencillo. Solo deja de esconderte del mundo. El luto ya pasó.

—Ni siquiera sabe que existo.

—Yo no lo creo. Analiza conmigo: 1.Te acompañó hasta tu casa. 2.Pasó la noche en tu casa y no sucedió nada.

—¡Justo ese es el problema! —Solté sin detener mis palabras, llevé mis ojos para otro lado.

—Él no te gusta Ari. Y cuando lo comprendas tal vez comprendas lo que estoy haciendo.

—Te entiendo.

—No lo haces, por eso tienes esa mirada. ¡Seguiremos siendo amigas!

—Renunciaras hoy, ¿verdad? —Ella llevó la mirada al suelo, moví mi cabeza de forma afirmativa mordiendo mis labios.

—Deberías hacer lo mismo.

—¿Qué cosa?

—Renunciar. Dejarlo. Esta tampoco eres tú.

—Pero si lo hago no lo veré y no sabré que siento por él.

—¡Otra vez!

—Otra vez, ¿qué?

—¡Son tal para cual! —Dijo con desdén haciéndome a un lado, pisando fuerte se dirigió hacia la oficina principal, tras unos golpes a la puerta desapareció en la habitación.

Fui hacia la sala de conferencias donde cada mañana nos reuníamos, me detuve en la puerta. No tenía ganas de escuchar otro discurso sobre el trabajo y mucho menos en las novedades aplaudir porque Pili *avanzaba*. Baje hasta el subsuelo donde Joshua, como siempre a esta hora, leía el periódico apoyado en la mesa de entrada.

—¡Vaya! ¿El fin de semana te han atropellado? — preguntó con mofa.

—No, ¿por qué?

—Así parece —miré mi aspecto no me parecía tan malo, luego señaló hacia el techo— ¿Ocurre algo importante hoy?

—No. Bueno sí. Pilar renunciará.

—¿La chica rosa?

—*Aja* —me apoyé sobre mis codos, y mi mentón sobre mis manos, lo miré con curiosidad.

—Trabajas aquí hace mucho tiempo, ¿no es así Joshua? —alejó sus ojos del periódico para observarme, parecía algo sorprendido con la pregunta.

—¿A qué viene eso? ¿También piensas en renunciar a esta *gran compañía*? —ironizó, me erguí de inmediato, no lo había pensado. Hacerlo sería como aceptar el hecho de no tener una excusa para volver a ver a Chris.

No volver a ver a Chris.

La idea de me desagradaba de la misma manera en que me desagradaba el café. Odiaba el café. Quería verlo cada día por el resto de mi vida. Deseaba que él formara parte de la mía y yo de la suya de forma irremediable. Como un baldazo de agua fría, comprendí que Chris siempre me había gustado, solo que nunca me había sentido a la altura.

Él siempre impecable y sobrio, casi imposible, mientras que Abel era accesible. Siempre coqueto con todas, sonriendo fácilmente, haciendo guiños. Por eso me había fijado en Abel, porque él siempre estaba con todos,

mientras que Chris, con su aire misterioso, solo se dedicaba al trabajo, encerrado entre cuatro paredes imposibles de escalar; y ahora, cuando que conocía algo más de él, podía sentirme capaz de acercarme a él con las herramientas necesarias.

—¿Estas bien? —el tono preocupado del hombre de devolvió a la realidad, afirmé ausente.

—¿*M-me* prestas el periódico? —Dije temblorosa, cuando me lo tendió, lo recibí con el cuerpo convulsionado.

No buscaba noticias, solo algo de información, así que me dirigí a la página que dedicaban al horóscopo. Miré fijo la hoja. ¿Cómo era posible que alguien me hiciera sentir de la manera en que lo hacía y ni siquiera sabía su fecha de cumpleaños? Si hoy lo veía se lo preguntaría. Sin falta.

Leí mi predicción para el día: *Problemas, problemas*. Sonó la alarma en mi cabeza, pero no hice caso, el caos puede estabilizarse luego del impacto.

Le devolví el periódico al mayor, tomé mis sobres y me encaminé a la ruta de siempre.

Era la primera vez que me sentía tan ansiosa y nerviosa por terminar el trabajo, nunca había experimentado semejante nerviosismo solo por *ver* a alguien. Ni siquiera cuando montamos el negocio con Neal. Recuerdo que habíamos invertido una suma de dinero excesivo, y que ni siquiera, en ese momento, me había temblado el pulso como ahora. Me hallaba fuera de mi propio cuerpo, como si pudiera verme a mí misma desde otro ángulo, analizando las posibles situaciones en el caso de que me encontrara *de casualidad* con Chris. ¿Se encontraría mejor de salud? ¿Habría vuelto a la rutina? Y si así era, ¿pensaría en mí tanto como yo lo hago? ¿Habría sido expuesto a las mismas sensaciones que yo? Esa inmensa necesidad por besarlo, ¿él lo padeció por mí?

La mañana transcurrió tranquila entre pensamiento y análisis. Ni siquiera había reparado en el hecho de que venía escuchando la misma canción una y otra y otra vez. Claro que no me importó. La canción era dulce, era linda. Describía como me sentía en este momento.

Saludé a Carla, e intenté concentrarme en lo que decía, pero mis pensamientos estaban en el piso cuatro. Me despedí de ella, y me deslicé con piernas temblorosas al ascensor. Mi corazón palpitaba con fuerza. Mis manos parecían flácidas a mis costados mientras un calor recorría mi cuerpo. Me concentré en separar los sobres en lo que las puertas se abrían. Cuando lo

hizo un aire frío atizó con fuerza.

Todos parecían ataviados en sus labores, como era costumbre un lunes por la mañana. No había rastros de Abel, ni mucho menos de Chris. Resignada, patiné por los pasillos entregando la correspondencia, aún con la misma melodía sonando en mis oídos.

—¿Sigues escuchando Taylor Swift? —Preguntaron haciendo a un lado mis auriculares. Una felicidad embriagadora me recorrió cuando supe de quien se trataba y gire lentamente, una sonrisa se dibujó en mi rostro al verlo ahí, pero al hacerlo supe que solo estaba de paso. Vestía pantalones tejanos, una camiseta de color azul que no solo realizaba el trabajo de cubrirlo sino también realzaba su color de ojos y por último, una cazadora de cuero encima, su voz aún era ronca, pero eso no importaba, él estaba allí.

—No es Taylor Swift —dije anonadada. Verlo ahora, aceptando lo que sentía, me llevó a preguntarme porque había tardado tanto en darme cuenta; para Pili había sido evidente que en algún momento, tarde o temprano, yo finalmente sentiría cosas por él. Para mí era como descubrir la cura de alguna enfermedad. Hice a un lado mis auriculares y se los coloqué a cada lado, mientras lo hacía pude acariciar su rostro aun poblado de barba, mordí mis labios cuando una corriente hizo corto circuito en mi sistema, él me observaba directo a los ojos, ¿buscaba lo mismo que yo en él? No lo sabía, pero esperaba que la canción dijera aquello que no podía en voz alta.

—No conozco esa voz —confesó—. Pero es *linda* — tragué con fuerza, tal vez, después de todo, él y yo no nos encontrábamos en la misma página.

Apartó mis manos de su rostro y retrocedió unos pasos, me observó con detenimiento, llevé mis ojos al piso al sentirme completamente insignificante ante él.

—Mis sobres —llamó nuevamente mi atención—. He venido exclusivamente a por ellos —él sonreía desgarradoramente atractivo, una luz que no había visto encendida apareció ante mí. Con torpeza rebusque la correspondencia.

—¿Te sientes mejor? —Pregunté tendiéndole las cartas, él elevó los hombros.

—Más o menos, aún me duele la garganta y como te harás una idea, aun no recupero mi voz. Pero aquí entre nosotros, no tengo ganas de volver, aun.

—Te queda bien —solté de pronto, abrí mis ojos ante la sorpresa de mis propias palabras y acercó su mano hasta mi cabeza sacudiendo ligeramente

mi cabello.

— ¡Tú malvada persona siempre dices, que lo terrible me sienta bien! —
Quedé de piedra, él se despidió con la mano con la sonrisa dibujada.

—Nos vemos por ahí... —Apenas logré murmurar sin estar segura sí me
había escuchado.

Alcé la mano hasta mi cabeza, acomodando mi pelo. Repentinamente sentí
todas las miradas en mí. Tragué con fuerza y giré, al hacerlo Abel estaba
frente a mí con las cejas unidas, observándome con intensidad.

—¡Oh Ari! —soltó abrazándome por sorpresa, sus brazos me encerraron
con fuerza quitándome el aire de los pulmones— ¡Lo lamento tanto! Intenté
comunicarme contigo pero entonces caí en cuenta de que no tenía tu número
de teléfono. He pasado los últimos días contando los minutos para verte y
pedirte que me disculpes, ¡de rodillas si es necesario! —Había *cierto*
sentimiento en sus palabras, llevé mi mano derecha a su espalda y palmeé.

—No te preocupes —susurré estirando mi cuello, en busca de aire—. Le
sucede a cualquiera —la verdad me sentía completamente agradecida de que
no llegara a la cita.

Él se separó de mí, pero sin soltarme del todo, sus manos estaban a cada
lado de mis hombros, sus ojos centellearon en un brillo espeluznante.

—¡Me alegra saber que no me odias! —dijo. Sonreí ya que otra cosa no se
me ocurría hacer.

Entonces pasó.

Repentinamente la distancia desapareció entre nosotros. Contuve el aliento,
abrí mis ojos ante sorpresa al verlo tan cerca depositando un beso en las
comisuras de mis labios. Su beso abarcó poco menos de la mitad de mis
labios, pero aun así, su roce fue intenso y, algo más. *Pegajoso*. Cuando se
alejó de mí, él sonreía ampliamente, mientras que yo, solo tenía ganas de
abofetearlo. Mi mano extendida estaba lista para el despegue, pero me
contuve.

Dijo algo que no comprendí del todo, caminó unos pasos hacia atrás y se
encerró en uno de los despachos, no sin antes despedirse con la mano.
Cuando me volví hacia los empleados, todos ellos miraban en una sola
dirección. El alma me cayó al suelo.

Chris.

De pie con una expresión inescrutable puesta en mí. Contuve el aliento. Su mirada gélida me congeló hasta los pelos de la nuca. Me sentía a morir cuando apartó la mirada. Pujó la puerta de su oficina y la cerró tras de sí con fuerza. Me tomó más de diez segundos reaccionar e ir a golpear la puerta. No contestó. Al no hacerlo la sangre volvió a correr por mis venas. Giré el picaporte importándome poco si deseaba verme.

Pase sin decir palabra y él se sobresaltó al verme parada allí.

—¿Tienes más sobres? —bramó, él mismo pareció sorprendido por su tono.

—Quiero hablar contigo.

—¿No tienes sobres? Entonces vete —contestó de mala gana.

—¿Por qué utilizas ese tono conmigo?

—¡No lo sé! —Admitió, tiró del cajón de su escritorio, buscando papeles de mala gana, luego volvió a cerrarla con la misma fuerza que empleo para abrirla, llevó sus manos a su cintura y me observó—. Mejor sal de mi oficina —respiró con energía.

—No lo haré.

—Ariadna —contuvo el aliento, tragó con fuerza alejando sus ojos de mí, estiró el brazo señalando la salida —. He dicho...

—¡Y he escuchado! —Grité interrumpiéndolo—. ¡Y no me iré! Siento que no debo hacerlo.

—¿Ah sí? De la misma manera que... —Guardó silencio de nuevo, cubrió su rostro con ambas manos, *¿estaba gritando?*

—Si esta actitud tuya es por el beso. Mira...

—¡¿Qué?! —Se burló con desdén—. ¿Crees que estoy celoso? —En su tono había saña, su mirada era cruel, y su respiración pesada—. ¿Qué me dirás? ¿Que él te beso? ¿Tú no querías? No te atrevas a mentir. No a mí. Por si te has olvidado, hasta hace unos días, pensabas que él era lo mejor que te ha pasado en la vida —escupió.

Eso fue antes de darme cuenta que desde mucho antes pensaba en ti, susurré en silencio, pero no me animé a decirlo en voz alta.

Estaba molesta. Cerré mis manos con fuerza y dejé que las palabras brotaran de mis labios. No estaba segura de lo que decía, solo que estaba manifestándome. Él cambió su expresión, pero aún respiraba con fuerza, igual que yo. Parecía querer acercarse mientras le explicaba lo ocurrido, casi a voz de grito, porque la garganta me dolía por el esfuerzo que estaba empleando. Él se balanceaba de atrás hacia adelante, como si se contuviera de

acercarse a mí. Continué hablando importándome poco, solo quería que supiera que no deseaba un beso de Abel. Tenía su mandíbula tensa, su nariz parecía abrirse y cerrarse por el peso de su respiración.

Un segundo lo tenía a unos cuantos pasos atrás, al siguiente frente a mí. Sus manos como garras tomaron mi rostro con fuerza. Sus labios, para nada delicadas, succionaban los míos repentinamente exigentes de atención, para que respondiera a ellos. El impacto fue tal, que terminé arrastrada y acorralada contra la pared, con la cabeza estrellando con brutalidad. Mis manos se posaron sobre su pecho al percatarme de lo que estaba sucediendo. Chris estaba besándome.

—¡Ya cállate! —susurró antes de alejarse de mí, dejándome aturdida.

Respiraba con fuerza, podía escucharlo. Me pitaban los oídos. Intenté enfocar mi vista, pero me era imposible, todo era borroso y todo daba vueltas. ¿O solo era en mi cabeza?. Mis pies repentinamente no estaban seguros en el suelo. Mi corazón latía con energía renovada contra mi pecho exigiendo más espacio. Me falta el aliento. Cuando por fin pude enfocar mi objetivo, Chris tenía unos papeles entre sus manos, volvió a acercarse a paso seguro colocándose frente a mí. Su mirada era gélida, su mueca era altanera, ambos gestos hicieron que me encogiera y me apretara contra la pared, no había donde escapar. Volvió a acercarse, pero esta vez solo depositó un beso rápido en mis labios. Abrí mis ojos desmesuradamente, al cerrarlo, esperando disfrutar esta vez de sus labios él se alejó en dos grandes pasos, tirando de la puerta con fuerza, sin dedicarme siquiera una mirada y, desapareció.

Intenté recuperar el aliento, pero me dolía el esfuerzo que empleaba para hacerlo. Caí al suelo repentinamente débil y con mis labios ardiendo deseosos de más atención. ¿Cuándo había sido la última vez que me habían besado de aquella manera? Tan pronto como la pregunta se formulaba, tuve la respuesta. *Nunca*.

Con manos temblorosas rebusqué en mis bolsillos el celular. Disque el número de la única persona que me escucharía. Ella sugirió ir a mi casa, pero cuando a punto estuve de aceptar, recordé a mis padres. Propuse una confitería cerca de la suya y ella aceptó.

Salí de la oficina de Chris con los nervios a flor de piel, podía sentir la mirada de todos en mi espalda. Respiré hondo y pensé en cosas bonitas.

El beso es algo bonito, decía una voz en mi cabeza. ¡Quería ganas de llorar!
—¿Que sucedió? —Preguntó Pili a voz de grito mientras atravesaba la

puerta de la confitería. Espere a que estuviera sentada y pidiera algo de comer antes de ponerme a hablar.

—No sé por dónde... —dije cuando se retiró la chica con la orden—. ¡Aish!
—Cubrí mi rostro frustrada, y hablé a través de mis manos—. Antes de besar a una mujer, debes tomarla por su cintura y acercarla con delicadeza a tu cuerpo, luego, mirar sus labios mientras muerdes los tuyos propios. Mirarla a los ojos poniendo tu mano suavemente en su rostro y entonces... Ahí besarla, con sutileza como si hacerlo fuera la última cosa que te es permitido y, emplear cada segundo en volverlo memorable es lo que más deseas.

—¿Te besó?

—Sí —lloriqueé.

—¿Quién? —Extendí mis dedos y la miré—. ¡Oh! Entonces te besó —corroboró mirándome por encima de sus lentes.

—¡Besar es lo que acabo de describir! —Dije colérica captando la atención de todos. Carraspeé antes de continuar en un tono más moderado: voz baja y ronca— ¡Él no me beso! Lo que hizo fue venir y empotrar sus labios contra los míos para que yo guardara silencio. Y si lo estas dudando, ¡él mismo se encargó de hacérmelo saber! ¡¿Qué clase de animal hace eso?!

—¿Te gustó? —Aunque lo preguntó con cuidado fue imposible no notar su alegría al hacerlo.

—Sí —confesé derrotada y golpeé mi frente contra la mesa—. Quiero morir. Sería ideal si un rayo cayera sobre mí en este instante.

—Eso no te mataría, solo te convertiría en *Flash* —ironizó restando importancia a la situación.

Pasamos el resto de la tarde analizando lo ocurrido. Ella reía en lo que yo explicaba con esmero una y otra vez lo sucedido. Mientras más hablaba sobre el beso, experimentaba la misma presión de sus labios contra los míos.

Me sentía como adolescente en su primer beso.

UNA CANCIÓN DE AMOR

PARTE II

Chris

—¿No tomará nota de nada? —Preguntaron con sorpresa, negué con la cabeza.

—No me hace falta —susurré guardando mis manos en mis bolsillos por debajo de la mesa. *No me hace falta porque planeo huir y no volver*, pensé al sonreírle.

—Es sorprendente —alabó la mujer ante mí—. Nunca había conocido a un jardinero que no tuviera las manos sucias y fuera inteligente además de guapo —llevé mi mano tras la nuca y rasqué mi cabeza repentinamente incómodo con la situación— ¿Cuántos años tienes? —sonríe ante su falta de decoro, ella me sirvió otro vaso con agua.

A esas alturas, ya me había invitado a pasar a la sala y me había ofrecido el vaso con agua, por segunda vez. Nos había permitido pasar a Corcho y a mí al mobiliario para charlar con más calma. Por un momento, temí que reparara en la comodidad del perro en la estancia. Pero a ella no parecía importarle, no cuando ofrecía un monólogo sobre lo encantadora que era su hija y lo mal que se sentía por lo ocurrido esa mañana. No pude evitar sonreír al escucharla hablar de Ari, en una forma que no había imaginado escuchar.

—Treinta y uno, Señora.

—¡Ya te advertí que no me dijeras Señora! ¡Dime Eva! Por Dios Santo —repitió—. ¿Sabes? Pareces ser un poco refinado para ser jardinero —comentó en picardía, a punto estuve de escupir el agua, tragué con fuerza antes de mirarla con sorpresa, ella sonrió.

—No me molesta ensuciarme las manos —sonreí, y me pregunté porque lo estaba haciendo.

No sabía que sentía por Ariadna, pero el pensar en ella, cerrar mis ojos e imaginarla frente a mí. Me sentía cómodo hasta en la vereda de su casa, y

ahora, hablar con su madre...

Esto era grande.

Pensarla, quererla cerca, contar los minutos, creer que el aire no me era suficiente cuando la veía. Experimentar todo esto solo en cuestión de días me hizo pensar que tal vez, estaba enamorándome por segunda vez.

—Quiero un hermoso jardín para ella —dijo apoyándose sobre sus codos—, pero no quiero que sepa que fui yo.

—Pero, sabrá que alguien lo hizo —analicé conteniendo la burla en mi tono de voz.

—Pero será romántico —confesó—. Ella necesita de algo de romanticismo en su vida. Aunque solo fuera un espejismo, sé que eso la animará. Es una buena persona. Una excelente persona y merece ser feliz. Solo que ella parece no saberlo. A veces pienso que ella misma se castiga por haber cometido el error de amar a quien no debía.

—Lo sé —dije distraídamente.

—¿Si? —Tragué con fuerza.

—No es como si la conociera —me apresuré a decir—, pero en las fotografías —dejé la frase a medias señalando la estancia.

—¡Oh! ¿A que es linda? —preguntó con orgullo, observé la fotografía más cercana, en ella Ari sonreía ampliamente con un vestido floreado y sombrero de paja, el sol brillaba ampliamente a su espalda marcando su rostro con finas sombras. No tendría más de veinte años, estaba sentada en el césped al lado de un hombre mayor—. Ese es su padre —informó—, ella y él son muy unidos. Tanto que ella le cuenta cosas que a mí no —una sombra apareció bajo sus ojos.

—Siempre tendemos a tener más afinidad con uno de los dos —comenté, ella me observó.

—No tienes que decir cosas bonitas, yo sé que la obligué. Luego de que se divorciara... Yo fui muy cruel con ella durante el proceso de divorcio. No me gustaba ese chico. Nunca me gustó. Y ella había tardado tanto en confesarle cuanto lo amaba que yo sentía que su tiempo había pasado. Pero el muy... —tomó aire antes de continuar—. Lo lamento, decirte este tipo de cosas te hará replantearte el trabajo. ¡Eres un desconocido! —Sonrió sin ganas—. Por cierto no me has dicho tu nombre —sopesé la respuesta por un minuto, *¿qué más daba?*

—Alexander —solté mi segundo nombre con una sonrisa—. No se preocupe por mí, estoy acostumbrado a escuchar a las personas —volví a

sonreír girando el vaso sobre la mesa.

—¡Más que jardinero pareces psicoanalista! Me siento cómoda hablando contigo —se burló, me tensé y sonreí apenas.

—Bueno la gente a veces necesita ser escuchada.

—¡Ni que lo digas! Aunque hay veces en las que creo que mi hija se guarda todo para sí misma —negó con la cabeza al tiempo que movía los dedos sobre la mesa.

—Sólo dele tiempo, ella hablara con usted cuando se sienta lista —dije recordando cómo había hablado conmigo.

—Pero es que, ¡ni siquiera sé el motivo de su divorcio! —se quejó. Cada músculo de mi cuerpo se tensó de inmediato—. Ella solo llegó a casa un día, lloraba amargamente diciendo que había perdido la pequeña empresa y que se había separado —el dolor en sus palabras era notable y su gesto era aún peor, sus palabras vinieron a mi mente: *“Los billetes habían sido cambiados, adelantados. Exigí una explicación. Lo llamé al celular millones de veces, hasta quedarme sin batería. Él había cambiado los boletos, y fue con otra mujer. Yo pagué el viaje con su amante”*. Agaché la cabeza.

—Hay cosas que mis padres desconocen de mi vida. No se los he dicho por elección propia. Mi sufrimiento no se compara con el dolor que podría causarles —susurré.

—¡Eres gay! —Afirmó, la miré con horror.

—¿Qué? ¡No! —Dije con ahínco, entonces ella sonrió ampliamente

—Lo sabía, solo deseaba ver tu reacción —levanté una ceja y sonreí de lado—. Lo lamento. Por cierto, ¡gracias por venir tan rápido! Me dijeron que estabas por la zona repartiendo cosas —dijo acercando su mano hasta la mía, su tacto fue cálido— ¡Espero que comiences mañana mismo!

—Intentaré conseguir todo lo necesario hoy en la tarde —susurré no muy seguro de lo que haría y el *cómo*, y pensando de dónde demonios sacaría hasta las herramientas que no poseía.

—Sé que lo harás bien —dijo poniéndose en pie.

Llamé a Corcho, quien dormía plácidamente en la misma alfombra del otro día. Me despedí de ella, pero antes de abrirme la puerta me abrazó con fuerza, al tiempo que suplicaba el mejor jardín para su hija. Ahí, en ese abrazo, comprendí que si realmente estaba pensando en crear el jardín para Ari, estaba más perdido de lo que nunca antes. Bajé los dos peldaños del porche y observé el miserable césped.

Lo primero era deshacerme de la mala hierba, que por cierto era bastante y abarcaba gran parte del terreno. Luego los setos malos. Reemplazar algunas piedras aquí y allá, el prado podría ser reemplazado.

Debía admitir que tenía conocimiento alguno. Cuando niño, mi madre siempre me llevaba con ella al invernadero a comprar plantas para su jardín. Sabía sobre algunas especies y las estaciones que eran plantadas. Fines de semana completos pasábamos con los arbustos arreglándolos para que se vieran bien. Guardé mis manos en los bolsillos con la idea casi nítida en mi cabeza hasta que...

—¿Disculpe?

—Dígame — conteste al hombre frente a mí, vestía *jeans* sucios y camisa gastada a medio abotonar, con botas llenas de lodo. Sudaba la gota gorda mientras limpiaba sus manos con un trapo en estado deplorable. El jardinero pensé de inmediato. Definitivamente no lo quería cerca de Ari—. ¿En qué puedo ayudarlo? —Le dediqué una mirada despectiva, quería que lo notara.

—Bueno, busco la casa de alguien, ¿eres de por aquí? — preguntó tuteándome. *Encima afable, definitivamente lo quería lejos.*

—Sí, vivo aquí — señalé la casa a mis espaldas. *¿Qué demonios pasaba conmigo?*

—¡Oh! Es que busco la casa de Ariadna Fellon, hable por teléfono con una Señora, Eva, ¿puede ser? — Preguntó, tragué con fuerza escondiendo mi repentina irritación.

—No conozco a nadie con ese nombre y soy amigos de todos por aquí — dije con la sonrisa más falsa del Universo — ¿Está seguro de la dirección? — Él parecía preocupado al tiempo que extraía un pedazo de papel de los bolsillos traseros de su pantalón.

—No conozco muy bien esta zona — admitió, mirando en todas las direcciones.

—La verdad lamento no poder ayudarlo, pero creo que ha apuntado mal la dirección. Pues esa corresponde a mi casa, y yo, no he solicitado los servicios de ningún jardinero — sonreí, Corcho me observaba como si supiera lo que estaba haciendo.

—Bueno. Tal vez tengas razón — continuó tuteándome para alimentar mi mal humor—. ¡Pero necesitas urgente uno! — dijo señalando a mis espaldas.

—*Hmmm...* Es lo que estaba viendo. ¿Sabes dónde puedo conseguir flores de estación? — Pregunté, pues el único lugar que conocía era al otro lado de

la ciudad. Tuve que hacer a un lado mi orgullo al preguntárselo.

—Sí, aquí tienes —dijo tendiéndome una tarjeta—. Es un local pequeño, pero tenemos muchas especies. ¿Vives solo? —preguntó en un tono extraño.

—No soy gay —respondí al ver la insinuación en su mirada—. Vivo con mi novia —solté molesto antes de detener mis palabras. Sorprendido por mi propia respuesta sonreí observando el miserable jardín.

Él solo sonrió ante mi respuesta y me ofreció un horario al que podría ayudarme con lo que necesitaba. Agradecí el gesto pactando que pasaría por la tarde.

Tenía cinco días antes de volver al trabajo, bien podría hacerlo a tiempo, tal vez German pudiera ayudarme, pero deseche esa idea inmediatamente. Conociéndolo, se quedaría *plantado* hasta la noche, solo para ver de quien se trataba y arruinar, sea lo que sea que yo estuviera planeando.

Volví a casa y dejé a Corcho junto al tarro de agua. Me tomé un baño y luego de escuchar un mensaje de Avril solicitando quince minutos de mi tiempo, decidí ir a buscar los papeles que quería que viera, además, sería una oportunidad para ver a Ari luego de día y medio. Tal vez el deseo por besarla ya no habitaba en mí.

Observé el perchero y sopesé la posibilidad de ir en traje, pero aún estaba de licencia médica y... *Admítelo* dijo una voz en mi cabeza, *admite que solo vas por los sobres para verla a ella*. Tragué con fuerza. Tomé lo primero que tenía a mano y encaminé para la oficina.

Mi corazón era como la música de fondo para un ritual de iniciación. Bombeaba de tal forma que no había otro sonido a mí alrededor, como si pudiera sentir mis latidos de fuera de mi pecho hacia dentro y cada fibra de mi ser lograba un movimiento a su ritmo.

Pasé de largo la recepción y no me detuve hasta llegar el piso superior, repentinamente seguro de mí mismo. Las puertas del ascensor se abrieron y todo se detuvo a mí alrededor.

La quiero, pensé. La quiero en mi vida y en cada instante de mi rutina, admití al verla charlando con una de las chicas. Estaba de espaldas con el pelo suelto cayéndole en cascadas, me acerqué de forma sigilosa mientras ella se movía. Seguí cada paso suyo como una sombra que no podía ser vista ni escuchada. Aspiré su perfume embriagador, y al estar lo suficientemente cerca una melodía rugió de sus oídos. La canción me era desconocida, o al menos no era *Taylor Swift*. Sonreí ante ese hecho.

—¿Sigues escuchando Taylor Swift? —Pregunté bastante cerca de su oído, las manos comenzaron a temblarme de repente pero a pesar de eso disfruté de cada reacción suya: la súbita tensión al escucharme, el giro deliberadamente lento y la sonrisa en sus labios. Y nuevamente ahí estaba, aquella arrebatadora sensación de querer besarla.

—No es *Taylor Swift* —respondió con un brillo en sus ojos, una que antes no estaba ahí. Hizo a un lado sus auriculares y me los acercó sin apartar la mirada, me sentía atrapado en sus ojos azules, el tiempo parecía no correr mientras la veía y eso me gustaba. Presté atención a la canción y como un edificio en demolición, sentí el peso del yunque derribando mis paredes.

—No conozco esa voz —admití tragando con fuerza—, pero es *linda* —confesé.

De improvisto Aldana llegó a mi mente, específicamente el recuerdo de cuando declaraba que Esteban siempre le dedicaba alguna canción. Nunca le había encontrado el sentido a eso, y me pregunté si no había algo raro en mí. Aparté sus manos de mi rostro, nervioso y retrocedí unos pasos, para verla con nuevos ojos. Solo era capaz de sonreírle al tenerla frente a mí, no me sentía con fuerzas para algo más que sonreírle. Deseaba que me sonriera, quería su sonrisa solo fuera para mí.

—Mis sobres —dije—. He venido exclusivamente a por ellos —me sentí sorprendido con mi propia confesión y me pregunté si ella habría notado lo que conllevaba mis palabras. Con algo de torpeza buscó mis sobres mientras lo hacía me dediqué a mirarla y descubrí lo extraño que me sentía ante el deseo de estar más cerca de ella. Como si una fuerza gravitacional me arrastrara en su dirección.

—¿Te sientes mejor? —Preguntó, *¿le importaba?* Elevé mis hombros y retrocedí el paso que ella avanzó.

—Más o menos, aún me duele la garganta y como te harás una idea, aun no recupero mi voz. Pero aquí entre nosotros, no tengo ganas de volver, aun —admití.

—Te queda bien —soltó y de inmediato abrió sus ojos ante su propia respuesta.

—¡Tú malvada persona siempre dices, que lo terrible me sienta bien! —Dije más ligero y cerca de lo que nunca había estado, y tuve que obligarme a alejarme de allí.

Caminé hacia el ascensor con los sobres en las manos, mis piernas temblaban como un chiquillo adolescente. Al llegar a la recepción recordé el motivo de mi visita. Maldije para mis adentros. Definitivamente, Ariadna hacia que perdiera mi cabeza.

Las puertas del ascensor se abrieron, y caminé hacia mi oficina, cuando estaba por abrir la puerta observé en la dirección contraria y ahí estaban Abel y ella. Él le susurraba cosas a milímetros de distancia. Aunque Ariadna parecía tensa no se alejó. *Daniels* la abrazó al tiempo que decía algo más. Abrí mis ojos con sorpresa al ver la cercanía de sus rostros. *¿La besó?* La sensación de traición me invadió por completo, me sentía como si ardiera en llamas. Días deseando besarla, conteniéndome porque no quería faltarle al respeto y solo para que *éste* lo hiciera antes que yo. *¡Maldición!*

Se alejó con una sonrisa triunfante en el rostro. *Lo hizo adrede porque me vio entrar*, pensé de inmediato. Todas las miradas puestas en mi hasta llamaron su atención cuando Abel desapareció. Lentamente sus ojos fueron topándose con los míos. Contuve el aliento, alejé mi mirada y empujé finalmente la puerta de la oficina.

Quería tirar todo abajo. Deseaba partirle la cara a Abel. El fuego seguía expandiéndose dentro y fuera de mí, me sentía como animal enjaulado cuando alguien entró sin avisar. Giré en redondo, sabía de quien se trataba y eso lo hacía más difícil. No quería verla. *¡Quiera matarla a besos!*

—¿Tienes más sobres? —me tomó por sorpresa el tono empleado por mi parte. Respire hondo buscando calma, pero no lo lograría con ella aquí.

—Quiero hablar contigo —bufé.

—¿No tienes sobres? Entonces vete —hice caso omiso a su petición con la respiración cada vez más pesada.

—¿Por qué utilizas ese tono conmigo?

—¡No lo sé! —acepté, rebusqué en los cajones algo que no sabía, estaba frustrado con lo sucedido, resoplé, la enfrente llevando mis manos a la cintura—. Mejor sal de mi oficina —pedí con fiereza.

—No lo hare —dijo retobada.

—Ariadna —su nombre en mis labios sabia agrio, tragué con fuerza alejando mis ojos, y señalé la salida—. He dicho...

—¡Y he escuchado! —Interrumpió, la observe con detenimiento—. ¡Y no me iré! Siento que no debo hacerlo.

—¿Ah sí? De la misma manera que... —me burlé y detuve mis propias palabras.

—Si esta actitud tuya es por el beso. Mira...

—¿Que?! ¿Crees que estoy celoso? —solté con burla, quería despreciarla, estaba siendo cruel, y lo sabía, pero ansiaba que le doliera—. ¿Qué me dirás? ¿Que él te beso? ¿Tú no querías? No te atrevas a mentir. No a mí. Por si te has olvidado, hasta hace unos días, pensabas que él era lo mejor que te ha pasado en la vida —escupí. *Yo quería besarte llevas días tras mis parpados torturándome*, pensé.

Estaba molesta, y se le notaba. Cerró sus manos y ojos con fuerza y simplemente comenzó a hablar.

—¿Acaso estabas desde el principio? ¿Sabes que siento? ¡No quería que me besara! ¡Me tomó por sorpresa! ¡Odie ese beso! ¡Es un idiota y siempre lo supe! ¡Solo que estaba tan ciega que no lo comprendía porque estaba concentrada en *no* fijarme en ti! ¡Tú y tu porte soberbio al andar, siempre burlándote de mí! ¿Cómo iba a adivinar lo que estaba pasándome contigo? ¿Crees que soy adivina? Todo este tiempo hablando de ti, diciéndole a mi mejor amiga que te odiaba. ¡Y ni siquiera sé que siento! Me pones de los pelos. Me pones nerviosa. El estómago se me cierra simplemente por pensar en ti y tu estúpida sonrisa. ¡Te odio por eso! ¡Pero te odio más porque este idiota me besó antes que tú! ¡Te odio porque él es un idiota y tú lo eres más por hacer un escándalo por algo que claramente es tu culpa! ¡Cobarde! —Continuó hablando, pero ya no la escuchaba.

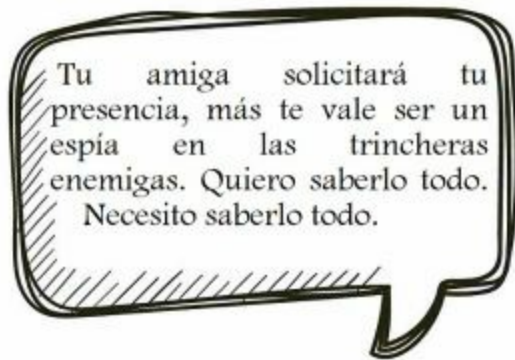
Las palabras necesarias retumbaban en mi cabeza. Me acerqué a ella en dos grandes zancadas, tomé su rostro entre mis manos con fuerza y la arrastré hasta la pared a espaldas suya. Presioné mis labios contra las de ella. No quería que quedaran rastros de Abel. Me apetecía que solo me recordara a mí, aunque pensara luego que era un imbécil por besarla sin delicadeza como deseaba hacerlo. Sus labios eran tan delicados, ella estaba tiesa hasta que al fin pareció comprender lo que ocurría. Sus manos se posaron sobre mi pecho y decidí que era suficiente antes de que no pudiera controlarme más.

—¡Ya cállate! —solté contra sus labios, conteniendo mi aliento.

Mientras me separaba con mis dedos acaricié el contorno de su rostro. Ella quedó en el mismo lugar con los ojos cerrados. Retrocedí otros pasos más, tomé los sobres, ella me miró con aquellos ojos llenos de expectación. No me contuve y volví a acércame, pero esta vez simplemente sentí la suavidad de

sus labios antes de marcharme.

Al salir de la oficina todos me observaban, como el ascensor parecía estar en planta baja, decidí huir por las escaleras de emergencia. Una vez en la acera del edificio envié un mensaje a Pipi.



Suplicó por más información, pero no respondí.

Fui hasta el invernadero, compré lo necesario para el jardín, y la estúpida sonrisa no desapareció de mi rostro cada que recordaba su expresión al intimar.

Lo había hecho. La había besado. Ya no había marcha atrás. Y por desgracia, ambos estábamos en el mismo camino hacia la misma dirección. Ella sentía algo por mí, lo había admitido. Solo me quedaba averiguar que tanto hablaban ella y Pipi. Y por sobre todo, que tan lejos sería capaz de llegar con ella.

No sabía si lo que experimentaba era lo correcto, de lo único seguro que estaba era de lo feliz que me hacía. Después de tanto tiempo alguien como Ariadna aparecía y ella no era como cualquier persona, y tal como lo predijo Pipi, nunca vuelves a querer de la misma manera. Ahora lo entendía. Jamás volveré a querer como a Aldana, pero esto era mejor, mucho mejor.

Elegí las flores, elegí los setos y las piedras. Ariadna se merecía algo más que un jardín. Se merecía mil canciones de amor, cartas con palabras de amor, se merecía ser querida, y yo, esperaba estar a la altura.

CONSEJOS DE GENTE MAYOR

Ariadna

Al llegar a casa me sentía de mejor humor, había pasado gran parte de la tarde con Pili contándole lo que había pasado con Chris. El beso robado.

¡Maldito! ¿No podía haber sido más delicado? ¡No! ¡El muy idiota lo había hecho como un cavernícola! Ni siquiera me dio tiempo a responderle. Maldito desgraciado.

De pie en la vereda de mi casa escuché la voz de mi madre unos tonos más arriba de lo habitual. Parecía agitada y nerviosa, al levantar la vista la encontré parada contra el cerco que separaba mi casa de la de la Señora Thomas, discutiendo acaloradamente. La mayor miraba a mi madre con burla, de brazos cruzados, mirando para otro lado, mientras que mi madre señalada a ningún lado en particular e insistía que... ¿quién?

—¡Ni siquiera sabemos si realmente tiene nietos! ¡Bruja! —explotó con el rostro encendido.

—¡Ah! —se escandalizó la Señora Thomas—. ¡¿Cómo se atreve faltarme al respeto?! —Sus manos cayeron a los costados de su cuerpo mientras fulminaba a mi madre—. ¡Mi nieto es mejor partido que cualquiera! Es un gran profesional, ¡mujeres caen a sus pies! —Alardeó.

¡Dios! ¿De verdad discutían para mis pretendientes?

—¡Pues el chico que vi hoy es mejor! ¡Es dulce! ¡Además de guapo e inteligente! Y...

—¡Pero un jardinero! —Escupió interrumpiéndola, mi madre cambió por completo su expresión, ella odiaba cuando la interrumpían.

—¿Que jardinero? —decidí que era hora de intervenir, ambas mujeres se tensaron al escucharme. Mi vecina sonrió como nunca lo había hecho antes,

con aquel gesto, bien podría ganarse el papel de *Cruela de Vil*.

—Tu madre...

—¡Tu madre te hizo una deliciosa cena! —se apresuró a decir tomándome por hombros y arrastrándome hacia la casa; dedicó una mirada furibunda a su contrincante que aun sonreía victoriosa. Intenté plantar mis pies en la tierra, pero mi madre, como siempre, terminó ejerciendo más fuerza.

—¿Que fue todo eso? —Curioseé.

—Nada.

—¿Nada? ¡Vamos mamá! ¡A papá puedes decirle *nada*! ¿Pero a mí? —Me burlé, ella caminó hacia la cocina, seguí sus pasos— ¡Mamá! ¡Estoy hablándote! —Me quejé.

—¡Que quieres! —Notablemente nerviosa giró repentinamente.

—Mamá —susurré en tono tranquilizador— ¿Qué te traes entre manos? ¿No estarás pensando en contratar un jardinero!? Te he dicho que...

—¡Ya sé lo que me has dicho! —Interrumpió como niña malcriada—. Y no voy a pagarte un desquiciado jardinero —se cruzó de brazos—, ya me ha advertido tu padre. Y por si te interesa, tu padre se fue a un hotel —dijo de lo más tranquila.

—¿¡Qué!?

La observé por un segundo esperando a que me dijera que se trataba de una broma, aguardé a que estallaré de risa, pero la carcajada nunca llegó.

—Pero, ¿acaso se ha vuelto loco? ¡Hay lugar de sobra! ¡Bien podría haber dormido yo en el sofá!

—Ya sabes cómo es cuando se pone en plan de testarudo —respondió cruzándose de brazos con una extraña expresión en el rostro.

—¿Discutieron?

—No —tranquilizó acercándose—. No, solo tuvimos una pequeñísima diferencia —unió su dedo índice y pulgar guiñándome el ojo.

—¿Fue por mi culpa?

—¿Por qué debería serlo? —Se escandalizó.

—No lo sé, creí que tal vez había arruinado la ceremonia que planeabas —confesé sentándome lo más lejos que me permitía la diminuta cocina, sin embargo, ella arrastró la silla más próxima ubicándolo a mi lado, tomó mis manos con las suyas, besó mi frente antes de acariciar mi cabello como cuando era niña.

—No has arruinado nada cariño —susurró con dulzura—, sólo decidimos posponerlo, aunque creo que pronto no será problema —me guiño el ojo con picardía.

—¡Mamá! —la reprendí.

—¡Está bien, está bien! —carcajeó.

—Por cierto —recordé—, ¿por qué razón discutían tú y la Señora Thomas? ¿Acaso has vuelto a las andanzas como hace un año buscándome candidatos? Porque si así es, déjame decirte que no quiero conocer a ningún nieto de mi vecina. Tenerla al lado de mi casa ya es bastante raro, pertenecer a la misma familia eso sería aterrador —un escalofrió recorrió mi espina dorsal ante la imagen de una reunión familiar, ella incluida en el cuadro.

—¡No seas exagerada! —empujo con simpatía contra mi hombro—. Pero siendo sincera, a mí tampoco me gustaría tenerla en la familia —se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿por qué discutían?

—Bueno es que...

—¡Suéltalo! —demandé.

—Bueno, un chico llamó a la puerta preguntado indicaciones y me pareció muy *mono*. Tan lindo todo desaliñado —sonrió—. ¡Me pareció perfecto para ti! ¡Atlético, inteligente!

—¿Y todo eso lo supiste porque pidió indicaciones? —Pregunté corroborando lo que acababa de decir.

—Sí, eso dije —volvió a sonreír, exhibiendo sus dientes.

—*Aja*. ¿Cómo puedes saber si una persona es inteligente sólo con ayudarlo a ubicarse? —dije, ella palideció—. Madre...

—¡Puedes saberlo por cómo se expresa! —Se apresuró a decir—. Como emplea las palabras. Como se dirige a alguien mayor. ¡Así se sabe! —se cruzó de brazos.

Sin ganas de continuar con la discusión, decidí dejarlo pasar, cenamos juntas y charlamos un rato sobre lo acontecido en la casa el último tiempo: el clima, la jubilación de papá y su eterno problema con el azúcar. En ningún momento preguntó sobre el chico que me gustaba y se lo agradecí en el fondo. Tampoco me cuestionó sobre el trabajo o incluso sobre el futuro. Simplemente charlamos sobre cualquier cosa menos aquellas que nos lastimaban.

Entrada la medianoche llamamos un taxi. Me deseó las buenas noches y se

marchó dejándome sola. A oscuras en la sala, aun podía reproducir en mi mente el sonido del repiqueteo de la lluvia contra el techo del otro día, o incluso el tono de su voz, pero nada se podía comparar con la sensación en mis labios. Un escalofrío me recorrió mi espalda y un calor abrazador invadió mi cuerpo. ¿Qué podía hacer? Abrí mis ojos de golpe y mi corazón galopaba con fuerza. Era un idiota por haber actuado como lo hizo.

Ya cállate. Hice le intento de recordar con exactitud mis palabras. Algo de lo que escupí ocasionó que él reaccionara de aquella forma. Recordaba su expresión furibunda y mirada gélida.

Exhausta me dejé llevar por el cansancio rogando soñar con sus ojos claros.

Los días pasaron y no tenía noticias de Chris, hablé con Carla sobre el paradero del chico. En principio sólo lo hacía de forma sutil, la verdad algo avergonzada por llegar a ese extremo, pero cuando el fin de semana ya se encontraba cerca, la vergüenza la hice a un lado sin importarme la opinión de la recepcionista. Abel en contadas ocasiones reiteró su invitación a salir, pero de mi boca solo salieron excusas y más excusas para no aceptar. Su presencia era molesta e incluso repulsiva. Me pregunté qué era eso tan atractivo que antes me volvía loca por él, y porque ahora ya no.

Idealización supuse.

Siempre idealizamos a las personas que nos gustan pero, ¿cómo eso no ocurrió con Chris? *Porque no te sentías apta para él*, respondió mi cabeza. No. Si era apta para él pero, ¿cómo se lo hago saber si no lo veo? Chris siempre se había comportado conmigo como él mismo, malhumorado, de chistes sin gracia; desde el inicio era el único que prestaba atención a lo que hacía y nunca había cuidado su vocabulario en mi presencia, como si no le importara lo que opinaran de él.

Ahora más que nunca guardaba la esperanza de cruzármelo o incluso llamarlo, pero entonces descubrí que no tenía como contactarlo. *¡Estúpida Ariadna!* Fui todos los días a almorzar sola al restaurante de Fede creyendo que lo encontraría allí, tras permanecer una hora iba a la casa de Pili a hablar sobre su nuevo trabajo y lo difícil que le resultaba ser alguien normal.

Se explayaba sobre Germán y su nueva no relación amorosa. Mientras más hablaba de él, más familiar me resultaba. Aunque él nunca

le había pedido nada a ella, sola decidió que era mejor realizar el cambio y ser, según ella *normal*. Sonreía poco, aunque su rostro se iluminaba cuando mencionaba su nombre. Pocas veces preguntó por Chris, pero las veces que lo hizo me desahogué con ganas, despotriqué contra mil demonios solo para que a lo último me preguntara a mí misma que sentía por él y porque estaba tan enojada. ¿Realmente estaba enojada con él porque me había besado? ¿O por qué no había tenido la oportunidad de tomar su rostro entre mis manos?

Al llegar al jueves, tras las entregas en el edificio y un día más sin ver a Chris, Pili propuso que fuera a pasar unos días a su casa, con la ausencia de su hermana, admitía sentirse sola en el departamento y como mis padres ya volvían esa misma tarde para la suya, no lo pensé dos veces. Pili incluso se veía emocionada por conocer mi casa, más que emocionada eufórica hasta límites insospechados. Le advertí sobre mi madre y ella restó importancia alegando que la gente siempre la amaba, a excepción de la abuela de German, quién era un hueso duro de roer.

Al llegar a casa, una vez más, mi madre parecía enfrascada en una nueva batalla con la Señora Thomas, ambas en cada lado de la cerca hablaban con fuerza. Mi madre llevaba el rostro encendido con una vena sobresaliendo en su cuello, mientras que mi vecina, sonreía triunfante.

—Creo que están discutiendo.

—Es normal en ellas —confirmé al tiempo que nos acercábamos, carraspeé para que repararan en nuestra presencia—. Siempre que ninguna me consiga aspirante a marido yo estaré tranquila —sonreí, ella se cubrió su boca para evitar carcajear.

Pili miraba en dirección a mi espantoso jardín mientras yo saludé a mi madre, cuando iba a realizar las presentaciones pertinente Pilar se abalanzó para abrazarnos, una en cada brazo, y nos apretujó contra ella mientras repetía una y otra vez que estaba emocionada.

—¡Soy tan feliz que estemos todas juntas! —gritó eufórica zarandeando con fuerza.

—*N-no pu-edo re-espigar* —confesé intentando zafar del agarre, cuando al fin lo hice ella miró en dirección al patio trasero—. ¿Qué ocurre? —Seguí la misma dirección donde ella observaba, pero antes de que pudiera ver nada llevó su brazo a mi cuello obligándome a mirar al otro lado.

—¡Señora Thomas! ¡¿Cómo ha estado!?! —Saludó con emoción como si ella fuera alguien más del barrio, la mire de soslayo, ¿era tan sencillo hacer

feliz a Pili?

—¡Bien, bien hija! ¿Gracias por preguntar? —Respondió notablemente aturdida, mi amiga le dedicó una mirada extraña, a lo que la vecina suavizó su expresión negando con la cabeza.

—¡Muéstrenme el interior de la casa! —Pidió, mi madre la miró con el miedo escrito en los ojos.

Mi madre no haciendo de las suyas ante una persona nueva. ¿Qué diablos le pasaba?

Saludé a mi vecina, y susurré una disculpa por el comportamiento de la recién llegada, ella pareció comprensiva pero cuando iba a decirme algo tanto mi madre como mi amiga me arrastraron al interior de mi casa interrumpiendo a la Señora Thomas. Mamá solo se quedó a tomar el té, y antes de que cielo se tornara naranja papá llegó a por ella, y a despedirse de mí. Realicé las presentaciones pertinentes y Pili parecía haber vuelto a la normalidad. Nos servimos otra ronda de té en lo que mi padre interrogaba a Pili, ella sonreía amablemente de las preguntas asegurando que yo lo estaba haciendo bien y que no se preocuparan por mí. Su mesurado tono de voz advirtió que hablaba en serio y que si algo ocurriera ella siempre me protegería.

Antes de marcharse, dejando que mi madre se le adelantara con Pili, mi padre se acercó a mí, la expresión en su rostro lo delataba, lo miré con resignación.

—No diré nada —aseguró—, solo prométeme que este chico se enterara a tiempo de lo que sientes por él, ¿vale? —asentí.

— Como si siempre hiciera lo mismo —fingí ofenderme.

—Te pareces mucho a tu madre —susurró.

—Yo no veo la semejanza —comenté observándola abrazar a Pili.

—Es más de lo que crees. Tu madre no me dijo que me amaba hasta el día que le pedí matrimonio. Yo le pedí que se casara conmigo aun sabiendo que ella no sentía lo mismo que yo y a riesgo de quedarme con el corazón roto — me observó con ojos llenos de ilusión—, ¿sabes qué hizo? —negué—. Me dio la golpiza de mi vida, me dio duro con la palma de la mano abierta, contra la cara, para luego recriminarme y preguntarme la clase de tonto era yo para no darme cuenta que ella también me amaba —sonreí

—Eso suena muy a mamá —comenté volviendo la vista a ella, ella observaba a nuestra dirección. Amenazaba a papa que luego no se atreviera a

quejarse si no se apresuraba.

—Lo que trato de decirte mi amor, es que a nosotros las señales nos tienen que golpear para entenderlas —abrí mis ojos, tomó mi rostro entre sus grandes manos y depositó un beso en mi frente, acarició mis mejillas para luego guiñarme un ojo—. No porque tengas miedo a resultar rechazada o no correspondida debas guardarte lo que sientes para ti misma. La otra persona también tiene derecho a saber lo que sientes. Lo acepte o no.

—Pero ya no quiero sufrir, ni pasar por eso otra vez — confesé.

—¿Estas eligiendo a la misma persona? —Preguntó, yo negué con la cabeza—. Entonces no atravesaras la misma ruta, tal vez sea similar el camino con una que otra piedra, pero la recompensa será distinta —dio un paso hacia atrás y suspiró—. Además, esta vez tengo un buen presentimiento.

Se acercó a Pili, le susurro algo mirando en mi dirección y ella respondió en un susurro inaudible, pero tampoco me importó, pues las palabras de papá estaban construyendo cimientos fuertes en mi cabeza.

Preparamos el bolso que llevaría a su casa con lo esencial, no me quedaría más que dos días.

Chris

Y ahí estaba yo, golpeando la puerta de su casa de forma desesperada. ¿Ley de hielo? Eso sería poco.

Desde que conozco a Pipi, prácticamente desde hace toda una vida, nunca, jamás me había ocultado nada. No importaba lo que sucediera ni las consecuencias, ella siempre se mantenía fiel a la promesa de ser amigos y confidentes sin importar qué. Eso se vio reflejado cuando le decía cosas a medias sobre Aldana y se conformaba solo con eso, escuchando lo que fuera a decirle yo, nunca juzgaba de antemano y aguardaba a que sintieras seguridad para decirle la verdad, nunca se mantenía en algún bando. Para ella, no existía “*elige a quien quieres más*” pues según ella misma: *la amistad no se elegía, surgía la confianza*.

Pero ahora todo aquello parecía no importar pues despotricaba contra la puerta de su piso como consecuencia a que no contestara mis llamadas ni respondiera los mensajes, diera vuelta la cara al verme, y cerrara su puerta a pocos centímetros de mi rostro.

—¡Vamos! —Insistí—. ¡No entiendo que ocurre! —Grité contra el bloque de madera, ésta se abrió de golpe haciendo que retrocediera unos pasos, ella, ya vestida con el pijamas, con el rostro hecho un poema de furia asesina con una mirada furibunda.

—Que, ¿qué me pasa? ¿Eres idiota o simplemente practicas? —Cuestionó en un tono para nada conciliador, yo no pude evitar sonreír—. ¡¿Y ahora te ríes?!

—Es que no sé qué vela tienes en este entierro —me burlé conteniendo la risa, y siendo sincero al expresar mi falta de comprensión a su enojo. Ella amagó con cerrar de nuevo la puerta al no contener mi risa, pero esta vez fui más rápido e introduje mi mano para evitar su hazaña.

Vi las estrellas...

Sí, fui rápido, pero también estúpido. Tan pronto como mis dedos tocaron la madera me arrepentí. Fugazmente pensé en mi madre y hasta podía jurar escuchar su vos regañándome como cuando niño cuando intentaba introducirme a la fuerza a la habitación de mi hermano. La fuerza que Pipi había ejercido fue tal, que podría asegurar que había partido en mil pedazos la

palma de mi mano. El sonido de mis huesos quebrarse se había calado hondo en mis oídos. Pujé con fuerza la puerta con la otra mano tumbando a Pipi en el camino. Grité de dolor con intención exagerada tomando la palma de mi mano *lastimada* resguardándola contra mi pecho. La pequeña rubia se puso de pie como pudo, y con el rostro del mismo color del papel se acercó a mí con lágrimas bordeando sus ojos. Sus manos temblaban a la par que la mía. Quise hablar para hacerla sentir mal, pero ella llevó sus manos a su boca en un esfuerzo por no llorar.

—*Hey* —dije— ¡Estoy bien! No fue para tanto —intenté tranquilizarla al ver el mar de lágrimas bordeando sus mejillas.

—¿Es en serio? —Susurró— ¿Me lo juras? —Sonreí de costado y asentí— ¡QUE BUENO! —Gritó cambiando su expresión, pegándome en el hombro con el puño cerrado y pujándome fuera, al pasillo. Cerrando, esta vez, sin apartar los ojos de mí.

—¡Pipi! ¡Vamos! Me debes lealtad —me burlé, la mano comenzaba a dolerme, ahora que el impacto mitigaba.

—*¡No te debo nada! ¿Cómo pudiste besarla? ¿Y de esa manera? ¿Acaso no la conoces?*

—¡No! —Chillé—. No la conozco —ella abrió la puerta con fuerza—. Pero quiero conocerla, quiero estar cerca de ella.

—¿Y es por eso no has estado luego a trabajar? —escupió.

—No he estado yendo a trabajar por cuestiones de *salud*.

—¿Ah, sí? ¡Pues yo te noto bastante *sanito*! —Ironizó.

—¡Vamos Pipi! No seas así, no conmigo.

—¿Así cómo? —Se quejó— Chris, ¡la besaste!

—Si —no pude evitar sonreír.

—¡Y estas así tan campante! ¡Invítale a salir pedazo de idiota!

—Lo haré —era imposible dejar de sonreír.

—Ahora —demandó.

—No. Lo haré a mi tiempo.

— ¿A tu tiempo? ¿Cómo cuánto te falta? Porque si dejas pasar el mismo tiempo que dejaste transcurrir con Aldana, corres el riesgo de que Ari conozca a una Estrella de Rock. Y ahí sí, amigo mío, no habrá vuelta atrás.

—¡*Ouch!* Golpe bajo —susurré entre dientes—. Y no, no dejaré pasar tanto tiempo.

—Planeas algo, ¿no es así?

—Sí, y necesito de tu ayuda.

—Dime de que se trata.

—No puedo decirte, solo ayúdame, ¿quieres?

—Necesito información con la que trabajar. Si no me lo dices, no te ayudo.

Quid pro quo —advirtió.

—¡Mis pelotas! —Advertí, amenazó con cerrar la puerta nuevamente—
Pilar, por favor, es algo bueno, lo prometo —me acerqué a ella.

—Y si es algo bueno, ¿por qué no me lo cuentas?

—¡Porque tú siempre abres la boca! —Me queje.

—¡No es cierto!

—¡Si lo es! ¿Recuerdas el regalo para mis padres que escondimos en tu casa? ¿O la vez que intenté juntar dinero para reemplazar el monopolio de German? O la vez que...

—Ya, ya, ¡ya entendí! —interrumpió, no pude evitar sonreír de costado.

—Pero tú tampoco eres muy bueno guardando secreto, ¿sabes? —soltó notablemente ardida.

—¿Así? German no sabe porque te llamo Pipi, ¡ni mis padres o los tuyos!

—¡Por favor, tenía seis!

—¿Y? ¡No pudiste aguantarte!

—¡Ya cállate! —Tiré del cuello de mi remera adentrándome a su casa.

—Tampoco tus padres saben del día que te escapaste para ir a ver a mi hermano jugar en la universidad y tú, supuestamente, debías de estar en la escuela. O la vez que misteriosamente enfermaste del estómago, ¡pero fue porque tenías resaca! Ni tampoco saben cuándo casi te atropellan nada más y nada menos que por perseguir a mi hermano con su cita con Dolores — conforme yo enumeraba los incidentes su rostro fue cambiando.

—Vaya...

—¿Que ocurre *Pipi*?

—Bueno, poniéndolo como tú lo estás haciendo, casi pareciera que siempre estaba en problemas por ver a tu hermano...

—Pilar...

—¿Sabes por qué me hice encima aquel día? —Negué con la cabeza—. Quería ver a tu hermano, mamá me dijo que fuera al baño antes de salir, pero yo no hice caso y fui de todas formas a tu casa. Tú me ayudaste cuando te diste cuenta, siempre has estado ahí para apoyarme con el desastre que yo dejaba a causa de tu hermano.

—Pipi —llevó su mirada al suelo.

—Te ayudaré —susurró finalmente—. Sea lo que sea que estas planeando

hacer, te apoyaré.

—No es gran cosa —dije acercándome a ella, Pipi escondió su rostro en mi pecho, y sus manos poco a poco fueron encerrándose en ellos

—¿Por qué German no es un poquito más como tú? — Preguntó.

—Soy una persona algo difícil —respondí estrechándola contra mí.

—Pero eres fácil de leer. Eres como un libro abierto, Chris.

—Él también lo es, créeme, solo dale algo de tiempo.

—Puede que sea un libro abierto, pero en Arameo.

—Siempre puedes estudiar —murmuré, ella tembló ligeramente alejándose —. Mi hermano te quiere, solo es algo tonto para darse cuenta.

—O tal vez yo estoy tan ciega...

—Pipi, yo estaba ciego de amor por Aldana —la tomé por los hombros y la sacudí ligeramente.

—Estabas tan ciego que no reparaste en que ella no sentía lo mismo — completó la frase por mí—. ¿Y ahora? ¿Qué sucede con Ari?

—Sé que le gusto, y que le atraigo, tal vez no de la misma forma que ella a mí, pero es algo. Con Ari no estoy ciego Pipi, estoy sordo y mudo. Ella... Pipi ella tiene algo que me pertenece y no sé qué es. Nunca antes había experimentado esto, por eso la bese como lo hice. Anhelaba hacerlo. Ella solo hablaba y escupía más palabra sin saber que sus palabras amedrentaban contra mi voluntad. Me quebré. Y volví a unirme en una forma diferente en ese beso.

—¿La quieres? —Más que pregunta, aquellas palabras solo habían sido una sugerencia.

—Sí, y me resulta ilógico puesto que casi no sé nada de ella, pero aun así siento que si lo hago —acercó su mano a mi mejilla y acarició.

—Chris, no puedo contarte nada de lo que ella me dice, de la misma forma en que yo no le digo nada a ella sobre esto, pero puedo asegurarte que son el uno para el otro y en más de un sentido —se burló.

—Le haré un jardín —dije mirándola a los ojos, la burla pronto paso a la incredulidad.

—¿Que dijiste? ¡Creo que un mosquito zumbo contra mi oreja cuando hablaste! —Juntó sus cejas, signo de que estaba prestando atención, sonreí de lado antes de repetir lo mismo.

—En realidad, estoy armándole un jardín —llevó sus manos a la boca, pero aun así, su grito eufórico se filtró entre sus dedos, luego como una desquiciada corrió hacia el sofá y comenzó a saltar como condenada,

levantando un pie y luego otro agitando sus manos sin dejar, en ningún momento, de gritar— Vamos, ¡que no es para tanto! —dije serio.

—¿Qué? ¿Estás loco? ¿Y cuándo lo piensas terminar?

—Si me ayudas, para el viernes en la noche estará listo.

—¿Cuándo comenzaste a trabajar en eso?

—Ayer en la tarde.

—¿Sabes dónde está su casa? —Levanté una ceja— ¡Cierto! *P-pero...*

Obligué a Pipi a acomodarse, y como era costumbre no pude ocultarle nada. Terminé confesando con lujo de detalles lo ocurrido el día anterior con su madre y el chico del invernadero. También sobre las especias que había conseguido. Pipi de inmediato me sugirió que cambiara las flores silvestres del porche por hortensias, que los helechos que colgarían a los lados de la puerta sean reemplazadas por orquídeas y que rosas, rosas de todos los colores sean bordeadas por pequeñas cercas blancas.

—¡Es mucho dinero! —Me quejé, ella me propino un golpe contra el hombro.

—¡No seas tacaño! —Regañó—. Además, sería un hermoso regalo de cumpleaños.

—¿Regalo de cumpleaños?

—Sí, el viernes es su cumpleaños. Yo puedo hacer que venga a dormir a mi casa así ella no tendrá que estar ahí y tu podrás trabajar mucho más tranquilo —sonrió—. Aunque tengo una duda... ¿estás trabajando tú solo en el jardín? —Asentí—. Ella siempre se queja del trabajo, que de solo ver el patio delantero se deprime. ¿Es tan feo?

—Horrible sería una palabra muy corta para las hierbas malas que tiene. ¡Hoy reemplace el césped! Y lo hice en tiempo record —le enseñé mis manos con las uñas aun con tierra y las ampollas en las palmas, ella amplió su sonrisa.

—¡Te ayudare! —juró.

Y así lo hizo. La mañana siguiente me acompañó al invernadero en su coche a comprar lo necesario. La madre de Ari me había encargado la llave del galpón en el patio trasero. Ahí había escondido todo los instrumentos. Mientras que ella salía de compras, la Señora Thomas siempre se cruzada por lo menos dos veces al día para ver el progreso y con el propósito hacerme sentir mal por mentirle a Ari y su madre.

—¿Qué buscas de ellas? —Preguntó el martes luego de que Pipi se hubiera marchado antes de que la madre de Ari la pescara.

—No busco nada Señora Thomas —dije entre dientes arrastrando la pesada carretilla.

—¿Que te ocurrió en la mano? —Curioseó.

—Es solo un golpe, nada que lamentar.

—Eres el mismo que la acompañó el otro día, ¿no?

—No deseo tener esta conversación —advertí haciéndome a un lado—, debo terminar esto antes de...

—¿Antes de que se den cuenta? —Interrumpió.

—Señora Thomas, ¡por favor!

—¡Ja! Sigues llamándome de la misma forma.

—¿Cómo preferiría que la llame?

—Abuela sería lo más correcto, mocoso impertinente y presumido.

—Ya no soy un niño, Señora Thomas.

—Lo sé —dijo cruzándose de brazos—. ¿Qué sucedió el otro día?

—Nada.

—¿Nada? ¿Solos en una casa a oscuras? ¿Y piensas que te creeré si me dices que *nada* ocurre entre ustedes? —La miré de lleno.

—Y ahí está. ¡La mirada gélida! No has cambiado en nada.

—Algunos hábitos se mantienen, *Abuela* —escupí, apretó los brazos mirando para otro lado—. Déjeme recordarle Señora, que usted misma fue quien nos hizo saber que no deseaba ser llamada de esa manera —recordé tomando la pala.

—Christian —me detuve—. Lo lamento —susurró gire lentamente.

—Yo también, créame que yo también. Pero oiga bien, ¡German siempre podrá seguir siendo su preferido!

Fui al patio trasero, tiré el instrumento con fuerza contra el césped levantando la tierra al tiempo que se estrellaba. Corcho se sobresaltó desde su lugar, retrocedió los pocos pasos que la cadena alrededor de su cuello le permitía.

—Lo siento —susurré, me acerque a él y le llené el cuenco con agua. Afloje un poco más de su collar.

Pase el resto de la tarde en la parte trasera de la casa, armando las orquídeas que colgarían. La mano me molestaba con el intenso dolor, así que terminé

vendándola luego de frotarme un unguento que Eva me ofreció mientras me comentaba que ella y su esposo regresarían a casa. El sol se estaba poniendo y Pipi me había advertido que pasarían a por las cosas de Ari, para así pasar el resto de la semana en su casa.

Desde el lugar donde estaba podía escuchar una discusión procedente del frente, deje a un lado lo que estaba haciendo para averiguar lo que ocurría, caminé por el costado de la casa, las voces cada vez eran más nítidas. La Señora Thomas y Eva estaban intercambiando diferencias. Ya cuando estaba a punto de llegar a los escalones del porche, veo acercándose Pipi con Ari a su lado. Frené en seco y retrocedí mis pasos al tiempo que me topaba con la mirada, en principio de sorpresa y luego de horror, de mi cómplice. Con una cara de *poker*, Pipi fingió observar las malezas que aún estaban en el patio delantero. Me pegué a la pared de la casa con el corazón en la boca.

Mi intento por tranquilizarme fracasa pues mi deseo por verla solo aumenta, con cuidado saqué mi cabeza en dirección a ellas, Pipi da cuenta de ello y comienza a gritar eufórica abrazando a Ari y su madre. La Señora Thomas se percató de su fingido entusiasmo y me dedica una mirada desafiante. ¡*Maldición!* Pensé, pero al escucharla saludar a Pipi solté el aire que había estado conteniendo.

Mi amiga regresó su mirada en mi dirección, le hace gestos para que entraran a la casa, Ari reparó en la dirección de atención de su amiga y yo apenas tuve tiempo refugiarme en la pared, temblando de pies a cabeza. Escucho a Ari quejarse de algo, pero también las pisadas fuertes de Pipi contra el escalón. Corrí al patio trasero y desaté a Corcho con rapidez, con algo de agilidad hui de esa casa bajando la cabeza donde las ventanas se encendían. Casi lo estaba logrando cuando al llegar a la vereda la Señora Thomas aún permanecía en el mismo lugar.

—¿También la loca vecina de mi hija está involucrada en esto? — Exhausto, dejé caer mi cabeza y mi mirada al suelo.

—¿Qué es lo que quiere? — Pregunté cansado.

—Acabo de salvarte el pellejo, lo menos que merezco es una explicación. ¿Té? — Señaló en dirección a su casa.

—He dejado de tomar té — confesé arrastrando mis pies hasta llegar a su altura.

—*Hmmm...* Eso es extraño — susurró—. Supongo que eso es de familia.

—¿Ahora si me considera de la familia? — solté con burla.

Ella solo hizo una mueca al tiempo que abría la puerta dejándome pasar, de inmediato el olor a incienso y té de hierbas inundaron mis fosas nasales remontándome a la época en que veníamos de visita a la casa de la abuela.

REGALO DE CUMPLEAÑOS Ariadna

Pasar un par de días con Pili no resultaba difícil. La primera noche la charla había sido amena y tranquila, aunque repartía su atención entre responder mensajes de texto y responderme a mí. Se disculpaba alegando que debía estar pendiente del otro chico, cuando le sugerí que yo no tenía problemas en que ella bajara a ver si se encontraba bien ella solo sonrió ampliamente restándole importancia.

Cuando desperté la mañana del viernes me sentía extraña como si algo me faltara. La luz del sol se filtraba por la ventana de la habitación y una brisa fresca ondeaba las cortinas rosas pastel. Giré sobre mi espalda y observé el hipnótico movimiento. Odiaba esta fecha, y mis padres bien lo sabían, por eso se presentaban días antes a visitarme. Odiaba mi cumpleaños desde Neal, desde que lo conocí siempre olvidaba mi cumpleaños, es tonto de mi parte odiar mi propio cumpleaños por una razón tan tonta y peor, aún mantener ese desprecio luego de la separación, pero me resultaba reconfortante y menos doloroso dejar en el olvido mi propio cumpleaños que enterrarlo a él con

todos los recuerdos.

Tomé el celular y lo apagué, siempre había llamadas que no deseadas y mensajes que odiaría leer. Decidí no perder más tiempo e iniciar el día pues era como cualquier otro, además, *viernes*, bien podría ir a comer algo con Pili por la tarde o ir a un karaoke por la noche. Tomé un baño rápido y me vestí como siempre, cómoda y nada llamativa, sin maquillaje, de todas formas a Chris no lo había visto en toda la semana, ¿qué tendría que ocurrir para que lo viera hoy? Un milagro, pero como no creía en ello. *Aunque si el horóscopo decía algo al respecto...*

Resté importancia a ese pensamiento y me dirigí a la cocina, al llegar a la estancia sonreí al ver la mesa preparada con una humeante taza té y un plato de tostadas, tomé la nota rosa que estaba descansando a un lado de la taza.

Sé que odias festejar tu cumpleaños, pero cumples 27, ¡este podría ser un buen número! ¡Feliz cumpleaños!

PD: tuve que irme antes para el trabajo, te lo compensaré. XOXO

Sonreí sin muchas ganas. Tal vez tuviera razón, este podría ser un gran día. Terminé el desayuno, tomé las llaves que colgaban a un lado de la puerta, en eso escucho la puerta de abajo cerrarse y a un perro ladrando. Llegó un susurro de advertencia; cerré mi puerta con cuidado y me dirigí escaleras abajo en silencio esperando ver al vecino/mejor amigo de Pili. Sentía curiosidad por el muchacho y la extraña relación que mantenían, además me había picado el hecho que no quisiera que yo lo viera diciendo simplemente que no era mi tipo.

Pero ahora que lo pienso, últimamente decía que teníamos actitudes similares, ¿a qué se referiría? Al llegar a planta baja la puerta ya estaba siendo cerrada. Me apresuré en abrirla de nuevo y baje los dos peldaños de la entrada, giré en todas las direcciones esperando ver a alguien con algún perro, aunque no estaba segura de que clase de raza esperar, pero no había rastros de nadie.

Un perro... Corcho se me cruzó por la mente con una sonrisa boba en el rostro; parecía tan tranquilo el animal, sin mencionar que era raro que un hombre como Chris, imponente y mal humorado, tuviera un compañero como ese cachorrito, si no lo conociera y lo viera por la calle paseándolo,

sinceramente pensaría que es homosexual. Caminé las calles pensando y recordando cada malentendido que habíamos tenido a lo largo de este año, sus reacciones ante mis respuestas, su sonrisa, daría lo que fuera por verlo aunque fuera de lejos.

No. Nada de eso. Debo mentalizarme para no volver a conformarme con migajas.

Me dirigí al trabajo esperando que los de Recursos Humanos no hubieran enviado un mail a todo el personal recordando mi cumpleaños. Odiaba cuando ocurría eso, pues nos reunían, como de costumbre, en la sala de conferencias donde recibías las palmadas *afectuosas* en la espalda, una tarjeta barata de felicitaciones por parte de todos y luego traerían un muffin con una vela para luego desafinar de forma estridente la canción del Feliz Cumpleaños, y en lo que tus tímpanos sangraban observabas la risa falsa de todos. Luego las preguntas incómodas como: ¿Qué te ha obsequiado el hombre de la casa? ¿¿Como que no tienes uno?! Y los consecutivos e innecesarios consejos sobre cómo atrapar a un hombre.

Al llegar al piso, sin salir del todo del ascensor observé con cuidado a mí alrededor. Efectivamente todos estaban reuniéndose en el salón de conferencias, hice una mueca de disgusto. Aquello ya no era lo mismo desde que Pili se había marchado. Presioné una vez más el botón de la caja de metal y me escabullí a la Mesa de Entrega. Joshua siempre con su periódico en mano, me dedicó una mirada por encima del papel antes de volver a la lectura.

—Creí que estarías celebrando tu cumpleaños con los demás —sugirió sin apartar la vista del periódico.

—No tengo ganas de que me arruinen el tímpano y me cuestionen *ciertos* aspectos de mi vida —susurré apoyando mis codos en la mesa, el hombre hizo a un lado la gaceta y la dobló con cuidado depositándolo en la mesada, luego se puso en pie y se dirigió hacia el interior de su oficina, al cabo de unos segundos volvió con las manos en la espalda.

Una pequeña torta de chocolate con una vela encendida traía entre manos, el tamaño era justo y suficiente para nosotros dos.

—Pide un deseo —murmuró mientras el postre era depositado sobre la superficie.

—¡No tenías que hacerlo! —Dije ocultando mi emoción.

—Tú conseguiste las reservaciones para ese restaurante elegante el año

pasado para mi aniversario, en recompensa, esto es lo de menos. Lo ha horneado mi mujer, en medio tiene trozos de durazno con crema de vainilla, que sé que te encantan —confesó, sonreí ampliamente y afirmé.

Observé fijamente la flama de la vela, pensando en que podía pedir. Hasta hace cuestión de meses, mi vida había encontrado su cauce luego de tanto tiempo. Tenía trabajo, salud, una familia maravillosa y una amiga que me cuidaba. Todo volvía a ser perfecto. Me había convencido y conformado con eso, desechando la idea de volver a querer a alguien hasta que había aparecido Abel. Claro que él solo había sido el conductor del tren que me llevó a la estación Chris, y ahora lo entendía.

Quería, deseaba, y estaba más que segura que este sentimiento dentro de mí seguiría aumentando en tamaño. Sus ojos claros, que cuando los recordaba no estaba segura de que colores eran, si verdes o azules; su sonrisa macabra y burlona, que cuando lo soñaba lo dibujaba dulce y franca; y sus brazos alrededor mío, siempre reconfortándome, a excepción de la última vez. Sonreí como tonta, la mirada de Joshua solo lo confirmaba. Cerré los ojos y soplé con todo el aire retenido deseando tener una oportunidad y ser capaz de no desperdiciarla en vano.

Tras devorar el postre en silencio me despedí agradeciendo el gesto, debía darme prisa. Para ser un viernes las entregas eran bastantes, hasta me atrevería a decir que la ruta se me desviaría un poco más de la cuenta. Como siempre, ordené por zona y descubrí que me tomaría toda la mañana y parte del mediodía terminar con aquello. *Nada de almuerzo para mí*. Me maldije a mí misma al no haber llevado conmigo los patines a la casa de Pili, pues hubieran sido de gran ayuda. Me coloqué los auriculares, y la primera canción me ocasionó un escalofrió. *Taylor Swift*. La maldita canción alegre de su último disco. Aunque no era tan maldita, pues aquella misma canción retumbaba en mis oídos cuando había regresado al distrito dos.

Ambas manijas del reloj ya rozaban las trece cuando al fin llegué al edificio de Defensoría del menor. Al traspasar las puertas Carla se puso en pie para recibirme con los brazos abiertos. En una de sus manos una pequeña caja envuelta en papel de regalo color rojo se sacudía en lo que yo me acercaba negando con la cabeza.

—¡Ya estaba creyendo que no vendrías! —Dijo al tenerme cerca, su abrazo al igual que su deseo de un feliz cumpleaños.

—¡No te hubieras molestado!

—No me molesta, además no me costó nada. ¡Espero que lo disfrutes! —
Sonrió, sacudí ligeramente la caja y esta hizo un ruido sordo con su contenido.

—¿Qué es? —Pregunté emocionada.

—Son bombones de chocolate negro y algunas blancas con almendras, ¡las hice yo misma! —Brincó juntando sus manos, mi sorpresa se vio reflejada en mi expresión.

—¡Pásame la receta! —Pedí de inmediato, ella se manifestó en contra.

Hablamos un rato sobre cosas inverosímiles, hasta que reparé en que aún me quedaba camino por recorrer. Me disculpe y subí hasta los pisos superiores. Por alguna extraña razón me sentía más alegre que de costumbre, guardé la pequeña caja en el bolso y salí del ascensor con el corazón latíendome con fuerza cuando de pronto simplemente se detuvo.

Una vez en medio del pasillo sentí como si el mundo simplemente hubiera desaparecido. Mi deseo ahí estaba, de pie en el umbral de su oficina observándome con la sorpresa escrita en el rostro. Sus ojos azules brillaban cual cielo despejado. ¿Cómo pude pensar que sus ojos podrían ser verdes?

Ambos tragamos con fuerza e inmediatamente supe que debía hacer.

Con paso seguro caminé a su encuentro golpeé contra su pecho y lo empujé al interior de su oficina con una fuerza que no reconocí en mi misma. No soy capaz de asegurar la expresión en mi rostro, pero el suyo era evidentemente de desconcierto. No esperaba verme, punto a mi favor. Cerré la puerta tras de mí con fuerza sin dejar de mirarlo ni empujarlo, tiré del cuello de su sudadera y lo acerqué lo más que pude a mi rostro, sus ojos se abrieron más, si aún eso era posible y, su aliento al chocar contra mi rostro fue una brisa fresca en medio del verano. Hice una mueca y lo arrojé contra la silla, él se tambaleo y cayó de lleno, aproveché ese movimiento que no esperaba y tomé su rostro con ambas manos. Su barba picaba en la palma de la mía, su mirada era perdida aunque estaba clavada en mis ojos, una mueca y un silbido salieron de su pecho y su boca, pero antes de que pudiera objetar o decir algo que arruinara el momento eliminé la distancia existente entre nosotros.

Todo lo contrario a lo que había sido su beso fue lo que hice. Decidí en ese momento ser suave y delicada, y presioné mis labios contra los suyos sin cerrar los ojos, sin perderme de su expresión. Por un momento creí que no me respondería, así como yo no lo había podido hacer por la sorpresa, pero él de inmediato llevó sus manos a mi cintura acercándose a él al tiempo que

cerraba sus ojos. Yo cerré automáticamente los míos.

Un segundo estaba de pie, al siguiente estaba sentada sobre sus piernas enredando mis brazos a su cuello, sintiendo las hebras de su pelo en lo que él aferraba sus manos con fuerza a mi cintura de camino a mi espalda. Me deleité con sus labios sin importarme el aire que comenzaba a faltarme, solo me concentre en besarlo. No me importó el tiempo, mucho menos lo que pensarán los de afuera.

Este era el beso que yo había deseado. El que merecía.

Sus manos me obligaban a acercarme más a él. Sonreí y decidí que era suficiente.

—¡Habla! —Exigí en lo que alejaba sus manos de mi cuerpo y me ponía en pie.

El abrió sus ojos y dejó sus manos suspendidos en el aire. Dejé los sobres sobre la mesa, tomé su mentón con mi mano derecha.

—¿Te comieron la lengua los ratones? —Susurré cerca de sus labios, él tragó con fuerza mientras lo sacudí levemente.

Me despedí con la mano. Deposité los sobres restantes sobre una mesa cualquiera sin repárteselas a nadie con la atenta mirada de todos. Mi corazón bombeaba eufórico, y mis labios ardían deseosos de volver a su oficina y repetir la tanda de besos, pero me contuve, más que feliz por cómo me habían salido las cosas. Al llegar a la calle observe el imponente edificio y me pregunté cómo fui capaz de llegar allí con las piernas flojas y tiritando.

Llamé a Pili y la invité a comer. Terminé mi trabajo y horas después estábamos en un restaurante brindando y celebrando mi cumpleaños. Ella me miró escéptica cuando tomé una copa de vino y lo elevé deseándome un feliz cumpleaños.

—¿Debo preocuparme por este brindis? —Cuestionó, solo pude enseñarle mis dientes— ¡Algo has hecho! — sentenció.

—¡Lo besé!

—¿A quién? —dijo sorprendida.

—¿Como que a quién? ¡A Chris por supuesto!

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Dónde lo has visto? —Preguntó más alarmada que de costumbre.

—Oye, ¡cálmate! —Dije al verla tan desesperada—. Fue en la oficina, creo que aún no regresa a trabajar — mencioné pensativa.

—¿Por qué lo dices? —Pregunté cambiando el tono de su voz, en lo que

escribía algo en el teléfono celular.

—Bueno, estoy casi segura que no vestía traje —sonreí apoyando los codos sobre la mesa.

Ella me acompañó en la sonrisa.

Pasamos unas horas increíbles hablando sobre sus nuevos proyectos y sobre el chico que le gustaba. Le sugerí salir todos a celebrar a un karaoke y ella de inmediato dibujo un gesto extraño en su rostro.

—Me ha invitado a salir a cenar —confesó avergonzada, tragué con fuerza.

—Vaya, ¡FELICIDADES! —dije—. Pero, ¿por qué llevas esa cara?

—Bueno, es que es tu cumpleaños y no quiero dejarte sola.

—Oye, ¿cuánto llevas esperando que algo así suceda?

—Bastante, la verdad —dijo acomodando sus gafas al tiempo que sonreía nerviosa—. ¿No te importa? Podremos salir todos luego...

—¡Volveré a mi casa! —dije interrumpiéndola—. Mis padres seguramente enviaron algún mueble de regalo, así que —elevé mis hombros.

—Te lo compensaré mañana, lo prometo —dijo alcanzando mi mano sobre la mesa.

—¡Claro que lo harás! ¡Me dirás todos los detalles sucios! —Advertí.

Al llegar a su casa junté mis cosas, mientras lo hacía se ofreció a llevarme a la estación de trenes. Antes de que pudiera responder se encerró en su habitación a hablar por teléfono por un buen tiempo. En lo que su llamada con el chico de sus sueños duraba me dediqué a pensar en el beso. La forma en que sus manos me apresaron, sus labios parecían deseosos de los míos. El mejor regalo de cumpleaños. Me estremecí ante la presencia de mi propio deseo. Cuando al fin Pili salió una sonrisa macabra surcaba su rostro. Decidí no preguntar y dejárselo pasar. De camino a la estación sólo el silencio nos acompañó, pero para nada incómodo.

El sol se ponía en el horizonte en lo que el cielo se teñía de naranja y violeta. Me despedí de mi mejor amiga deseándole una buena cita. Ella balbuceó algo inentendible, supuse por los nervios. Solo asentí viendo como el coche giraba en la esquina.

Las calles poco a poco iban siendo iluminados por las luces de las casas y los faroles de las sendas. Unas pocas personas caminaban y otras pocas se encontraban en los porches de sus viviendas observando a niños correrse unos tras otros. Observé a los padres de los niños que corrían, parecían mantener una conversación estresante, sus expresiones tensas hablaban por

ellos, pero entonces, la mujer observó a uno de los chicos hacer una pirueta, la madre preocupada a punto estuvo de levantarse en lo que yo caminaba lentamente por delante, pero el hombre a su lado enredó sus dedos en sus manos, aunque desde mi lugar era imposible escuchar lo que le decía, supuse que le susurró algo así como que estaba bien. Pero no era eso lo que llamó mi atención, sino que el hombre tomara la mano de la mujer y esta cambiara inmediatamente su expresión.

El poder de esa caricia, de esa contención fue lo que me hipnotizó. Sonreí cuando apoyó su cabeza en el hombro de su esposo. Eso, ese gesto, esa imagen, ese cuadro lo quería para mí. Lo deseaba en mi futuro y comprendí que eso lo anhelaba junto a Chris. No lo entendía del todo pero por primera vez en vida aspiraba a algo así. Antes ni siquiera la idea era posible de imaginarla, pero ahora, se me hacía tan fácil dibujarla en mi mente. Lo sentía natural.

Continúe caminado perdida en una nube cuando de pronto me sentí desorientada. Miré en todos lados y la casa de al lado me era familiar, pero donde se suponía se encontraba mi casa parecía haber sido reemplazada. Confundida decidí volver tras mis pasos hasta la esquina, pero estaba en la calle correcta. Continué pero esta vez contando los números de las casas hasta llegar donde debía de estar la mía.

El césped de la entrada que lindaba con el cemento parecía nuevo, fresco e incluso húmedo, como recién cortado y regado. Unos setos de hojas verdes claros bordeaban rosas de distintos colores que estaban abiertas exhibiendo su esplendor. Me moví lentamente acercándome a ellos para percibir su aroma, y como supuse, de cada color desprendía un aroma particular. Caminé hacia el porche y hortensias estaban aprisionadas en pequeñas macetas ubicadas en lugares estratégicos entre los tres escalones de la entrada de la que parecía ser mi hogar. Al observar la puerta, de cada lado colgaban orquídeas violetas. Volví la vista al jardín que se encontraba bien iluminada.

Me sentía como en un sueño. Mis manos sudorosas temblaban cuando escuché una voz a mis espaldas.

—Pareces algo asustada —comentó la mayor.

—*E-es...* —tragué con fuerza—. Creí que estaba perdida —me observó confusa—. No me esperaba esto —señalé las flores, ella torció su gesto al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Creo entonces, quien lo hizo se sentirá satisfecho.

—¿Sabe quién fue?

—¡Por supuesto que no! Pero me refería al esfuerzo del jardinero.
—Oh...
—Por cierto, querida, hoy vinieron varias entregas para ti —comentó.
—Lo lamento —me disculpé aun anonadada.
—Sabes bien que no hay problema alguno, solo que no puedo acarrear sola los jarrones. Tendrás que ayudarme.

Acerqué mis llaves a la hendidura aun con la esperanza que no fuera la puerta de mi casa, pero ahí encastraba. Giré la perilla, empujé la puerta, encendí las luces, dejé mi bolso y fui a buscar las cosas a la casa de la Señora Thomas. Decenas de jarrones de rosas, chocolates y tarjetas fueron enviadas en su mayoría por familiares y amigos que no veía desde hacía tiempo.

Cuando terminé fui hasta la ventana sin dejar de observar mi nuevo jardín. Cuando finalmente me convencí de que ahí estaba para mí, fui a tomarme un baño largo para luego dormir. Ya cuando estaba acomodada en mi cama y el sueño caía sobre mí escuché que llamaban a mi puerta, a duras penas me puse en pie. Aguarde con la confianza de que dejarían de llamar. Pero siguieron insistiendo mientras observaba el reloj. *¿Quién era a las once de la noche?* Al observar por la mirilla simplemente quería desaparecer.

Chris

—¿Tanto esfuerzo por una chica que no conoces?

—Señora Thomas...

—¡Abuela! ¿Cuándo lo entenderás? —Regañó.

—Creo que ya perdió todo derecho —susurré antes de ponerme en pie. Al hacerlo ella me observó con los brazos cruzados.

—Creí que ya habíamos hablado claro.

—Sí, lo hicimos, pero no creo que usted espere que, ¿solo por una charla desecharé años de maltratos verbales y críticas sin justificación? —La hice a un lado y continúe con mi labor.

Debía apresurarme si para terminar a tiempo. Pili había pasado por mi apartamento temprano en la mañana para despertarme luego de haber pasado toda la noche trabajando y con ella enviándome mensajes de texto de apoyo manteniéndome al tanto de la conversación que mantenía con Ari. Hubiera querido prepararle el desayuno pero como había terminado todo el trabajo cerca de las cuatro de la mañana decidí regresar a casa, solo que jamás creí que fuera a quedarme dormido.

Ahora ya solo me quedaba detalles por resolver, pero mi *Abuela* no dejaba que trabajara en paz.

Decidí no prestarle más atención y menos cuando flores comenzaron a llegar para la cumpleaños. Nombre de hombres firmaban cada delicado arreglo de rosas. Un malestar comenzó a crecer dentro de mí. *¿Estaba celoso?* Puede ser, pero lo escondería. El tiempo suficiente.

Trabajé toda la mañana, hasta que observé el reloj. Había hecho todo el maldito trabajo y ahora tenía ganas de ver a Ari, aunque fuera de lejos. La Señora Thomas no reparó en mi cuando fui guardando las herramientas en la camioneta de mi hermano. Ni mucho menos cuando coloqué las luces alrededor de los soportes donde crecerían las enredaderas en el futuro. No fue hasta que estuve montado en el asiento del conductor cuando se puso a mi altura con algo en las manos junto con un vaso de agua.

—Sé que tienes la mano lastimada, que solo has comido emparedado esta semana, y que posiblemente tengas una lesión en la espalda de tanto trabajo

duro —comentó despectiva mientras me tendía el vaso por la ventana abierta con una pastilla.

—¿Es veneno? —Pregunté, ella bufo.

—Dejaría pruebas en mi contra.

—Pero te desharías de un nieto no deseado —suspiró—. Lo siento, es solo que me cuesta olvidar. Es la costumbre.

—Y en parte es mi culpa —susurró mirando en dirección a las pastillas, con una exhalación de resignación tomé el medicamento que ofrecía—. ¿La mano esta mejor?

—Lo estará desde ahora, ya acabé con lo pendiente.

—¿Se lo dirás?

—Aún me lo estoy pensando —admití mientras devolvía el vaso.

—¿Qué has hecho con el dinero que te dio la madre de Ari?

—Se la devolví —sonreí encendiendo el motor.

En principio pensé en ir a casa, pero debía saber cómo estaban las cosas por la oficina y verla a ella, por supuesto. Así que me dirigí al centro. Estacioné el coche en la entrada y encargué a Carla que cuidara el coche de las grúas y le advertí que había dejado una ventana a medio abrir para el perro. Fui hasta la oficina y todos parecían sorprendidos de verme, menos Agustina quien parecía hecha una loca. Tan pronto me tuvo cerca bombardeó con cuestiones legales y arremetió contra Abel y Avril. Al parecer se había atrasado el proyecto de Ley que buscábamos implementar, solo por capricho de Abel. Pregunté por el correo y la chica también pareció sorprendida.

—No la he visto. ¡Aún no han llegado las peticiones! ¡No te atrevas a moverte! —Advirtió—. Iré a ver si han dejado los sobres en otro despacho —la chica salió disparada.

Minutos pasaron, hasta que decidí que ya era suficiente. Tomé los papeles que necesitaba y cuando me dirigía a la salida fue cuando pasó. Ahí estaba ella, saliendo del ascensor con ese aire despreocupado y alegre. Quedé de piedra. Incluso no estaba seguro de si estaba respirando. Sus ojos claros se toparon con los míos. Deseaba sonreírle pero mi cuerpo no cooperaba. La fuerza gravitacional me tiraba hacia ella.

Un segundo duró la sorpresa en su rostro antes que la determinación dominara su expresión. Con paso seguro llegó hasta a mí, su mano chocó contra mi pecho obligando al aire a salir de mi sistema. Cerró la puerta de una

patada, *¿o fue de un manotazo?* No estaba seguro, solo que en ella un brillo iluminaba sus ojos. No había dulzura o inocencia. Volvió a arrastrarme hasta que me detuvo tirando de mis prendas. Un escalofrío de advertencia recorrió mi espina dorsal y sacudió mi entrepierna. Tragué con fuerza ante su cercanía.

Volvió a empujarme, pero esta vez la silla tras de mí me obligó a tambalearme, por un momento temí no acertar a sentarme.

Ella tomó mi rostro entre sus manos acariciándome y enviando cientos de pequeños cortos circuitos en su tacto. Humedecí mi boca ante la expectativa de volver a besarla. Y fue ahí cuando el pensamiento se hizo realidad, tomándome por sorpresa. Sus labios delicados buscaron la forma de abrirse paso ante los míos, me sentía hipnotizado ante su mirada, pero cuando comprendí lo que estaba ocurriendo mis instintos manejaron la situación. Mis manos que habían estado quietas hasta ese momento se dirigieron de inmediato a su estrecha cintura para acercarla a mí. Sus labios no se despegaron de los míos de la misma manera que mis manos no se alejaron de su espalda. Sus brazos sirvieron de prisión para mi cuello. El beso era profundo, sexy y urgente. Mi cuerpo ardía en llamas como no lo había hecho antes. La quería. Quería todo de ella. La deseaba. Una urgencia por confesarle lo que sentía invadió todo mi ser, fusionándose con el deseo de poseerla.

Una vez afirmada la situación en mi mente, pellizque su piel con suavidad, ella fue desprendiéndose de mí generándome una sensación de vacío. Sonrió a quema ropa contra mis labios antes de ponerse en pie.

—¡Habla! —Exigió poniéndose en pie, burlándose de mí. Necesitaba tenerla cerca, su piel, su aroma, su sonrisa, sus labios.

Hasta ese momento no reparé en que había quedado tieso. Ella dejó los sobres sobre la mesa, y entonces volvió a acercarse a mí, tomó mi mentón:

—¿Te comieron la lengua los ratones? —Murmuró sonriendo maliciosamente. *No, pensé, me lo has comido tú.*

Se despidió con la mano, como si nada hubiera sucedido, como si no me hubiera besado, como si no me hubiera revolucionado. Tarde más unos minutos en ponerme en pie. *Maldición.* ¿Cómo saldría ahora? El cuerpo entero me latía. Y mi entrepierna dolía. ¡Esta chica iba a matarme!

Llevé mis manos hasta el pantalón, como quien no quiere la cosa. Caminé hasta la puerta, conté hasta tres y tiré del picaporte. Nadie me prestó atención.

Genial. Avancé como pude hasta el ascensor cubriendo mi estado. Estaba agonizando cuando logré llegar a planta baja. Pase de largo a las personas y me dirigí al auto, arranqué el motor y pise a fondo el acelerador. No se cuanta leyes de tránsito quebrante, pero poco me importó, y menos cuando arribé a mi hogar. Abrí el grifo de la ducha y con las prendas aun puestas me introduje bajo el agua fría. Emití un grito ahogado y maldije en silencio por varios minutos.

Ya más calmado, tras una larga y extensa ducha y sin moros en la costa decidí pensar en el trabajo. Claro hasta que encontré los sobres, otra vez. Cogí directamente el sobre correspondiente al número dos, lo hice antes de que cualquiera llegara a interrumpirme. La verdad, últimamente pensaba más de la cuenta, imaginaba los posibles contenidos de aquellas cartas, la primera había sido linda. Aunque no me consideraba una persona romántica, detectaba dónde había amor.

A ti desconocido:

Si pudiera, robaría tu sonrisa y lo guardaría en un frasco solo para mí. Me conformaría con escucharla de vez en cuando.

Si pudiera, luego robaría tus ojos, para que me vieras de vez en cuando y así perderme en tus ojos cada vez que sienta que no tengo salida, aunque si pudiera, te enseñaría a querer aquello que no vez, así tendría esperanzas concretas.

Si pudiera, te tendría solo para mí, pero sería injusto para el mundo, pues al parecer todo gira alrededor de ti, pues si sonríes lo hace el mundo igual que yo, si estas serio lo hace el mundo y me preocupo yo, si lloras lo hace el mundo, aunque menos yo. Pues yo, amor mío, no lloro por tu sufrimiento, pues en ese momento lloro por el mío, porque entiendo que no existo, que soy anónimo y que tal vez en este momento en esta vida solo sea alguien que se cruza en tu camino.

Si por mi fuera, escribiría mil historias donde contaría mil formas de conocerte, mil formas de enamorarte y mil formas de llegar al final feliz.

Juntos ...

Me dejé caer de espaldas en la cama asimilando las palabras. Después de todo hoy parecía ser el día correcto para leerlo.

Cuando conocí a Aldana había asimilado y aceptado lo que sentía por ella

de inmediato. Quería salvarla, y hasta ahora lo entendía. La amé. La amo. Y seguiré haciéndolo, siento que nunca dejaré de hacerlo y por más esfuerzos ponga de mi parte, siempre estaré al pendiente de ella.

Ariadna. Ella pertenecía a otra historia. Con Aldana había aprendido a quererla en la distancia, pero Ariadna, su fuerza de gravedad me obligaba a girar alrededor de ella. No podía explicar lo que sentía, ni tampoco darlo por sentado pues ni siquiera estaba seguro de lo que me pasaba estando cerca. De una fuerza descomunal y arrolladora me desmoronaba con solo estar frente a ella. Me gustaba y era más que obvio que la deseaba. ¿Pero la quería? Lo que antes me había asaltado ahora me resultaba ilógico.

¿Entonces por qué el jardín? Susurró una voz en mi cabeza. Ni siquiera lo sabía. Tenía miedo. Sí. Analicé la situación. Con Aldana nunca había tenido oportunidad alguna, ¿pero con Ari?

—Lo fabricas —dijeron tomándome por sorpresa.

Me enderecé de inmediato al escuchar su voz. Parado en el umbral de la puerta vestía un traje de etiqueta.

—¿Vas a salir? —Pregunté como un idiota.

—No, en realidad iré a comprar al chino de la esquina —se burló—. Invité a salir a *Pipi*.

—¿Y eso? —Elevó sus hombros y caminó hasta mi lugar, con un suspiro de resignación se dejó caer en la cama.

—No lo sé en realidad —su mirada estaba puesta en el techo como si la respuesta estuviera escrita ahí.

—He visto este techo por poco más de un año. Nunca he encontrado las respuestas allí —dije al cabo de unos minutos de incómodo silencio.

—Hemos sido amigos, ¿por cuánto tiempo?

—Toda la vida.

—Hay cosas que no sabe de mí —me dedicó una mirada, sabía a lo que se refería—. No quiero perderla, en realidad no quiero perder lo que tengo con ella.

—En realidad, no tienes nada con ella.

—Es *mi* amiga. Es mi *pequeña duendilla*. ¿Y si derrapo?

—No derrapes —me burlé—. No lo harás. Sé que cuidarás de ella. Además —suspiré—, no creo que te permita hacerlo. Te advertirá cuando estés cerca del risco. La conoces. Ella no te juzgará. Ha estado siempre aquí para nosotros —hizo una mueca volviendo la vista al techo.

—No soy como los hombres que ella describe en sus libros o en su blog.

—¿Los leíste? — cuestioné impresionado, él hizo otra mueca—. Vaya...

—Se merece algo mejor que yo.

—En realidad se merece que correspondas —me dedicó una mirada recriminatoria.

—¿Quién iba a decir que mi hermano pequeño iba a darme consejos a esta altura de la vida? —Se burló poniéndose en pie—. ¿Tú que harás pedazo de idiota?

—No lo sé. ¿Ver películas?

—Acabas de darme un consejo, así que acepta este: vete a festejar el cumpleaños con esa chica. Has trabajado duro, mereces una sacudida —Hizo un guiño.

—¿Qué? —Reí—. ¿Y qué le digo *Gran Sabio*? Golpeo la puerta de Pipi y le digo: ¡Oye! Soy el amigo de tu mejor amiga y sé que ha salido con mi hermano. ¿Qué te parece si festejamos tu cumpleaños juntos? —Movié su boca de un lado a otro.

—Si quieres decirle eso, allá tú. Pero déjame advertirte que si golpeas la puerta de arriba, nadie la abrirá.

—¿Qué quieres decir?

—Que ella, *pequeñín*, en este preciso momento estará viendo el hermoso jardín que has hecho para ella. ¡*Arrivederci!*

Lo vi sonreír antes de desaparecer. Miré a Corcho y hasta éste parecía haber entendido lo que yo. Pili le había dicho lo del jardín, y lo más importante, no tendría que esperar hasta el lunes para saber su reacción.

Tranquilamente podría ir a verla ahora.

Me vestí, tomé las llaves de la camioneta y el celular. Observé por todos lados sin saber exactamente que estaba buscando. Salí disparado para la calle, pero decidí regresar. Corcho no tenía ni agua ni comida en el plato. Volví tras mis pasos, deposité la comida a su alcance y volví a salir, no sin antes advertir al perro que hiciera sus porquerías donde debía de hacerlo.

¡*Grandioso! Como si el perro lo fuera a hacer.*

De nuevo en la calle, reparé en que la noche había cobrado vida. Personas aquí y allá, yendo y viniendo disfrutando de un viernes en la noche. Eran más de las diez de la noche, jamás conseguiría un taxi por esta zona. Resignado caminé unas calles en busca de un vehículo. Al conseguirlo, di la dirección y en cuestión de minutos ya estaba allí.

Bajé unas calles antes, para darme la oportunidad de arrepentirme. Cuando pagué por el viaje reparé en las llaves de la camioneta de mi hermano en mis bolsillos. Avancé con el corazón en la mano, sintiéndome un ladrón buscando un lugar que asaltar. No entendía la razón pero era así como me sentía.

Me detuve en su vereda y observé mi obra maestra. Me sentía orgulloso de ella.

Como en anteriores ocasiones, frente a su puerta aquella sensación de estar en el lugar correcto me invadió. Agudicé el oído, en busca de vida en el interior de la casa, pero solo podía escuchar a los grillos cantando en las sombras. Llamé a su puerta sintiéndome repentinamente estúpido.

¿Y ahora que le dirías? Eso en el caso que estuviera. ¿Y si ha salido con alguien más a festejar? ¿Con alguno de los que le envió esos jarrones?

Pipi me advirtió que odiaba festejar su cumpleaños. Tragué con fuerza cuando escuché pasos al otro lado. Acerqué mi rostro al mirador. Volví escuchar pisadas fuertes, un murmullo inentendible, un golpe seco y por último, cuando estaba a punto de bajar los peldaños, escuché la puerta abrirse.

Como en la oficina, ella me sonrió a matar. Su expresión aunque era de sorpresa, tenía rastros de haber estado durmiendo.

—Lamento haberte despertado —susurré sin mover mis pies de los escalones, escondí mis manos en los bolsillos de mi cacheta.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó con desdén, se aclaró la garganta—. Lo lamento, no quise emplear ese tono —se disculpó—. Me has tomado por sorpresa esta visita. Tan tarde...

—Esa era la idea —dije acercándome—. ¿Puedo? —dije señalando el interior de su casa aun con las manos escondidas

—¡Oh! Sí, lo siento —respondió asiéndose a un lado y abriendo la puerta.

Observé la estancia. Las flores que habían llegado en la mañana estaban acomodadas, más sobres descansaban sobre la mesa de la sala. Una punzada amenazó con quitarme el aire.

—¿Quieres tomar algo? —Consultó, giré para verla.

—¿Y esas flores? —Pregunté en un tono que no pude controlar.

—Oh... Es que, fue mi cumpleaños, y bueno —Parecía avergonzada—. Son de mis amigos de la universidad, de mis padres, algunos vecinos y viejos socios.

—¿Y los chocolates? —Señalé con el mentón el enorme canasto con

golosinas, ella corrió a cogerlo, pero no con suficiente rapidez para que evitara ver el nombre. *Dagner*. ¿Qué clase de nombre era ese?

—Son de un amigo de la infancia —dijo con nerviosismo, llevándose el canasto a la cocina.

Esto había sido un error. Un maldito error, era un manajo de nervios y ni siquiera podía concentrarme en otra cosa que no fuera la exquisita ropa de dormir que llevaba puesta y el pelo revuelto. Cerré mis ojos para concentrarme y al abrirlos me topé con ella observándome.

Tras ella el reloj marcaba las once y quince, aún era su cumpleaños, tal vez podría.

—¿Quieres salir a caminar? —sugerí no muy convencido

—¿Ahora?

—Ahora.

—*B-bueno* —notablemente aturdida giró hacia su habitación pero se detuvo a medio camino—. ¿Te encuentras bien? —Preguntó preocupada.

—Lo estaré cuando estés lista —susurré, ella afirmó levemente y se perdió en la oscuridad del cuarto.

Al cabo de quince minutos ella regresó vestida con unos *jeans* que delineaban sus piernas, una blusa que parecía quedarle algo grande con una chaqueta del mismo color que la mía, sonreí ante eso. Calzaba unos zapatos de tacón, y su pelo iba sujeto en lo alto.

—¡Listo! —canturreó, me acerqué a ella negando con la cabeza—. ¿Algo va mal? —Alcé mi mano hasta el sujetador de su pelo y lo retiré con cuidado de no lastimarla, pasé mis dedos entre las hebras liberándolas y acomodándolas a un lado de su rostro avergonzado.

—Me gusta suelto —dije tragando con fuerza, ella llevó sus ojos al suelo.

Tome su mano con seguridad, entrelacé mis dedos con los suyos y tiré de ella. Una vez fuera, no estaba seguro de dónde ir, pero tampoco importaba. Miré a la casa de la vecina y podría jurar que vi la cortina correrse, deseché esa idea, y repentinamente supe dónde ir. Ari no se quejó, simplemente caminó a mi lado en silencio. Al llegar a la estación de trenes tomamos un taxi y susurré la dirección. En ningún momento solté su mano, y en el fondo esperaba que mis manos no sudaran y que ella no pudiera sentir mi acelerado pulso.

Una vez en destino, ella parecía algo desorientada. No pronuncié palabra y simplemente caminé tirando de su mano. El silencio no era incómodo, ni de cerca. Ella miraba las iluminadas galerías reconociendo el lugar. Cuando llegamos a la esquina donde ella había esperado por Abel se sintió algo avergonzada y eso lo supe por su repentina tensión. Volví a tirar de ella para cruzar la calle y nos dirigí hasta la banca donde la había visto aquel día.

—¿Que hacemos aquí? —Los nervios se hicieron presentes tras varios minutos de llevar sentados allí, suspiré—. ¿Aquí es cuando me dices que me asesinaras y nadie nunca me encontrará? —Intentó burlarse, pero el ligero temblor en sus manos me dio el valor.

—El día de tu cita con Abel estuve sentado aquí desde antes que llegaras —confesé mirando en dirección al café de la esquina, ella guardó silencio y siguió el camino de mis ojos—. Te vi llegar radiante y despampanante y te odie por ello. Por arreglarte para él.

—Lo siento —la miré y sonreí, parecía sincera.

—También yo —dije volviendo a guardar silencio, ella acercó su otra mano a la que estaban unidas y apoyó su cabeza en mi hombro.

—Pasamos por varios comercios abiertos y no fuiste capaz de comprarme una golosina por mi cumpleaños — se quejó con inocencia fingida, no podía ser más hermosa dibujando un puchero en los labios. Sonreí ante su gesto.

—Yo te obsequie un jardín —solté y gocé con la evolución de su expresión.

Primero incredulidad, luego llego la burla, siguió la sorpresa y por último la inmovilidad absoluta. Aproveché a desenredar mis manos de las suyas, me puse en pie y caminé hacia la calle, me detuve en el mismo lugar donde ella había esperado a alguien más. A los pocos segundos, con la velocidad que sus tacones permitieron, me dio alcance.

—*P-pero* —balbuceó, sacudió la cabeza y frunció el ceño—, ¿cómo?

—No soy bueno escribiendo poemas o dedicando canciones de amor, creo que me llevaría una eternidad encontrar la canción perfecta con lo quisquilloso que soy —dije al tiempo que extraía el teléfono celular del bolsillo delantero—. El romanticismo no está en mi vocabulario y soy bastante tosco para estas cosas y otras más. No hablo sobre mis sentimientos porque sencillamente no sé cómo hacerlo y no caer en ridículo por no ser capaz de expresarme correctamente —busqué una canción y la reproduje—, o eso creía hasta que me di cuenta que alguien más podría tenerte si no me arriesgaba, al menos intentarlo.

Se acercó lo suficiente para que el sonido inundara a su oído.

—No sé con exactitud qué me sucede contigo, pero estoy dispuesto a averiguarlo. Si me lo permites, claro. Soy un evolucionado idiota y tú lo sabes de sobra. Pero a pesar de mi estupidez y falta de ideas, cuando estoy contigo siento que puedo aspirar a mucho más.

—No quiero que seas *alguien* más —murmuró al término de la canción con ojos levemente inundados.

—Creí que nunca experimentaría algo como esto, no me consideraba merecedor... —me detuve.

—¿Y qué es lo que sientes?

—*Siento* de nuevo. Es como si acabara de despertar luego de un largo y entumecido sueño, es como si estuviera vivo por primera vez. Me duele cada maldito latido cuando estoy a tu lado. Y me encanta.

—¿Eso qué significa? —Pregunto mirándome fijamente—. Intento comprender tus palabras pero por alguna razón no soy capaz. Acaso, ¿por esto hiciste el jardín?

—Ni siquiera estoy seguro de nada. La única cosa segura son mis acciones, para nada premeditados te lo puedo asegurar. He aparecido frente a tu casa sin saber por qué —confesé, ella se encontraba a solo dos pasos, solo dos me decía la lógica, pero se sentía como si esa corto trecho fuera mucho más profunda—. Por circunstancias desconocidas tu madre se comunicó con alguien para regalarte el jardín, me confundió y permití el error para hacerlo yo mismo —elevé mis hombros, ella parecía estar digiriendo mis palabras. Transcurrieron varios minutos de tenso silencio.

—Me hubiera conformado con que dijeras “*feliz cumpleaños*” —habló finalmente dibujando las comillas con sus dedos, sonreí.

—Preferiría hacer otra cosa —solté.

—¿Qué cosa? —contestó con un hilo de voz.

—Hubiera iniciado mucho antes, aquí posiblemente. Pero estaba abrumado. Sigo abrumado.

—¿Si? —Afirmé.

—Me hubiera acercado a ti —di un paso hacia ella—. Sin que repararas en mi presencia hubiera acariciado tus dedos y hubiera seguido las líneas de tus brazos hasta llegar a tu cuello, por ambos lados —me anime a hacerlo conforme las palabras brotaban, ella, finalmente dio el paso que restaba—. Lo siguiente, habría sigo tomar tu rostro con delicadeza, perderme en tus

maravillosos ojos, hubiera bebido de tu respiración y entonces —fui apagando mi voz conforme eliminaba el espacio entre nosotros.

Acaricié sus labios con los míos. Lento. Sin apuro alguno. Delicado y delicioso. Saboreé de su textura mientras acariciaba sus mejillas con mi pulgar y descubrí la suavidad de su pelo con el índice y el pulgar. Abrió su boca un poco más dejándome entrar. Sus manos se posaron en mi cintura.

La quiero, pensé pegándome más a ella.

—¿Te importaría si considero esto como el primero? — Preguntó cuándo me apoyé en su frente a recobrar aire, sonreí ante su sugerencia.

—Me parece perfecto —dije en un suspiro—. Si tú tomas esa como la primera, yo tomaré la siguiente como la segunda.

Se elevó sobre las puntas de sus pies y mordió mi labio inferior, dándome pie a comenzar de nuevo.

—Ha pasado tanto tiempo desde que besé a alguien — confesé.

—Créeme, lo haces muy bien —sonrió.

Tomé su mano, volví a enredar mis dedos y con una exhalación intenté saciarme de sus labios.

Esa esquina fue testigo de la destrucción de mis defensas.

NO ERES QUIEN CREÍ A
Ariadna

Fui desperezándome con lentitud sobre la cama, flexioné mis músculos con cuidado y acomodé mi cabeza en la almohada haciendo el máximo esfuerzo en no moverme demasiado. Tenía el cuerpo entumecido por permanecer en la misma posición por demasiado tiempo. ¿Pero qué más podía hacer? Chris estaba ahí, a mi lado, apaciblemente dormido. Respiraba tranquilo en un vaivén lento casi hipnótico al respirar. Con la boca entreabierta, sus largas pestañas oscurecían en parte sus mejillas con la luz que se filtraba por la claraboya de su lado. Su mano derecha descansaba al alcance de mis dedos mientras que la izquierda sobre su estómago. Cubría ambas manos con vendajes, pero a pesar de eso las magulladuras y los raspones se dejaban ver. Sus dedos largos e hinchados captaron mi atención, acerqué mis manos hasta ellos y las acaricié con cuidado de no despertarlo.

No podía creer que estuviera allí conmigo. Convencerlo para que se quedara no fue tarea fácil. Charlamos durante horas hasta que el cansancio de la semana pudieron con él. En principio la interacción fue amena pero conforme la noche avanzaba hacia la madrugada sus respuestas fueron perdiéndose entre el silencio y parpados caídos.

Teniéndolo tan cerca podía apreciarlo mejor. Su piel blanca era porosa, pero solo apenas, rastros de una difícil adolescencia con el acné supuse; sus labios finos se perdían con la barba crecida y decolorada por los días, con la luz del sol parecían rojizas y no castaños claro con su cabello y en su frente había rastros de invasión de líneas por preocupación. Me pregunté cómo sería su rostro sin la población de bello facial, ¿resaltarían más sus ojos? Definitivamente tendría el mismo efecto en mí.

Entonces caí en la cuenta de que las respuestas eran si, si y sí a cada estúpida pregunta que surgía en mi tonta y alborotada cabeza. Sus largas pestañas, envidiablemente arqueadas, del mismo color que su cabello ensombrecían levemente sus mejillas.

—Si sigues viéndome así, me dolerá la cabeza —se quejó tomándome por sorpresa, sin abrir los ojos respiró de manera profunda.

—¡Casi me da un infarto!

—Con gusto te realizaré respiración boca a boca —continuó aun sin abrir los ojos.

—¡Me has asustado! —lo reprendí golpeándolo en el hombro.

—No. No lo hagas, me duele todo el cuerpo —reclamó, giró levemente y tiró de mí contra él, su frente arrugada y su voz ronca denotaban su cansancio.

—Lo siento —susurré, él abrió sus ojos.

—No lo lamente, no es culpa tuya, lo hice por gusto.

—Lo es aunque lo niegues, has trabajado duro. Ni siquiera me di cuenta de la evolución. Mereces una recompensa —musité acercándome aún más.

—¿Si? ¿Qué tipo de recompensa? —Preguntó relamiéndose los labios. *Un gesto sexy*, pensé en lo que contenía el aliento y eliminada la distancia.

Como si de una desesperada necesidad se tratara, fui tras su boca, mis manos encontraron el camino de su cuello hasta llegar a su cabello, mi cuerpo ardía deseosa de que no hubiera recovecos sin explorar. De forma automática mis piernas cruzaron por encima de su cuerpo aprisionándolo bajo mío. Él respondió llevando sus manos a mi cintura acercando su rostro al mío, sus manos viajaron bajo mi blusa. Cuando reparé en mi manera de comportarme quede tiesa, alejé mis labios de los suyos y descubrí sus ojos más brillantes que de costumbre. Mis mejillas ardían tanto o más que mi cuerpo.

Él no dijo nada, solo se acomodó pudo sin que sus manos abandonaran mi espalda. Con intención de incorporarme me separé de él, pero no avancé demasiado, tiró de mi brazo y me tomó por el cuello intercambiando posiciones. Ahora con él encima de mí no podía escapar, con su peso contra mi cuerpo, por primera vez en años sentía un desesperado deseo de que me tomara con pasión y me atrevería a decir con urgencia. Ese pensamiento me avergonzó.

Siempre había sido una chica respetuosa, con los cabales intactos, permanentemente bajo mi mando y control, pero ahora, con su mano derecha recorriendo y presionando mi muslo, con sus labios alimentando el deseo en los míos, mis acciones y movimientos simplemente no me pertenecían pues mis piernas solo anhelaban enredarse a su cintura. Mis manos fueron a su espalda y lo atrajeron. Sus besos descendieron por mi cuello, y continuaron su camino por mi clavícula. Contuve un gemido. Tragué con fuerza cuando un casto beso fue depositado sobre mis senos, uno en cada lado.

—Mujer, ¿qué has hecho conmigo? —Preguntó con la voz contenida.

—Podría hacerte la misma pregunta —confesé enredando mis dedos entre las hebras de su corto cabello, me acerqué lo suficiente para besar su mejilla. Él alejó sus manos invasoras, y cuando a punto estuve de replicar, comenzaron a recorrer mis brazos hasta detenerse en mis muñecas, sus dedos uno por uno fueron encerándose entre los míos, presionándolo con fuerza y ternura a la vez.

—Me siento como un adolescente deseoso de perder su virginidad —susurró.

—Eso no es nada romántico —dije con una risa nerviosa, entonces él clavó su mirada en mí.

—Lo lamento —dijo—, pero a tu lado las palabras solo brotan sin razonamiento alguno, es como si... —guardó silencio.

—¿Como si qué? —presioné cuando guardó silencio.

—Como si pudiera ser yo mismo —sonreí.

—¿Un Cara Plana? —me burlé, extendió aún más su sonrisa antes de esconder su rostro entre mis senos. Una descarga eléctrica invadió mi sexo.

—Una linda sonrisa —admití, él pareció sorprendido. Se alejó para observarme aun con la sonrisa en su rostro.

—¿Te parezco atractivo?

—Sabes, no estarías en esta posición si no fuera el caso, ¡tengo mis estándares! —mofé, se acercó a la altura de mi oído para susurrar.

—Si mal no recuerdo, entre tus estándares se encontraba Abel —un escalofrío recorrió mi espalda, tragué con fuerza, pero entonces el estallido de su risa inundó la habitación, lo empujé con todas mis fuerzas hasta que se recostó a un lado—. ¿No me digas que te has ofendido? —la burla impregnaba su rostro, le di la espalda y me cubrí con las sábanas hasta ocultar mi rostro.

Dos segundos y un latido después lo sentí moverse, sus manos cubrieron mi cintura, sus piernas se envolvieron entre las mías, y su mentón acarició mi hombro.

—Lo siento —no respondí—, lo digo en serio. Te advertí que no era bueno con las palabras.

—¿Siempre será así? ¿Pidiendo disculpas a cada momento? —No lo comprendí entonces, pero presentí que eso era lo que sentía.

—No lo sé, solo espero que no. Cuando quiero decir cosas románticas, las cosas no tienden a salir a mi favor —suspiré.

—Pero hacer jardines te sale de maravilla —murmuré bajito por miedo a quebrar la pequeña burbuja en la que nos encontrábamos. Aspiré de su aire y su perfume llegó a mí.

—*Hmmm...* Ya no queda espacio donde poner más flores —había burla en sus palabras—. Pero he cavado mi propia tumba, en el futuro tendré que mejor este —sonríe ante la idea de un futuro juntos.

—No solo tú, has puesto la vara muy alta, tendré que devanarme los sesos

para intentar igualarlo para tu regalo de cumpleaños. Por cierto, ¿cuándo es tu cumpleaños? —no respondió—. ¿Estas durmiendo? —Presioné en un susurro.

—No —dijo igualando mi tono—. Puedes elegir la fecha que desees para obsequiarme lo que quieras —continuó besando mi cuello, giré para verlo, aguardé a encontrarme con un gesto de burla, pero su expresión era seria.

—No es gracioso —dije anonadada—. No seas malo conmigo. Vamos, ¡dime cuando es tu cumpleaños! —exigí sonriente pero, él no cambio su expresión.

—Hay algo que debes saber sobre mí —sus ojos fueron a parar a las sábanas, acerqué mis manos a sus mejillas obligándolo a volver a mí, aunque en un principio se reüso pronto se engancharon a los míos.

—No me asustes —pedí—. ¿No planeas seguir con esto verdad? —Aventuré temerosa y en un tono casi desesperado.

—¿Qué? ¡No! —Negó de inmediato para mi alivio—. Bueno, en realidad dependerá luego de lo que te diga. No es gran cosa, pero la gente que lo sabe tiende a volverse loca.

—¿Eres casado?

—¡No!

—¿Divorciado? ¿Viudo?

—¿Qué?

—¿No has sido hombre durante toda tu vida?

—Detente —advirtió.

—Eso explicaría porque eres tan guapo.

—Ariadna...

—¿Tienes algún fetiche sexual, como azotes y todo eso? ¡O un cuarto como el del libro!

—...

—Mira sea lo que sea, no lo sé, ¿podrías dirigirme o tal vez hablarme sobre? Soy muy abierta de mente —tomó mi rostro entre sus manos y me besó con fuerza.

—¿Podrías callarte? —suplicó antes de sonreír, afirmé feliz—. Podría acostumbrarme a callarte de esta manera — admitió. Todo mi cuerpo ardía y él ni siquiera lo notaba.

—Y yo. Pero me estas matando —admití, él acarició mis mejillas con los dedos.

—Hay algo sobre mí —susurró de nuevo.

—Eso ya lo dijiste, guapo.

—Bueno —suspiró y cerró sus ojos, cuando los abrió aquel gesto suyo, el que utiliza en la oficina hizo su aparición—. No me gusta festejar cumpleaños.

—¿Eso es todo? —dije incrédula—. Vaya, pero eso se puede arreglar. Hasta hace unas horas atrás opinaba lo mismo y se me pasó...

—A mí no se me pasará con regalos o atención Ari —interrumpió—. Pero si para ti es importante, podrás elegir una fecha cualquiera y eso estará bien para mí.

—Chris, lo que dices no es lindo ni mucho menos gracioso.

—Ariadna, no sé cuándo es mi cumpleaños —soltó cierto recelo, agurdé a que hubiera un cambio en su expresión, pero solo había dolor.

—¿Acaso tus padres son parte de alguna clase de secta extraña o grupo donde no dicen a sus hijos cuando es su fecha de nacimiento? —Intenté ponerle humor al asunto aun esperando que fuera una broma, él sonrió levemente.

—No cabeza hueca, ellos tampoco saben mi fecha de cumpleaños —la burla era amarga y su argumento sonaba estúpido, pero tras unos minutos en silencio él continuó tras un largo suspiro—. Soy adoptado —la expresión de su rostro se dulcificó, como si fuera una carga pesada fuera liberada volvió a sonreír—. No sabemos cuándo nací o donde, o si mis padres biológicos están vivos, muertos. Nadie ha reclamado nunca por mí, ni siquiera un familiar cercano. Sin embargo, mis padres adoptivos optaron por festejar la fecha en que, finalmente pisamos, mi hermano y yo, la vereda del juzgado como sus hijos legales, lo cual para nosotros estaba bien. Fue como si ese día hubiésemos nacido —no pude hablar debido al nudo en mi garganta, él sonrió de lado—. Lo sé, mucha información dramática para el primer día —se burló—. No es para tanto, mi hermano y yo festejamos el mismo día —suspiró—, pero de niños nuestros padres festejaban más de una vez al año. Decían que era para equilibrar la balanza. Así que, solo escoge un día. No habrá diferencia para mí, siempre que lo celebre contigo.

Alejé las sabanas de mí, me puse en pie sin mirarlo. Me encontraba muy nerviosa y mi idea no era alterarlo, no estaba segura de si mis piernas soportarían mi peso. Salí disparada de la habitación hasta la cocina. tiré de uno de los cajones y tomé un cuaderno donde tendía a anotar cosas importantes. Al regresar, Chris estaba sentado poniéndose los zapatos.

—¿Qué haces? —Pregunté desde el umbral.

—¿Qué crees? Me voy —dijo sin mirarme en un tono molesto.

—¡Ah, no! ¡Tú no te vas! Elegiremos un día —corrí a su encuentro y abalanzándome sobre él, como parecía reticente empleé más fuerza hasta que terminé sentada sobre su pecho, al mirarlo su expresión cambió.

—¿No te molesta? —Acerqué mis labios a los suyos negando con la cabeza.

—Sería la mujer más estúpida y desalmada si lo hiciera —dije segura mientras pasaba página tras página buscando lo importante, me empujó con cuidado hasta que ubicarse a mi lado observando con atención cada movimiento mío—. Me molesto por cosas más importante —dije sin mirarlo.

—¿Como cuando cuestiono tu gusto musical?

—No —comprimí una risa—, como cuando *intentas* hacerme enojar por mi estilo de música —saqué le lengua en su dirección.

—¿Qué haces? Me pones nervioso.

—Busco algo —respondí leyendo las anotaciones de una hoja a otra.

—Eso ya lo sé *Taylor Swift*.

—¡Aquí esta! —Grité eufórica.

—¿De qué diablos hablas? —Dijo sonriente al no comprender lo que le enseñaba.

—De verdad, ¡que hermosa sonrisa tienes!

—¿Me dirás que te traes entre manos?

—Si —señalé el recuadro.

—No soy adivino —admitió repartiendo miradas entre el papel y yo.

—Ese será la fecha que conmemoraremos tu cumpleaños —elevó una ceja en mi dirección claramente incrédulo.

—Espera, ¿qué dice ahí? *Un maldito idiota con cara de haberse levantado de la cama, lavado el rostro y se ha manifestado a trabajar ha intentado arruinar mi primer día de trabajo, pero no podrá, ¡no sabe con quién se ha metido!* ¿Y con carita enojada? —se burló cambiando el tono de voz.

—Era mi primer día en el correo y tú me molestaste desde que salí del ascensor. ¡Estaba furiosa! Deseaba lanzarte por las escaleras que suben, ¡desde arriba! —Admití, fingiendo estar enojada.

—Pero creí...

—¿Qué?

—Ese día también te cruzaste con Abel.

—No. En realidad te vi primero a ti. Me molestaste tanto que no reparé en

Abel hasta la semana siguiente. Toda esa primera semana me dedique a tratar de evitarte, pero tú siempre me encontrabas y te burlabas y me hacías bromas pesadas —dije avergonzada.

—¿Tres de septiembre?

—*Aja*. Fue mi primer día, la primera vez que te vi, la primera vez que me sacaste de mis casillas, y te vi sonreír. ¿Sabes? Cuando cruza el umbral del ascensor lo primero que pensé fue que eras muy guapo a pesar de tu cara de haber chupado un limón. Pero entonces abriste la boca y solo quería poner tierra de por medio entre nosotros —me burlé mirándolo.

Su mirada había cambiado de nuevo, como si hubiera descubierto algo, entonces no pude detener mis palabras.

—Ahora comprendo de mejor manera tu expresión en el trabajo y tu pasión y constantes peleas con Abel.

—¿Mi expresión? —Repitió.

—Sí. Cuando estás en el horario de trabajo siempre estas inmerso en tu mundo, totalmente serio, tenso, no sonríes, observas a todos por encima de tu hombro, como si nunca pudieran alcanzarte. Caminas erguido y orgulloso sin mirar a los lados, siempre te dejan pasar a ti primero o te dejan el camino libre. Por esa razón me sorprendí cuando fuimos a comer juntos. Tu sonrisa. Era extraño verte sonreír de esa manera sin la tensión en tus hombros. Fue como si en plena tormenta hubiera salido el sol.

—Lo mismo pensé de ti —dijo—. Aunque no marqué la fecha en un almanaque —sonrió avergonzado, señalando el día—, supe que no haría falta. Que te recordaría cada año, de buena o mala manera.

—*Hmmm...* ¿Que tratas de decir? —sonrió de lado dejándome atisbar algo de luz.

—Esa es mi fecha de cumpleaños —dijo levantando una ceja.

Abrí mis ojos sorprendida, él se puso en pie ante mi estado catatónico y anunció que se marcharía. Reticente a su sugerencia pedí que se quedara a dormir conmigo, una clara insinuación indecente de mi parte, pues deseaba sellar el nuevo status de nuestra relación. Porque estábamos saliendo, ¿no? ¿O dándonos una oportunidad de conocernos? Cualquiera de las opciones me resultaban poco alentadoras, pues deseaba más, mucho más.

—Si me quedo, no seré capaz dormir a tu lado, Ari.

—¿Por qué? —Presioné inocente, acercándome a él.

—Solo no preguntes —respondió tomando mi rostro entre sus manos con fuerza y enredando sus dedos en mi cabellera.

Volvió a besarme, recorrió mis brazos y dejó un rastro de caricias y besos a lo largo de mi cuello. Tragué con fuerza al no recocer las nuevas sensaciones en mi cuerpo. Lo que menos deseaba era que él se fuera así que, elevé mi pierna derecha a su cintura la cual él atrapó con avives. Gemí ante su cálido tacto. Tomé impulso en mi otra pierna y enredé mis brazos alrededor de su cuello. La falta de aire solo aumentaba mi excitación y que él no se detuviera solo alimentaba mi deseo hacia él. Pronto su erección se hizo presente, me lanzo sobre la cama apoyándose sobre mí.

Chris...

Chris...

Chris...

Me era imposible dejar de repetir su nombre cuando sus labios se alejaron de los míos para continuar con el rastro de pasión por el resto de mi cuerpo, bajando por mi cuello, clavícula, esmerándose en mi senos, descendiendo por mi estómago, mis muslos, rodillas y finalmente mi tobillo. Me encontraba totalmente a su merced, estaba dispuesta a cualquier cosa que él me pidiera.

Se puso en pie, sonrió de lado y se despidió con la promesa de vernos el lunes en el edificio. Ni siquiera fui capaz de moverme de lo avergonzada, agitada y húmeda que estaba. Tras escuchar la puerta cerrándose lo maldije de todas las formas que conocía y llegué a la conclusión de que conciliar el sueño me sería imposible hasta la hora de volver a verlo.

Chris

—Creo que tengo miedo —dijo con voz temblorosa luego de un largo silencio—, es como si tuvieras dos ganchos de pesca en tu rostro. Uno a cada lado tirando para atrás —contemple a Pipi, situada a mi lado repantigada con control de la *play station*.

—Se llama felicidad —canturreé muy seguro de mí mismo, tecleando con fuerza contra mi control.

—¡No! —arrastró la última letra—. ¡Se llama Ariadna! —se burló, solo le dediqué un segundo a su expresión de victoria antes de escuchar la explosión proveniente del televisor indicando mi derrota. Hice a un lado el control, y volví a recostarme en el sofá cruzándome de brazos.

—Como me resulta extraño que no lo menciones me veo en la obligación de preguntártelo. ¿Cómo estuvo tu cita?

—Supongo que bien —respondió elevando sus hombros.

—¿Supones? —pregunté incrédulo

—Nada ha cambiado —aunque parecía reticente a continuar se vio interrumpida ante la llegada de German.

Al verlo la tensión se hizo más que evidente. Mi hermano se acercó a saludarla pero ella solo realizó un movimiento de cabeza, sus manos masajearon sus muslos un par de veces claramente incómoda.

—Comeré al otro lado de las trincheras —manifestó con los ojos vidriosos escondidos tras sus gafas—. De repente el ambiente aquí se volvió cínico y prefiero emplearlo en algo productivo.

—Pipi

—German, ni te atrevas a acercarte —dijo acompañando sus palabras con una mirada severa.

Se marchó cerrando la puerta con fuerza.

—¡Increíble! ¿Qué le hiciste? —Exigí.

—¡Juro que no tuve nada que ver! —Levantó ambas manos antes de darme la espalda.

—¿Estas completamente seguro? Porque te apareces y ella simplemente huye, porque eso fue lo que hizo. Y no es de esas personas que se anda con vueltas. Además...

—La culpa no fue mía, ¿OK? —Interrumpió volviendo la vista a mí.

—Explícate mejor —suspiró.

—Hice las cosas más que bien, créeme. Conseguí una reservación en el restaurante más elegante de la ciudad, le compre flores, me rasuré, estuve impecable pero no como ella está acostumbrada a verme, ¡sino de manera especial! —Enfatizó—. Y ella —señaló la salida—. Bueno, ¡llegó vestida de manera extraña! —cubrí mi rostro al no creerme lo que escuchaba.

—La conocemos desde hace años. Estamos al tanto de su obsesión con el rosa. ¡No deberías avergonzarte solo por sus gustos! ¡Hemos ido a comprar a la tienda en pijamas! ¡No es como si fuera una novedad o una plaga! —Me quejé, él solo negaba con la cabeza.

—¡Eso era lo que yo esperaba, que apareciera vestida de rosa! ¡Por Dios Santo, hasta la esperaba que fuera vestida de Princesa con volados y mariposas en el cabello! —Confesó con desesperación— ¡Pero no fue así! ¡Se presentó con un vestido sexy, atrevido y muy escotado en color azul! ¡No la reconocí hasta que me preguntó si las flores eran para ella! —Me tomó más de un minuto procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Azul? ¿Acabas de decir *azul* en la misma oración que sexy y atrevido para describir a Pipi? ¿Nuestra Pipi? ¿La misma Pipi que acaba de salir de aquí enojada en un pijamas de conejo en color rosa pastel?

—¿Estás broma o eres imbécil? ¡Porque si es así me largo! —Amenazó con cara pocos amigos.

—¡Pero es inconcebible!

—¿Qué quieres que te diga? La invité a salir, pagué un buen restaurante, aguarde a por ella en la puerta, compré un presente para ella además de las flores, pero al verla llegar simplemente me desmoroné, no supe que decir o hacer. Tenía puesto un vestido azul oscuro que prácticamente era como una segunda piel. Cubría sus brazos pero dejaba al descubierto sus piernas y el escote. ¡Por dios! ¡Ni siquiera imaginaba que tuviera esos senos! El pelo recogido, sin sus lentes de pasta, zapatos... ¡Enormes y altos! ¡Creí que me alcanzaría de tan altos!

—*P-pero* eso no parece posible —me quejé—, Pipi no es así.

—¿Entonces crees que yo miento?

—No. Bueno no lo sé —presionó el puente de su nariz.

—Puede que yo tenga algo que ver en su comportamiento. —dijo tras un largo silencio.

—¿A qué te refieres?

—Es que hemos hablado mucho, sobre todo en temas que antes no la involucraba. Todo iba bien hasta que surgió *un tema*, una respuesta llevó a otra y yo, puede que le dijera hipócrita por tratar de verse así de ridícula.

—¡¿QUE HICISTE QUE?!

—¡NO ME GRITES!

—¡¿COMO HAS SIDO CAPAZ?!

—¡Ella inició! Al llegar así, ¿Qué esperaba? ¿Qué no reaccionara? ¿Qué no tuviera efecto en mí?

—¡Lo hizo por ti, grandísimo idiota!

—Yo no se lo pedí —caminó hasta la habitación, fui tras él.

—Pues que no lo hicieras, pero nunca has sido capaz de decirle lo contrario. Ella...

—Ella es una mujer increíblemente maravillosa, Chris. Y creo que esto es lo mejor. Me largo mañana por la tarde, vine hasta aquí para verte y asegurarme de que estabas bien. Quise intentar algo con ella, pero creo que después de todo este tiempo, finalmente me doy cuenta que sus padres tenían razón en algo y es que yo no soy quien para estar a *su* lado.

—¿Sus padres?

—Vieja historia —respondió tomando sus cosas y metiéndolas en la maleta.

—*P-pero* te irás así, dejando las cosas como están con ella —se detuvo.

—Es mejor así. Se repondrá. Ella lo entiende. Yo lo entiendo. Será mejor que en esto no te involucres.

—Ella es mi mejor amiga, German.

—Y ella es la mujer que amo —por primera vez lo escuchaba decirlo en voz alta.

—¡Entonces díselo!

—¿Así como tú se lo dijiste a Aldana? —Se burló.

—*Eso* fue diferente nada tiene que ver con esto.

—En el amor nada es diferente. Las personas son diferentes, los sentimientos, no. Amas o no amas. Sencillo.

—Amo a Aldana.

—¿Y por eso te acuestas con esa chica? ¿Y le hiciste el jardín? —se burló.

—No le faltes al respeto. No me acuesto con ella...

—¡Aún! —Levantó una ceja.

—Ariadna es diferente....

—¿Como de diferente? ¿Hace que te sientas diferente y poderoso? Te recuerdo que eso mismo decías de Cannavaro. Y estoy seguro que si te digo que ella y Becker no están juntos, correrías a sus brazos, porque aun guardas esa esperanza aunque no lo creas así —sonrió triunfante.

—¿Que dijiste?

—¿Lo ves? No has escuchado mal, ella y Becker no están juntos. Me crucé a Becker hace unas semanas, antes de venir para acá. Se preparaba para dejar del país. *Solo*.

—¿Separados? —Tomé asiento en la cama.

—Intenté hablar con ella, pero la conoces mejor que yo, siempre con su pretexto que le falta tiempo. Entonces busqué a Bracamonte y finalmente él me confirmó lo que ya sospechaba —lo miré—. Becker firmó los papeles de divorcio.

—Ella no me ha entregado esos papeles —no hizo falta que lo confirmara—. Aún sigo sin entender, ¿eso que tiene que ver conmigo?

—Que no siempre podemos estar con la persona que amamos. Y por mas predestinados que estemos a juntos, existen *diferencias*. Hay veces en las que es mejor estar separados para no hacernos daño —suspiré—. Y otras lo mejor es no alejarte de lo que conoces. Lo nuevo no siempre es seguro.

—No amo a Ariadna si eso es lo que tratas de decir.

—No estoy diciendo que la ames.

—No, por supuesto, solo estas tratando de que yo haga algo estúpido. Amo a Aldana y siempre lo haré pero eso no quiere decir que correré tras ella, ya no. Ariadna es la mujer a quien quiero conocer. Y si en este momento no soy capaz de amarla sé que lo haré porque es muy fácil caer rendido ante ella. Y si no lo hago seré lo bastante hombre como para no irme de su lado, no sin antes decirle mis razones. ¡Eres un cobarde! Tal vez existan las diferencias que dices entre las personas que se aman, pero si realmente lo hacen, tienen la fuerza de voluntad para seguir adelante a pesar de ello. Porque de eso se trata.

—Te contradices —musitó tranquilo, me puse a su altura.

—No, no lo hago. He dicho: *cuando se aman*, lo que significa que incluyo a ambas partes. Dices *amar* a Pipi, pero no eres capaz de ver que lo que ha hecho fue solo para agradarte. Llamar tu atención. Para que finalmente la veas.

—Ya me agradaba desde antes.
—¿Alguna vez te tomaste la molestia de decírselo?
—Solo buscaba el momento perfecto —giró sobre sus talones.
—Los momentos perfectos no existen —grité lo suficientemente claro para que escuchara—. Y créeme, soy un experto en eso —a continuación escuché la puerta cerrándose.

Tratar de hablar con Pipi fue imposible, y encontrar a mi hermano también, pero siendo sincero tampoco es que fuera a esforzarme por hacerlo. Lo más seguro era que Pipi estuviera con Ari y mi hermano en algún bar coqueteando con alguna mujer.

El resto del domingo lo pase tranquilo, saqué a pasear a Corcho, me puse al día con el trabajo y por último dejé las cartas. Algo en ellas me ponían nervioso, tal vez fueran las palabras llenas de declaraciones de amor. Me pregunté de quienes se trataban.

Quien escribió no decía mucho de sí misma hasta el momento tampoco de a quién iban dirigidas. Aunque había claros indicios de un fuerte enamoramiento, resultaban muy abstractas sus palabras.

Claramente la persona quien escribía era una mujer, aunque estaba seguro de que no encontraría su nombre en ninguna de aquellas líneas, ni mucho menos el de su amado.

Deseaba leer cada una de ellas de un tirón, pero el temor de que la magia se extinguiera apaciguaba mi desespero.

Fulano:

Quiero confesarte algo. De niña cuando alguien me gustaba sentía que el corazón me explotaría de la emoción solo por pensarlo. Imaginaba que mi emoción se debía a que él hacia exactamente lo mismo, en el preciso instante que yo y que al estar conectados mi corazón apenas era capaz de soportar ambos latidos. Conforme transcurrió el tiempo olvidé la sensación y no había vuelto a prestar atención a mi corazón.

Ahora, cuando despierto, cuando camino, cuando te pienso, cuando te miro mi cuerpo se petrifica, mi corazón se desboca, y mis pensamientos se pierden en el solo sonido de tu voz, de tu risa, esa que muy de vez en cuando me dedicas. No creo que esto sea amor, pero está muy cerca de serlo.

Cerré mis ojos, respiré profundo y fui deshaciendo cada tensión de mi cuerpo. Dejé que mis pensamientos volaran solos. Permití a mi mente hacer lo que quería. No me sorprendió que fuera Aldana quien apareciera en mi mente. Ella no me miraba, solo parecía estar ocupada. Cada paso que daba en su dirección parecía más lejana. Entonces me detuve. No quería estar cerca de ella. La verdad es que la quería y la quiero, pero no a mi lado. Deseaba su felicidad pero no quería ser yo el causante.

Una risa traviesa se escuchó vibrante a lo lejos. Sonreí como un idiota.

Era capaz de reproducir fácilmente la sensación de sus manos en mi nuca, del calor que emanaba de su cuerpo cuando estábamos uno cerca del otro o la sensación de vacío en el pecho cuando la besaba. Abrí los ojos

repentinamente. Y el primer pensamientos en aflorar sin mi autorización fue que amaba a Ariadna, y no estaba seguro de por qué o cuando ocurrió.

—Amo a Ariadna —susurré mirando a Corcho.

Experimenté una inexplicable sensación, una especie de júbilo arrollador. ¿La amaba? ¿Era realmente amor? Conté los días que llevaba conociéndola. Hasta ayer había admitido que me agradaba y entonces lo comprendí. Siempre estuve celoso de las miradas dirigidas por parte de ella hacia Abel, deseaba de manera constante que me fijara en mi de la misma manera en que la noche anterior. No se me ocurrió admitir que anhelaba probar sus labios desde aquel día en el que la descubrí sonriéndome nerviosa. Jamás le hice justicia. Ni a ella ni a mí.

Me deje envolver por el descubrimiento cerrando los ojos una vez más y ahí estaba sonriéndome en sus patines, con el pelo suelto ondeando a su antojo, giraba a mi alrededor mientras yo la imitaba para no perderla de vista. Escuchar el sonido de su risa sonaba a una invitación a acompañarla. Y me pregunté, ¿cómo no percibí aquella sensación antes?

El lunes por la mañana la ansiedad emanaba de cada poro de mi cuerpo. Vestí un traje azul petróleo, aparecí perfectamente rasurado restando unos cuantos años de mi rostro.

Golpeé la puerta de Pipi en busca de consejos, aprobación o señales de vida. No respondió así que dejé un mensaje en su contestador. De camino al trabajo me autocuestioné el rol de amigo suyo y la preocupación emergió haciendo acto de presencia. Mi hermano fue cruel e incomprensivo, ella por su parte una niña tonta al intentar cambiar por él. Solo me tomo segundos darme cuenta que estaba siendo cínico porque en más de una ocasión había alternado personalidades solo para que Aldana reparara en mí.

Tan pronto puse un pie fuera del ascensor Avril llamó a una reunión de emergencia. No conseguimos los suficientes votos ni el apoyo necesario para el proyecto de ley, y muchos chicos estaban siendo regresados a los hogares de acogida. Entre todos los chicos me sorprendió ver el nombre de Tommy allí. Preparamos planes de acción y analizamos cada aspecto puntualizando posibles repercusiones en cada caso.

Fijamos una reunión con Bracamonte para la semana entrante.

Estaba dirigiéndome hacia la oficina cuando vi a Pipi saliendo del ascensor. Le sonreí pero ella no fue capaz de imitar mi gesto. Traía unos papeles consigo. Abrí la puerta de mi oficina para dejarla pasar y la cerré tras de mí.

Cuando la invité a tomar asiento se negó, manifestando que se trataba de algo rápido.

Depositó la carpeta sobre la mesa, abrió la boca para iniciar cuando nos vimos interrumpidos. La recién llegada abrió la puerta de golpe con las mejillas al rojo vivo.

—¿Ariadna? —no di crédito a lo que veía, su atención iba dirigida a alguien más.

—¿Pili? ¿Qué haces tú aquí? —confundida avanzó unos pasos.

—Vine a dejar... —balbuceó buscando una respuesta rápida.

—Oye Chris, necesito... ¿Llego en mal momento? — *¡Full House! ¿Hoy era el día de visitar a Chris en el trabajo?* German empleo su bien estudiado tono despreocupado, realizó un escáner completo sobre Ariadna, hizo un gesto hacia la aludida levantando el dedo pulgar con discreción. De repente su expresión cambió— *¿Stefie?* —Murmuró en su dirección, Ari palideció al escucharlo, abrió los ojos como platos antes de girarse.

—¿Stefie? —Escupimos al unísono, Pili y Yo.

Ari no hizo más que abrir la boca y volverlo a cerrar presa de un notable pánico.

RECUERDOS A FUEGO

Ariadna

Abrí mis ojos desmesuradamente al escuchar aquel nombre. Observé al chico que parecía divertido con la situación, Pilar y Chris sin embargo,

aguardaban una respuesta. ¿Quién era este idiota?

—¿Como que *Stefie*? —Pili fue la primera en reaccionar, la manera en que pronunció el nombre denotó su molestia ante la *familiaridad* con la que emplearon mi nombre. Chris solo observaba al chico con recelo.

—¿Se conocen? —Preguntó entonces con voz contenida, algo en su mirada no me gustaba nada y tenía un muy mal presentimiento de esta situación.

—Por supuesto, gracias a ella cambié la *cafetera* que tenía por vehículo —sonrió, le dedique una mirada furiosa—. Has cambiado bastante, pero tu bello rostro lo reconocería en cualquier lugar del mundo —se cruzó de brazos con todo su cuerpo en mi dirección—. En especial por tus ojos —se acercó peligrosamente a mí, pero antes de que siquiera llegara a rozarme Chris se interpuso entre nosotros.

—*German* —advirtió Chris, podía ver la tensión en sus hombros extendiéndose hacia su espalda baja—. ¿De dónde se conocen? —reiteró pero esta vez sin dedicarme una sola mirada, el recién llegado sonrió de costado.

—¡Vamos *hermanito*! ¿Estas celoso?

—¿Hermanito? —reiteré, Chris giró para enfrentarme, sus ojos eran fríos y su boca una sola línea.

—Antes llevabas el pelo oscuro y corto —continuó el invasor presionando la tensión en el ambiente, llevé mis ojos al suelo y acaricié la punta de mi cabellera.

—¿Como cuando te conocí? —La voz dulce de Pili pareció fuera de lugar.

—Caso Fellon/Abaunz... ¿Verdad? —Preguntaron, su nombre me vino a la mente. La sangre se me congeló.

—¿Caso? —Fingí no saber de qué hablaba.

—*Aja* —sonrió en mi dirección por encima del muro/Chris entre nosotros.

—Claro... *German Dabance* —murmuré derrotada, lo mejor era zanzar el tema lo antes posible y volver al tema que me concierne, ¿Qué hacía Pili aquí?—. Ha transcurrido tiempo, te ves algo diferente —admití.

—¿Yo? Pues me visto mejor. He ganado varios casos importantes. Tú sin embargo, te ves mucho más natural —contesté con la atenta mirada de los presentes—. El color castaño no que te favorecía —alabó guardando sus manos en los bolsillos.

—Fue mi abogado —confesé en dirección a Chris, éste dio un paso hacia atrás, entonces giró hacia su hermano.

—¿Fellon? —*German* movió la cabeza afirmativamente — ¿Fellon? El caso de Recepciones FELLON.Abaunz & CO. ¿La de la *Hija Dorada* de

Corporaciones Fellon? — enfatizó Chris, y repentinamente no me sentí tan bien con su comportamiento.

—¿Conoces la firma? —dije, me observó con horror.

—Más o menos —respondió inseguro, caminó unos pasos atrás y luego se ubicó tras el escritorio, en todo momento evitó el contacto visual conmigo.

—¿Chris? —como, al parecer estaba dispuesto a seguir evitándome, reparé en Pili—. ¿Tú qué haces aquí? —ella intercambio una mirada con Chris que no se me pasó por alto—. ¿Qué haces aquí Pilar? —insistí.

—Yo... Este... Bueno veras... Es una historia muy graciosa porque primero vine a hablar contigo y este hombre, bueno... Él me habló y yo...

—Somos amigos —Chris interrumpió el balbuceo incoherente de mi amiga.

—¿Disculpa? —El gesto de Chris era serio— ¿Pili?

—Bueno... —miré de nuevo en dirección al susodicho, éste elevó sus hombros, entonces ella tomó aire con fuerza —. ¿Recuerdas que tenía un vecino que no quería que conocieras, que tiene un perro molesto y que resultaba ser mi mejor amigo? —preguntó, afirmé, resignada señaló al hombre tras la mesa— ¡*Ta-dan!*

Señalé sorprendida en su dirección, él se cruzó de brazos como autosuficiente, pero sospechaba que en el fondo no estaba cómodo con la situación. Aunque...

—Tú ya lo sabías —susurre en dirección al hombre del que estaba enamorándome

—El mundo es un maldito pañuelo. ¿No crees? —dijo Pili con una sonrisa nerviosa.

—Sí que lo es —intenté sonar lo menos sarcástica posible. Pero fallé, no podía apartar los ojos de Chris, espera una reacción por parte suya que no fuera evitarme con la mirada.

—Muy bonita la reunión, pero yo debo seguir trabajando —inició tomando los papeles del escritorio.

—Yo vine a despedirme y a contarte sobre algo que te concierne —el tono que empleó German ocasionó un escalofrío, su expresión era seria y solo pude pensar en un solo nombre, volví mí vista a Pili y ella miraba a Chris—. Es importante —insistió—, se trata de...

—Chris —interrumpí en un hilo de voz—, ¿Christian? —insistí.

—¿Qué quieres ahora? —pregunto de mala gana, sus ojos eran fríos.

—Ari tengo trabajo, y la verdad estoy bastante atrasado. Estas al tanto del

porqué. ¿Te parece que vaya a verte por la tarde? —sentí que solo quería deshacerse de mí, afirmé de todas formas convencida de que no llegaría a mi puerta.

—¿Estamos bien? —cuestioné sin poder detener mis temblorosas palabras.

—¿Deseas la verdad o la mentira? —el tono de voz empleado me era irreconocible, contuve al aliento.

—La verdad.

—Estamos bien —tomó los papeles, besó a Pilar en la mejilla, a mí en la frente y se marchó con German quien se despidió con la mano.

—Estará bien —murmuraron devolviéndome a la realidad—. Solo está impactado, igual que yo —confesó.

—¿Desde hace cuánto se conocen? —Pregunte sin mirarla— ¿Que tanto sabes de él? —suspiró y meditó antes de responder.

—Desde pequeños.

—Todas esas historias que me contabas, ¿siempre me hablabas de él?

—Eh... ¿depende? —dijo no muy segura, me giré—. ¡Ese gesto es innecesario! —Intentó restarle importancia, volvió a suspirar y se acercó a mí—. ¿Qué tipo de ideas rondan tu cabeza?

—Siento como si, el saber quiénes son mi padres cambiara algo —admití.

—Bueno, no es muy fácil de digerir —hizo una mueca.

—¿Por qué lo dices?

—Es que la verdad, el saber que German solo tuvo dos casos de divorcios en toda su carrera no ayuda mucho. Chris lo ayudó en ambos casos y está bastante empapado de información. La tuya y la de Aldana. ¿Sabes sobre ella no? Chris me contó que se sintió lo suficientemente bien como para hablarlo contigo.

—Si lo hizo —guardé silencio sintiéndome pequeña e insignificante—. ¿Que más te dijo? ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Que él y yo? O sea que siempre supiste que...

—No lo supe de inmediato y a eso te refieres. Con respecto a lo otro, ¿si sé que sienten algo el uno por el otro?

—Aja.

—Hmmm... No hace mucho —soltó no muy convencida.

—¿Debo creerte?

—En realidad debes creer lo que te sea más conveniente —dijo.

—¿Por qué crees que reaccionó de esa manera?

—¿Tu como reaccionarias al enterarte sobre esto? —dijo en tono de burla.

—No es la gran cosa —defendí—. Le he confesado lo peor de mi vida.

—Ariadna... ¿Estas de broma? Créeme que si hubiera sabido esto desde antes, ¡te hubiera tratado de manera diferente! Siempre diciendo que el dinero no te alcanzaba, que debías juntar monedillas para pagas las cuentas. ¿Que no era siquiera capaz de gozar de un cuarto de helado sin sopesar la posibilidad de llegar al final del mes? De verdad que te creí —aplaudió, había un deje de reproche.

—¡Eso era verdad!

—Ariadna.

—¡Que! —me observó de una manera que no me gustó.

—Me sorprende que tu apellido no llamara mi atención antes...

—No sigas —con fastidio abandoné la oficina.

—¡Vamos! ¿Por qué tienes este empleo mediocre? ¡Tus padres con tronar los dedos pueden hacer que seas gerente en cualquier lugar! ¡Erguirte un edificio de lo que gustes en cualquier punto de la ciudad!

—¡Creí que serías la primera en entenderme!

—Lo mío es diferente.

—No lo es. Tus padres también son ricos.

—Mis padres son soberbios. Ven a otros por debajo de sus hombros. Ni siquiera hacen caridad. Los tuyos siempre realizan eventos de caridad, realizan donaciones o están becando a alguien. No entiendo porque avergonzarse de eso. Sin embargo, los míos... Mira yo no soy así hago mi propio camino.

—¡Pues estoy haciendo lo mismo! —avancé hacia la salida, pronto me dio alcance en la vereda tirando de mi brazo.

—Hiciste un negocio de la nada, Ari, montaste sucursales en los cuatro puntos más estratégicos de la ciudad. Mis padres estuvieron en lista de espera por dos meses para que cubrieran el evento en el hotel de la Avenida Principal.

—Estas exagerando —miró con odio.

—Y tu estas restándole importancia, Ariadna. Solo dime algo porque no lo entiendo.

—Yo —suspiré.

—Se lo diste todo a Neal. ¿Por qué?

—Ya te lo dije.

—A medias —atacó.

—Solo deseaba mi libertad...

—¿A cambio de que quedaras en la ruina?

—No fue así —confesé.

—¡Por supuesto que no! Para que su familia quede en la ruina hace falta tres bombas atómicas —ironizó—. Pagaste una fortuna por el divorcio más rápido de la historia. German se había vuelto loco pagando gente para que salieran los papeles lo antes posible. Solo veía cheques, cheques y más cheques con sumas exorbitantes.

—Es solo dinero...

—No es “solo” dinero. ¡Era una fortuna!

—Quería alejarme de él y de la vida de antes. Empezar de cero, ser alguien más.

—¿Por eso te escabulliste en un empleo mediocre?

—Conocí a Chris en este empleo mediocre —repetí con una risa nerviosa.

—También a Abel —dijo tajante.

—¡Él no cuenta! —me sorprendió la seguridad en mi propia voz.

—Si cuenta. Las cartas —recordó en tono severo.

—Nunca respondió. Tal vez ni siquiera las recibió.

—Claro. Pero las escribiste.

—¡Pero es como si no lo hubiera hecho!

—¡Pero lo hiciste!

—¡Y me arrepiento! —Grité llamando la atención de los transeúntes.

—¿Que sientes realmente por Chris?

—¿Así están las cosas ahora entre nosotras? —No pude evitar la burla y el enojo.

—No, pero soy amiga de él desde hace más tiempo y por lo que hasta ahora me doy cuenta a ti no te conozco.

—Pilar...

—Mira, Chris ha sufrido mucho, es un chico sufrido. ¡Creo que hasta le encanta el drama! Pero cuando te conoció le cambio la cara, la expresión.

—A mí también —susurré.

—No —interrumpió—, me refiero q desde que pisaste el edificio, desde el instante en que se puso a burlarse de la chica del correo. No tengo nada en tu contra y lo digo en serio. Solo que no te das cuenta de la severidad de esto.

—Pues ilumíname. ¡Crees que no es difícil para mí!

—Pero... —guardó silencio. Tras un largo lapso de silencio tomó aire con fuerza—. Solo cuídate y cuídalo a él. No lo presiones, ¿sí?

—Pilar solo logras confundirme más. En serio.

—Ya lo entenderás a su debido tiempo, cuando él vaya a tu casa.

—No irá —sentencié.

—No lo conoces. Es medio tosco y puede que se demore de la hora pactada, pero él irá. Y por la expresión de German te conviene estar preparada para cualquier cosa —tras decir aquello me abrazó con fuerza, giró sobre sus talones y se dirigió a su auto, para luego desaparecer entre el tráfico.

Quede allí. Sentí frío de forma repentina y convulsionó mi cuerpo en consecuencia. La lógica me llevó a preguntarme cómo era posible sufrir por alguien que apenas conocías. Tan solo pensar que amas a alguien cuando no conoces parte de su pasado resultaba ilógico, es como construir cimientos sobre nubes de algodón. Pilar tenía razón en algo y era que me había fijado en Abel, había escrito cartas pensando en él, pero ya me ponía en plan *sincericidio*, ¿acaso Abel no había sido solo un escape para mí? ¿Una salida de emergencia? ¿Alguien a quien podía perseguir y con quien jugar fácilmente y hasta sufrir sin esfuerzo, asimilarlo para luego continuar?

Pero existía algo que ella no comprendía y que ni siquiera podía decirlo en voz alta sin estar alterada. Trataba de convencerme a mí misma que era ilógico amarlo y en tan poco tiempo. Porque un sentimiento como ese necesita de tiempo, ¿verdad? Más le daba vueltas al asunto más confundida me encontraba, solo era seguro una cosa: lo que sentía era real. Tan real como las lluvias en Octubre, o como el sol saliendo en las mañanas. La magnitud de mis sentimientos hacia él sobrepasaban cualquier tipo de razonamiento. ¿Qué tan lejos podría llegar? Pues hacia adelante. Tanto como mi cuerpo me lo permita.

Chris era una persona que necesitaba contención, pero también ser amado. Yo estaba dispuesta a haber ambas cosas. Quería sanarlo. Que sanáramos y avanzáramos juntos. ¿Él estaría dispuesto a dejarme hacerlo? Y si la respuesta era negativa, ¿me detendría y conformaría con su respuesta?

Eran demasiados sentimientos para tan poco tiempo.

Chris

Leí cada clausula en los papeles con cuidado. Todo parecía estar en regla, no había nada fuera de lugar, pero aun así mi cerebro se negaba a cooperar.

—¿En qué piensas?

—Es que ni siquiera lo se... —admití.

—Si lo sabes...

—Es cierto, sí lo sé —cerré la carpeta.

—Olvídala, puedes volver con Aldana —lo miré con horror.

—¿Qué?

—Que olvides Ariadna, ella está fuera de tu jurisdicción.

—Según entendí el sábado, apoyabas mi decisión de *avanzar*.

—Porque no contaba con la información necesaria.

—Claro, ¿ahora cambiaste de opinión por qué...? —Dejé la pregunta en el aire no muy convencido de la respuesta me daría.

—Es fácil, los tipos como nosotros no estamos a la altura de mujeres como ellas.

—Estas proyectando tu situación con Pipi hacia mí.

—No lo hago.

—Si lo haces. Ari es diferente.

—¿Sabes porque le dio todo el dinero a su ex esposo? ¡Porque para ella aquello era solo un vuelto! ¡Estuviste conmigo pagando por debajo de la mesa!

—¿Por qué estás tan enojado? —escupí.

—¿No piensas igual que yo?

—No. Su familia es rica, ¿y qué? Ella no.

—Espero nunca llegues a donde yo —dijo antes de beber el agua de su vaso.

Sentados en el Restaurante de Fede, analizamos los papeles que trajo consigo. Bracamonte las encontró entre las cosas de Aldana, escondidas en la oscuridad debajo de cajas sin deshacer de su vida anterior. Los documentos que ponían fin a su matrimonio.

—Podemos hacerlo oficial —dijo cambiando el tema. Al no decir nada, continuó—. El divorcio está a un solo paso y todo volverá a lo que debía ser —negué con la cabeza al percatarme de a donde quería llegar—. Solo piénsalo, podrías volver a casa, ayudar a Aldana a rehacer su vida, tener el mismo trabajo que antes e incluso...

—Detente —dije en un rugido—, no quiero eso —él pareció sorprendido, en una exhalación se apoyó en el respaldo de su asiento—. Amo... Amo a Ariadna más de lo que podría admitirme a mí mismo.

—Sufrirás de nuevo... Tal vez más.

—¿Acaso no sufrí por Aldana? Sobreviví.

—Apenas. Dejando tu vida atrás.

—Una vida vacía. ¿Esa vida quieres que recupere?

—Eso sería mejor que estar aquí con ella.

—¿Por qué estás en contra de ella? —llevó la vista al otro lado de la sala—. Nunca antes nos hemos mentido. Siempre hemos dicho las cosas como son sin importar lo dolorosas que sean y nos hemos apoyado.

—Dicen que con el dinero baila el mono.

—¿Que tiene que ver?

—Mucho...

—¿Aceptaste un soborno? —No lo creía concebible.

—Peor que eso. Estuve llevando un caso de despido sin causa de un hombre mayor contra una empresa de construcciones. Una firma que hasta el año pasado no aparecía en el radar de la bolsa de valores.

—Si... ¿Y? —soltó lentamente el aire que había estado conteniendo.

—Ayudé al hombre aun sabiendo que no tenía el dinero suficiente para cubrir mis honorarios. Él insistió ya que nadie siquiera abría la puerta, tiene un hijo enfermo y necesitaba del trabajo. Lo destituyeron del puesto por llegar a la constructora con la camisa arrugada el día que se suponía era su día de descanso. Lo habían llamado con solo una hora de anticipación ya que la *Cabeza* de la Compañía visitaría la sucursal con unos inversores y realizar una inspección —su vista estaba fija en sus dedos jugando con el mantel—. Me resultó injusto y más siendo un hombre humilde y trabajador. No existían llamadas de atención anteriores ni mucho menos sanciones. Uno hombre honorable. ¡Sabes que este tipo de causas pueden conmigo! —Sonrió sin ganas—. En fin. Este hombre llegó a mi desesperado, pero la empresa era pequeña, ¡*pan comido!*. Tomé el caso y lo llevé a tribunales pues teníamos todas las fichas para ganar. Pero mi egocentrismo y soberbia me hicieron

olvidar un detalle importante. Averiguar sobre los posibles accionistas, los nuevos inversores de la empresa. ¿Sabes quién se volvió el accionista mayoritario cuando supo que yo llevaba el proceso? —Negué con la cabeza — Alberto Saccomani.

—¿El padre de Pipi?

—Aja... Con un, nada más y nada menos que el cincuenta y un por ciento.

—¿Luego que sucedió? —Presioné cuando él guardó silencio.

—Él estaba más al tanto de lo que sentía y siento por Pipi de lo que yo he estado jamás. Me amenazo y recordó que para estar a la altura de una familia como la de ellos era necesario que tomara casos de más relevancia y buscar firmas de la talla de *Pierce & Carter*. Así solo tendría dinero para llevar un poco de pan y leche a la boca.

—No lo entiendo, por lo general sueles quedarte con las ganancias en litigios como estos, ¿cierto? Siempre te encargas de sacar una cuantiosa suma, para que ambas partes estén felices. Tu sobre todo.

—En este caso no. El hombre necesitaba del dinero, así que decidí no cobrarle, pero él insistió en pagarme con trabajo. En mi casa arreglando las cañerías, en la casa de mamá ayudando con el jardín o cambiando el triturador al que padre siempre le encontraba una excusa. Y así.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Tú estabas ocupado con la tormenta Cannavaro.

—Supongo que no estaba muy disponible tampoco.

—¿Tú crees? ¿Desconectando el teléfono? ¿Abandonando la casa que tanto trabajo te costó conseguir? ¡Para nada! Tu mensaje fue claro. Todos lo recibimos fuerte y claro.

—¿Qué hiciste?

—Luego de semejante advertencia agregé que jamás permitiría que su adorada hija cambiará por mí y que siempre encontraría la forma de hundirme hasta un lugar donde ni yo tendría ganas de salir. Me prometí a mí mismo jamás intentar nada con ella, pero solo me mentía. Pipi es como una droga para mí. Me aseguré de que ella nunca cambiara y menos por mí y, lo hice de la única manera que podía, manteniendo mi distancia. Ella es un alma libre y a ¡Dios, Gracias por no ser como ellos!. Gané el caso junto con el odio de sus padres. Fue ahí cuando comprendí cuanto la amaba realmente. Hasta medité la posibilidad de fugarnos, así tal vez, si sentíamos lo mismo el uno por el otro, no seríamos diferentes.

—Huir no es la solución.

—Ya...

—Lo digo en serio. No importa que tan rápido corras o que tan lejos vayas, te alcanzará el pasado si no lo zañas como se debe —golpee con los dedos los expedientes sobre la mesa— ¿Lo sigues pensando?

—No. No después de verla vestida de azul el sábado. Ella intentando agradarme ha sacudido mi perspectiva. Si supiera que ella, en su esencia más pura no me desagradaba para nada.

—Ella lo hizo para estar a tu altura German, se creyó poca cosa, ¡cosas chicas! —intenté burlarme.

—Amar es ser un efecto colateral, Chris. Destruí quien era ella. Se consiguió un trabajo *normal*, viste con ropas apagadas, escribe artículos sensacionalistas. Hasta utiliza lentes de contacto. No es Pipi, esa no es *Mi Pipi*...

—Entonces, ¿crees que no estoy a la altura de Ariadna? ¿Es eso lo que tratas de decir?

—Seamos realistas... El dinero es el dinero. Yo con ella lo quiero todo. Pero aceptando que alguien trabaje para mí como parte de pago a mis honorarios, me hace una persona mediocre.

—Te hace una persona grandiosa.

—Que no será capaz de pagar las cuentas de luz del departamento de Pipi, llegados al caso. ¿Has visto cuanto paga por luz? ¿O gas? Ni siquiera puedo permitirme comer fuera de casa —levanté una ceja—. Bueno eso es una exageración. Pero dime, ¿cuantos casos de adopción gestionas por el mismo sueldo? —Tragué con fuerza—. Has empleado tiempo y dinero de tu bolsillo para conseguir esa maldita Ley de transición.

—Es diferente.

—Es lo mismo.

—Ariadna y Pipi no son como tú las pintas. Además conozco a la madre de Ari. Conozco a Ari...

—¡No, no la conoces! —Dijo en tono firme—. ¿Acaso no te sorprendió saber quién era esta mañana? —guardé silencio por un minuto.

—Admito que me deje llevar por la impresión.

—¿Ves?

—Deja de fastidiarme. Tú no ves con claridad y no comprendes que no me importa su pasado, quien fue o con quien estuvo casada, ni mucho menos cuánto dinero tiene en la cuenta del banco. Si no lo ha mencionado es porque no es importante. Me duele que la hayan lastimado, pero me siento feliz de

que lo hicieran pues me dieron la oportunidad de enmendar ese error.

—¿Acaso no decías lo mismo por Aldana?

—Con ella fue diferente...

—Es lo mismo...

—¡No lo es! —Golpeé la mesa llamando la atención de todos—. A Aldana quería salvarla y a las personas no se las *rescata*. Me tomo mucho tiempo y recorrer un extenso camino para comprenderlo. Amar a alguien no significa salvarla, significa sacrificarse y sanarse mutuamente. ¡Maldita sea! ¿Y sabes por qué?

—Oh... ¡Dímelo por favor! —se burló.

—Nunca has sido lo suficientemente hombre para aceptar lo que siente. Huyes a la primera declaración. De niños me enviabas a mí a romper con tus noviecitas para no tener que lidiar con ello. Eres un cobarde y siempre lo has sido.

—¿Acaso tú no lo fuiste al venir aquí?

—Vine aquí por una razón que no comprendía, y ahora lo sé.

Lance unos billetes a la mesa, tomé la carpeta con la documentación y salí de allí furioso. Una vez en la calle el sol me golpeó con su intensidad desorientándome por un momento. Extraje el teléfono del bolsillo de mi saco y busqué entre las llamadas un número al que juré no comunicarme nunca. Presioné el botón de llamado y al cuarto timbrado respondieron. Me sorprendió escuchar la voz del otro lado, como una bola de demolición destruyó mis defensas. Pero debía hacerlo. Tenía que.

—Sé qué esperas la llamada de cualquier persona menos la mía. Pero tenemos que hablar.

—*Yo no lo creo* —respondieron con sequedad.

—Créeme, esto te beneficiará tanto a ti como a mí.

—¿*Otro de tus grandes planes?* —se burló—. *No estoy para juegos, ya estamos grandes Chris* —pronunció mi nombre con desprecio.

—No me hagas rogarte.

—*Y no espero que lo hagas, ¡maldito infeliz!* —rugió, podía escucharlo rechinar de dientes al otro lado.

—Tomaré un vuelo y estaré ahí en tres horas. Me importara poco si tienes ganas de recibirme o no. Golpeare tu puerta que solo la policía será capaz de quitarme de ahí.

—*Espero que tus muñecas no seas débiles* —colgó.

Fui al apartamento. Llamé al aeropuerto. Reservé el vuelo más próximo. Tiré de las llaves, dejé comida a Corcho y pegué una nota en la puerta de Pipi.

Si quería hacer las cosas bien, debía hacerlas desde el lugar donde había enterrado todo.

Me comuniqué con Bracamonte y solicité una dirección, el cual me brindó sin cuestionamiento alguno. Cuatro horas después, me encontraba golpeando una puerta que jamás en mi vida creí que llamaría.

Tras el quinto porrazo la puerta fue abierta de un tirón. Un rostro más maduro que el mío con las líneas de expresión marcadas en la frente hizo aparición. No hizo falta palabras cuando sus ojos cargados de rencor no dieron crédito a mi presencia. Su apariencia abandonada con la barba crecida otorgándole un aspecto malhumorado. A simple vista notabas que llevaba días sin dormir. Solo hizo falta que pronunciara un nombre para que sus ojos claros se suavizaran y finalmente me permitiera pasar.

ERASE UN DÍA DE LLUVIA

Ariadna

—Que estés aguardando en tu pórtico, así de arreglada, me hace pensar que esperas a alguien.

Elevé la vista del suelo y la Señora Thomas me observaba con curiosidad.

Vestía pantalones holgados en color café, un suéter beige el cual cubría sus manos y le llegaba hasta por debajo de las caderas, las mechas su cabello blanco apuntaban distintas direcciones confiriéndole un aire despreocupado.

—¿Qué ocurre? —Preguntó, me hice a un lado dejándole un lugar en el escalón, con sumo cuidado se acercó, ambas observábamos la nada—. ¿Es alguien especial? —El nudo en mi garganta me impedía responder—. ¿El muchacho del jardín tal vez? —Su *sofisticada* manera de abordar el tema calmaba mis nervios de alguna manera. Avergonzada, solo pude sonreír sintiendo a mis mejillas arder.

—¿Tan obvia soy?

—No. El obvio era él —dijo segura, entonces la miré, ella tenía sus manos unidas sobre las rodillas mirando a los vecinos de enfrente que volvían de trabajar.

—De todas formas... —inicié pero no fui capaz de acotar nada más.

—Es un gran chico —alabó, había cierta seguridad en su tono de voz.

—¿Por qué lo dice? ¿Acaso tuvo oportunidad de hablar con él? —Le presté más atención, ella afirmó—. ¿Puedo preguntar de que hablaron?

—Si tanta curiosidad tienes, hazlo con más convencimiento —se estaba burlando de mí y se lo agradecí en silencio.

—Ya... No quiero demostrar ideas erróneas —intenté sonar despreocupada, pero ni siquiera yo me lo creí.

—El que te regale un hermoso jardín habla muy bien de él.

—Lo sé... —miré en dirección a mis pies sin entender del todo el sentimiento que inundaba mi pecho.

—No pareces muy segura de tus palabras, mi niña...

—Es que... Hay cosas que... —suspiré—. ¿Es posible querer a alguien hasta el punto de dudar de tu amor propio?

—¿A qué viene ese tipo de pregunta? —Sonrió con ternura.

—A que estoy hecha un lío —cubrí mi rostro con las manos—. Es como si de pronto todo tuviera sentido y al mismo tiempo el mundo de cabeza. Como si nada importara solo esto que me consume por dentro. Es destrucción y salvación en un mismo espacio de tiempo.

—Aun recuerdo esa sensación... Y sigue siendo aterradora hasta el día de hoy.

—¿Cómo se llama? —no pude evitar a la corriente inundar mis mejillas.

—¿De verdad dudas del nombre que pueda tener ese sentimiento? —sonreí sin ánimos volviendo a suspirar—. ¿Toda esta escena es porque lo has dicho?

¿Lo que sientes él ya lo sabe?

—No. O al menos no directamente —admití volviendo la vista a mis vecinos de enfrente.

—Y eso se debe a que...

—Temo no ser correspondida. Me aterra la idea de sufrir de la misma forma que antes. Aunque creo que esta vez será peor. Él ha amado a alguien, ¿sabe? Ha huido de su vida anterior por ella y yo...

—Pero tú has hecho exactamente lo mismo —interrumpió—. Te mudaste a los suburbios, a la primera casa de tus abuelos, no compras nada que llame la atención, no tienes coches y trabajas en un lugar cuyo sueldo apenas cubre la cuota de luz de este vecindario.

—Me ha descubierto, ¿eh?

—Lo supuse cuando lo vi a él trabajando tan duro. Cuando descubrí que había engañado a tu madre pensé que solo era un caza fortunas haciéndose pasar por un buen chico. Pero hizo falta una segunda mirada para comprenderlo y darme cuenta que me equivocaba de nuevo.

—¿De nuevo?

—Soy lo suficientemente mayor como para cometer muchos errores y siempre me jacto de solo haber cometido dos en toda mi vida. Tengo una memoria muy buena para mi desgracia —sonrió con tristeza.

—¿Por qué no lo conocí antes?

—¿Por qué demonios los jóvenes insisten con esa pregunta tan estúpida? —Se quejó, yo reí sin ánimos, negué con la cabeza sintiéndome repentinamente estúpida—. ¿Y encima te ríes?

—Bueno... Ahora que lo pienso no somos tan diferentes, él y yo, pues Chris había dicho algo similar.

—Imagino tuviste una respuesta ingeniosa.

—Quizás. Le dije que era una excusa *estúpida*, una patraña auto infligida para no admitir que solo tenemos miedo. ¡O algo parecido! —me burlé de mi misma.

—Y si eso es lo que piensas, ¿por qué buscas una excusa ahora? ¿No crees que el mejor tiempo es el mismo instante en que lo vives? No antes, ni mucho menos el tiempo más adelante. Lo que sientes, lo convives y aseguras hoy... ¿Por qué molestarse por algo que ocurrió antes? ¿Por qué perder tiempo pensando en el *hubiera sido*? —Dibujó las comillas en el aire—. Además, piensa, si él se hubiese presentado en tu vida antes, ¿habrías sido capaz de verlo? Yo no lo creo y tampoco me creo que él pudiera reparar en ti —quedé

muda.

No tenía respuesta para aquello. La Señora Thomas tenía razón. Siempre había tenido razón, no era una mujer que se daba por vencida, nunca había sido una mujer así de insegura ni mucho menos infantil. Al menos no *tan infantil*; pero lo que llevaba por dentro era profundo, tanto que era su magnitud me abrumaba.

—Yo creo que en realidad lo amas más de lo que te permites admitir.

—Tal vez...

—¿*Tal vez*? —Repitió con ironía—. Hija, una vez que te des por vencida, se acabó el juego, y aparecen los fuegos artificiales. Te lo niegas, y no te lo permites disfrutar por *miedo* a entregar más de lo que, consideras la otra persona puede recompensar. Pero el amor, ¿acaso no es dar sin esperar nada a cambio? Claro que ser correspondido es la sensación más maravillosa del mundo, pero el amar sin prejuicios, entregar todo de ti solo porque tu corazón así te lo pide porque siente que esa persona se lo merece. ¿No te parece motivo suficiente? —Mordí mi labio inferior, mis ojos se estaban inundando.

—Pero es que él es tan perfecto —musité entre lágrimas.

—La persona siempre es perfecta ante nuestros ojos, solo no lo son. No lo idealices, disfruta también de sus imperfecciones, porque por si no lo sabias aquella persona que llega a tu vida y deja todo en paz, es aquel de quien debes dudar. Por el contrario, quién viene a revolucionar y cuestionar tus respuestas, el que llega a cambiar tu punto de vista del mundo, aquel que marca un antes y un después en tu vida, ese sujeto es quien vale la pena. Un ser que pasa desapercibido y corriente pero que realiza la hazaña más maravillosa con una sonrisa que dura un solo segundo capaz de aniquilar tu mal genio, un cruce de mirada suficiente para derretir tus inquietudes, un beso robado que hace desaparecer el piso bajo tus pies y al cielo por encima de tu cabeza esté al alcance de tus manos.

—Pero es tanto —solté con la voz entrecortada—, y es muy duro, porque temo que él mañana tal vez no esté.

—¡Oh querida! —Dijo y sus brazos pronto rodearon mi cuerpo—. Eso es lo maravilloso del amor, que aunque temes perderlo todo y tu miedo sea mayor, encontraras la fuerza necesaria en ese mismo sentimiento para permanecer a su lado. Aprendes a dejar que el amor y el temor coexistan. Pero nunca te rindes, mi amor, nunca te rindes. Muchos dicen que es un camino en círculos que terminas donde iniciaste, pero yo creo que es más como una montaña

rusa, llena de emociones fuertes cuando crees que todo está apacible.

—No quiero sufrir más... Y sé que inevitablemente lo hare.

—Solo sufres porque eliges sufrir, corazón. Una vez que elijas amar, créeme, ya no será lo mismo. Lloraras por tu dolor o sea lo que sea te acongoje, pero veras salvación allí mismo. Mi esposo decía que las respuestas siempre estaban al lado de la desesperación.

Dejé que me consolara y que los ratones que habitaban mi cabeza me consumieran. Quería rendirme, *debía* rendirme. Permití al tiempo transcurrir sin llevarme consigo. Permití que el dolor abarcara mi pecho, y que luego se trasladara al resto de mi cuerpo.

—En la época de mi juventud estaba mal visto que una mujer con clase y educación criada entre las buenas costumbres persiguiera a un caballero. Pero eso no me impidió que yo golpeará la puerta e invitara un café al hombre que sería mi esposo.

—Sé a lo que se refiere —sonreí.

Lo extrañaba.

Extrañaba a Chris como el viento extraña al invierno en plena estación.

Esa tarde Chris no se presentó. Dedicué un minuto al malestar por aquello. Un minuto demoró en aparecer mi determinación. Decidí jurarme a mí misma que no me rendiría con él, y que yo sería la primera en pronunciar las palabras de amor que tanto anhelaba escuchar.

Desde los vitrales gigantes en la entrada del correo observaba caer las intensas gotas de lluvia. La tormenta había iniciado temprano en la mañana y la verdad había dudado en presentarme a trabajar, no solo por la tormenta sino porque mi razón para ir hoy tampoco estaría en su cubículo. Desde la conversación por teléfono con Pili el día anterior me sentía mejor, ambas no veíamos ni a Chris ni a German desde hacía poco más de dos días y no estábamos al tanto de sus paraderos, claro, aunque ella lo negara la diferencia radicaba en que ella estaba más al tanto de lo que ocurría. Yo me encontraba fuera de esa ecuación.

Sus palabras fueron:

Tranquilízate, créeme, es por una buena causa. Una beneficosa causa.

Me importaba un cacahuete que fuera por una buena causa. No cuando el nombre de Aldana retumban en todas mis alarmas.

Observé a las personas que se animaban a correr e intentaban refugiarse de la lluvia bajo los techos de los escaparates. Algunos galopaban despavoridos para no arruinar sus zapatos de diseñador o su perfecto maquillaje se corriera, mientras que otros se deslizaban tranquilos con el rostro al cielo como si aquellas gotas los purificaran.

No perdí más tiempo y los imité. Anduve por calles inundadas de agua, mis botas me salvaguardaban del frío, mientras que mi cabello estaba a salvo bajo la capucha del abrigo, a pesar de la época del año, la brisa era fresca y poca alentadora al igual que las nubes violetas en el cielo. Más que las diez de la mañana tenía pinta de ser cerca de las siete de la tarde. Veredas casi vacías, edificios y locales llenos, y el asfalto con más autos que de costumbre.

El ruido de la lluvia se sobreponía al escándalo de bocinas en los semáforos. Era un desfile poco alentador de paraguas en tonos oscuros.

Pacíficamente y tomándome todo el cuidado del mundo hice mi reparto. Me tomé mi tiempo en cada edificio, en cada departamento, hablé con cada persona con la que me crucé. No me decepcioné cuando encontré el despacho vacío de Chris, y me pregunte si realmente todo estaba bien entre nosotros.

La verdad, con el transcurrir de las horas me había sentido fatal, él me había contado detalles de su vida, cuando yo solo hice mención de mis frustraciones, lo que había ocurrido pero no lo que había hecho ni quien era.

Mirando su escritorio vacío me pregunté si, de haber tenido la oportunidad de cruzármelo antes de todo, ¿me hubiera fijado en él si se hubiera presentado ante mí? Cerré la puerta, fui hasta el ascensor pensando. Podía imaginármelo en mi universidad pero nada más. Me despedí de Carla, quien continuaba su interminable danza entre el teléfono y la gente.

Una vez en la acera la pregunta quedó en el aire, suspendido y siendo ahagado por la lluvia y por el acelerado y ensordecedor latido de mi corazón.

Parado a las afueras del edificio, resguardado bajo un inmenso paraguas negro, ensombreciendo su rostro aguardaba en la vereda vestido informal. No llevaba la típica barba, pero sonreía. En un principio creí se trataba de alguien

más al encontrar las magulladuras en su rostro, pero era él, esa era su sonrisa. ¿Era un espejismo? Caminé con nerviosismo sin estar segura de si realmente estaba caminando o corriendo a su encuentro. Aquella sensación en mi pecho se intensificó, robándome el aliento, pero ni bien estuve a dos pasos suyo una paz que había olvidado nos envolvió por completo.

—Te he echado de menos —susurró él, yo no pude más que sonreír de la felicidad. Acerqué mis manos a su maltratado rostro.

—Igual yo —confesé perdiéndome en sus ojos—. ¿Quién te ha hecho esto? ¿Qué te ha ocurrido?

—No. De verdad. Lo estoy diciendo en serio. No te haces una idea de cuánto te he extrañado.

—Entonces demuéstramelo —tenté.

Un segundo me encontraba a salvo y al siguiente, la lluvia nos acorraló en una dulce y fría sinfonía. Las manos de Chris tomaron mi cuello, sus dedos se enredaron en mi cabello mientras que sus pulgares acariciaron mis mejillas. Sus labios en principio atentos exigieron respuestas, sonreí antes de comenzar con la batalla de liderazgo de nuestras lenguas. Mi cuerpo entero ardía.

Si aquel dolor desgarrador y esperanzador no era amor, no buscaría encontrarle explicación. Si Chris producía una revolución en mí y aun así sobrevivía, no había otra respuesta para mí.

Mientras las gotas hacían que mis prendas se pegaran a mi cuerpo, gracias a los labios de Chris y sus caricias el frío no llegaba a calarse. Mis brazos enredados en su cuello me acercaban más a él.

Quería, deseaba y anhelaba más de él. Todo de él.

—Ari... Tú eres mi perdición —dijo contra mis labios antes de devorarlos una vez más.

—Lo dices de una manera que queda muy feo. No quiero ser algo malo —me burlé.

—No lo eres cariño. No lo eres. No me mal intérpretes. Al decir que eres mi maldición me refiero a que has destruido mis defensas y que... —guardó silencio, miré directamente a los ojos, más bien al ojos que tenía abierto, acerqué mis labios al que se encontraba inflamado y lo bese con ternura.

—¿Qué?

—Me he dado cuenta que eres alguien importante en mi vida... La más importante.

—Chris... Yo...

—No tienes que decir nada, ¿OK? Sé que somos diferentes. Mundos muy diferentes, que ambos tenemos pasado y no muy bueno por cierto. Que hemos sufrido, nos han destrozado. Pero estoy seguro que podremos salir adelante y dejaremos todo eso atrás. Solo te pido paciencia. ¿Si? Nada más. Solo paciencia para ser quien debía de haber sido desde el principio y mostrártelo.

—Tú ya eres la persona quien yo siempre supe que eras.

Sonrió y volvió a cubrirnos de la lluvia. Enlazó sus manos con las mías y tiró para pegarme a él. No me importó no averiguar al lugar dónde nos dirigíamos, enredé mis brazos a su cintura mientras avanzábamos mezclándonos con la poca gente que se animaba a caminar.

Me sentía a salvo y por primera vez, me sentía en casa, aunque estuviera fuera de ella.

Chris.

Observé el vaso en mis manos, di un último trago al whisky antes de devolver la mirada al hombre que alguna vez fue Profesor unos años atrás. Físicamente estaba más delgado de lo que recordaba, pero su mirada gélida seguía siendo la misma; sentado de piernas cruzadas al otro lado del salón sus claros ojos eran un mar abierto de odio y rencor. Su expresión era indescriptible. Era la primera vez en años que me sentía de aquella manera, como si hubiera hecho algo malo, como si ese silencio fuera una especie de castigo recriminatorio.

—Imagino no gastaste tu dinero en un pasaje solo para hacerme perder el tiempo y tomar de mi whisky, ¿cierto? —Preguntó con malicia revolviendo el líquido en su vaso antes de beberlo de un solo trago.

—Cierto —tragué con fuerza—. La razón de mi visita es esto —tendí la carpeta con los expedientes en su dirección, él parecía reticente en un principio, pero terminó aceptándolos; presté especial atención en su expresión en busca de algún indicio que me dijera que estaba en lo correcto.

—*Hmmm* —fue el único sonido precedente de su garganta, su expresión seguía siendo la misma: fría y despreocupada—. ¿Y? —respondió devolviéndome los papeles.

—¿Y, qué? ¿No lo entiendes?

—No, la verdad que no —dijo de mala gana.

—No están divorciados. Ante la ley, tú y Aldana siguen siendo marido y mujer —Esteban miró directo a mis ojos y lo que vi en los suyos me llenó de remordimiento, había tristeza, tortura y agonía inundaban sus ojos.

—Tal vez el papel diga eso, pero como te darás cuenta no convivimos. Aunque explícame algo, no que deberías ser tu quien le pida a *su* mujer que entregue los papeles para que al fin puedan estar juntos sin posibilidad de una demanda por infidelidad —se puso en pie, me arrancó el vaso de las manos y desapareció tras una puerta.

Dudé entre ir tras él o no. Tomé una bocanada de aire antes de ponerme en pie, repentinamente ansioso y nervioso pero decidí avanzar de todas formas. Lo seguí hasta la cocina. Tan pronto traspasé el umbral del salón algo impidió que continuara avanzando. Un intenso dolor invadió mi cabeza, y se

propago por el resto del cuerpo. La habitación repentinamente me pareció dado vuelta. El daño siguió de manera continua hasta que reparé en que era Esteban quien asestaba sus puños contra mi rostro. Tendido en el suelo con él tirando del cuello de mi camisa sin dejarme caer del todo.

—¿Quién te crees infeliz al venir aquí y decir las cosas que dices?! —otro golpe, pero esta vez me tenía sujeto con más fuerza del cuello de la camisa y más alejado del suelo. Estaba entregado, sabía que lo merecía. Entonces él se detuvo—. ¡Defiéndete, maldito cobarde! ¡DAME MAS RAZONES PARA MATARTE! —Exigió y yo solo pude sonreír—. ¡Infeliz! —Repitió volviendo al ataque.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Una y otra vez su puño chocaba con fuerza contra mi rostro. Él se estaba agotando mientras que yo sentía que mi rostro dejaba de ser el mismo, al igual que mi orgullo. Al ojo izquierdo no era capaz de abrirlo, el sabor a ácido y a hierro llenaban mi boca y garganta. Finalmente se detuvo dejándome caer por completo como un costal vacío. Hasta entonces reparé en lo cansado que me sentía de todo. De huir sobre todo. Comencé a toser, llevé mi mano a la boca y solo sangre y más sangre brotaba, por extraño de la situación sabía que lo merecía, pero solo quería reír por la sensación que me inundaba en ese instante.

—Eres un inútil. ¡Eres incapaz de defenderte! —Escupió.

—No de que no sepa hacerlo —alardeé a duras penas—, sé que lo merezco —dije desde mi lugar en el suelo, intenté erguirme pero simplemente no podía hacerlo, el profesor Becker me tendió la mano lastimada. Lo acepté con renuencia, pero lo sujete con fuerza.

—Lamento los golpes —encontré dudas en sus palabras, me burlé en un silencioso quejido—. Bueno en realidad no lo lamento tanto. Solo quería darte un golpe, uno solo, pero mi rabia pudo conmigo y me deje llevar. ¡Qué bien se sintió hacerlo finalmente! —hizo una imitación de sonreías y desapareció en la cocina, arrastré mis pies de nuevo a la sala y me desplomé en el sillón—. Con cuidado, no manches el tapizado, o hazlo y lo cargaré a tu cuenta. Aquí tienes —dijo tendiéndome un paño con hielo, apenas fui capaz de elevar mi mano para recibirlo. El frío calmó el creciente ardor en mi rostro, pero intensificó mi malestar.

—Gracias —susurré cerrando los ojos.

—Ahora, espero solo la verdad —dijo, abrí mi ojo bueno y él se encontraba sentado frente a mí con los codos apoyados en sus rodilla y mirada

suplicante, mi fijé una vez más en su mano y reparé que tenía envuelto un paño alrededor, sonreí, él siguió la línea de mi mirada—. Eres un cara dura —se burló, entonces volvió a su expresión seria—. ¿Que buscas al venir a verme? Estaba haciéndolo bien, muy bien.

—¿Huyendo del país?

—Bracamonte. ¡Maldito viejo metiche! —maldijo antes de ir a por otro par de vasos con whisky.

—Quiero que tú y Aldana vuelvan. Pero la única forma de hacerlo en enfrentando la verdad.

—¿Acaso no hemos estado haciendo eso?

—No. Al menos tú no —por primera vez, desde que pise la casa parecía sorprendido. Busque en mi portafolio la otra carpeta—. Esta es la verdad que debes saber para que todo esto finalmente este equilibrado en la balanza y podamos, todos avanzar.

—Eso ya lo...

—Nunca lo has visto —lo interrumpí tendiéndoselo.

En principio estuvo reticente a abrirlo, sorbió de un trago el brebaje antes de abrir finalmente. Tan pronto como sus ojos comenzaron a danzar sobre las letras sus manos comenzaron a convulsionar, su rostro se puso más pálido. Mordió sus labios en un intento por contener, sea lo que sea, amenazaba con quebrarlo.

—¿Esto qué es? ¿De dónde...? —Preguntó con voz quebrada sin mirarme, no hacía falta que tuviera los ojos bien para saber que evitaba que lo viera llorar.

—Aldana no se separó de ti por los motivos que crees, pasó por mucho. Eso es la prueba de lo que ella ha pasado y que no te ha dicho.

—Pero...

—Cuando te decía que iba a entrevistas con los padres, íbamos a hacerse nuevos estudios. Cuando te decía que pasaría el fin de semana con Sandy, íbamos a...

—¿A qué? —El recuerdo del olor a desinfectante me invadió.

—A que rasparan su útero —abrió sus ojos, los temblores se detuvieron y las lágrimas corrieron.

La incredulidad abarco por completo tu rostro. Continuó leyendo la carpeta sin dejar de llorar.

—Pero... ¿en que estaba pensando? —dijo apenas recuperó la compostura — Yo debía estar ahí, ¿Por qué toda esta mentira? —golpeó la mesa antes de ponerse en pie cubrir su rostro. Un segundo después arrojó el vaso contra la pared.

—Creo que, tú la conoces mejor. Ella no quería decepcionarte y estaban tan entusiasmados con la idea de ser padres y ella...

—¡Estúpida niña tonta! —aulló antes de que un grito mucho más desgarrador se esparciera en un eco en los rincones de la casa.

—Ella te ama, tanto que no quiere que sufras lo que ella. Créeme cuando te digo que siempre ha pensado en ti, cada acción.

—Su madre es Doctor, ¿Cómo? —el dolor no permitía que terminara sus preguntas.

—Con ayuda mía. Una amiga mía me daba las muestras.

—¿Cuántos bebes...?

—Tres. Ha perdido tres. El primero fue en tu casa, estaba sola, tú estabas con los ensayos del conservatorio. Como no llegó a nuestra cita. Solo era para que me ayudara con un niño —me apresuré a explicar—. Fui, la puerta estaba sin pestillo y pasé. La encontré —guardé silencio ante el recuerdo de la sangre en la alfombra y ella rogando a Dios.

—Fue cuando redecoró el baño —sus ojos volvieron a llenarse—. ¿Luego?

—El medico dijo que fue espontaneo y era normal en las primeras semanas de gestación, le recomendó aguardar al menos seis meses hasta intentarlo, pero volvió a ocurrir a los tres. Y luego a los seis. Ella lo intentó muy duro. Fue cruel consigo misma —apoyó el codo en la rodilla y su mano cubrió la boca, sus ojos, enrojecidos por el dolor no dejaban de sollozar.

—Ahora me cierran muchas dudas —dijo luego de un silencio casi interminable—. Este es tu pase libre a estar con ella. ¿Por qué?

—Aunque no lo creas me afecta —admití—, quiero a Aldana. Amo a Aldana. Siempre lo he hecho y siempre lo haré

—Eres un...

—Déjame terminar —lo interrumpí—. Antes no sabía que me ocurría con ella. Y siendo sincero conmigo mismo y contigo, envidiaba el sentimiento que ustedes compartían y quería algo de aquello para mí.

—Felicidades, has tomado ese sentimiento y lo has destruido —contestó de mala gana apoyándose en el respaldo del sillón—. Si es que guardaba alguna esperanza esto se ha encargado de hacerlo desaparecer.

—Todo lo que tengas para decirme ya me lo he dicho yo y soy consciente

de que lo merezco. Ustedes has superado muchas pruebas juntos. Tú la viste aun cuando era imposible para ti.

—*Hum* —se burló.

—Lo que importa aquí es que ella te ama, y está esperándote.

—¿Te lo ha dicho acaso? —Percibí su tono un poco más liviano, y me atrevería a pensar que esperanzador.

—No la he visto desde el concurso. Aquella, fue mi despedida —confesé, él pareció sorprendido—. Ustedes se aman y...

—¿Por qué insistes en eso?

—Porque sé exactamente que sienten el uno por el otro. Y sé cuánto les está doliendo estar lejos uno del otro. Y necesito dejar esto atrás, como se debe, y dejar de huir.

—Te has enamorado —afirmó, elevé mis hombros.

—Ella hace que quiera ser una mejor persona —confesé.

—Y quieres limpiar tu conciencia —se burló.

—No, quiero dejar esto atrás.

—Ya estamos grandes como para jugar a esto. Aldana es alguien que se toma su tiempo para hacer las cosas. Si no lo hizo, lo hará en algún momento. Yo estoy bien. O al menos lo estaba hasta que apareciste.

—¿Acaso eras feliz?

—Crees que estás enamorado, ¿no? Dime algo... ¿Cómo te sientes cuando estas cerca o lejos de ella?

Medite su pregunta, llevé mi mirada al techo y aquella sensación en el pecho cortando mi respiración me permitió saber la respuesta.

—Siento un intenso dolor de ausencia aun estando cerca. La extraño teniéndola al lado sabiendo que debo dejarla en algún momento. Si estoy lejos es como si una catástrofe estuviera por ocurrir, cuando estoy con ella, esa paz que ella lleva consigo parece ser suficiente para poner mi mundo de cabeza. Su sonrisa hace que me sienta poderoso.

—Bienvenido a mi mundo —susurró poniéndose en pie, se dirigió al bar que tenía a un lado de la sala y volvió a servir otros dos vasos de whisky, pero esta vez trayendo la botella consigo.

—DE verdad lamento todo lo ocurrido...

—¿Cómo se llama? ¿Ella? —Preguntó tendiéndome el vaso.

—Ariadna...

—Desde cuando la conoces.

—No mucho, pero es como si lo hiciera —cuando terminé la frase comprendí lo cursi que se escuchaba, el hizo una mueca—. A veces creo que estoy loco, pero entonces ella solo sonrío. Ni siquiera reparé en que estaba enamorado de ella hasta que simplemente la extrañaba sin razón. Intentando desagradarle terminé enamorado de ella.

—Mira Dabance, entre Aldana y yo... —suspiró—. Hay cosas que son de a dos y ella te incluyó en una ecuación en la que se supone no deberías ni aparecer en la esquina. Todo esto, esta carpeta es la prueba irrefutable de que todo entre nosotros ha sido forzado y en vano.

—Lo que yo entiendo es que entre ustedes dos hay algo más que lo que las personas ven, y hasta ahora lo entiendo. Déjame arreglarlo todo. Prometo no estar en medio nunca más después de esto, permíteme enmendar mi error para que mi conciencia me deje seguir adelante. Amas a Aldana todavía y eso lo sé por como tu rostro se tensa con el solo hecho de que yo pronuncie su nombre.

—No necesito la ayuda de un niño estúpido que ahora se cree el mejor solo por estar enamorado —por un momento creí hablaba en serio, pero entonces vi su mueca—. Hable con Bracamonte hace unos días —dijo—, y me contó sobre el papel que había encontrado, ella...

—Piensa en adoptar a Tommy y Nolan, lo sé. Con mi hermano estamos intentando que le den la custodia de ambos, pero solo lo logrará si ella está casada. Lo mejor es que siguen estando —sonreí— y se cómo hacer para que ustedes se encuentren y que para entonces tú ya te hayas ganado el afecto del niño sin que tu *Dana* sospeche.

—¿Otro plan estúpido es lo que tienes planeado?

—Esta funcionará.

Ordené todo lo necesario para que Esteban quedara convencido al cien por ciento. Extrañaba a Ariadna, tanto que solo podía pensar en ella. Llamé a Pipi ni bien había salido de casa de Becker para informarle sobre lo acontecido. Me sentía mejor con el plan en marcha y me dijo que Ari se encontraba preocupada y que me había esperado aquel día. Me sentí fatal, pero luego medité sobre si lo que teníamos duraría tanto como lo que Aldana y Esteban.

Volví a casa y me encontré a Pipi instalada en mi departamento. No hizo falta que dijera nada.

—¡Admite que lo tenías merecido —dijo antes de tirar de mi a la sala y tratar de curarme las heridas que no me había molestado en sanar—. Ni se te

ocurra presentarte ante ella de esta manera, te conviene que por lo menos puedas abrir los ojos cuando se vean —se burló.

Al preguntar por German ella optó por cambiar de tema. Respeté su incomodidad, y pase a contarle con detalles de mi plan.

—De todas las estupideces que has hecho, y son demasiadas. Esta al fin parece ser buena.

Eso era lo bizarro del amor. Te hace destruir y construir algo maravilloso con lo que queda. Yo había destruido mi propia vida al insistir en enamorarme de alguien que sabía nunca me correspondería. Y con los escombros de un amor unilateral creé algo maravilloso y sanador.

—¿Por qué sonrías tonto? —La mira como pude.

—Solo quiero construir algo hermoso con los restos que quedaron de mi vida pasada, de los escombros de mi vida quiero construir algo maravilloso para ella —dije.

—Creo que ya estas delirando. ¡De pronto me dieron ganas de vomitar! — Se quejó haciendo gestos, pero luego sonrió—. Ojala a tu hermano lo ataque la epifanía como a ti —continuó burlándose.

—German es más como tú Pipi, solo que es cabezota.

—Amo a tu hermano, estoy dispuesta a cambiar por él. Me he aprendido los términos para comprender sus casos y aun así... No lo entiendo —suspiró.

—El amor no es entender, es simplemente recibir, dar y dejarse llevar...

—¡Que profundo! —siguió mofándose pero sabía que lo hacía solo para ocultar sus sentimientos.

Ya para el tercer día extrañaba horrores a Ariadna, hasta el punto de despertar a cada hora de la madrugada esperando que saliera el sol. Aquel día parecía renuente a salir, pero no me dejaría ganar, quería verla.

Así que me vestí, desayuné y fui hacia el trabajo. La lluvia era intensa por momentos y la brisa fresca ayudaba a despejar mi mente.

Al llegar a la esquina me pareció verla entrar, así que decidí quedarme ahí, frente al edificio. La lluvia poco a poco se intensificaba de igual manera que mi deseo de tenerla cerca. No resistí más, crucé la calle y me detuve en la vereda frente a la entrada.

Te amo dije al verla saliendo por las gigantescas puertas giratorias.

Fue así, como en aquel cuento que me leían de niño. *Erase un día de lluvia cuando Christian Dabance admitía que si podía amar de verdad*, sonreí ampliamente al ver su expresión y supe que no creció mi amor porque siempre estaba molestándola. No, estaba siempre con ella porque la amaba desde antes que siquiera me percatara de ello.

Se acercó y todo dolor, pasado y futuro desapareció. Sus ojos me trajeron paz y sus labios me dieron algo de su vida.

PALABRAS DE AMOR

Ariadna

Mi corazón latía desbocado. Sabía lo que se avecinaba, y lo deseaba más que nada, pero decidí en concentrarme en las fotografías que colgaban en las paredes blancas, los muebles sobrios y para nada alegres.

Una amplia sala que conectaba con la cocina dividida por una larga mesada de mármol. La ventana un poco más allá dejaba entrar la fría brisa que llegaba con la lluvia. Corcho parado de vista a la ventana ladraba cada vez que el cielo encapotado se iluminaba. No prestaba especial atención en nosotros, no como Chris, quien se movía cada que yo lo hacía. Como mi sombra. Y esa idea me agradó. No sabía que decir, o de que hablar, cualquier palabra parecía desubicada en aquel cómodo silencio. Mientras danzaba por la estancia intentaba calmar mis nervios, me sentía como una adolescente en

su primera vez.

La idea de estar con Chris me robaba el aliento. Pero no estaba segura de sus intenciones. ¿Acaso estaba loca?

—¿Qué te ocurre? —Preguntó en su susurro ubicándose detrás mío, sus manos comenzaron liberar la tensión en mis hombros, sus dedos eran tan atentos conmigo.

—Solo... —suspiré incapaz de hablar.

—¿En qué estás pensando? —presionó acercándose a mi oído, instintivamente llevé mi cabeza hacia atrás apoyándome en su pecho. Su mano izquierda se ubicó en mi cintura robándome un suspiro. Él acercó sus labios al lóbulo de mi oído, no podía entender lo que decía ya que sus labios acariciaban mi piel.

—Chris... —gemí esta vez.

—¿Qué ocurre bebé? —Sonreí, pues odiaba cuando alguien decía “*bebe*” a otro, pero saliendo de él, de su boca, era otra cosa.

Los segundos pasaban de largo, más cómoda me sentía con la idea de estar entre sus brazos. Su respiración contra mi cuello erizaba mi piel, y miles de pensamientos subidas de tono comenzaron a circular por mi mente. Amaba a Chris, lo amaba en serio, y entregarme a en cuerpo y alma sería más que una simple manera burda de demostrarle cuanto lo quería, eso sin mencionar lo que en este momento él estaba provocando en mí, pues no lo había experimentado antes.

¿Se debía a que el amor intensificara todo y lo percibiera diferente?

Giré sobre mis talones para mirarlo. Tomé su rostro con cuidado. Los golpes, aun hinchados, marcaban de mala manera su tan desesperada expresión. Él me anhelaba de la misma manera. Acerqué mis labios con cuidado, y en ese simple beso le demostré que, fuera lo que fuera que deseaba en ese momento le era correspondido.

Sus manos viajaron de mi cintura a mi espalda. El poco espacio entre nosotros quedó eliminado en el mismo instante en que me tomó en brazos y sin dejar de besarme se sentó en el sillón conmigo encima suyo. Acercó su rostro a mi cuello y aspiro de manera profunda, todas mis terminaciones nerviosas explotaron cuando me pegué a él.

Dejé que sus manos jugaran con mis pechos por encima de mi ropa húmeda mientras me dedique a desprender cada botón de su camisa. Acaricie su pecho descubierto, deslicé mis unas con deliberada lentitud y él sonrió.

De un solo movimiento se puso en pie y nos trasladó a la habitación. Sin mucho cuidado me lanzó sobre la cama causándome un ataque de risa pues había ferocidad en cada acto suyo, en cada pesada exhalación. Se deshizo de su camisa. Pasó la mano por el cinturón para luego deshacerse del pantalón. Era la primera vez que veía su cuerpo, y me sentía impresionada al verlo. La ropa no le hacía justicia, siempre algo holgada pero al cuerpo al mismo tiempo, los brazos se percibían fuertes, pero ahora, viéndolo acechando con su torso descubierto podía admirar su cuerpo fibroso y marcado, nada exagerado, simplemente perfecto para él.

Cuando estuvo nuevamente frente a mí, tomó mi rostro con cuidado y enredó sus dedos en mi pelo sin apartar la vista de mis ojos comenzó a besarme de nuevo. Sus ojos azules me sonreían y la ropa simplemente estorbaba. Tomé sus manos y las dirigí a mis prendas mientras presionaba su cuerpo contra el mío.

—Ari... —suspiró contra mis labios.

—¿Qué? —Pregunté en un tono de voz que no reconocí en mí.

—Te deseo más de lo que crees —dijo tirando de mi pelo a un lado para tener acceso a mi cuello.

—Entonces tómame —respondí fuera de mí—. Hazlo... Quiero ser tuya y que tú seas mío.

—Soy tuyo —dijo besando mi cuello, entonces volvió su vista a mis ojos—. Ari, yo te pertenezco.

Y ahí, en la ferocidad de sus palabras, en su mirada encontré algo escondido, como escrito directamente entre líneas estaba...

—Te amo —dije mirándolo fijo, e inmediatamente me arrepentí al ver incomprensión en sus ojos, llevé mis manos a la boca.

—¿Qué? —dibujó una sonrisa. Sintiéndome peor, cubrí mi rostro con mis manos, lo hice a un lado e intenté ponerme en pie—. Ari, Ari —tiró de mis brazos tan fuerte que terminé recostada en la cama, él se ubicó sobre mi cuando intenté dar pelea—. ¡Hey! —llamó mi atención, pero cuando me atreví a mirarlo comprendí que yo estaba llorando.

—Ya lo dije. ¡¿OK?! —Dije con fuerza.

—¡Eres hermosa! —Susurró envolviéndome en sus brazos, el calor de su cuerpo me reconforto, depositó un beso en mi cabello, y suspiró—. Cuando conocí a Aldana quería tenerla a mi lado, porque la veía, veía la manera en que miraba a Esteban y en respuesta él como se movía a su alrededor. Me dije que si ella lo amaba a pesar de que no podía verla, tal vez a mí me

miraría de una manera inimaginable porque yo si la vería.

—Es la ironía del amor —respondí aun con el rostro escondido en su pecho desnudo.

—¿Irónico? —Preguntó con burla removiéndose un poco, yo aferré mis brazos alrededor de su cintura, pasaron segundos antes de que él volviera a hablar—. Irónico es verte con los ojos cerrados Ariadna. Irónico es hablarle a un espejismo tuyo en mi habitación a oscuras y que me responda... Irónico es... —se detuvo de pronto, sus brazos a mi alrededor presionaron levemente.

—¿Qué?

—Irónico es amarte como lo hago y no ser capaz de expresarlo de otra forma, amarte de forma desesperada y no querer estar cerca de ti... Irónico odiarme por amarte, y amarte porque hay veces en las que deseo odiarte, irónico es que cada cosa me recuerde a ti. Irónico es haberme enamorado y no haberme dado cuenta del instante en que comencé a hacerlo... Porque te amo, te amo, te amo, te amo y no sé hasta qué punto lo hago —sus brazos se enredaron con mayor fuerza a mi alrededor, sentí que mi corazón en ese momento dejó de latir mientras que podía sentir al suyo hacerlo con fuerza.

—Para mí eso es más que suficiente —respondí y pude sentirlo sonreír.

—Ari...

—¿Qué?

—¿Lo dices de nuevo? —había cierto tono en su voz.

—¿Qué cosa? —sabía a lo que se refería.

—Di que me amas —sus ojos claros eran feroces y débiles a la vez, sonreí, deposité un beso en sus labios y volví a mirarlo.

—Te amo Christian Dabance... —sonrió, deshizo sus brazos y dio un paso atrás poniéndose finalmente de rodillas. Lo seguí.

—Me llamo Christian Alexander Dabance —una sonrisa traviesa cruzaba su rostro magullado al tiempo que me tendía la mano—. Soy Abogado en un centro de investigación y defensa de la niñez. Estuve enamorado de Aldana Becker, soy pésimo cantante y guitarrista, le tengo alergia a la comida sana, soy adoptado, pero tengo a los mejores padres del mundo y perdidamente e irremediabilmente enamorado de ti —sonreí ante su acto.

—Impresionante.

—Lo sé. Te toca superarlo —su sonrisa era maravillosa. Carraspee antes de empezar.

—Soy Ariadna Stephanie Fellon, hija de Corporaciones Fellon. Tengo un Master en Administración y Gestión de Empresas. Estado civil divorciada,

fui empresaria, pero actualmente me dedico a ser la encargada de tu correspondencia y he conocido a un hombre del cual estoy perdidamente enamorada.

—¿Sí?

—Sí, casualmente se llama igual que tú. Pero con un rostro menos agraciado —carcajeó.

—Mucho gusto —dijo tendiéndome la mano.

—El placer es mío —respondí juguetona aceptando su saludo, en respuesta me atrajo a él.

—El placer será mutuo —contesto contra mis labios haciendo que la sangre me hirviera en cuestión de segundos.

Y como lo más natural del mundo, con la misma sencillez que Sol sale por las mañanas, así como el calor del verano, tan automático como aquello prenda por prenda fuimos deshaciéndonos de prejuicios.

Beso con beso fuimos deshaciendo la distancia.

Gemido sobre gemido entregando a cambio una caricia.

Caricia sobre caricia regada por la habitación fui entregando cada esquina de mi ser.

La atención de sus manos hicieron vibrar mi cuerpo. El contacto de su piel contra la mía me recordó que estaba viva y me sentía agradecida por ello. Cada movimiento suyo repercutía en nuevas sensaciones nunca antes testada para finalmente caer rendida. Solo así, rendida e increíblemente feliz.

Me removí al escuchar un trueno golpeando con fuerza cerca de aquí, al sobresaltarme descubrí que unos brazos me retenían contra la cama. Abrí mis ojos lentamente, todo estaba a oscuras, mi cuerpo ardía y de pronto entendí por qué. Christian respiraba contra mi cuello con su cuerpo pegado al mío, su brazo me tenía prisionera a su lado. Sonreí. Estaba dispuesta dormir nuevamente sintiendo el latido de su corazón. Todo, absolutamente todo era perfecto.

—¡Oh, por Dios! —Gritó alguien con fuerza al tiempo que la repentina luz quemaron mis parpados—. ¡Ustedes hicieron la cochinado! ¡Aaaaaah! —Instintivamente cubrí mi rostro con las sabanas en lo que mi compañero de cama se ponía en pie de un salto— ¡Aaaah! —otro grito estridente se escuchó, la cama se movió con fuerza y de pronto las sábanas no eran

suficientes para cubrirnos a ambos.

—¡Deja ya de gritar Pipi! ¡Actúas como si no me hubieras visto desnudo antes! —Se quejó él, abrí mis ojos como platos.

—Es cierto —respondió con voz exagerada—. *P-pero* nunca te vi... con... —señaló su entrepierna—. Tu *amiguito* parece aun animado luego de la fiesta —*¡Trágame tierra!*

—¿Qué? —Chris sonada confuso, saqué mi cabeza de mi escondite y saludé a Pili con los dedos.

—¡Aja! Así que ya lo hicieron... ¡Con razón la casa huele a sudor y sexo! —*¡Oh Dios!*

—¡PILAAAAAAR! —Grité arrastrando su nombre y avergonzada con la situación, pude escuchar la risa de mi amante.

—Pero si es cierto, tendré que abrir todas las ventanas — bromeó besándome por encima de las sábanas—. Por cierto, ¿qué haces aquí? —Inquirió al tiempo que salía de la cama y sin vergüenza alguna se calzaba el bóxer, abrí desmesuradamente los ojos con sorpresa en lo que Pili se ubicaba en una esquina de la cama.

—¡Eres un exhibicionista! —Me quejé abarcando más de las sábanas cubriéndome la mitad del rostro.

—¡No es algo que no haya visto antes Ari! —Bromeó la recién llegada, entonces comprendí que hablaban en serio.

—¿Ya lo habías visto desnudo? —Me alarmé.

—¡Uf! —miré con horror en dirección al susodicho, éste sonrió de costado y se acercó a mí para depositar un casto beso en mi frente.

—¡No es nada del otro mundo! Somos amigos, en más de una ocasión hemos sido la salvación del otro con alguna resaca. Además, la única que ha probado este cuerpo en mucho tiempo, ¡eres tú mi amor! —Ronroneó con burla, lo sabía, pero eso no evito que mis mejillas ardieran en vergüenza, regresó hasta la ventana y corrió las cortinas. Fuera el cielo seguía encapotado y oscuro, una brisa fresca irrumpió sacudiendo las cortinas—. ¡Es cierto que aquí olía a sexo aquí! —continuó en el mismo tono, al girarse me guiño un ojo y desapareció tras la puerta de camino a la cocina.

Trague saliva cuando reparé en que me quedaba sola, desnuda, con la mirada de escrutinio de Pili.

—Hola... —Dije en un susurro, ella hizo una mueca.

—Ya no será lo mismo —suspiró con fuerza mirando hacia la ventana,

estiré las sabanas hasta cubrirme lo suficiente, me envolví en ella y me acerqué—. ¡No te me acerques oliendo a semen de Chris! —Exageró con una ceja elevada, sonreí.

—¿A qué te refieres con que no será lo mismo? Creí que serias la primera en brincar de felicidad —Me preocupé.

—En que ya no podré quejarme de ti con él, o de él contigo... —reí con fuerza.

—¡Siempre podrás contarme cosas de él! —La empujé con cariño—. Pero estoy segura que no has venido hasta aquí por eso —ella me miró, sus ojos comenzaban a inundarse.

—Ari —susurró, me acerque a ella.

—¿Qué ocurre? —Sus lágrimas se desbordaron, la abracé con fuerza y fue ahí, en ese momento, donde la alegre, despistada y explosiva Pilar se derrumbó.

Sus temblores se hicieron notables entre mis brazos y fui capaz de sentir como todas las historias de amor que ella escribía se convertían en escombros. Todo ese efecto negativo del amor, desconsuelo y frustración finalmente surtieron efecto. Ella repetía una y otra vez el nombre de German. La sonrisa que Chris traía consigo acompañado de una bandeja con frutas y sumo desapareció automáticamente. De inmediato dejó a un lado lo que traía. Tomó el teléfono y comenzó a discar. No hacía falta que preguntara a quien.

—No lo llames —suplicó Pilar—. No lo hagas, esta vez él no tiene nada que ver. ¡Por primera vez! —Sollozó. La expresión de Chris era indescriptible.

—¿Qué ocurrió? ¡Dime lo que te hizo y mandare matones a golpearlo! —Sabía que bromeaba, y eso ayudó a que Pili sonriera. Se acercó a nosotras y se ubicó al otro lado de ella, pasaba sus manos por su cabello mientras insistía en que meditara el hecho de que German sufriera.

—Esteban tiene un buen gancho, ¿verdad? —Afirmó Pilar tras varios minutos de silencio, él sonrió con el chiste que no comprendí, entonces ella me observó—. Si no te molesta, hoy necesito a mi mejor amiga —luego giró hacia Chris—. ¿Me la prestas?

Chris hizo un gesto de que la idea no le agradaba para nada. Emitió un quejido lastimero. Observó a Pili y luego a mí, sus ojos estaban expectantes a que yo diera la respuesta.

—Es mi mejor amiga, y me necesita —solté finalmente.

—Es mi mejor amiga también —respondió de mala gana poniéndose en pie y juntando mi ropa, entonces se detuvo ante mí, depositó las prendas a un lado la cama, tomó mi rostro entre sus manos y se acercó lo suficiente para que solo yo lo escuchara—. Y tu Ari, eres el amor de mi vida, eres ese amor a primera vista que tuvo que golpearme dos veces —entonces beso mis mejillas que en ese momento ardían.

No me moví, y los observé mientras él tomaba un pantalón de uno de los cajones del mueble delante y tiraba del brazo de Pili. Cerraron la puerta tras ellos y me dejaron sola con la revolución haciendo replicas en cada rincón de mi cuerpo. Corcho, que había entrado en algún momento y no me había percatado me observa con la cabeza a un lado.

—Tu dueño se ha vuelto loco —dije al can—, o tal vez en algún punto me he quedado dormida yo y ahora temo despertar —suspiré.

Chris

Se había enterado, después de todo, Pipi se había enterado del motivo por el que mi hermano estaba tan raro con ella. Intenté razonar con él, pero estaba decidido. Ahora ella, estaba arriba con Ari mientras que yo me encontraba en mi habitación con las sabanas hechas girones.

Me recosté con los brazos extendidos. Corcho a mis pies gimoteaba. Suspiré y lo subí conmigo.

—Estoy algo perdido, Corcho —confesé al perro—. Creo que la he asustado con tanta declaración. Me he excedido del límite de no decir nada a decirlo todo de una puñetera vez. ¡Esto ocurre cuando sigues los consejos de un Profesor con sed de venganza! —Ladró confirmando mis sospechas—. Lo sé, ¡aun me duele el rostro! —Me quejé y miré en dirección a la ventana.

Cerré mis ojos y me sorprendí al reproducir perfectamente la voz de Ari gimiendo mi nombre, eso me animó más de lo que esperaba. Me puse en pie y me dirigí al baño. ¡Una ducha de agua fría era la solución!

Al salir estaba satisfecho pero no demasiado aliviado. La necesitaba. Abrí la puerta y corrí escalones arriba. Pipi la necesitaba más que yo.

¿*Eso crees?* Dijo una voz en mi cabeza. Llevé mi vista hacia mi pantalón. ¡Que el infierno se enfriara si yo no la necesitaba ahora!

Estaba hecho un saco de hormonas alborotadas. Siempre había sido correcto y controlado en este tipo de situaciones, pero ella... ¡*Uf!* Con ella me sentía un adolescente en pleno brote hormonal. Volví tras mis pasos derrotado. Con las manos en la cintura observe la estancia y necesitaba limpiar.

—Si me mantengo ocupado no pensaré en nada mas —Comencé a sacudir los muebles hasta que llegué al sillón donde la bese y acaricié los pechos. Un tirón debajo de mi pantalón me advirtió que no era la respuesta que buscaba.

Me serví un vaso de agua. Pero no aliviaba nada con eso, necesitaba algo más fuerte. Abrí una lata de cerveza y me la bebí de un sorbo. Aguardé pero todo sería erguido en el mismo lugar. Entonces fui a por lo siguiente:

ejercitarme. Comencé a saltar, golpear mi bolsa de boxeo imaginaria. Tampoco ayudaba así que seguí con las flexiones.

Cuando comencé a traspasar me rendí ante la idea de que solo existían dos vías para aliviarme. La número uno se encontraba en el piso de arriba y la número dos en el congelador.

Cargué la tina con suficiente agua fría lo para cubrir la mitad de mi cuerpo y agregué la bolsa de cubos de hielo. Tras varios minutos con la erección intacta me zambullí al infierno.

Aunque doloroso al principio pronto surtió efecto ayudándome a relajar hasta las tensiones en el rostro y aliviando la hinchazón de mi cara. Mi medicina final: las cartas en el cajón. Finalmente podría leerlas todas. Cada una de ellas. Tomé la que seguía y ubique a Corcho a mi lado. Las otras en su mayoría las líneas eran pocas. Abrí cada una de ellas, y las fui dejando en orden correlativo.

Por más extraño que me resultara el perfume de Ari se percibía en mi habitación, y con ese aroma, fantaseé con la idea de que fueran cartas tuyas dirigidas a mí.

Nº4

Fulano,

Hoy te extraño más que de costumbre. ¿ Será que se debe a que no he tenido oportunidad de verte en estos días? ¿ O el simple hecho de no tenerte causa sensaciones catastróficas en mí?

Cualquiera que sea la respuesta, el resultado es el mismo. No estás a mi lado. De cualquier manera, he estado rezando para que nuestros caminos se crucen y finalmente estemos juntos al término de esta fría e interminable estación... Muchos podrán decir que es la más cálida en mucho tiempo, pero para mí alcoba vacía y el ensordecedor e interminable silencio es tan gélido y desalentador.

Espero ... Solo espero...

Nº5

Hola Fulano,

El lunes te pensé, al igual que toda semana anterior. No sé porque supuse que hoy sería diferente cuando tu habitas mi mente sin ningún tipo de consideración. Haciendo reformas a diestra y siniestra manipulando el resto de mis emociones.

¿ Sera que es asi siempre? Sin control, sin posibilidad de reacción contraria . Solo consecuencias inesperadas...

Te he echado de menos

Con cariño, la Mengana que aguarda ...

Nº6

Si tan solo supieras Fulano,

Si supieras quien soy. Si superas lo guapo que eres cuando caminas sin prestar atención al mundo. Si tan solo superas que te veo sin que tú repares en mi presencia ...

Hay veces en las que me asalta la idea de presentarme ante ti, y entonces la ilusión de que respondas estas palabras aparece alimentada del espejismo de tu sonrisa. De tu hermosa sonrisa.

Un beso en la distancia, de parte de esta Mengana cursi y solitaria.

Nº7

¿ Sabes Fulano? Una vez leí que el amor se basa, al igual que la vida, en nueve puntos cruciales:

1. El nacimiento.
2. El primer gran amor.
3. El primer gran dolor.
4. El primer gran cambio.
5. La primera gran pérdida.
6. La primera gran elección.
7. El primer gran descubrimiento.
8. La primera gran aspiración.
9. Y la muerte.

Tu amigo mío, te encuentras entre escalón dos y cuatro ... Sorprendente para alguien ni siquiera está al tanto de los efectos secundarios de su adictiva sonrisa.

Te saluda, esta Mengana desconocida.

Releí al encontrarme con aquellas palabras. No *podía* ser cierto.

Intenté recordar si alguna vez había visto la letra de Ariadna, pero no era capaz de rememorarlo. Entonces su perfume me inundó. Acercó las hojas color rosa a mi nariz. Los papeles y sobres olían a ella. Preso de la desesperación me obligué a seguir leyendo el resto. Tenía que encontrar respuestas.

Nº 8

Mi querido Fulano Desconocido:

Déjame decirte que me he aprendido tu nombre y en mis labios sabe a miel, a un pastel recién horneado a una caricia llena de promesas. La primer letra del abecedario, la primera letra que aprendes de niño.

Uno nombre que jamás podré olvidar ...

Mis manos temblaban con fuerza. Corcho a mi lado comenzó a ladrar. Procuré tranquilizarlo para que no siguiera aullando, pero me era imposible cuando ni siquiera yo lograba calmar mis propios nervios.

¡No podía dejar de preguntarme a quien eran dirigidas estas cartas!

Las hice a un lado, al no crearme capaz de continuar. Fui a la cocina y ataque la siguiente lata de cerveza. El frío brebaje calmó las convulsiones pero no mis pensamientos.

Me detuve a analizar en esa frase que estaba por todos lados, ella no debía ser la única en saberlo. Tal vez era del escritor de moda, o de alguna canción que se escuchaba en la radio.

Tras terminar la segunda lata me convencí a mí mismo de la verdad, y recogí las cartas que había lanzado. Volví a ordenarlas y continué leyendo cada vez más nervioso con el pecho a punto de explotar.

Nº9

Fulano,

Durante bastante tiempo he habitado esta enorme habitación en silencio, escondida viendo la vida pasar, esperando a que un milagro llamara a mi puerta. Y es hasta ahora que me doy cuenta que en realidad el fenómeno que tanto anhelaba era conocerte y que fueras parte de mi vida...

No la termine, la arrugué y fui a por las siguientes.

Fulano,

Los días pasan y lo que siento por ti aumenta ...

Mi Fulano,

Y de dulces fantasías se aprende a vivir en crueles realidades, donde nombrarte se me está prohibido y buscarte no es una solución aceptable. Tu sonrisa, sin embargo

Abel ... Suenan a miel y buenos deseos

No pude continuar. Tome las cartas y las hice trizas. Con fuerza las arrojé contra cualquier lugar. A mis espaldas las sábanas solo eran una burda broma de lo que yo sentía por ella. *¿Había escrito cartas para Abel?* ¿Cartas de amor como una colegiala enferma de enamoramiento? ¡A pesar de mis advertencias! ¿Lo había hecho? Tiré de las sábanas al igual que las almohadas y las sacudí intentando hacerlas añicos también. Los ladridos de Corcho apenas eran audibles con el zumbido que comenzaba a gobernar mi cabeza.

Grité en frustración. Y lo hice cuatro veces.

Una por mi...

Una por ella...

Una por las cartas...

Y por último por aquella sensación de dolor que dentro mío aullaba desesperado por salir.

Llevé mis manos al rostro intentando respirar con propiedad. No lograba. Debía tranquilizarme y buscar una razón lógica para aquello. Me acerqué a la ventana, había empezado a llover de nuevo, parte de mi habitación estaba inundada y no me importo. Saque la cabeza dejando que la lluvia y la brisa me ayudaran a despejar mi mente. Intenté pensar en fechas con desesperación, tanteé recordar la fecha en que las cartas habían llegado a mis manos, y sobre todo la forma.

Abel...

ÉL me las había lanzado diciendo que eran para mí. ¿Acaso lo hizo adrede imaginando que ocurrían cosas con Ari? No lo creía posible, su mente no era tan prolifera. Yo hasta cuestión de días atar ni siquiera tuve idea de lo que sentía por ella.

Comencé a moverme por la habitación tratando de encontrar a aquello una respuesta lógica. Debía llamar a Pipi. Caminé hasta el teléfono, marqué el número pero antes de que siquiera el primer timbre se emitiera solté el

teléfono. Ella estaba mal, ella la necesitaba.

—¡Maldición! —Grité con energía.

Ante mi arrebato el perro huyó a la cocina. Me concentre en lograr tranquilizarme, tras varios minutos y varios intentos me vi en la tarea de juntar los pedazos sobrevivientes de los papeles. Color por color los fui juntando y armándolos como podía. No sé cuánto tiempo paso, ni mucho menos si alguien había llamado a mi puerta, o ni siquiera si el sol estaba a punto de salir nuevamente. No me importo. Tampoco tenía hambre, solo me quedaban fuerzas para armarlas, leerlas y tratar de comprender si Ariadna sentía realmente lo que profesaba.

Respiré profundo una última vez. Tiré con cuidado la enmendada carta número doce pero estaba destruida, no podía comprender lo que decía. El agua había alcanzado ya a la mayoría. Cerré las ventanas y me embarque nuevamente a la tarea de intentar leerlas.

Fulano, La decepción hace maravillas cuando vez al mundo desde un caleidoscopio, créeme cuando te digo que encuentras magia. Cuando te decepcionas piensas en frío, y ves en perspectiva. Tal vez pienses que mis cartas se han vuelto tristes, pero no lo son,, por el contrario,sigo sintiendo lo mismo , pero esta vez en colores vividos

Te he visto, te he pensado y hasta te he llorado, y debo admitir que últimamente pienso en el lugar que ocupas en mi vida, sigue siendo el mismo, y te veo y siento que aun te quiero , pero en un modo que antes no había notado.

Mi queridísimo Fulano,
Queriéndote he aprendido una cosa: a ver la vida con más calma. Pues increíblemente en esa calma he encontrado paz en unos ojos que no son los tuyos, en una amarga pero hermosa sonrisa y un malhumorado...

¡¿Qué?!

Volví a leerlo ante la repentina confusión que me asaltó. Cuando terminé no pude evitar volver a sonreír.

ENCONTRÉ ESTAS CARTAS

Ariadna

—Hola...

Lo observé con desprecio. No me importaba que fuera el hermano de Christian, ni mucho menos que me hubiera ayudado en mi divorcio. Lo odiaba por hacer sufrir a Pilar, y eso era imperdonable.

—Me dejaras pasar... ¿Por favor? —Continué fulminándolo con la mirada cuando me hice a un lado permitiéndolo entrar.

—Está en su habitación —dije señalando en dirección a la recámara; lo seguí con una mirada asesina.

Con pasos dudosos traspasó el umbral. Caminé tras suyo hasta llegar al sillón, él me dedicó una mirada de soslayo antes de golpear a su puerta y soltó el aliento que aparentemente estaba conteniendo.

Escuche los tres golpes que dedicó a la puerta nuevamente. Podría jurar que también escuché la bocanada de aire que volvió a tomar antes de que el picaporte girara dejándolo pasar.

Quedé en la sala observando fijamente las fotografías en la pared en lo que

Pili y Germán *dialogaban* en la habitación del fondo. No se escuchaba otra cosa más que mi respiración y el eco del ladrido de Corcho proveniente del piso inferior. El perro no era molesto pero de vez en cuando se podía escuchar su lamento. Tal vez tuviera hambre. Y si ese fuera el caso... ¿dónde estaba Christian?

Miré en dirección al cuarto y estaba segura que no saldrían de allí hasta el amanecer. Hice una mueca analizando los pros y los contras de quedarme y regresar a los brazos de mi amado Chris.

Sonaba estúpido. *Mi amado Chris*. Pero por razones que solo el cielo estaba al tanto me sentía feliz al pensar que no estaba sola en esto. Y por sobre todo, él me amaba, lo hacía de verdad. No como ocurre con otras personas que sienten dudas infantiles. En el fondo intuía que no necesitaba escucharlo decir en voz alta sino con un simple acto, como el de mirarnos, la respuesta era obvia. O que me hiciera suya en la forma en que lo hizo: con cuidado, con dulzura y con anhelo. Eso había experimentado. Anhelo. Era como si mi cuerpo siempre lo hubiera ambicionado, siempre extrañado y como si al momento en que sus manos tocaron mi piel finalmente llegado a casa.

No lo dude más y cerré la puerta tras de mí y me dirigí escaleras abajo. Acomodé mi ropa y mi cabello antes de llamar a la puerta con una enorme sonrisa. Golpeé esperando escuchar respuesta, pero no hubo. Incluso el perro ya no ladraba. Volví a llamar esta vez con más seguridad, pero ocurrió lo mismo, solo el silencio provenía del interior de la morada. Al tercer intento el miedo me invadió por completo y repentinamente sentí pavor de que se hubiera arrepentido, pero deseche la idea.

Regrese al piso de Pili y me percaté que no tenía llaves para entrar, ni teléfono para llamar. Golpear a la puerta debería ser la opción obvia pero no viable, al menos no con lo que acontece ahí dentro. Así que con un suspiro de resignación, vestida y desaliñada decidí regresar a casa.

Los días siguientes fueron aún más extraños. No encontraba manera de que Chris y yo coincidiéramos en algún lugar, ya sea debido a su trabajo, por reuniones repentinas, llamadas inoportunas o alguna catástrofe que surgía. Con todo el dolor de mi alma llegué a la conclusión de que me estaba evitando y no encontraba una razón lógica. Hasta había ido a llamar a su puerta, lo cual fue muy vergonzoso ya que había ido sin avisar, y me había quedado dormida esperándolo en la puerta. Pili fue quien me encontró luego

de unas horas y me informó sobre su viaje de urgencia pues su madre sufrió una descompensación grave.

Cuando lo llamé, ese mismo día desde mi casa, para ponerme al tanto sobre el estado de su madre, sólo logramos intercambiar las suficientes palabras como para saber que se encontraba mejor, que fue una falsa alarma y que me extrañaba. El último comentario menguó mi malestar. Significaba que pensaba en mí, ¿cierto?

Lo peor de todo era que lo extrañaba horrores y los días se me antojaban eternos al no estar junto a él.

German, por su parte, trataba por todos los medios no llevar las conversaciones por aguas difíciles donde su hermano sea el tema de central, y hasta Pili parecía ciertamente *singular*. Aquello solo empeoraba mi situación.

Algo estaba pasando y no estaba al tanto de ello. Y al parecer todos complotaban en mi contra.

—*Hola, te has comunicado con el buzón de Christian Dabance, después del tono déjame un mensaje que tan pronto como pueda me comunicare contigo. ¡Ah! Y no olvides dejarme un número de contacto. Gracias.*

Pip!

Lancé el teléfono contra el sillón. El malestar comenzaba a ser intolerable. Observé el mobiliario de mi sala. Todo seguía igual, pero se sentía diferente. Me acerqué hasta la ventana y el jardín que había hecho para mi cumpleaños seguía allí. Una persona que te regala un jardín siente algo por ti, ¿verdad? No concebía la idea de que existieran personas que enamoran por un mínimo lapso de tiempo y luego desaparecieran, ¿no es así?

Las flores se veían magníficas y más con el sol de la tarde iluminando sus pétalos. Llevé mis dedos a la altura de las mejillas y descubrí una lágrima arrastrándose. La observé un minuto y regresé a las flores y, me deshice de las musarañas en la cabeza al tiempo que salía al exterior. Caminé por el costado de la casa y tiré de la manguera que guardaba en el galpón de atrás; lo conecté al grifo de agua que estaba conectado a un lado y arrastré el agua hasta las flores. Tan pronto como el agua acarició las plantas me sentí mejor. Incluso me animé a sonreír cuando vi a la Señora Thomas sacando la basura.

—Te ves animada —mencionó al acercarse hasta mi lugar. Su canosa cabellera, como siempre bien peinada, brillaba a contra luz.

—Es que he tenido unos días algo difíciles —comenté.

—¿El chico de las flores?

—El chico de las flores —sonreí—. No he sabido nada de él en estos días

—confesé mirando las plantas.

—Alguien que te regala un jardín, en vez de flores de manera ocasional, debe tener una buena excusa para no verte —defendió divertida, la observé por un segundo, me reconfortó al sonrisa divertida en su rostro. Como si se hiciera eco de mis últimas esperanzas.

—Siempre podré vengarme por hacerme esperar —me burlé.

—Eso espero hija, eso espero. Como ya te he dicho, los hombres se sienten cohibidos cuando comienzan a sentir cosas que se les escapan de las manos y la lógica comprensión. Muchos se asustan, pero vuelven con el rabo entre las patas.

Suspiré ante sus palabras. Tras humedecer suficiente la tierra, fui tras una pequeña espátula y comencé a sacar la mala hierba de la tierra. Pasé el resto de la tarde haciendo aquello, al igual que el resto de la semana. Cada tarde. Esperando a que él llamara alguna vez. No volví a hacerlo yo. Aguardaba a que él estuviera dispuesto. Esperaba a que se interesara en mí.

Pili finalmente perdoné a German, y discutió con su familia. Su hermana volvió de su viaje y en cuestión de solo dos días ya tenía un nuevo boleto en mano. Con su corazón en reparación regresó a escribir en su blog, y de vez en cuando me dedicaba algo de su tiempo. Como hoy.

—¿Cómo te va en el trabajo? —Preguntó desde el sofá cuando me vio con la bandeja de merienda en mano.

—*Hmmm...* Bien, la semana pasada hubo un nuevo sorteo y esta temporada me toca el distrito siete.

—Eso no es....

—*Sip.* Es esta zona —sonreí en lo que le tendía la taza de café.

—Has sabido algo...

—¿De quién? —Dije inocente, sonreí ante su mirada curiosa—. No ha llamado y tampoco lo he hecho yo. ¿Tú sabes algo? —Ella negó, y le creí. Esta vez le creí.

—German dice que se mudará al piso de Chris por un tiempo indefinido.

—¿Ya regresaron?

—Sí. Hace unos días. Pero solo lo ha hecho German. Dijo que tuvo que regresar a arreglar unos asuntos pendientes. Un caso en el que estaba trabajando con Chris desde antes y bueno. Ahora ya lo ha solucionado.

—¿Él no ha mencionado nada?

—No. La verdad es que no —lamentó levantando sus pies al sillón y mirando a la ventana—. Han florecido más desde la última vez que vine —comentó.

—Así es... Les he puesto algo de fertilizante.

—No lo entiendo

—Ya sabes, una mezcla de abonos orgánicos de origen animal o vegetal. Estiércol.

—¡No! ¡Jag! ¡No hablaba de eso tonta! —Interrumpió dejando la taza sobre la mesa—. ¡Me refiero a Chris!

—Tal vez se arrepintió —elevé mis hombros indiferente.

—Pero él no es así.

—¿Ah sí? Y dime, ¿cómo es él? —La miré fingiendo interés.

—Lo conozco desde hace años Ari, algo tuvo que pasar para que él haya desaparecido —suspiré.

—No sería la primera vez que huye —tan pronto como las palabras brotaron me arrepentí—. Lo lamento —dije. Tras varios minutos en silencio, suspiré antes de volver a hablar—. Renunciaré al trabajo —susurré sorbiendo un poco de mi taza buscando cambiar radicalmente de tema.

—No me dijiste que tenías pensado renunciar —se acomodó de nuevo, esta vez girando todo su cuerpo en mi dirección.

—Bueno. Ya pues ahora lo sabes. Además, no puedes deducir las acciones de tu amigo, era de esperarse que no supieras esto tampoco —intenté burlarme, pero aquello fue hiriente y nuevamente me arrepentí de inmediato. Ella sólo me dedicó una mirada recriminatoria—. Lo siento, es el té, alguna mezcla de hierbas.

—No lo sientes. Así que no pidas disculpas en vano.

—He estado pensándolo desde hace tiempo en realidad, solo que temía enfrentarme a mí misma —confesé.

—¿Sobre qué cosa? —Preguntó cuando yo aún no continuaba diciéndole nada.

—Bueno, la única razón por la que estoy en el correo es porque buscaba una vida tranquila y sin complicaciones. Lejos de títulos, prensa o la empresa de mis padres. Ser una yo diferente.

—¿Y?

—Bueno. Dado que Christian ha llegado a mi vida como un tornado y ha puesto todo patas para arriba, no veo una razón suficiente para no

arriesgarme, una última vez.

—Chris te ama —aseguró, la miré.

—Entonces, ¿por qué no está aquí para decírmelo él mismo?

—Tal vez este cazando fantasmas...

—O tal vez la tal Aldana se ha divorciado y lo ha buscado, y entonces se ha dado cuenta que lo que sentía por mí no era más que una fantasía y ha decidido hacerle pagar los diez años de amor unilateral.

—¡Deja de leer mi blog! —Dijo mientras me empujaba cariñosamente.

—¡Es cierto! —Suspiré—. Tal vez la tal Aldana se ha dado cuenta del verdadero valor de Chris y lo ha buscado.

—Eso solo ocurre en las novelas. Además, si ese fuese el caso, ¡German ya me lo habría dicho! —Gemí en frustración—. Por cierto, ¿no crees que es hora de ver que sirve y que no en tu correo? ¡Te estas volviendo una acumuladora! —Se burló al tiempo que se ponía en pie y se dirigía hasta la mesa del comedor donde todos los sobres acumulados durante semanas descansaban.

—Son cuentas... —me quejé mientras ella regresaba a su lugar a mi lado con una buena cantidad en sus manos.

—Este es un cupón de descuento. ¡Mira! ¡Tenemos un cincuenta por ciento menos en esta heladería! —Parecía emocionada de en serio.

—¿En serio? —regodeé.

—No seas así. Si tu no lo utilizas, ¡yo sí!

—¡Tacaña! —Susurre terminándome lo que quedaba de té.

—Oye, mira esto —me enseñó un sobre azul oscuro.

—*Hmmm...* Debe ser basura —admití—. ¿No tiene remitente?

—No, tampoco lleva la dirección de aquí.

—Eso es raro —dije sin mucho entusiasmo—. Tal vez sean una de esas propagandas que dejan en todos los buzones, ya sabes, esos que entregan de mano en mano.

—Sí, claro, ¿en un sobre? —Elevé mis hombros—. ¿Puedo abrirlo?

—Seguro.

—¿No me demandaras? —Abrí mis ojos sorprendida—. Ya sabes, es delito federal abrir la correspondencia ajena.

—¿En serio? —Me burlé.

—Creo que finalmente está surtiendo efecto en reunirme demasiado con German —soltó fingiendo horror.

—¿En serio? —Repetí, pero esta vez en un tono más exagerado.

—¡Ya basta! —sonrió antes de abrir el sobre.

Trasladé la bandeja de regreso a la cocina, lavé los cubiertos y al regresar a la sala Pili parecía sorprendida.

—Debes leerlo —y a continuación tendió el papel del mismo color del cobre.

Lo tomé temerosa debido a su expresión. Tras pasar las primeras líneas comprendí a mi amiga.

—Crees que...

—No sé qué pensar —admití—. ¿Abel?

—¿Pero cómo sabría tu dirección?

—No lo sé... Con la tecnología no es difícil encontrar a alguien.

—¿Y de qué fecha será?

—No tengo la más pálida idea —reconocí un tanto mareada.

Pili corrió hasta la mesa y cogió todos los sobres. Los lanzó sobre la alfombra y jaló de mí para que me sentara a su lado.

Buscamos cada sobre sin nombre o ausente me membrete. Encontramos veinte. Todas y cada una de ellas en sobres sin nombre alguno. Sorprendida y algo alucinada con Pili nos encontramos ordenando los sobres desde el más oscuro al más claro y descubrimos que el sobre que ella había abierto era el número diez. Con manos temblorosas tome la carta más clara y con cuidado extraje el pedazo de papel.

Mi corazón se detuvo al leer la primera línea.

Chris

—No quiero que me lo tomes a mal —susurró desde atrás—. No es que me moleste tu presencia ni nada. Ni mucho menos que salves de preparar la cena... Pero, ¿no crees que es tiempo de que vuelvas a tu casa? —Sonreí con ganas y giré a enfrentarla.

—Primero me pides que los visite, y ahora me pides que me vaya? —Exageré mi alarma, deslicé el tomate picado a la olla con aceite y me acerqué a ella para depositar un beso en su frente.

—¿Cómo se llama? ¿Ella? —Cuestionó cruzándose de brazos, me tensé por un segundo pero por suerte pude ocultar mi rostro en la heladera cuando abrí la puerta para buscar algo—. No finjas escarbar algo allí dentro, ¡todas las verduras que necesitas ya las has lavado! —Me erguí de inmediato al sentirme atrapado—. La última vez se llamaba Aldana Cannavaro...

—¿Cómo puedes asegurar de que se trata realmente de una mujer? —Intenté burlarme, pero su expresión era seria, entonces levantó una ceja.

—Entonces, has estado todo este tiempo con nosotros para decirnos, finalmente, ¿que eres gay? —Abrí mis ojos desmesuradamente.

—¿Por qué demonios todos se empeñan en decirme eso? —fingí enfado, aunque muy en el fondo aquella confusión hería mi orgullo.

—Si es así, déjame decirte que te apoyaremos tu padre y yo, siempre y cuando seas responsable y te cuides...

—¡Mamá! —Grité—. ¡Esas conversaciones conmigo no!

—Es muy natural temer a los padres ante este tipo de situaciones. Hemos leído muchos libros al respecto. Lo único que no permitiremos es que nos presentes un animal como pareja.

—¿Eh?

—Despacho de tu padre, bloque *D*. —fingió un escalofrió—. No sé de dónde demonios saca tu padres esos libros. ¿Entonces? —pregunto con una media sonrisa.

—Entonces, ¿qué?

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo se llama, quien?

—¿Hijo?

—¿Madre? —Me dedicó un intento de mirada severa que no pude resistir, así que terminé sonriendo—. ¿Tanto se me nota? —Caminó hasta llegar a mi altura y acarició mi mejilla.

—No mi amor, no se te nota. Para nada. Lo que ocurre es que eres mi hijo, por tanto tengo un séptimo sentido.

—Madre... ¿No sería un *sexto* sentido?

—¡No! —dijo sorprendida, lo cual me confundió.

—¿No?

—El sexto es la intuición de mujer —se cruzó de brazos.

—OK. ¿Y el séptimo?

—El de madre —murmuró con ojos cariñosos—. Y la última vez que te vi así, escondido del mundo —suspiró en un lamento—. No quiero que sigas sufriendo mi amor. ¡Me aterra pensar que arrastras esa expresión en tu rostro por aquella mujer indecisa! —Su gesto pasó de comprensión a dolor, aquello aun la afligía. Si supiera que ya ni siquiera pensaba en Aldana.

—Madre —la tomé por los hombros y clavé mis ojos en los de ella, tomé aire antes de hablar—. Creo que estoy irremediablemente enamorado, mamá, y no sé qué hacer con esto que llevo dentro.

—Ella, *ama* a alguien más —aventuró de manera afirmativa.

—No estoy seguro —admití derrotado y solté el aire que al parecer estaba conteniendo.

Mire a mamá. Llevaba el pelo oscuro. Se lo había tintado hacia poco para ocultar sus pocas canas. A sus sesenta y cinco años se veía espléndida y aquel color le resaltaba los ojos azules. Las personas que no sabían sobre nosotros siempre decían que yo tenía los ojos iguales a ella, y la agraciada elegancia de papá. Nunca confiábamos nuestros orígenes pues agradecíamos en silencio la comparación y disfrutábamos de pensar que así era.

Se acercó un paso más a mí y de inmediato la envolví en mis brazos.

—Y pensar que era yo quien te encerraba a ti entre mis brazos —se quejó, sonreí apoyando mi mentón en su cabeza.

—Solo crecí un poco mamá, aun eres mi medicina favorita —ella suspiró.

—Has crecido bastante, hijo mío. Antes yo tenía la cura a todos tus males, ahora tú debes buscarlos por ti mismo.

—Alicia... ¿Has visto mis pantalones? —Preguntó papá entrando a la cocina vistiendo solo la camisa blanca, el calzoncillo y las medias de vestir

negras.

—¡Están sobre el sillón en la habitación querido!

—¡Oh! No las encontré —Respondió saliendo apresuradamente de la cocina.

—Recuérdame ¿por qué te casaste con papá? —Supliqué divertido.

—¡Porque no había conocido a un jovencito tan apuesto y dulce como tú! —Respondió pellizcando mi mejilla—. Créeme lo habría dejado ni bien me saludaras. Tú termina la cena, ¡que yo iré a ayudar a tu padre a encontrar sus pantalones! Ya tendremos tiempo de hablar cuando él se marche. Hay *Brandy* en el bar —guiño un ojo y sin darme tiempo a responder se retiró de la estancia.

Volví a la comida y acabé la cena, ni mi madre ni mi padre hicieron comentario alguno. Mi padre alababa la comida, como siempre rememoraba los inicios culinarios de mi pobre madre. Mi padre, de setenta años, ojos azules oscuros, cabello gris y peinado pulcramente con una raya a un lado iba vestido con su mejor traje de etiqueta debido a una cena de negocios.

Insistimos en que no comiera con nosotros pero aseguró que en su estómago cabían al menos tres cenas completas.

Ya bien entrada la noche, tras haber levantado los cubiertos del comedor y haberlos lavado, tanto mi madre como yo nos encontrábamos en la puerta de entrada despidiendo a mi padre con la mano.

—Recuerdo que cuando eras niño odiabas que tu padre se fuera tan tarde a cenas de negocios. Decías que no entendías porque hacía falta dinero cuando tenías una casa tan grande como esta —observé a mi madre—. En ese entonces no lo creí posible, por el contrario, me resultaba pequeña con ustedes dos y sus aventuras. Ahora, sin embargo, esta casa se siente inmensa para nosotros dos —susurró triste.

—Siempre puedo mudarme aquí —canturreé, ambos teníamos la vista perdida ahí donde el auto de papa había estado estacionado.

—No te crie para ser un cobarde —dijo tirando de mi oreja y cerrando la puerta, sonreí. Sus cambios de humor siempre me causaban gracia.

—Te quejas de que me extrañas...

—¡No tanto como para olvidar que quiero malcriar nietos! —Caminó hacia la sala, se acercó hasta el mini bar y extrajo dos copas y sirvió el mejor vino que allí tenía escondido de las visitas—. Ahora que no hay moros en costa, ¿cómo se llama?

—¿Quién?

—Ese juego ya lo hemos pugnado —me tendió la copa — ¿De dónde la conoces?

—Del trabajo.

—¿Es linda?

—Es como un rayo de sol en primavera.

—¡Me gusta! —Dijo llevando la copa a los labios, se ubicó en el sillón grande y palmeó el espacio a su lado, caminé hasta ella, tomé asiento y suspiré.

La miré un segundo, hice una mueca y dediqué la siguiente hora a explayarme. Le conté desde el inicio y no me guardé ningún detalle. Con ella nunca había tenido secretos, siempre acudía a ella hasta con cosas de hombres en mi adolescencia. Atenta escuchó todo lo que le tenía para decirle, desde Abel hasta los sobres que había traído conmigo.

—¡Quiero leerlos! —Exigió poniéndose en pie y dejando la copa a un lado.

Corrió hasta mi habitación sonriendo, como si fuera a hacer una travesura. Cuando la vi subir las escaleras comprendí la finalidad. Hice a un lado mi copa y corrí para alcanzarla, pero ya era tarde. Ella me conocía de tal manera que encontró los sobres escondidos en la maleta y del cajo extrajo la fotografía que traje conmigo.

—¿Es ella? —Preguntó sin apartar la vista de la imagen.

—Si —respondí repentinamente cansado.

Arrastré mis pies hasta ubicarme al borde la cama. Mamá me dio alcance con los sobres y la fotografía entre las manos.

—Es muy bonita —alabó como sin podersele creer—. ¿Cómo es que tienes una fotografía así? —Inquirió y me sentí repentinamente avergonzado—. ¿Hijo?

—¿Lo tomé prestado? —Dije rascándome la nuca.

—¿Hijo? —Repitió con una sonrisa.

—Intercambié su fotografía por la mía con la ayuda de Pipi —admití más avergonzado que antes.

—¡Christian Alexander!

—¡Era por una buena causa! —Me excuse.

—¿Saliste guapo?

—¿Qué?!

—¿En la fotografía que Pipi dejó en la casa de la muchacha! —No pude evitar sonreír.

—Eres la única madre en todo el mundo que me regaña primero y luego me pregunta algo así —sacudí mi cabeza incrédulo.

—Pero es verdad, es necesario que estés guapo. Aunque siempre has sido fotogénico, como German que siempre sale haciendo gestos o caras —fingió enfado. Por unos minutos nos dedicamos a escudriñar la imagen—. Algo que aprendí en mi vida al lado de tu padre, es que hay ciertos sacrificios que deben cumplirse en una relación para poder llenar, el resto de nuestras vidas, con momentos de felicidad. Hacer a un lado nuestros ideales, desconfiar un poco de nuestro propio criterio y estar ciegos de un solo ojo.

—¿Qué quieres decir?

—Esta niña no se parece en nada a tu ideal de Aldana y estoy segura que en estas cartas descubriste que ella hizo a un lado sus ideales por ti.

—Sigo sin entender...

—Hijo esto es más sencillo que la tabla de multiplicar del dos. Si la amas y estás confundido por un puñado de sobres, toma estos sobres y deshazte de ellos de la única manera en que deberías.

—Soy lento en estas cosas, debes ser más específica con tu sabiduría.

—Escríbele. Respóndele cada carta y envíaselo como ella se lo envió a ese tal Abel. Desmenuza sus palabras y responde cada uno de sus versos y deposítalo en su buzón. Sacrificate. Goza de un poco de emocionante sufrimiento.

—¿Pero...?

—Mi corazón... ¿Crees que ella estaría al pendiente tuyo de la manera en que ha estado estos últimos días si no sintiera lo mismo que tú? Aprende que siempre uno de los dos amara más al otro. ¡Y eso es parte de la vida! ¿Sabes qué otra cosa también es parte de la vida? —Negué—. Que ambos crean siempre, porque es así, que aman más que el otro. Y esa vida mía, eso es ser correspondido.

Sonreí ampliamente y la abracé con fuerza, porque ella siempre tenía las palabras que necesitaba escuchar.

—Escribe sobre tus sentimientos, tal como ella lo hizo, no importa a quien iba dirigidas al principio, siempre que tu solo escribas para ella —murmuró contra mi hombro.

—Lo haré...

—¡Ahora! —Exigió apartándose de mí.

—¿Ahora?

—Lo que escuchaste, ¡y no saldrás de esta habitación hasta que lo hagas, jovencito! —Se puso en pie y caminó hacia la salida tirando de la puerta dejándome solo y poniendo el pestillo.

Carcajeé con ganas. Acomodé mis cosas, las cartas y la foto la dejé a un lado de la cama. Le dediqué unos segundos hasta que me sentí satisfecho.

Tiré del picaporte con fuerza y me sorprendió que esta no cediera. Lo hice varias veces hasta que comprendí que hablaba en serio.

—¡Mamá! —Grite golpeando le puerta con fuerza—. ¡Abre!

—¡No hasta que escribas algo bonito! —Escuché del otro lado.

—Madre, analicemos juntos la situación. ¡Yo tengo de romántico lo que tú de la mala madre! —Me burlé.

—Conmigo no uses tu tono condescendiente, jovencito. Si las cosas se ponen feas, de ser necesario, ¡comenzaré a ser una mala madre! —Gritó y pude escuchar sus pasos perdiéndose en el pasillo.

—¡Increíble!

Tomé el celular y llamé a Pipi. Tras hablar con sus padres se reconcilio con German. Pipi no dijo que estaba al tanto sobre lo acontecido con el hombre que amaba y mintió descaradamente al decir que salía con un millonario escritor que conoció en la oficina, cuando claramente ya estaba conviviendo con mi hermano.

—*Por si no te has dado cuenta y tu cabeza aun no lo asimila son cerca de las dos de la mañana y la gente normal duerme a estas horas* —saludaron.

—Tengo un plan —dije.

—*Ya era hora* —de fondo se escuchaba la voz ronca de mi hermano preguntando quien era.

—*Déjame decirte que Ari ya no pregunta por ti, creo que está enojada. Ni siquiera ha vuelto a golpear a tu piso. Por cierto, ¿cuándo vendrás a por Corcho? Es muy tranquilo y todo, pero a ciertas horas, ¡debo esconderlo en el closet y más con Ari rondando mi casa!*

—¡Prometo regresar pronto!

—*¿Cuál es el plan, genio?* —Tomé una bocanada de aire antes de hablar.

—Responder sus cartas —solo silencio se escuchó del otro lado.

—*¡Esto tomara más tiempo del que creí! Oye, la idea es que tú y Ari estén juntos. ¡No que pierdas tiempo jugando al escritor!*

—*¡Mujer de poca fe! —Reproché.*

—*Seamos realmente sinceros. ¡Tú tienes de romanticismo lo que tu hermano tiene de matemático! ¡Dios! ¡Es terrible sacando cuentas! ¿Sabías que pagó de menos la factura de la luz porque, según sus cálculos, la compañía te debía un reintegro?* —Ambos carcajamos ante esa realidad —. *¿Y ya has escrito algo?*

—*La verdad no. Se le acaba de ocurrir a mi madre —admití.*

—*Tenía que ser obvio. Solo a tu madre podría ocurrírsele. ¡Demonios! ¡Qué buena es!*

—*Ni para tanto. Acaba de encerrarme en mi habitación...*

—*¿Cómo dijiste?* —Preguntó divertida.

—*No lo repetiré —siseé y ella comenzó a reír.*

Tras acordar como llegarían los sobres a casa de Ari y con su promesa de ayudarme, comencé a escribir en un papel cualquiera. No tenía sueño y estaba ligeramente ansioso. La extrañaba y deseaba hacer esto. Nunca había hecho nada romántico y significativo por ninguna mujer. Ni siquiera por Aldana, más que estar y apoyarla en los momentos difíciles nunca se me hubiera ocurrido hacer algo como esto o tal vez pensar en regalarle flores. Pero estaba seguro que por Ari valdría la pena el esfuerzo. Tomé sus cartas, y con su fotografía ante mí, comencé a responder cada una de ellas.

NO TUVE ELECCIÓN ...

Ariadna

Miré a Pili y parecía tan sorprendida como yo.

—¿Será de Abel? —Preguntó y negué de inmediato.

—No lo creo posible. Jamás haría algo que suponga un esfuerzo de su parte. Además, he visto documentos con su letra y ésta no es suya. ¡Esta letra es espantosa! —Ella detuvo un carcajeo y se aguantó la risa.

—Pero ¿qué dice? —Preguntó ansiosa aun conteniendo la risa.

—*Eh...* Creo que...

—¿Qué mujer?

—Responde a mi carta.

—¡¿*Eh?*!

—¡Ay, no! —Dije llevándome la mano a la boca—. ¡Abel nunca ha recibido las cartas! —Me lancé dramáticamente de espaldas al suelo. Pili se acomodó a mi lado cruzando sus piernas y me dedicó una mirada compasiva.

—De eso no estás segura —respondió condescendiente

—Pero...

—Aunque... ¿Y si es un lunático? —Aventuré, lo medité un segundo.

—¡No los leeré! —Sentencié.

—¡Qué! —Parecía sorprendida.

—Eso mismo, ¡no lo haré! —Me enderecé mirándola.

—*P-pero...* ¿No sientes curiosidad? —Me tomé un segundo para meditarlo.

—Cualquiera de los casos, sea un lunático o sea Abel, ¡no me interesa saber lo que dicen! —Contesté más firme.

—*P-pero...*

—¡Pero nada!

Tomé las cartas y las guarde en un cajón. Pili parecía algo descompuesta.

—¿Te sientes bien?

—Es porque duermo poco —aseguró poniéndose en pie — ¡Germán ronca mucho! —Sonrió poco convencida—. De todas formas, creo que te precipitas al no leerlas.

—Si tú llegaras a saber algo, ¿me lo contarías, verdad? —Pregunté repentinamente desconfiada ante su insistente curiosidad.

—¡*P-por* supuesto! —Dijo tragando con fuerza—. ¿A qué viene eso ahora?

—¿Con quién está tu lealtad? —Pregunté repentinamente molesta.

—Oye, no estamos en el siglo quince cuando debías jurar como un caballero...

—¡Dímelo! —Exigí interrumpiéndola.

—No sé nada, no tengo nada que pueda ayudarte con Chris —respondió a la defensiva, aunque parecía sincera.

—Lo lamento —dije—, es que...

—Sea lo que sea que estés pensando, deséchalo.

—¿Por qué? ¿Acaso tienes una idea de cómo me siento?

—Si tengo una ligera idea —dijo sarcástica.

—¡Pues multiplícalo! —Ella negó, repentinamente me sentí exhausta, todo aquel sentimiento de frustración que me había empeñado en enterrar en lo más hondo de mi ser, estaba saliendo a flote—. Me siento como una chiquilla que acaba de entregar la virginidad a su imbécil novio...

—No eras virgen —intentó bromear.

—¡No es gracioso! Estoy hablando en serio.

—Lo sé y aun así me resulta gracioso. Lo que intento decir, es que, tú conoces a Chris, sabes quién es él. Sabes todo sobre su pasado, a quien ha amado y por sobre todo sabes a quien ama en este momento.

—No parece —susurré al borde del llanto.

—Entonces, no eres la mujer que creí correcta para él —aquella oración fue como un balde de agua fría, sus palabras fueron duras y su expresión a un más, la miré buscando algún indicio, algo que me dijera que no lo decía en serio—. Vamos... No eres de las que se rinde a la primera. Además, ¿alguna vez de verdad le has prestado atención? ¿Has visto que es demostrativo en cuanto a sus sentimientos? ¿Cuántas veces lo has visto contento o descostillándose de la risa? ¿Acaso lo has escuchado hablar del trabajo? ¿Cuántas veces te ha dicho que te ama? ¿Qué ha hecho para demostrártelo? Pregúntate eso. Christian no es de los que te dedica una canción en la radio o te envía flores en algún aniversario. Con suerte y te responde los mensajes. Mucho menos es de los que te canta una canción al oído. Él es tosco con respecto a sus sentimientos y le cuesta mucho aceptar cuando ama a alguien. Créeme, para que aceptara que éramos amigos me llevó bastante tiempo, y eso que desde que tengo memoria estamos juntos. Y con Aldana... ¡Dios sabe cuánto tiempo le tomó darse cuenta que estaba hasta el cuello! ¿Por qué crees que se demoró tanto en decírselo a ella? Eres egoísta. No prestaste atención. Y déjame decirte algo, solo estás pensando en el *por qué* te abandono, no en

cómo se debe estar sintiendo en este momento. Deja de comportarte como una víctima. La persona que te abandono lo hizo hace años y no dejó rastros. ¡Puf! Se fue, Chris te mantiene al tanto de su situación.

—Yo...

—Tú, nada. Me decepcionas. Es cierto, tuviste un momento muy duro. Pero él una vida dura. La primera mujer que debía de amarlo lo abandonó. La mujer con quien él deseaba formar una familia, enamorada de otro y muy felizmente correspondida. Estuvo enamorado de alguien con quien sabía, jamás tendría oportunidad y aun así se arriesgó. A eso agrégale el hecho de que el esposo de esa misma mujer le pidió ayuda para no separarse de la mujer que Chris también amaba. Porque Chris... Chris amaba a Aldana de la manera en que ya nadie lo hace en estos tiempos. Él nunca ha elegido esta vida. No eligió que su madre lo abandonara, ni tampoco eligió que Alicia lo adoptara. No eligió amar por tanto tiempo a Aldana y sobre todo no eligió, ni mucho menos se esperó conocerte enamorarse de ti.

—Lo defiendes...

—A muerte —a esas alturas mis ojos estaban empañados y ella llevaba una postura dura—. Chris te ama y está luchando contra eso. No para no sentirlo, sino para saber cómo demostrártelo. No es un hombre como cualquiera. Su corazón es puro y para nada egoísta. Tal vez lo sea un poquito, pero solo consigo mismo. Jamás te dirá una mentira a menos que se lo pidas. Ni mucho menos jugará con tus sentimientos. Desde que lo conozco, nunca lo había visto sonreír de la manera en que ahora lo hace, no desde que éramos niños y hacíamos travesuras. Ha vuelto a reír desde que te conoció. Burlándose de Taylor Swift, escuchando estúpidas canciones de amor, hasta lee el horóscopo sólo porque sabe que tú también lo haces. Sonríe de solo pensarte, y hasta iba emocionado a trabajar y lo sé porque lo veía todas las mañanas bailando conforme bajaba las escaleras. Lo cambiaste y lo hiciste para bien. Y el que dudes de él, sólo porque no responde el maldito teléfono o porque no lo localizas...

—La razón me dice que los hechos están sobre la mesa —me defendí.

—Entonces búscate una mesa más grande o sigue a la razón y olvídate de Chris —tomó sus cosas y caminó con pasos fuertes hasta la puerta—. El amor no se trata de razonar cada acción o cada palabra esperando no te rompan el corazón Ariadna. El amor es recibir lo que te entregan y aguardar lo que tú tienes para ofrecer esté a la altura de los sentimientos del otro. Esperar que no te rompan el corazón en el intento, es como esperar a que un

sordo de describa su canción favorita —tras decir aquello cerró la puerta tras de sí.

No volví a verla desde entonces.

Renuncié al trabajo al día siguiente. No perdí tiempo y con el poco dinero que tenía ahorrado decidí empezar de nuevo. Hablé con mis padres sobre la posibilidad de que me brindaran un préstamo en lo que yo ponía en pie el negocio, que años atrás había dejado en manos de mi ex marido.

Conseguí un local pequeño en una de las Avenidas principales de la ciudad a un bajo costo y lo decoré con colores alegres. Estaba asustada al principio, pues temía que la inversión no fuera buena, pero deseché las malas ideas.

Contraté una asistente y me puse en contacto con todos los proveedores con los que antes había trabajado. En su mayoría tiempo atrás habían deshecho el contrato con Neal debido a deudas y por la acumulación de facturas impagas. Las frases que se repetían eran: no cumplía con los pagos, debía a todo el mundo, y que la mujer con la que me había engañado lo había abandonado en la quiebra.

No me sentí feliz al saber sobre aquello, aunque si me sentí satisfecha. Era lo menos que podía ocurrirle. Nadie estaba al tanto de su paradero. Mi madre me recomendó intentar recuperar el nombre que antes llevaba, pero decidí que si iniciaba, mejor sería con un nuevo nombre pues aquel tenía un mal recuerdo, y limpiar su reputación me tomaría tiempo y mucho esfuerzo.

Mientras que mi padre me ayudaba con la contabilidad y mi madre a conseguir clientes. Solo me tomó tres semanas tener todo listo y en cuestión de días y tras una gran publicidad conseguimos veinte ceremonias en un plazo de mes y medio.

Mi casa pronto se convirtió en una guarida/depósito colorido. Restos de tarjetas de invitación, retazos de tela, recortes de revistas con tortas decorativas esparcidas por todos lados a excepción de mi habitación. Era un desastre y no tenía ánimos de acomodarlo nunca, y mucho menos con fiestas cercanas unas a otras.

La primera era una fiesta de compromiso en la casa de la novia. Con Cecilia mi asiste, mi madre y mi padre, logramos que el evento fuera perfecto a pesar de los nervios iniciales. Y aquello nos extasió a pesar de haber terminado muertos. Llegamos a la conclusión de que necesitaba más

personal, y con el segundo cheque me sentía más segura de contratar a alguien más. Entonces llegaron Abigail, una joven romántica de veintidós años, experta en decoración de pasteles y Harry, un recién llegado en la ciudad, experto en emergencia de novias, sabía como resolver problemas con flores y accidentes con vestidos de novias.

Tras dos días de descanso fuimos liquidando evento tras evento logrando que se corriera la voz de que Ariadna Stephanie Fellon había vuelto al ruedo.

Después del cuarto evento, sentada en mi casa, me di cuenta que aquello no hubiera sido posible sin Chris. Si él no hubiera llegado a mi vida y sin las duras palabras de Pili aun seguiría lamentándome.

Con el amanecer a la vuelta de la esquina, reparé en algo que se veía diferente en mi jardín. Admito que lo había descuidado un poco las últimas semanas, pero estaba segura que algo no estaba bien. Caminé hasta la ventana e hice a un lado las cortinas que estaban a medio camino. Entonces lo vi. Estaba limpio. El césped estaba cortado y los arbustos estaban armoniosamente rebajados. Sonreí ampliamente y giré para ir al patio delantero y entonces me percate de algo más.

Una fotografía.

Una imagen que no sabía que tenía. La imagen descansaba entre las instantáneas de mis padres en el esquinero de la sala.

Fregué mis ojos, golpeé mis mejillas y la fotografía seguía allí. Lo tomé con dedos temblorosos dudosa de que se tratara de un sueño. Pero no. Era real. En el portarretratos estaban Chris y Corcho. Chris tiraba de lo que parecían ser las mejillas del perro; ambos, tanto el can como Chris parecían sonreírme. El vestía un jean gastado, zapatillas deportivas y una remera oscura. La barba cubría gran parte de su rostro pero aquello no evitaba que su sonrisa fuera genuina.

Busqué mi celular y marqué su número. Observé la hora y era demasiado temprano. Ya cuando estaba a punto de rendirme escuché su voz ronca al otro lado de la línea. Era imposible de creer, pero solo escucharlo rezongar hizo que mi corazón se saltara un latido.

—Lamento despertarte —murmuré temblorosa.

—¿Ari?

—Hola...

—*Hola* —repitió—. *Hola, mi amor* —dijo tras varios segundos y yo me sentí a morir— ¿Qué haces despierta tan temprano?

—Aún no he podido dormir...

—¿Estás bien? —Preguntó preocupado.
—¡Te extraño mucho! —Admití ya con lágrimas en los ojos.
—*Y yo a ti, no sabes cuánto.*
—¿Entonces por qué no vienes? ¿Me odias?
—¿Qué? ¡Claro que no, Bache! ¡Yo no te odio! ¿Qué te hace pensar eso?
—Tu ausencia...
—*Lo lamento* —guardó silencio, pero aun así, escucharlo respirar al otro lado me tranquilizó.
—Acabo de ver el jardín...
—¿*Lo has visto hasta ahora?* —Aquello no parecía una pregunta, más bien un reproche pero luego lo escuché reír con ganas.
—No te burles, también he descubierto la fotografía —confesé mirándola.
—*¡Ariadna Stephanie Fellon eres la mujer más despistada que conozco!*
—¿Hace cuánto está esta fotografía aquí? —Cuestioné divertida.
—*Desde antes que te trajera a mi casa* —susurró.
—¡Desde hace tanto!
—Si —lo escuché reír.
—¿Y el jardín?
—*Antes de ayer. Fui a verte porque... Bueno ahora ya no tiene importancia y vi tu jardín. Recordaba donde guardabas las llaves del galpón trasero y tú no estabas... Decidí arreglar tu jardín. Debo confesar que esperaba encontrarlo muerto. Pero al menos has sabido mantenerlo vivo* —alagó.
—¿Por qué no te quedaste?
—*Debía regresar a casa, no tenía sentido que me quedara* —susurró.
—Verlo me recuerda a ti —solté.
—*Como a mí al ver tu fotografía* —dijo—. *Pipi tuvo que ayudarme, la verdad fue difícil* —podía imaginarlo al otro lado, sentado, rascándose la nuca con una media sonrisa en su rostro.
—¿Cuándo podré verte?
—*Cuando estés lista.*
—No lo entiendo.
—*Ari... He estado investigando, estás haciendo un gran trabajo empezando de nuevo. Cuando vi tu local me sentí realmente orgulloso de ti...*
—¡Aguarda! ¡Fuiste hasta allí! —Reproché.
—*Estaba de paso. Pero si te deje una nota. He estado esperando a que me respondieras...*
—¡Una nota! ¿A quién se lo has dejado? ¿Qué decía?

—*Ari ya no importa...*

—¡Si, si importa! ¡Es una nota! ¡Tuya! ¿Tienes idea de cuan asustada he estado todo este tiempo sin ti?

—*Te amo.*

—¿Qué dijiste? —Pregunté al no sentirme segura.

—*Te amo* —repitió, sonreí—. *Despistada y todo. Es un poco difícil ser romántico con alguien que es tan despistada como tú...*

—¿A qué te refieres?

—*A que ni siquiera sabes hacer bien tu trabajo entregando correctamente la correspondencia.*

Guardé silencio. Abrí mis ojos al comprender la repentinamente la ansiedad de Pili y su insistencia a que leyera el contenido de los sobres. Las cartas...

No podían ser...

—¿Tú...?

—*Yo, ¿qué?* —Parecía estar divirtiéndose.

—Tu...

—*Yo, ¿qué?* —Repitió.

—¿Qué pasaría si dijera que no sé dónde los he dejado? —Pregunté comenzando a revolver todo a mi alrededor.

—*Pues diría que ahora entiendo porque llevo tanto tiempo esperando a que llegues...*

—¡Ay, no!

—¡Ay, sí! —Se burló.

—Chris... ¿Me lo envías de nuevo? —Conocía la respuesta de antemano, aun asi me arriesgué.

—*¡Eso no es justo! ¡Vamos Ari!* —¿Era un reproche? Estaba al borde del colapso.

Comencé a lanzar las telas y papeles. Abría y cerraba cajones en busca de los benditos sobres azules.

—*Espero verte pronto* —susurró.

—¿Qué quieres decir? —me detuve.

—Cuando los encuentres, lo sabrás.

Y corto la comunicación. Volví a discar su número, pero éste me llevaba directo al buzón de voz.

Revolví la casa de arriba abajo, y no había rastro. Ya había amanecido cuando mi madre abrió la puerta de la casa. Al pasar de inmediato preguntó que andaba mal. Era un manojito de nervios.

—¡Mamá! Ayúdame, ¡he extraviado algo importante! — Admití cubriendo mi rostro.

—No importa, podremos comprarlo de nuevo —dijo restándole importancia.

—¡Esto no puede comprarse! —Grité, revolviendo.

—Hija, estas algo nerviosa. ¿Qué te parece si nos tomamos una taza de café?

—¡Mamá! ¡Por favor! ¡Sabes que no tomo café desde hace años!

—Lo sé... Admito que es algo extraño que de un día para otro dejaras el café y obsesionaras con el té.

—No es obsesión, ¡es sano!

—Hija, estas poniéndome nerviosa. Tranquilízate, ¿quieres? ¡Pareces una lunática!

—Mamá, ¿Cómo estarías si papá te escribiera cartas, respondiendo lo que tú has escrito para otra persona?

—Primero: Si tu padre me escribiera cartas, estaría peor que tú, él es un romántico. Me he leído los votos que tenía escondido, mi corazón casi de detiene al llegar a la última estrofa. Segundo: Puede que no estaría como tú, pues no soy despistada. Y soy muy curiosa. ¿Acaso no los leíste? —Negué—. ¿Ninguna? —volví a negar—. ¿Y de quién es?

—Del chico del jardín —admití sin detenerme y entonces reparé en su pregunta.

—¿El jardinero? —Fingió curiosidad.

—Si —Regresé a mi labor, volcando una caja.

—¿Cuándo lo conociste?

—Siempre lo conocí —fui tras el siguiente.

—¿A qué te refieres?

—¡A que te mintió madre! —fui a la cocina, ella fue tras mis pasos.

—¿Ese es el tal *Chris*?

—¿Cómo dijiste? —giré para verla, ella sostenía un trozo de papel azul en los dedos—. Hace un mes o un poco más se presentó en el local, me dijo que sí, efectivamente se llamaba Alexander, pero que él ya te conocía. Me contó una hermosa historia. Y bueno, entregó este *pedacito* de papel...

—¿Y por qué no me lo dijiste?! —Reproché arrebatándole el papel.

—Porque quería saber que tanto te conocía. Y he descubierto que te conoce mejor que yo. Es un chico muy bueno y sobre todo atento. Algo torturado. ¡Pero un encanto!

Mis manos temblaban y ardían ante el contacto del papel.

—No dice gran cosa —dijo.

—¡Lo leíste! —La regañé.

—¡Obvio! Hija, ¡te tardaste mucho en buscar esas cartas! —Contestó caminando hacia la sala, fue hasta el pasillo, levantó todo lo que había en la mesa y abrió el cajón y ahí estaban. Sacó los sobres y me las tendió—. Yo que tú me apresurarías en leerlas y me pondría bonita —sonrió, besó mi frente y salió de la casa dejándome de piedra.

Tragué con fuerza y me senté en el sofá. Volví a ordenar las cartas y me di cuenta de que necesitaba café. En serio lo necesitaba. Fui hasta la alacena y repentinamente recordé porque lo había dejado de beber. Me preparé la taza de té y recordé al hombre que me había ayudado en el aeropuerto el día que descubrí lo de Neal.

Sonreí, tomé asiento en el sillón más grande y tras una bocanada de aire abrí el primer sobre.

Déjame corregirte en una cosa Mengana. Si es cierto que vagamos por la tierra desconociendo al mundo, extrañando a una persona que no tenemos, anhelando a un desconocido que no sabemos si ya se ha cruzado en nuestro camino, o si le falta poco por llegar.

Eso habías escrito, pero en algo te equivocaste. Es cierto que extrañamos a un “extraño” pero siendo sinceros... sabemos que no es así. Nuestra razón tal vez nos diga que no lo conocemos, pero no hace falta un nombre para amar a alguien, así como hay algunos a quienes no les hacen falta voz para conocerse solo señales.

Eres la mujer sin nombre que me busca en sueños, la que acampa en mi mente, la que perturba mis días... la que me acompaña en las noches. La que me saca de quicio con sus locuras.

Sonreí y fui por la siguiente.

A ti Ariadna, ya no te diré Mengana porque sé quién eres y aunque me he tomado un tiempo para reconocerte, finalmente sé quién eres tu realmente y es por eso que te dedico estas palabras:

Si pudiera la posibilidad de robaría tu sonrisa no lo haría. Es tan llena de luz que todo el mundo merece ser sonreído por ti. Me conformaría me dedicaras alguna de vez en cuando. Pero aunque solo fuera una sonrisa por semana, aun así te compartiría.

Si existiera la posibilidad de captar tu mirada haría un cuadro de tus ojos, para que me vieras de vez en cuando vez a alguien más y así perderme en ellos aunque no estés cerca de mí.

Si por mi fuera, escribiría de mil formas como nos conocimos, mil formas de cómo nos enamoramos y mil formas de como llegaremos a ser felices. Juntos...

Este no era Chris. Definitivamente no era él... volví a releerlos, pues la letra era algo tosca, esta carta en particular tenía hasta manchas de café. Cuando me sentí satisfecha fui por la siguiente.

Ariadna...

Quiero confesarte algo... hace unos años, conocí a una mujer de la cual me enamore, sufrí mucho por ella... pero esa no es mi confesión, mi confesión es que por un lapso de unas horas había amado a alguien, y ella me había amado a mí. Prometimos cambiar y que si nos iba bien, volvernos a encontrar... había olvidado esa promesa,

entonces me fije en ti...

Ahora, cuando despierto, cuando camino, cuando te pienso... cuando te veo... recuerdo a aquella mujer, recuerdo a aquella promesa y entiendo a te había amado mucho antes de darme cuenta.

La verdad, no creo que esto sea amor, está muy por encima de serlo.

Tragué con fuerza. Temblorosa fui por la siguiente.

Ariadna, hoy te extraño más que nunca, pero al parecer... no sabes quién soy... o simplemente no lees sobre mis sentimientos

Fui por la siguiente al no poder terminarla.

Ari, no creció mi amor porque siempre estoy contigo. Estoy siempre contigo porque te amo... siempre al acecho como un acosador. Respirando tu aroma, cuidando tu jardín cuando estas despistada. Escuchando canciones estúpidas solo para que mi mente traiga al presente el sonido de tu risa.



Si supieras quien soy realmente, te darías cuenta que tan malo no soy, que puedo ser romántico si me enseñas y que de verdad me gustaría ser el caballero armado que habita tu mente.

Mientras más avanzaba, más me costaba procesar lo que leía, no alcanzaba a terminarlas cuando iba a por la siguiente.

Una vez mencionaste eufórica los nueve puntos cruciales en la vida.

Una persona racional los hubiera experimentado en los primeros años de su vida adolescentes, pero yo, por alguna extraña razón las experimente hace algún tiempo y para tu desgracia y la mía, de nuevo ahora y en algún maldito punto termine enamorándome de ti.

Ya estaba al borde de las lágrimas, miré el reloj y era poco más del

mediodía. No tenía hambre ni mucho menos sueño. La creciente sensación en mi pecho no daba tregua, pero no era del todo tan malo. Era bueno. Era amor.

Me he aprendido tu nombre, tanto que hasta quema mis labios al pronunciarlo. ¿Tu sientes lo mismo al pronunciar el mío?

Tengo un libro favorito: —The Sandman: Las Benévolas. Neil Gaiman et al.— Y siempre que la releo pienso en ti. Pienso en cómo me duele amarte y como me reconforte pensar en ti.

Carta tras carta fui leyéndolas con el corazón en la boca hasta que finalmente llegué a la última. Era una cita para las cuatro de la tarde. Al toparme con el reloj descubrí que solo me quedaba una hora para prepararme y llegar a tiempo. Tomé una ducha y me vestí de la misma manera que mi cita fallida con Abel, calzando las zapatillas que Chris me había comprado. Llamé a un taxi y corrí a su encuentro.

Al llegar a la esquina de la cafetería, donde aquella vez Abel me había citado, se encontraba él. Parado con Corcho a su lado, un ramo de flores en una mano y un pote de helado al otro.

—Veo que el tráfico es terrible en tu zona. Te tomo mucho tiempo llegar —susurró cuando estuve ante él— ¿Por qué te vestiste así?

—Porque es así como debería de vestirme para ti —admití—. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—Tres meses, una semana y dos días... ¿Pero quién las cuenta? —Se burló

tendiéndome las flores—. Son de tu jardín —sonreí.

—¡Lo sé! —Carcajeé.

—Dicen que el helado es bueno para el mal de amores —continuó entregándome el pote de helado, lo tomé y camine hasta el tacho de basura.

—Yo no sufro de mal de amores —respondí girándome hacia él, y sin poder detenerme, enredando mis manos alrededor de su cuello y besándolo al fin después de tanto tiempo.

SEGUNDO LLAMADO

—Estamos aquí reunidos en el día de hoy para celebrar no solo el amor de esta amadísima y encantadora pareja, sino también para gritar a voz de grito la vida, la alegría que conlleva darse segundas oportunidades y creer que todo es posible mientras tengamos amor en nuestros corazones.

Mientras el pastor seguía con su sermón, Eva y Alejandro se encontraban parados frente a sus más de cien invitados. Flores perfumadas inundaban el recinto con sus fragancias. Telas blancas y beige acompañaban la decoración en un baile elegante hasta el umbral improvisado en el jardín de la

casa de verano. De fondo el sol comenzaba su descenso en una calurosa estación.

A un lado de la feliz novia, su preciada única hija sostenía el ramo con la atención dirigida a un caballero sentado en la primera fila del lado de los desconocidos. Ubicación brindada por Eva, como castigo al seguir herida por todos los contratiempos que sus juegos de cartas interpusieron en su anhelada renovación de votos.

Alejandro tomó la mano de quien ha sido su mujer por más de treinta años y con voz solemne recitó las palabras de amor más dulces que antes alguien haya escuchado, con la solemne promesa de seguir en busca de la felicidad diaria. Una vez finalizado, con los presentes emocionados hasta las lágrimas, llegó el turno de la encantadora mujer. Aunque siempre había sido arrebatada en cuando a defender sus pensamientos e ideales, recitar y profesar su amor guardaba la intimidaba tanto hasta el día de hoy que era lo único en la Tierra capaz de hacerla guardar silencio. Entonces, presa del pánico escuchó los latidos de su corazón y con su ritmo decidió entonar, desafinando las primeras notas, la canción que el hombre le había dedicado en su desastrosa primera cita. No había mejor forma de expresarlo, sin prestar atención a aquellos que solo se dedicaban a juzgar continuo con emoción hasta el final.

El muchacho de la primera fila sonrió y observó como la Dama de Honor se emocionaba y trataba de guardar la compostura, maravillada por el amor que sus padres profesaban mutuamente.

Una vez sellado el compromiso y renovado los votos, los primeros en abandonar el descanso fueron los novios. La joven decidió retardarse para recibir su recompensa: un beso del hombre que más ha amado.

Tan pronto como sus manos se vieron unidas el hombre extrajo del bolsillo interno de su saco su secreto mejor guardado.

—¿Lo recuerdas? —Inquirió enseñándole la caja que en su interior escondía varias etiquetas de envolturas de distintas marcas de café y tés.

—No estaba segura —respondió sin mirarlo—, hasta que respondiste a mis plegarias/cartas *Fulano* —y sonrió apegándose a él sabiendo que no volverían a separarse.

A todos los pasajeros con destino a Rio de Janeiro por favor abordar por plataforma número diez, pasajeros con destino a Rio de Janeiro plataforma número diez.

Última llamada a Pasajeros con destino a Buenos Aires...

—¿Qué no entiende? ¿Qué es tan difícil de comprender? ¡Necesito saber dónde está mi esposo! —Gritaba.

Se veía realmente angustiada pero a nadie parecía importarle. Con su pasaporte en mano, su pelo oscuro agitándose suavemente a lo largo de sus hombros, sus ojos azules estaban vidriosos por estar a punto de desbordarse en lágrimas.

Una persona observaba en la distancia como el Supervisor de área se acercaba a ella, la llevaba a un apartado y ahí, es cuando ocurre. *Le han dado una mala noticia*, aventuró el curioso caballero. Repentinamente sus lágrimas desaparecieron. Sus manos cayeron rendidas a sus costados y no prestó atención a lo que el hombre le decía. Arrastró sus pies hasta las sillas en la sala de espera y se sentó detrás del espía.

El joven se sintió ligeramente conmovido con la situación. Suspiró varias veces antes de decidir que era mejor concentrarme en escucharla a ella que reproducir una y otra vez la voz de su despiadada asesina, diciendo que lo quería y lo necesitaba más que nunca. Era mejor, definitivamente mejor, concentrarse en el dolor ajeno que en el suyo propio.

Una y otra vez la escuchó presionar los botones del teléfono celular. Sus sollozos cada vez eran más sonoros hasta que se convirtieron en un lamento inconsolable. Todos seguían sin prestarle atención a la joven.

A excepción de él.

—Será difícil iniciar de nuevo —susurró poco confiado, a modo de que solo ella fuera capaz de escucharlo, pero continuó llorando; el joven se movió un asiento más y giró para apreciarla mejor, entonces, le tendió un pañuelo y repitió lo anterior—. Será difícil iniciar de nuevo —apenas volteó en su dirección con sus ojos inundados. Acercó su mano con el trapo perfectamente doblado un poco más. Ella lo tomó sintiéndose miserable y cubrió su rostro, imaginando que sería posible desaparecer de esa manera.

—¡No puedo creer que me haya plantado! —Murmuró con frustración, el muchacho carcajeó nervioso, de inmediato la desconsolada dama envió una

mirada furiosa de advertencia en su dirección, asustado levantó las manos a modo de señal de paz.

—No estés mal...

—¡No se burle de mí! —Siseó ella—. ¡No tiene idea de lo que me ha ocurrido!

—No me burlo de usted... —la miró esperando un nombre, ella solo lo observaba con aquellos ojos tristes—. Bueno, no puedo hablar así, sin saber su nombre *señorita*, así que le pondré *Fulana* —tendió la mano esperando entendiera lo que trataba de hacer: consolarla. Ser amable nunca había sido su fuerte pero la situación y su propio desconsuelo ameritaba el gesto—. Me llamaré *Fulano* por esta tarde y le invitaré una taza de té.

—No me gusta el té —respondió en un quejido comprendiendo la finalidad—. Adoro el café. Soy adicta a él.

—Pues debería dejarlo. El café es dañino para el hígado.

—Pero nada se compara con una taza de café caliente en la mañana, el humeante olor que disipa tu aletargado cerebro —susurró mirando sus manos.

—Si tú lo dices —dijo no muy convencido y ella sonrió al vacío antes de devolverle el gesto—. ¿Qué te parece si, ya que tú no puedes tomar ese vuelo de ahí y yo no deseo abordar un avión que saldrá irremediamente de allá en una hora, ¿finjamos que nos conocemos? Hasta puedo fingir que bebo café, ¡y que me encanta!, y tu tomaras té y fingirás también que te agrada.

—¿Y por qué haría algo como eso? —Cuestionó, el joven encontró en los ojos de *Fulana* la desesperación por una respuesta.

—Porque sería un punto y final para esta triste etapa de nuestras vidas —*Fulano* se puso en pie y ofreció su mano una vez más—. Te invito a empezar de nuevo.

Ella sonrió de tal forma que por ese segundo olvidaron quienes eran y que los acongojaba. Ella tenía ese tipo de sonrisa que esperas que todo el mundo conozca. Arrastraron sus maletas hasta colocarse uno al lado del otro, no se tomaron de las manos, pero se sonrieron mutuamente conforme avanzaban por el pasillo.

Esa fue la primera vez que Chris probaba una taza de café y disfrutaba de ella al lado de una desconocida de nombre Ariadna.

Hablaron durante horas viendo a la gente pasar, se burlaron de aquellos que corrían tratando de alcanzar el vuelo. Se amargaron cuando personas con carteles y los destinatarios se acercaban unos a otros sonrientes unos

fundiéndose en un abrazo y otros... Giraron los rostros cuando de besos de trataba.

Ella finalmente no dijo su nombre, ni él se molestó en pronunciar el suyo.

Ambos llevaban escrito la tristeza en sus rostros, pero ella particularmente, por sus ojos saltones de lo hinchados que se encontraban de tanto llorar.

No hablaron de su esposo. Ni él le mencionó a su Aldana.

Pasaron una tarde sumamente agradable para sorpresa de ambos. Ya cuando el manto de la noche comenzó a cubrirlos se sintieron con las fuerzas suficientes para no volver atrás.

—Fue un placer conocerte *Fulano* —dijo ella poniéndose en pie tendiendo su mano.

El joven imitó su gesto y apretó sus dedos. Prese de un impulso la atrajo hacia sí y la envolvió en sus brazos.

—Si algún día nos volviéramos a encontrar... —dejó la frase sin terminar.

—¡Sería genial! —Respondió ella con voz ahogada—. Cuando eso ocurra, yo volveré a tomar café y tú el té, ¿te parece? —Una idea descabellada, pensó él conforme la soltaba.

Una tonta idea que aceptó de todas formas.

Antes de que se fuera y sin que ella reparara en eso, extrajo de su billetera una tarjetas de presentación y lo deslizó a escondidas en un bolsillo de su cartera. Rápido fingió otro abrazo esperando no ser golpeado esta vez. Sin embargo, quedó sorprendido cuando ella le devolvió la gentileza con más sentimiento y fue un poco más allá depositando un casto beso en su cuello.

Fulano observó embelesado como la silueta de la joven fue desvaneciéndose entre la multitud. Pagó la cuenta y cuando se disponía a retirarse decidió llevarse un *souvenir* como recordatorio de la promesa de nunca mirar atrás.

Aunque no he vivido por mucho tiempo considero que en la vida siempre nos topamos con momentos decisivos. Aunque nos parezcan insignificantes cada momento tiene su peso. Por desgracia estamos a la espera de *estar listos* y la verdad es que, nunca lo estamos ni tampoco lo estaremos. Es por eso que nos toma tanto tiempo y esfuerzo el caer en cuenta de lo que sentimos y que, lo que estamos experimentando es algo único y mágico.

La situación misma nos acobarda, nos golpea, nos asalta con todo tipo de sensaciones nuevas que nos llena de expectación, delirio y terror.

Por suerte todos somos un poco como Ari, porque cuando toda idea ha sido agotada, tomamos ese pensamiento negativo y lo drenamos de nuestro sistema solo para lanzarnos al vacío de manera errónea; y como Chris, tras curar nuestras heridas nos encaminamos al destino correcto, aunque de manera algo tosca, que no evitará que sea única de igual manera.

Gracias por acompañarme una vez más en esta historia. Por la paciencia, el apoyo y sobre todo el cariño que llevo recibiendo durante estos años.

Como siempre, desde el fondo de mi corazón.

¡GRACIAS!



AUTOR

Nació en la ciudad de Villeta, Paraguay, el 15 de noviembre de 1988. Es la hija mayor de cinco hermanos.

Desde temprana edad mostró admiración por los libros, sobre todo en los de Julio Verne y Jane Austen. Poco después de cumplir trece años sus padres se separaron y fue cuando se refugió en los libros y comenzó sus primeros pasos en la escritura, pero no fue hasta casi culminar la escuela secundaria, gracias al consejo de su Profesora de Literatura, que aceptó el desafío.

Gracias a la ayuda de su amiga, Pilar Parralejo, y por insistencia suya comenzó a publicar sus libros en la plataforma Wattpad ganando confianza y miles de lecturas.

Su primera novela, Si pudieras verme, fue de los más vendidos en Amazon durante el principio del 2016

recibiendo críticas buenas en su mayoría.